

Allen Walker



ALLAN KARDEC

ISBN 85-7341-188-0

El Cielo y el Infierno
o
La Justicia
Divina
Según el Espiritismo

CONTIENE

El examen comparado de las doctrinas sobre el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual, las penas y las recompensas futuras, los ángeles y los demonios, las penas eternas, etc., seguido de numerosos ejemplos sobre la situación real del alma durante y después de la muerte.

Juro por mí mismo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sólo quiero que el impío se convierta, que deje su mal camino, y que viva. (Ezequiel, cap. XXXIII, v. 11).



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela

Título del original en francés:
LE CIEL ET L'ENFER
OU
LA JUSTICE DIVINE
SELON LE ESPIRITISME
4^{me}. édition française

Traducción
Alipio González Hernández
y
Salvador Gentile

Revisión de:
Guillermo Arrioja
José Luis Darías
Marina Navarro
Rosa Virginia González Ríos

Portada:
Daniel Archangelo

Diagramación:
Maria Isabel Estéfano Rissi

Derechos Reservados

2ª edición – diciembre/2003
8.001 a 11.000 ejemplares

Impreso en el Brasil – Printed in Brazil

EL CIELO Y EL INFIERNO

SEGÚN EL ESPIRITISMO

PRIMERA PARTE

DOCTRINA

CAPÍTULO I

EL FUTURO Y LA NADA

1. – Nosotros vivimos, pensamos, actuamos, he aquí lo que es positivo; nosotros morimos y eso no es menos cierto. Dejando la Tierra ¿para dónde vamos? ¿En qué nos convertiremos? ¿Seremos mejores o peores? ¿Seremos o no seremos? *Ser o no ser*, tal es la alternativa; es para siempre o para nunca; es todo o nada: o viviremos eternamente, o todo acabará sin retorno. Bien vale la pena pensar en eso.

Todo hombre siente la necesidad de vivir, de gozar, de amar, de ser feliz. Decidle a aquél que sabe que va a morir que él vivirá aún, que su hora será retardada, decidle, sobretodo, que será más feliz de lo que nunca fuera, y su corazón va a palpar de alegría. Mas, ¿para que servirían esas aspiraciones de felicidad si un soplo puede hacerlas desvanecer?

¿Hay algo más desesperante que ese pensamiento de la destrucción absoluta? ¿Afectos santos, inteligencia, progreso, saber laboriosamente adquirido, todo será aniquilado, todo estará perdido! ¿Cuál sería la necesidad del esfuerzo para volverse mejor, de la represión para contener sus pasiones, de fatigarse para adornar su Espíritu, si de eso no se debe recoger ningún fruto, sobretodo, con ese pensamiento de que mañana tal vez eso no nos servirá de nada? Si así fuese, la suerte del hombre sería cien veces peor que la del animal, porque el animal vive enteramente en el presente, en la satisfacción de sus apetitos materiales, sin aspiración en cuanto al futuro. Una secreta intuición dice que eso no es posible.

2. – Por la creencia en la nada, el hombre concentra fuertemente todos sus pensamientos sobre la vida presente; no podría, en efecto, lógicamente preocuparse con el futuro que él no espera. Esa preocupación exclusiva del presente conduce, naturalmente, a pensar en sí antes de todo; es, pues el más poderoso estímulo al egoísmo y el incrédulo es coherente consigo mismo cuando llega a esta conclusión: gocemos mientras estamos aquí, gocemos lo máximo posible, porque después de nosotros todo habrá terminado; gocemos de prisa, porque no sabemos cuanto durará esto; y a este otro, también muy grave para la sociedad: gocemos a pesar de todo; cada uno por sí; la felicidad, en este mundo, es del más audaz.

Si el respeto humano retiene a algunos, ¿qué freno pueden tener aquellos que nada temen? Ellos dicen que la ley humana no alcanza sino a los torpes; por eso aplican su genio en los medios de eludirla. Si hay una doctrina *malsana* y *antisocial*, seguramente, es la del *nihilismo* porque rompe los verdaderos lazos de solidaridad y de fraternidad, fundamento de las relaciones sociales.

3. – Supongamos que, por cualquier circunstancia, todo un pueblo adquiriese la certeza de que, en ocho días, en un mes, en un año si se quiere, será aniquilado y ningún individuo sobrevivirá, que no quedará ninguna huella de sí mismo después de la muerte; ¿qué hará durante este tiempo? ¿Trabajará por su mejoramiento, por su instrucción? ¿Se entregará al trabajo para vivir? ¿Respetará los derechos, los bienes, la vida de sus semejantes? ¿Se someterá a las leyes, a una autoridad, cualquiera que sea, aun la más legítima: la autoridad paterna? ¿Tendrá para sí un deber cualquiera? Seguramente que no. ¡Pues bien! Lo que no se alcanza en masa, la doctrina del nihilismo lo realiza, cada día aisladamente. Si las consecuencias de eso no son tan desastrosas como podrían serlo, es, en primer lugar, porque, entre la mayoría de los incrédulos, hay más de fanfarronería que de verdadera incredulidad, más duda que convicción y porque tienen más miedo de la nada de lo que procuran aparentar; el título de espíritu fuerte lisonjea su amor propio; en segundo lugar porque los incrédulos absolutos son una ínfima minoría; sienten, a pesar suyo el ascendiente de la opinión contraria y son mantenidos por una fuerza material; pero, si la incredulidad absoluta se volviere un día la opinión de la mayoría, la sociedad

estará en disolución. Es a lo que tiende la propagación de la doctrina del nihilismo (1).

Cualquiera que sean las consecuencias, si el nihilismo fuese una verdad, sería preciso aceptarlo y no serían ni sistemas contrarios, ni el pensamiento del mal que de él pudiese resultar lo que podrían hacer con que no lo fuese. Ahora bien, no se puede disimular que el escepticismo, la duda, la indiferencia, cada día ganan terreno, a pesar de los esfuerzos de la religión; y esto es positivo. Si la religión es impotente contra la incredulidad, es que le falta algo para combatirla, de tal suerte que, si permaneciese en la inactividad, en un cierto tiempo ella estaría infaliblemente sobrepasada. Lo que le falta, en este siglo de positivismo, cuando se quiere comprender antes de creer, es la sanción de sus doctrinas por los hechos positivos; es también la concordancia de ciertas doctrinas con los datos positivos de la ciencia. Si ella dice blanco y los hechos dicen negro, es necesario optar entre la evidencia y la fe ciega.

4.— Es en este estado de cosas que el Espiritismo viene a oponer un dique a la invasión de la incredulidad, no solo por el raciocinio, no solo por la perspectiva de peligro que ella ocasiona, sino por los hechos materiales, haciendo tocar los dedos y mirar el alma y la vida futura.

Cada uno es libre, sin duda, en su creencia, en creer en algo o en no creer en nada; mas aquellos que procuran hacer prevalecer, en el espíritu de las masas, de la juventud sobre todo, la negación

(1) Un joven de 18 años estaba atacado por una enfermedad del corazón, declarada incurable. La ciencia había dicho: puede morir en ocho días, como en dos años, pero no pasará de ahí. El joven lo sabía; inmediatamente deja los estudios y se entrega a los excesos de todos los géneros. Cuando le decían que una vida desordenada era peligrosa en su posición, respondió: ¡Qué me importa, si no me quedan sino dos años para vivir! ¿De qué me serviría fatigar mi espíritu? Yo gozo lo que me resta y quiero divertirme hasta el fin. He aquí la consecuencia lógica del nihilismo.

Si ese joven fuese espírita, habría dicho: la muerte no destruirá sino mi cuerpo, el cual dejaré como un vestido usado, pero mi Espíritu vivirá siempre. Seré, en mi vida futura, lo que hice de mí mismo en ésta; lo que pude adquirir en cualidades morales e intelectuales no estará perdido, porque eso será igualmente una adquisición para mi adelantamiento; toda imperfección de la cual me despojare será un paso más hacia la felicidad; mi felicidad o mi infelicidad futuras dependen de la utilidad o de la inutilidad de mi presente existencia. Es, pues, de mi interés aprovechar el poco tiempo que me resta, y evitar lo que pudiese disminuir mis fuerzas.

¿Cuál de estas dos doctrinas es preferible?

del futuro, apoyándose en la autoridad de su saber o en el ascendiente de su posición, siembran en la sociedad los gérmenes de la perturbación y de la disolución e incurren en una gran responsabilidad.

5.— Hay otra doctrina que niega ser materialista, porque admite la existencia de un principio inteligente fuera de la materia, y es la de la *absorción en el Todo Universal*. Según esta doctrina, cada individuo asimila, al nacer, una partícula de ese principio, que constituye su alma y le da la vida, la inteligencia y el sentimiento. En la muerte, esa alma retorna al foco común y se pierde en el infinito como una gota de agua en el Océano.

Esta doctrina, sin duda, es un paso adelante sobre el materialismo puro, puesto que admite algo, mientras que la otra no admite nada, pero sus consecuencias son exactamente las mismas. Que el hombre sea sumido en la nada o en la fosa común, es la misma cosa para él; si, en el primer caso, es aniquilado, en el segundo pierde su individualidad; es, pues, como si no existiese más; las relaciones sociales no dejarán de estar completamente destruidas. Lo esencial para él, es la conservación de su yo; ¡sin eso qué le importa ser o no ser! El futuro para él, es siempre nulo y la vida presente, la única cosa que le interesa y lo preocupa. Desde el punto de vista de sus consecuencias morales, esa doctrina es tan malsana, tan desesperante, tan excitante del egoísmo como el materialismo propiamente dicho.

6.— Por otro lado se puede hacer en este caso, la siguiente objeción; todas las gotas de agua sacadas del Océano se asemejan y tienen idénticas propiedades, como las partes de un mismo todo; ¿por qué las almas, si son procedentes del gran océano de la inteligencia universal, se asemejan tan poco? ¿Por qué el genio al lado de la estupidez? ¿Las más sublimes virtudes al lado de los vicios más vergonzosos? ¿La bondad, la dulzura, la mansedumbre al lado de la maldad, de la crueldad, de la barbarie? ¿Cómo las partes de un todo homogéneo pueden ser tan diferentes unas de las otras? ¿Se dirá que es la educación que las modifica? Pero, entonces, ¿de dónde vienen las cualidades innatas, las inteligencias precoces, los instintos buenos y malos, independientes de cualquier

educación y frecuentemente, tan poco en armonía con los medios en que ellos se desenvuelven?

La educación, sin duda alguna, modifica las cualidades intelectuales y morales del alma; pero aquí se presenta otra dificultad. ¿Quién da al alma la educación para hacerla progresar? Otras almas que, por su origen común, no deben ser más avanzadas. Por otra parte, el alma volviendo al Todo Universal de donde había salido, después de haber progresado durante la vida, lleva allí un elemento más perfecto; de donde se sigue que todo debe, con el tiempo, encontrarse profundamente modificado y mejorado. ¿Cómo ocurre que salgan de ahí, incesantemente, almas ignorantes y perversas?

7.— En esa doctrina, la fuente universal de inteligencia que provee las almas humanas es independiente de la Divinidad; no es precisamente el *panteísmo*. El *panteísmo*, propiamente dicho, difiere de ella porque considera el principio universal de vida y de inteligencia como constituyendo la Divinidad. Dios es, al mismo tiempo, Espíritu y materia; todos los seres, todos los cuerpos de la Naturaleza componen la Divinidad, de la cual son las moléculas y los elementos constitutivos; Dios es el conjunto de todas las inteligencias reunidas; cada individuo, siendo una parte del todo, él mismo es Dios; ningún ser superior e independiente comanda el conjunto; el Universo es una inmensa república sin jefe, o más bien donde cada uno es jefe con poder absoluto.

8.— A este sistema se pueden oponer numerosas objeciones, las principales son éstas; la Divinidad no pudiendo ser concebida sin el infinito de las perfecciones, se pregunta: ¿cómo un todo perfecto puede ser formado de partes tan imperfectas y teniendo necesidad de progresar? Estando cada parte sujeta a la ley del progreso, resulta de eso que el mismo Dios debe progresar; si progresa sin cesar debe haber sido, en el origen de los tiempos, muy imperfecto. ¿Cómo un ser imperfecto, formado de voluntades y de ideas tan divergentes, haya podido concebir las leyes tan armoniosas, tan admirables de unidad, de sabiduría y de previsión que rigen el Universo? Si todas las almas son porciones de la Divinidad, todas han contribuido con las leyes de la Naturaleza; ¿cómo ocurre que ellas murmuren, sin cesar, contra esas leyes, si son su obra? *Una*

teoría no puede ser aceptada como verdadera sino con la condición de satisfacer la razón y de rendir cuentas de todos los hechos que abarca; si un solo hecho viniere a darle un desmentido, es que no está en la verdad absoluta.

9.— Desde el punto de vista moral, las consecuencias son también bastante ilógicas. Es primero, para las almas, como en el sistema precedente, la absorción en un todo y la pérdida de la individualidad. Se admite, según la opinión de algunos panteístas, que ellas conservan su individualidad, Dios no tiene más voluntad única; es un compuesto de miríadas de voluntades divergentes. Aparte de eso, siendo cada alma parte integrante de la Divinidad, ninguna es dominada por una fuerza superior; en consecuencia, no incurre, en ninguna responsabilidad por sus actos buenos o malos; no tiene ningún interés en hacer el bien y puede hacer el mal con impunidad, puesto que domina soberanamente.

10.— Además de que esos sistemas no satisfacen ni la razón ni la aspiración del hombre, se tropiezan, como se ve, con insuperables dificultades, porque son impotentes para resolver todas las cuestiones que de hecho ellos suscitan. *El hombre tiene, así, tres alternativas: la nada, la absorción o la individualidad del alma antes y después de la muerte.* Es para esa última creencia que nos conduce, irresistiblemente, la lógica; es también la que ha sido el fundamento de todas las religiones desde que el mundo existe.

Si la lógica nos conduce a la individualidad del alma, nos lleva también a esta otra consecuencia: que la suerte de cada alma debe depender de sus cualidades personales, porque sería irracional admitir que el alma atrasada del salvaje y del hombre perverso estuviesen en el mismo nivel que la del sabio y del hombre de bien. Según la justicia, las almas deben tener la responsabilidad de sus actos; pero, para que sean responsables, es necesario que estén libres para escoger entre el bien y el mal; sin el libre arbitrio, hay fatalidad, y con la fatalidad no podría haber responsabilidad.

11.— Igualmente todas las religiones han admitido el principio de la suerte feliz o infeliz de las almas después de la muerte, o,

dicho de otro modo, de las penas y de los goces futuros que se resumen en la doctrina del cielo y del infierno, que se encuentra en todas partes. Pero, en lo que ellas difieren esencialmente, es sobre la naturaleza de esas penas y de esos goces y *sobretudo* sobre las condiciones que puedan merecer unas y otros. De ahí los puntos de fe contradictorios que dieron nacimiento a los diferentes cultos y los deberes particulares impuestos, por éstos, para honrar a Dios y por ese medio ganar el cielo y evitar el infierno.

12. – Todas las religiones han debido, en su origen, estar en relación con el grado de desarrollo moral e intelectual de los hombres; estos, muy materializados aún para comprender el mérito de las cosas puramente espirituales, han hecho consistir la mayor parte de los deberes religiosos en el cumplimiento de formas exteriores. Durante un tiempo, esas formas bastaron a su razón; más tarde, haciéndose luz en su Espíritu, sienten el vacío que las formas dejan atrás de sí, y si la religión no los satisfacen más, abandonan la religión y se vuelven filósofos.

13. – *Si la religión, apropiada en el principio a los conocimientos limitados de los hombres, siempre hubiese seguido el movimiento progresivo del espíritu humano, no habría incrédulos, porque está en la naturaleza del hombre tener la necesidad de creer, y él creerá si se le diere un alimento espiritual en armonía con sus necesidades intelectuales.* Él quiere saber de donde vino y para donde va; si se le muestra un objetivo que no responde ni a sus aspiraciones ni a la idea que él se hace de Dios, ni a los datos positivos que suministra la ciencia; además de eso, si se le imponen para alcanzarlo condiciones que su razón no le demuestra la utilidad, él repele todo; el materialismo y el panteísmo le parecen aún más racionales, porque en ellos se discute y razona; se razona falsamente, es verdad, pero aún a él le gusta más razonar falsamente que no razonar enteramente.

Pero que se le presente un porvenir en condiciones lógicas, dignas, en todo punto, de la grandeza, de la justicia y de la infinita bondad de Dios y él abandonará el materialismo y el panteísmo, de los cuales siente el vacío en su fuero íntimo, y que no lo había aceptado sino por la falta de cosa mejor. El Espiritismo da más,

porque acoge, con solicitud, a todos aquellos atormentados por la incertidumbre dolorosa de la duda y que no encuentran, ni en las creencias ni en las filosofías vulgares, lo que procuran; tienen para sí la lógica del raciocinio y la razón de los hechos y es por eso que lo combaten inútilmente.

14.– El hombre tiene, instintivamente, la creencia en el futuro; pero, no teniendo hasta hoy ninguna base cierta para definirlo, su imaginación produjo sistemas que condujeron a la diversidad en las creencias. No siendo la Doctrina Espírita sobre el futuro una obra de imaginación, más o menos ingeniosamente concebida, sino el resultado de la observación de hechos materiales que se desarrollan hoy bajo nuestros ojos, ella unirá, como ya lo hace ahora, las opiniones divergentes o superficiales, y conducirá poco a poco y por la fuerza de las cosas, a la unidad en la creencia sobre ese punto, creencia que no estará ya basada sobre una hipótesis, sino sobre una certeza. *La unificación, hecha en lo que concierne a la suerte futura de las almas, será el primer punto de aproximación entre los diferentes cultos, un paso inmenso hacia la tolerancia religiosa primero y más tarde, hacia la fusión.*

CAPÍTULO II

TEMOR A LA MUERTE

Causas del temor a la muerte. – Porque los espíritas no temen a la muerte.

CAUSAS DEL TEMOR A LA MUERTE

1. – El hombre, a cualquier grado de la escala a que pertenezca, desde el estado salvaje, tiene el sentimiento innato del futuro; su intuición le dice que la muerte no es la última palabra de la existencia y aquellos que lloramos no están perdidos para siempre. La creencia en el futuro es intuitiva e infinitamente más generalizada que la de la nada. ¿A que se debe, pues, que, entre los que creen en la inmortalidad del alma, se encuentre aún tanto apego a las cosas de la Tierra y un temor tan grande a la muerte?

2. – El temor a la muerte es un efecto de la sabiduría de la Providencia y una consecuencia del instinto de conservación, común a todos los seres vivos. Es necesario mientras el hombre no esté bastante esclarecido sobre las condiciones de la vida futura, como contrapeso a la propensión que, sin ese freno, lo llevaría a dejar prematuramente la vida terrestre y a descuidar el trabajo, en este mundo que debe servir a su evolución.

Es por eso que, entre los pueblos primitivos, el futuro era tan solo una vaga intuición, más tarde, una simple esperanza, más tarde, en fin, una certeza, pero aún contrabalanceada por un secreto apego a la vida corporal.

3. – En la medida que el hombre comprende mejor la vida

futura, el miedo a la muerte disminuye; pero, al mismo tiempo, comprendiendo mejor su misión en la Tierra, espera su fin con más calma, resignación y sin miedo. La certeza de la vida futura imprime otro curso a sus ideas, otro objetivo a sus trabajos; antes de tener esa certeza no trabaja sino para la vida actual; con esa certeza trabaja con la vista en el futuro sin descuidar el presente, porque sabe que su futuro depende de la dirección, más o menos buena que dé al presente. La certeza de encontrar a sus amigos después de la muerte, de continuar las relaciones que tuvo sobre la Tierra, *de no perder el fruto de ningún trabajo*, de crecer, sin cesar, en inteligencia y en perfección, le da la paciencia de esperar y el coraje de soportar las fatigas momentáneas de la vida terrestre. La solidaridad que ve establecerse entre los muertos y los vivos, le hace comprender aquella que debe existir entre los vivos; la fraternidad, desde entonces, tiene su razón de ser y la caridad un objetivo, en el presente y en el futuro.

4. – Para liberarse de los temores de la muerte es necesario poder encararla bajo su verdadero punto de vista, quiere decir, penetrar, con el pensamiento, en el mundo espiritual y hacerse de él una idea lo más exacta posible, lo que denota, en el Espíritu encarnado, un cierto desenvolvimiento y una cierta aptitud para desligarse de la materia. Entre los que no están suficientemente avanzados, la vida material domina aún, sobre la vida espiritual.

El hombre, apegándose a lo exterior, solo ve la vida en el cuerpo, mientras que la vida real está en el alma; estando el cuerpo privado de la vida, a sus ojos todo está perdido y se desespera. Si, en lugar de concentrar su pensamiento sobre el vestido exterior, lo fijase en la fuente misma de la vida: para el alma que es un ser real sobreviviente a todo, lamentaría menos el cuerpo, origen de tantas miserias y dolores; pero, para eso, es necesario una fuerza que el Espíritu solo adquiere con la madurez.

El temor a la muerte procede, pues, de la insuficiencia de nociones sobre la vida futura; pero denota la necesidad de vivir y el miedo de que la destrucción del cuerpo sea el fin de todo; está así provocado por el secreto deseo de la supervivencia del alma, velado aún por la incertidumbre.

El temor se debilita en la medida que la certeza se forma y desaparece cuando la certidumbre es completa.

He aquí el lado providencial de la cuestión. Fue prudente no deslumbrar al hombre, cuya razón no era todavía bastante fuerte para soportar la perspectiva, muy positiva y muy seductora, de un futuro que lo haría descuidar el presente, necesario para su desarrollo material e intelectual.

5. – Ese estado de cosas es mantenido y prolongado por causas puramente humanas que desaparecerán con el progreso. La primera, es el aspecto bajo el cual es presentada la vida futura, aspecto que podría bastar a las inteligencias poco avanzadas, pero que no podría satisfacer las exigencias de la razón de los hombres que reflexionan. Entonces, dicen, si se nos presentan como verdades absolutas principios puestos en duda por la lógica y los datos positivos de la ciencia, es porque no son verdades. De ahí, la incredulidad entre algunos, y entre un gran número una creencia mezclada de dudas. La vida futura es para ellos, una idea vaga, una probabilidad antes que una certidumbre absoluta; creen en ella, quisieran que así fuese y, a pesar suyo, dicen: sin embargo ¡ay si no fuese así! El presente es positivo, ocupémonos de él primero; el futuro vendrá por añadidura.

Además, dicen aún, en definitiva ¿qué es el alma? ¿Es un punto, un átomo, una centella, una llama? ¿Cómo se siente? ¿Cómo ve? ¿Cómo percibe? El alma para ellos no es una realidad efectiva: es una abstracción. Los seres que le son queridos, reducidos al estado de átomos, en su pensamiento, están, por así decirlo, perdidos para ellos y no tienen a sus ojos, las cualidades que los hicieron amarlos; no comprenden ni el amor de una centella, ni aquel que se puede tener por ella y ellos mismos quedan mediocrementemente satisfechos de ser transformados en mónadas. De ahí el retorno al positivismo de la vida terrestre que tiene algo de sustancial. El número de aquéllos que están dominados por esos pensamientos es considerable.

6. – Otra razón que une a las cosas de la Tierra a aquéllos mismos que creen más firmemente, en la vida futura, se relaciona

con la impresión que conservan de la enseñanza que les fue dada desde la infancia.

El cuadro que de ella hace la religión, no es – es preciso convenirlo – ni muy seductor ni muy consolador. De un lado se ven allí las contorciones de los condenados a penas eternas que expían, en las torturas y en las llamas sin fin, sus errores de un momento; para quienes los siglos suceden a los siglos sin esperanza de alivio o de piedad; y, lo que es más implacable aún, para quienes el arrepentimiento no tiene eficacia. En otro lado, las almas lánguidas y atormentadas del purgatorio, esperando su liberación en la buena voluntad de los vivos que oran o hagan orar por ellas y no de sus esfuerzos para progresar. Esas dos categorías componen la inmensa mayoría de la población del otro mundo. Por encima de este plano el muy restringido de los electos, gozando, durante la eternidad, de una beatitud contemplativa. Esa eterna inutilidad, preferible, sin duda, a la nada, no es menos que una fastidiosa monotonía. También se ven, en las pinturas que retratan a los bienaventurados, figuras angelicales, pero que respiran antes el tedio que la verdadera felicidad.

Ese estado, no satisface ni las aspiraciones ni la idea instintiva del progreso que solo parece compatible con la felicidad absoluta. Mal se puede concebir que el salvaje ignorante, de sentido moral obtuso, por el único hecho de haber recibido el bautismo, esté en el mismo nivel de aquél que llegó al más alto grado de la ciencia y de la moralidad práctica, después de largos años de trabajo. Es aún menos concebible que el niño muerto en tierna edad, antes de tener la conciencia de sí mismo y de sus actos, goce de los mismos privilegios, por el único hecho de una ceremonia en la cual su voluntad no tiene ninguna participación. Estos pensamientos no dejan de agitar a los más fervorosos, por poco que reflexionen.

7. – El trabajo progresivo que se cumple en la Tierra, no siendo nada para la dicha futura, la facilidad con la cual ellos creen adquirir esa dicha por medio de algunas prácticas exteriores, la posibilidad misma de comprarla a precio de dinero, sin reforma seria del carácter y de los hábitos, dejan a los goces mundanos todo su valor. Más de un creyente se dice, en su fuero íntimo: puesto que

su futuro está asegurado por el cumplimiento de ciertas fórmulas, o por dones póstumos que no lo privan de nada, sería superfluo imponerse sacrificios o cualquier constreñimiento en provecho de otro, desde que se puede llegar a la salvación trabajando cada uno por sí.

Seguramente, tal no es el pensamiento de todos, porque hay grandes y bellas excepciones; pero no se puede disimular que esta no sea la más numerosa, sobre todo de las masas poco esclarecidas, y que la idea que se hace de las condiciones para ser feliz en el otro mundo no mantenga el apego a los bienes de este y, como consecuencia, el egoísmo.

8. – Añadamos, a eso, que todo contribuye en los hábitos para hacer lamentar la vida terrestre y temer el tránsito de la Tierra para el cielo. La muerte está rodeada de ceremonias lúgubres que aterrorizan más de lo que provocan esperanza. Si se representa la muerte, es siempre bajo el aspecto repulsivo y jamás como un sueño de transición; todos esos emblemas recuerdan la destrucción del cuerpo, mostrándolo horrendo y descarnado; ninguno simboliza a el alma librándose radiante de sus lazos terrestres. La partida para este mundo más feliz, está acompañada de lamentaciones de los sobrevivientes, como si aconteciese la mayor desdicha a aquéllos que se van; se les dice un eterno adiós, como si jamás se debiese verlos; lo que se lamenta por ellos, son los goces de este mundo, como si no debiesen encontrarlos mayores. ¡Qué desgracia – se dice – en morir cuando se está joven, rico, feliz y que se tiene, ante sí, un futuro brillante! La idea de una situación más feliz aflora con dificultad en el pensamiento, porque no tiene raíces allí. Todo concurre, pues, a inspirar el frío de la muerte en lugar de hacer nacer esperanza. El hombre tendrá mucho tiempo, sin duda, para deshacerse de sus prejuicios, pero a eso llegará en la medida en que su fe se afirme, que se haga una idea más sana de la vida espiritual.

9. – Por otro lado, la creencia vulgar coloca las almas en regiones inaccesibles al pensamiento, donde se vuelven, de alguna forma, extrañas a los sobrevivientes; la Iglesia misma coloca, entre ellas y estos últimos, una barrera insuperable: ella declara que toda

relación está rota, toda comunicación es imposible. Si están en el infierno, la esperanza de volverlas a ver está perdida para siempre, a menos que se vaya para allá uno mismo; si están entre los elegidos, están completamente absortas en la beatitud contemplativa. Todo eso coloca entre los muertos y los vivos una distancia tal, que se considera la separación como eterna; por eso se prefiere aún, ver junto a sí, sufriendo en la Tierra, a los seres que se ama, que verlos partir, aunque sea para el cielo. Además, el alma que está en el cielo, ¿es realmente feliz al ver, por ejemplo *a su hijo, su padre, su madre o sus amigos*, quemarse eternamente?

POR QUÉ LOS ESPÍRITAS NO TEMEN A LA MUERTE

10. – La Doctrina Espírita cambia enteramente la manera de encarar el futuro. La vida futura no es ya una hipótesis, sino una realidad; el estado de las almas después de la muerte no es ya un sistema, sino el resultado de la observación. El velo fue levantado; el mundo espiritual nos aparece en toda su realidad práctica; no son los hombres quienes lo descubren por el esfuerzo de una concepción ingeniosa, son los mismos habitantes de ese mundo que nos vienen a describir su situación; nosotros los vemos ahí en todos los grados de la escala espiritual, en todas las fases de felicidad y de infelicidad; asistimos a todas las peripecias de la vida más allá del túmulo. Ahí está, para los espíritas, la causa de la calma con la cual encaran la muerte de la serenidad de sus últimos instantes en la Tierra. Lo que los sustenta, no es solamente la esperanza, es la certeza; saben que la vida futura es la continuación de la vida presente en mejores condiciones y la esperan con la misma confianza que esperan la salida del Sol después de una noche de tempestad. Los motivos de esa confianza están en los hechos de los cuales son testigos y en la concordancia de esos hechos con la lógica, la justicia y la bondad de Dios, y las aspiraciones íntimas del hombre.

Para los espíritas, el alma no es más una abstracción; tiene un cuerpo etéreo que hace de ella un ser definido, que el pensamiento abarca y concibe; ya es mucho para fijar las ideas sobre su individualidad, sus aptitudes y sus percepciones. El recuerdo de aquéllos que nos son queridos reposa sobre algo real. No se los

representa más como llamas fugitivas que no recuerdan nada al pensamiento, sino bajo una forma concreta que nos los muestran mejores como seres vivos. Después, en lugar de estar perdidos en las profundidades del espacio, ellos están a nuestro alrededor; el mundo corporal y el mundo espiritual están en perpetuas relaciones y se asisten mutuamente. No siendo más permitida la duda sobre el futuro, el temor a la muerte no tiene más razón de ser; se la ve llegar con sangre fría, como una liberación, como la puerta de la vida y no como la puerta de la nada.

CAPITULO III

EL CIELO

1. – La palabra *cielo* se aplica, en general, al espacio indefinido que circunda la Tierra y más particularmente a la parte que está por encima nuestro horizonte; ella viene del latín *coelum*, formado del griego *coilos*, hueco, cóncavo, porque el cielo parece, a los ojos, como una inmensa concavidad. Los Antiguos creían en la existencia de varios cielos superpuestos, compuestos de materia sólida y transparente, formando esferas concéntricas de las cuales la Tierra era el centro. Estas esferas, girando alrededor de la Tierra, arrastraban consigo a los astros que se encontrasen en su circuito.

Esa idea, que procedía de la insuficiencia de conocimientos astronómicos, fue la de todas las teogonías que hicieron de los cielos, escalonados así, los diversos grados de beatitud; el último era la morada de la suprema felicidad. Según la opinión más común, había siete de ellos; de ahí la expresión: *Estar en el séptimo cielo*, para expresar una felicidad perfecta. Los Musulmanes admiten nueve de ellos, en cada uno de los cuales aumenta la felicidad de los creyentes. El astrónomo Ptolomeo (1) contó once, de los cuales el último era llamado Empíreo (2) a causa de la ofuscante luz que reina allí. Es aún hoy el nombre poético dado al lugar de la gloria eterna. La teología cristiana reconoce tres cielos; el primero es el de la región del aire y de las nubes; el segundo es el espacio donde se mueven los astros y el tercero, más allá de la región de los astros,

(1) Ptolomeo vivió en Alejandría, Egipto, en el segundo siglo de la Era Cristiana.

(2) Del griego, *pur* o *pyr*, fuego.

es la morada de lo Más Alto, la región de los elegidos que contemplan a Dios cara a cara. Es según esta creencia, que se dice que San Pablo fue elevado al tercer cielo.

2. – Las diferentes doctrinas concernientes a la morada de los bienaventurados reposan todas sobre el doble error de que la Tierra es el centro del Universo y que la región de los astros es limitada. Es más allá de ese límite imaginario que todos colocaron la región afortunada y la morada del Todopoderoso. ¡Singular anomalía que coloca al autor de todas las cosas, aquél que las gobierna todas, en los confines de la creación, en el lugar del centro de donde la irradiación de su pensamiento pudiese extenderse a todos!

3. – La ciencia, con la inexorable lógica de los hechos y de la observación, llevó su luz hasta la profundidad del espacio y mostró la nulidad de esas teorías. La Tierra no es más el eje del Universo, sino, uno de los menores astros girando en la inmensidad; el mismo Sol no es sino el centro de un torbellino planetario; las estrellas son innumerables soles alrededor de los cuales circulan innumerables mundos separados por distancias difícilmente accesibles al pensamiento, aún cuando nos parezca que se tocan. En ese conjunto, regido por leyes eternas, donde se revela la sabiduría y el poder del Creador, la Tierra aparece como un punto imperceptible y uno de los menos favorecidos para la habitabilidad. Desde entonces, se pregunta ¿por qué Dios habría hecho de ella la única sede de la vida y habría relegado ahí a sus criaturas predilectas? Todo, por el contrario, anuncia que la vida está por todas partes, que la Humanidad es infinita como el Universo. La ciencia revelándonos mundos semejantes a la Tierra, Dios no podría haberlos creado sin objetivo; debe haberlos poblado de seres capaces de gobernarlos.

4. – Las ideas del hombre están en razón de lo que sabe; como todos los descubrimientos importantes, el de la constitución de los mundos debió darles otro curso. Bajo el imperio de esos nuevos conocimientos, las creencias debieron modificarse, el cielo fue dislocado; la región de las estrellas no teniendo límites, no puede ya servir para él. ¿Dónde está? Ante esa pregunta, todas las religiones permanecen mudas.

El Espiritismo vino a resolverla demostrando el verdadero

destino del hombre. La naturaleza de este último y los atributos de Dios siendo tomados como punto de partida, se llega a la conclusión; quiere decir, que partiendo de lo conocido se llega a lo desconocido por una deducción lógica sin hablar de las observaciones directas que el Espiritismo permite hacer.

5. – El hombre está compuesto de cuerpo y de Espíritu; el Espíritu es el ser principal, el ser de la razón, el ser inteligente; el cuerpo es el envoltorio material que reviste, temporalmente, al Espíritu para el cumplimiento de su misión en la Tierra y la ejecución del trabajo necesario para su evolución. El cuerpo usado, se destruye y el Espíritu sobrevive a su destrucción. Sin el Espíritu, el cuerpo tan solo es materia inerte, como un instrumento privado del brazo que lo hace actuar; sin el cuerpo, el Espíritu es todo: la vida y la inteligencia. Dejando el cuerpo, vuelve al mundo espiritual del cual había salido para encarnarse.

Hay, pues, el *mundo corporal*, compuesto de Espíritus encarnados y el *mundo espiritual*, compuesto de Espíritus desencarnados. Los seres del mundo corporal, por el propio hecho de su envoltorio material, están ligados a la Tierra o a cualquier globo; el mundo espiritual está por todas partes, a nuestro alrededor y en el espacio; ningún límite le está señalado. En razón de la naturaleza fluídica de su envoltorio, los seres que lo componen, en lugar de arrastrarse penosamente sobre el suelo, vencen distancias con la rapidez del pensamiento. La muerte del cuerpo es la ruptura de los lazos que los mantienen cautivos.

6. – Los Espíritus son creados simples e ignorantes, pero con la aptitud de adquirirlo todo y progresar, en virtud de su libre arbitrio. Por el progreso, adquieren nuevos conocimientos, nuevas facultades, nuevas percepciones y, por consiguiente, nuevos gozos desconocidos a los Espíritus inferiores; ellos ven, oyen, sienten y comprenden lo que los Espíritus atrasados no pueden ni ver, ni oír, ni sentir, ni comprender. *La felicidad está en razón del progreso alcanzado; de tal forma que, de dos Espíritus, uno puede no ser tan feliz como el otro, únicamente porque no es tan avanzado intelectual y moralmente, sin que tengan necesidad de estar cada uno, en lugar distinto.* Aun estando uno al lado del otro, uno puede estar en tinieblas, mientras todo es resplandeciente alrededor del otro,

absolutamente como para un ciego y un vidente que se dan la mano; uno percibe la luz, que no hace ninguna impresión sobre su vecino. *La felicidad de los Espíritus siendo inherente a las cualidades que poseen, la toman en todas partes donde la encuentran, en la superficie de la Tierra, en medio de los encarnados o en el espacio.*

Una comparación vulgar hará comprender mejor esta situación. Si, en un concierto, se encuentran dos hombres, uno buen músico, de oído experimentado, otro sin conocimiento de la música y con sentido de audición poco delicado, el primero siente una sensación de felicidad, mientras que el segundo permanece insensible, porque uno comprende y percibe lo que no causa ninguna impresión sobre el otro. Así ocurre con todos los goces de los Espíritus que están en razón de su aptitud de sentirlos. *El mundo espiritual tiene, por todas partes, esplendores, armonías y sensaciones que los Espíritus inferiores, aún sometidos a la influencia de la materia, nada vislumbran, pues no son accesibles sino a los Espíritus depurados.*

7. – El progreso, entre los Espíritus, es el fruto de su propio trabajo; pero, como son libres, trabajan para su evolución con mayor o menor actividad o negligencia, según su voluntad; así ellos apresuran o retardan su progreso y, en consecuencia, su felicidad. Al paso que unos avanzan rápidamente, otros se estancan, largos siglos, en las fajas inferiores. Son, pues, los propios artífices de su situación, feliz o infeliz, según estas palabras de Cristo: “¡A cada uno según sus obras!” Todo Espíritu que permanece en atraso no puede culpar de eso sino a sí mismo, del mismo modo que aquel que avanza, tiene todo el mérito; la felicidad que conquistó, no tiene precio a sus ojos.

La felicidad suprema no es atributo sino de los Espíritus perfectos, dicho de otro modo, de los Espíritus puros. Ellos solo la alcanzan después de haber progresado en inteligencia y en moralidad. El progreso intelectual y el progreso moral raramente marchan a la par; pero lo que el Espíritu no hace en un tiempo, lo hará en otro, de manera que los dos progresos acaban por alcanzar el mismo nivel. Esa es la razón por la cual se ven, frecuentemente, hombres inteligentes e instruidos poco avanzados moralmente y viceversa.

8. – La encarnación es necesaria al doble progreso, moral e intelectual, del Espíritu: al progreso intelectual, por la actividad que está obligado a desarrollar en el trabajo; al progreso moral, por la necesidad que los hombres tienen unos de los otros. *La vida social es la piedra de toque de las buenas y de las malas cualidades.* La bondad, la maldad, la dulzura, la violencia, la benevolencia, la caridad, el egoísmo, la avaricia, el orgullo, la humildad, la sinceridad, la franqueza, la lealtad, la mala fe, la hipocresía, en una palabra, todo lo que constituye el hombre de bien o el hombre perverso, tiene por móvil, por objetivo y por estímulo las relaciones del hombre con sus semejantes. *Para el hombre que viviese solo, no habría ni vicios ni virtudes: si, por el aislamiento, se preserva del mal, anula el bien.*

9. – Una sola existencia corporal es manifiestamente insuficiente para que el Espíritu pueda adquirir todo lo que le falta en bien, y deshacerse de todo lo que hay de malo en él. El salvaje, por ejemplo, ¿podría, en una sola encarnación, alcanzar el nivel moral e intelectual del europeo, más avanzado? Eso es materialmente imposible. ¿Debe, pues, permanecer eternamente en la ignorancia y en la barbarie, privado de los goces que solo el desenvolvimiento de las facultades puede proporcionar? El simple buen sentido rechaza tal suposición, que sería, al mismo tiempo, la negación de la justicia y de la bondad de Dios y de la ley progresiva de la Naturaleza. Por eso Dios, que es soberanamente justo y bueno, concede al Espíritu del hombre tantas existencias como sean necesarias para alcanzar el objetivo, que es la perfección.

En cada nueva existencia, el Espíritu lleva lo que adquirió, en las precedentes, en aptitudes, en conocimientos intuitivos, en inteligencia y en moralidad. Cada existencia es, así, un paso adelante en el camino del progreso. (1)

La encarnación es inherente a la inferioridad de los Espíritus; no es más necesaria a los que le traspasaron el límite y que progresan en el estado espiritual, o en las existencias corporales de mundos superiores que no tienen nada más de la materialidad terrestre. De parte de estos, es voluntaria, con el objeto de ejercer,

(1) Véase el Capítulo I, Número 3, nota 1.

sobre los encarnados, una acción más directa para el cumplimiento de la misión de la cual están encargados junto a ellos. Aceptan las vicisitudes y los sufrimientos por devoción.

10. – En el intervalo de las existencias corporales, el Espíritu entra, por un tiempo más o menos largo, en el mundo espiritual, donde es feliz o infeliz, según el bien o el mal que haya hecho. El estado espiritual es el estado normal del Espíritu, puesto que ese debe ser su estado definitivo, y el cuerpo espiritual no muere; el estado corporal es transitorio y pasajero. Es en el estado espiritual, sobre todo, que recoge los frutos del progreso realizado por su trabajo en la encarnación; es, entonces, también, que se prepara para nuevas luchas y toma las resoluciones que procurará poner en práctica en su retorno a la Humanidad.

El Espíritu progresa igualmente en la erraticidad; allí adquiere conocimientos especiales que no podría adquirir sobre la Tierra; sus ideas se modifican. El estado corporal y el estado espiritual son, para él, la fuente de dos géneros de progreso solidarios uno con el otro; por eso pasa alternativamente por esos dos modos de existencias.

11. – La reencarnación puede ocurrir en la Tierra o en otros mundos. Entre los mundos, los hay más avanzados, unos que otros, donde la existencia se cumple en condiciones menos penosas que en la Tierra, física y moralmente, pero donde solo son admitidos espíritus llegados a cierto grado de perfección con relación al estado de esos mundos.

La vida, en los mundos superiores, ya es una recompensa, porque allí se está preservado de los males y de las vicisitudes de las cuales se es blanco en este mundo. Los cuerpos, menos materiales, casi fluídicos, no están sujetos ni a las dolencias, ni a las enfermedades, ni a las mismas necesidades. Estando excluidos de ellos los malos Espíritus, los hombres viven en paz, sin otros cuidados que el de su evolución por el trabajo de la inteligencia. En ellos reina la verdadera fraternidad, porque no hay egoísmo; la verdadera igualdad, porque no hay orgullo; la verdadera libertad, porque no hay desorden que reprimir, ni ambiciosos procurando oprimir al débil. Comparados a la Tierra, esos mundos son verdaderos

paraísos; son las etapas del camino del progreso que conduce al estado definitivo. Siendo la Tierra un mundo inferior, destinado a la depuración de Espíritus imperfectos, esa es la razón por la cual el mal domina en ella, hasta que plazca a Dios hacer de ella morada de Espíritus más avanzados. Es así que el Espíritu, progresando gradualmente, a medida que se desarrolla, llega al apogeo de la felicidad; pero, antes de haber alcanzado el punto culminante de la perfección, goza de una felicidad relativa a su progreso. Como el niño, siente las alegrías de la primera edad, más tarde las de la juventud y finalmente, las más sólidas de la edad madura.

12. – La felicidad de los Espíritus bienaventurados no consiste en la ociosidad contemplativa, que sería, como frecuentemente se ha dicho, una eterna y fastidiosa inutilidad. La vida espiritual, en todos los grados, es, al contrario, una constante actividad, pero una actividad exenta de fatigas. La suprema felicidad consiste en el goce de todos los esplendores de la creación, que ningún lenguaje humano sabría describir, que la más fecunda imaginación no podría concebir; en el conocimiento y en la penetración de todas las cosas; en la ausencia de toda pena física y moral; en una satisfacción íntima, una serenidad del alma que nada altera; en el amor puro que une a todos los seres, como resultado de la ausencia de toda ofensa por el contacto de los malos y, por encima de todo, en la visión de Dios y en la comprensión de sus misterios revelados a los más dignos. Está también en las funciones de las cuales se está feliz por ser encargado de ellas. Los Espíritus puros son los Mesías o mensajeros de Dios para la transmisión y ejecución de sus voluntades; cumplen las grandes misiones, presiden la formación de los mundos y la armonía general del Universo, responsabilidad gloriosa a la cual solo se llega por la perfección. Los de orden más elevado son los únicos iniciados en los secretos de Dios, inspirándose de su pensamiento, del cual son los representantes directos.

13. – Las atribuciones de los Espíritus son proporcionales a su adelantamiento, a las luces que poseen, a sus capacidades, a su experiencia y al grado de confianza que inspiran al soberano Maestro. Allí, nada de privilegios, nada de favores que no sean el precio del mérito: todo es medido al peso de la más estricta justicia.

Las misiones más importantes, solo son confiadas a aquéllos que Dios sabe apropiados para cumplirlas, e incapaces de fallar en ellas o de comprometerlas. Mientras que, bajo la mirada de Dios, los más dignos componen el consejo supremo, a los jefes superiores es atribuida la dirección de los torbellinos planetarios; a otros es conferida la de los mundos especiales; vienen enseguida, en el orden de adelantamiento y subordinación jerárquica, las atribuciones más restringidas de aquellos que son encargados en la marcha de los pueblos, de la protección de las familias y de los individuos, en el impulso a cada rama del progreso, en las diversas operaciones de la Naturaleza, hasta en los más ínfimos detalles de la creación. En ese vasto y armonioso conjunto, hay ocupaciones para todas las capacidades, todas las aptitudes, todas las buenas voluntades; ocupaciones aceptadas con alegría, solicitadas con ardor, porque son un medio de adelantamiento para los Espíritus que aspiran a elevarse.

14. – Al lado de las grandes misiones, confiadas a los Espíritus superiores, hay las de todos los grados de importancia, distribuidas a los Espíritus de todos los órdenes; de donde se puede decir que cada encarnado tiene la suya, quiere decir, deberes a cumplir, para el bien de sus semejantes, desde el padre de familia a quien incumbe el cuidado de hacer progresar a sus hijos, hasta el hombre de genio que lanza en la sociedad nuevos elementos de progreso. Es en esas misiones secundarias que, frecuentemente, se encuentran flaquezas, prevaricaciones, renunciaciones, pero que no perjudican sino al individuo y no al conjunto.

15. – Todas las inteligencias concurren, pues, a la obra general, en cualquier grado que hayan llegado, y cada una en la medida de sus fuerzas; unas en estado de encarnación, otras en estado de Espíritu. Por todas partes la actividad, desde la base hasta lo alto de la escala, todas instruyéndose, ayudándose entre sí, prestando un apoyo mutuo, extendiéndose la mano para alcanzar el grado supremo.

Así se establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal, o sea, entre los hombres y los Espíritus, entre los Espíritus libres y los Espíritus cautivos. Así se perpetúan y se

consolidan, por la depuración y por la continuidad de las relaciones, las simpatías verdaderas y los afectos santos.

Pues, por todas partes hay vida y movimiento; no existe un rincón del Infinito que no esté poblado; una región que no sea incesantemente recorrida por innumerables legiones de seres radiantes, invisibles para los sentidos groseros de los encarnados, pero donde la visión arrebatada de admiración a las almas libertas de la materia. En fin, por todas partes, hay felicidad relativa para todos los progresos, para todos los deberes cumplidos, cada uno carga en sí mismo los elementos de su felicidad, en razón de la categoría donde lo coloca su grado de adelantamiento.

La felicidad radica en las propias cualidades de los individuos y no al estado material del medio donde se encuentren; así es, pues, por todas partes donde hayan Espíritus capaces de ser felices; ningún lugar circunscrito les está señalado en el Universo. En cualquier lugar que se encuentren, los Espíritus puros pueden contemplar la majestad divina porque Dios está en todas partes.

16. – Entre tanto, la felicidad no es personal; si solo se la poseyese en sí mismo, si no se la pudiese compartir con los demás, sería egoísta y triste; por eso, está en la comunión de pensamientos que une a los seres simpáticos. Los Espíritus felices, atraídos unos hacia los otros por la semejanza de ideas, de gustos, de sentimientos, forman amplios grupos o familias homogéneas, en el seno de las cuales cada individualidad irradia sus propias cualidades, y se penetra de los efluvios serenos y benéficos que emanan del conjunto, cuyos miembros bien se dispersan para ocuparse de sus misiones, bien se reúnen en un punto cualquiera del espacio para dar a conocer el resultado de sus trabajos, bien se juntan alrededor de un Espíritu, de un orden más elevado para recibir sus consejos y sus instrucciones.

17. – Aunque los Espíritus estén por todas partes, los mundos son las sedes donde ellos se reúnen, con preferencia, en razón de la analogía que existe entre ellos y aquéllos que los habitan. Alrededor de los mundos avanzados afluyen los Espíritus superiores; alrededor de los mundos atrasados, pululan los Espíritus inferiores. La Tierra es aún uno de estos últimos. Cada globo, tiene, pues, de alguna forma, su propia población de Espíritus encarnados y desencarnados,

que se alimenta, en su mayor parte por la encarnación y la desencarnación de los mismos Espíritus. Esa población es más estable en los mundos inferiores, donde los Espíritus son más apegados a la materia, y más fluctuante en los mundos superiores. Pero, de los mundos, focos de luz y de felicidad, los Espíritus pasan hacia mundos inferiores, para sembrar allí los gérmenes del progreso, y llevar el consuelo y la esperanza, erguir los ánimos abatidos por las pruebas de la vida, y a veces, se encarnan allí para cumplir su misión con mayor eficacia.

18. – En esa inmensidad sin límites ¿dónde, pues, está el cielo? Está por todas partes; nada lo cerca ni le sirve de límites; los mundos felices son las últimas estaciones que conducen a él; las virtudes le franquean el camino, los vicios le cierran el acceso.

Al lado de este cuadro grandioso que puebla todos los rincones del Universo, que da a todos los objetos de la creación una finalidad y una razón de ser, ¿cómo es pequeña y mezquina la doctrina que circunscribe la Humanidad en un imperceptible punto del espacio, que nos la muestra comenzando en un instante dado para acabar, igualmente, un día, con el mundo que la carga, no abarcando, así, sino un minuto en la eternidad! ¡Como es triste, fría y glacial, cuando nos muestra el resto del Universo antes, durante y después de la Humanidad terrestre, sin vida, sin movimiento, como un inmenso desierto sumergido en el silencio! ¡Cuán desconsoladora es, por la pintura que hace de un pequeño número de elegidos consagrados a la contemplación perpetua, mientras que la mayoría de las criaturas está condenada a sufrimientos sin fin! ¡Cuán dolorosa es, para los corazones que aman, por la barrera que coloca entre los muertos y los vivos! Las almas felices – se dice – no piensan sino en su felicidad; las que son infelices, en sus dolores. ¿Es de admirar que el egoísmo domine sobre la Tierra, cuando se lo muestra en el cielo? ¡Cuán estrecha es entonces, la idea que ella da de la grandeza, el poder y la bondad de Dios!

¡Cuán sublime es, al contrario, la que de ella da el Espiritismo! ¡Cuán engrandece su doctrina las ideas, y ensancha el pensamiento! Mas ¿quién nos dice que ella es verdadera? La razón primero, la revelación enseguida, después su concordancia con el progreso de la ciencia. Entre dos doctrinas, donde una disminuye y

la otra extiende los atributos de Dios; donde una está en desacuerdo y la otra en armonía con el progreso; donde una permanece en la retaguardia y la otra camina adelante, el buen sentido nos dice de cual lado está la verdad. Que, en presencia de las dos, cada uno, en su fuero interior interrogue sus aspiraciones, y una voz íntima le responderá. Las aspiraciones son la voz de Dios, que no puede engañar a los hombres.

19. – Pero entonces, ¿por qué Dios, desde el principio no les reveló toda la verdad? Por la misma razón que no se enseña a la infancia lo que se enseña a la edad madura. La revelación restringida era suficiente durante un cierto periodo de la Humanidad: Dios la proporciona a las fuerzas del Espíritu. Aquéllos que reciben, hoy, una revelación más completa, *son los mismos Espíritus*, que ya recibieron una parcial en otros tiempos, pero que desde entonces han crecido en inteligencia.

Antes que la ciencia hubiese revelado a los hombres las fuerzas vivas de la Naturaleza, la constitución de los astros, su verdadero papel y la formación de la Tierra, ¿habrían comprendido la inmensidad del espacio, la pluralidad de los mundos? Antes que la geología hubiese probado la formación de la Tierra, ¿habrían podido desalojar al infierno de su seno y comprender el sentido alegórico de los seis días de la creación? Antes que la astronomía hubiese descubierto las leyes que rigen el Universo, ¿habrían podido comprender que no hay ni alto ni bajo en el espacio, y que el cielo no está encima de las nubes, ni limitado por las estrellas? Antes del progreso de la ciencia psicológica, ¿habrían podido identificarse con la vida espiritual? Concebir, después de la muerte, una vida feliz o infeliz, de otra manera que en un lugar circunscrito y bajo una forma material? No; comprendiendo más por el sentido que por el pensamiento, el Universo era muy grande para su cerebro; sería necesario reducirlo a proporciones menos extensas para colocarlo a su punto de vista, salvo para ampliarlo más adelante. Una revelación parcial tenía su utilidad; era sabia entonces y es insuficiente hoy. El error está en aquéllos que, no teniendo en cuenta el progreso de las ideas, creen poder gobernar a los hombres maduros con las andaderas de la infancia. (Ver *El Evangelio Según el Espiritismo*, Cap. III.)

CAPÍTULO IV

EL INFIERNO

Intuición de las penas futuras.– El infierno cristiano imitación del infierno pagano.– Los Limbos.– Cuadro del infierno pagano.– Cuadro del infierno cristiano.

INTUICIÓN DE LAS PENAS FUTURAS

1. – En todos los tiempos, el hombre creyó, por intuición, que la vida futura debería ser feliz o infeliz, en razón del bien o del mal que se hace en este mundo; tan solo la idea que se hace de ello está en relación con el desarrollo de su sentido moral y las nociones, más o menos justas, que tiene del bien y del mal; las penas y las recompensas son el reflejo de sus instintos predominantes. Así es que, los pueblos guerreros, colocan su suprema felicidad en las honras prestadas a la bravura; los pueblos cazadores, en la abundancia de la caza; los pueblos sensuales, en las delicias de la voluptuosidad. Mientras el hombre está dominado por la materia, solo puede comprender imperfectamente la espiritualidad, y es por eso que hace, de las penas y de los goces futuros, un cuadro más material que espiritual; él imagina que se debe beber y comer en el otro mundo, mucho mejor que en la Tierra, y de mejores cosas (1). Más tarde, se encuentra en las creencias acerca del futuro, una mezcla de espiritualidad y de materialidad; es así que, al lado de la beatitud contemplativa, coloca el infierno con torturas físicas.

(1) Un pequeño de Saboya, a quién su sacerdote le hacía un cuadro seductor de la vida futura, le pregunta si todo el mundo comía allí pan blanco, como en París.

2. – No pudiendo concebir sino lo que veía, el hombre primitivo, naturalmente, calcó su futuro sobre el presente; para comprender otros tipos más allá de aquellos que tenía bajo los ojos, le sería preciso un desarrollo intelectual que no debería llegar sino con el tiempo. También el cuadro que se hace de los castigos de la vida futura es el reflejo de los males de la Humanidad, pero en una proporción más amplia; reunió todas las torturas, todos los suplicios, todas las aflicciones que encuentra sobre la Tierra; es así que, en los climas calientes imaginó un infierno de fuego, y en las regiones boreales, un infierno de hielo. No estando aún desenvuelto el sentido que debería hacerlo comprender el mundo espiritual, solo podía concebir penas materiales; por eso, con algunas diferencias apenas de forma, los infiernos de todas las religiones se asemejan.

EL INFIERNO CRISTIANO IMITACIÓN DEL INFIERNO PAGANO

3. – El Infierno de los Paganos, descrito y dramatizado por los poetas, fue el modelo más grandioso del género; está perpetuado en el de los Cristianos, que también tuvo sus cantores poéticos. Comparándolos se encuentran en ellos, salvo los nombres y algunas variantes en los detalles, numerosas analogías: en uno y en otro, el fuego material es la base de los tormentos, porque es el símbolo de los más crueles sufrimientos. Pero ¡cosa extraña! Sobre muchos puntos, los Cristianos han exagerado el infierno de los Paganos. Si estos últimos tenían en los suyos, el tonel de las Danaides, la rueda de Ixion, la roca de Sísifo, esos eran suplicios individuales; el infierno cristiano tiene, para todos, sus calderas hirvientes, de las cuales los ángeles levantan la tapa para ver las contorciones de los condenados (1); Dios oye, sin piedad, los gemidos de éstos durante la eternidad. Jamás los Paganos describieron a los habitantes de los Campos Elíseos, manteniendo su visión con los suplicios del Tártaro. (2)

(1) Sermón proferido en Montpellier, en 1860.

(2) “Los bienaventurados, sin salir del lugar que ocupan, saldrán de él pero de una cierta manera, en razón de su don de inteligencia y de distinta visión, a fin de considerar las torturas de los condenados; y viéndolos, no solamente no sentirán ningún dolor mas serán cubiertos de alegría y rendirán gracias a Dios por su propia felicidad, asistiendo a la inefable calamidad de los impíos.” (Santo Tomás de Aquino.)

4. – Del mismo modo que los Paganos, los Cristianos tienen su rey del infierno, que es Satanás, con la diferencia que Plutón se limitaba a gobernar el imperio sombrío que le fue dado como herencia, pero no era malo; retenía con él a aquéllos que habían hecho el mal, porque esa era su misión, pero no procuraba inducir los hombres al mal para darse el placer de hacerlos sufrir; mientras que Satanás recluta, por todas partes, víctimas que se complace atormentar por sus legiones de demonios armados de garfios para sacudirlos en el fuego. Hasta se ha discutido seriamente sobre la naturaleza de ese fuego que quema, sin cesar, a los condenados, sin consumirlos jamás. Se pregunta si era o no un fuego de alquitrán.(1) El infierno cristiano no pierde en nada ante el inferior pagano.

5. – Las mismas consideraciones que entre los Antiguos se hicieron para localizar la morada de la felicidad, las hicieron también para circunscribir el lugar de los suplicios. Habiendo los hombres colocado el primero en las regiones superiores, era natural colocar el segundo en los lugares inferiores, quiere decir, en el centro de la Tierra, donde se creía que ciertas cuevas, sombrías y de terrible aspecto, le servían de entrada. Fue ahí, también, donde los cristianos por mucho tiempo, localizaron la morada de los condenados. Anotemos aun al respecto, otra analogía.

El infierno de los Paganos contenía, de un lado, los Campos Elíseos, y del otro el Tártaro; el Olimpo, morada de los dioses y de los hombres divinizados, estaba en las regiones superiores. Según la *letra* del Evangelio, Jesús descendió a los infiernos, quiere decir, a los lugares bajos, para retirar de allí las almas de los justos que esperaban su venida. Los infiernos no eran, pues, un lugar de suplicio únicamente; del mismo modo que entre los Paganos estaban también en los lugares bajos. Igual al Olimpo, la morada de los ángeles y de los santos, estaba en los lugares elevados; la colocaron más allá del cielo de las estrellas, el cual se creía era limitado.

6.– Esa mezcla de ideas paganas y de ideas cristianas nada tiene que deba sorprender. Jesús no podía, de repente, destruir las creencias enraizadas; faltaban a los hombres los conocimientos necesarios para concebir lo infinito del espacio y el número infinito

(1) Sermón proferido en París en 1861.

de mundos; la Tierra era para ellos el centro del Universo; no le conocían ni la forma ni la estructura interna; todo les estaba limitado a su punto de vista: sus nociones de futuro no podían extenderse más allá de sus conocimientos. Jesús se encontraba, pues, en la imposibilidad de iniciarlo en el verdadero estado de las cosas; pero, por otro lado, no queriendo sancionar, con su autoridad, los preconceptos existentes, se abstuvo, dejando al tiempo el cuidado de rectificar las ideas. Se limitó a hablar vagamente de la vida feliz y de los castigos que esperan a los culpables; pero, en ninguna parte, en sus enseñanzas, se encuentra el cuadro de suplicios corporales de los cuales los Cristianos hicieron artículo de fe.

He aquí como las ideas del infierno pagano se perpetuaron hasta nuestros días. Ha sido necesaria la difusión de las luces en los tiempos modernos y el desarrollo general de la justicia humana para hacerles justicia. Pero, entonces, como nada de positivo había sustituido las ideas existentes, al largo período de una creencia ciega sucedió, como transición, el período de incredulidad, al cual la nueva revelación vino a colocar un fin. Era necesario demoler antes de reconstruir, porque es más fácil hacer aceptar las ideas justas a aquellos que no creen en nada, porque sienten que les falta algo, que a los que tienen una fe robusta en lo que es absurdo.

7. – Para la localización del cielo y del infierno, las sectas cristianas fueron conducidas a no admitir, para las almas, sino dos situaciones extremas: la perfecta felicidad y el sufrimiento absoluto. El purgatorio es sólo una posición intermedia momentánea al salir de la cual pasan, sin transición, hacia la morada de los bienaventurados. No podría ser de otro modo, según la creencia en la suerte definitiva del alma después de la muerte. No hay sino dos moradas, la de los elegidos y la de los condenados, no se pueden admitir varios grados en cada una, sin la posibilidad de franquearlos y, como consecuencia, de progreso; ahora bien si hay progreso no hay suerte definitiva; si hay suerte definitiva, no hay progreso. Jesús resolvió la cuestión cuando dijo: “*Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*”.(1)

(1) *El Evangelio Según el Espiritismo*, cap. III.

LOS LIMBOS

8.— Es verdad, la Iglesia admite una posición especial en ciertos casos particulares. Los niños muertos en la tierna edad, no habiendo hecho mal, no pueden ser condenados al fuego eterno; por otro lado, no habiendo hecho bien, no tienen ningún derecho a la felicidad suprema. Están entonces — dice ella — en los *limbos* situación mixta que jamás fue definida, en la cual todos ni sufren, ni gozan de la perfecta felicidad. Pero, una vez que su suerte está irrevocablemente fijada, están privadas de esa felicidad eternamente. Esa privación, puesto que no dependió de ellas que fuese de otro modo, equivale a *un suplicio eterno inmerecido*. Ocurre lo mismo con los salvajes que, no habiendo recibido la gracia del bautismo y las luces de la religión, pecan por ignorancia entregándose a sus instintos naturales, no pudiendo tener ni la culpabilidad ni los méritos de aquéllos que pudieron actuar con conocimiento de causa. La simple lógica rechaza semejante doctrina en nombre de la justicia de Dios. La justicia de Dios está enteramente en estas palabras de Cristo: *a cada uno según sus obras*; pero es necesario entenderlas como las obras buenas o malas que llevaron a cabo libremente, voluntariamente, las únicas y en las cuales incurrieron en responsabilidades, lo que no es el caso ni del niño, ni del salvaje, ni de aquél de quien no dependió el estar esclarecido.

CUADRO DEL INFIERNO PAGANO

9. — Conocemos poco el infierno pagano y apenas por la descripción de los poetas; Homero y Virgilio dieron, de él, la descripción más completa, pero es necesario apartar las necesidades que la poesía impuso a la forma. La de Fénelon, en su *Telémaco*, aunque procedente de la misma fuente en cuanto a las creencias fundamentales, tiene la simplicidad más precisa de la prosa. Describiendo el aspecto lúgubre de los lugares, procura sobretodo resaltar el género de padecimientos que sufren los culpables, y se extiende mucho sobre la suerte de los malos reyes, teniendo como meta la instrucción de su alumno real. Por popular que sea su obra, muchas personas no tienen, sin duda, esa descripción bastante presente en la memoria, o no pudieron reflexionar lo suficiente en

ella para establecer una comparación; por eso, creemos sea útil reproducirle las partes que tienen una relación más directa con el objetivo que nos ocupa, quiere decir, las que conciernen más especialmente, a la penalidad individual.

10. — “Entrando, Telémaco oye los gemidos de una sombra que no se podía consolar. ¿Cuál es, pues, — le dice — vuestra infelicidad? ¿Quién fuisteis en la Tierra? — Yo fui, le respondió esa sombra, Nabofarzan, rey de la soberbia Babilonia; todos los pueblos del Oriente temblaban al simple susurro de mi nombre; yo me hacía adorar por los babilónicos en un templo de mármol, donde estaba representado por una estatua de oro delante de la cual se quemaban, día y noche, los preciosos perfumes de Etiopía; jamás nadie osó contradecirme sin ser inmediatamente castigado; inventaba, cada día, nuevos placeres para hacerme la vida más deliciosa. Era aún joven y robusto ¡hay de mí! ¡Cuánta prosperidad me restaba, aún, para gozar en el trono! Pero una mujer que amé y que no me amó, me hizo sentir que no era dios: ella me envenenó; y no soy más nada. Colocaron ayer, con pompas, mis cenizas en una urna de oro; lloraron, se arrancaron los cabellos; hicieron parecer que querían lanzarse a las llamas de mi hoguera para morir conmigo; van aún, a gemir al pie del soberbio túmulo donde están mis cenizas, pero nadie me lamenta; mi memoria es horrorosa incluso para los de mi familia y aquí abajo sufro terribles tratamientos.

“Telémaco, conmovido con ese espectáculo, le dice: ¿Fuisteis verdaderamente feliz durante vuestro reinado? ¿Sentíais esa dulce paz sin la cual el corazón permanece siempre oprimido y triste en medio de las delicias? — No — respondió el babilonio —, ni siquiera sé lo que queréis decir. Los sabios exaltan esa paz como el único bien: para mí jamás la sentí; mi corazón estaba, sin cesar, agitado por nuevos deseos, por miedo y esperanza. Traté de aturdirme, a mí mismo, con la excitación de mis pasiones; tenía necesidad de mantener esa embriaguez para tornarla continua: el menor intervalo de razón tranquila me habría sido muy amargo. He ahí la paz que gocé; todo lo demás me parecía una fábula y un sueño; he ahí los bienes que lamento.

“Hablando así, el babilonio lloraba como un hombre débil,

enervado por las prosperidades y que no estaba acostumbrado a soportar, constantemente, la infelicidad. Tenía cerca de sí algunos esclavos que fueron muertos para honrar sus funerales; Mercurio los había entregado a Caronte con su rey, y les había dado un poder absoluto sobre ese rey que habían servido en la Tierra. *Esas sombras de esclavos no temían más a la sombra, de Naborfarzan; ellas lo tenían encadenado y le hacían las más crueles indignidades.* Una le decía: ¿No fuimos hombres como tú? ¿Como fuiste tan insensato para creerte un dios, sin que recordases que eras de la raza de los otros hombres? Otra, para insultarlo decía: tenías razón en no querer que te creyesen hombre, porque eras un monstruo sin humanidad. Otro le decía ¡pues bien! ¿Dónde están ahora tus aduladores? ¡No tienes más nada para dar infeliz! Ya no puedes hacer ningún mal; te volviste esclavo de tus mismos esclavos; los dioses son lentos para hacer justicia, pero al fin la hacen.

“A esas duras palabras, Nabofarzan miraba al suelo arrancando sus cabellos en un exceso de rabia y desesperación. Empero Caronte decía a los esclavos: arrastradlo con la corriente; levantadlo, contra su voluntad, *no tendrá siquiera el consuelo de esconder su vergüenza; es preciso que todas las sombras de la Estigia sean testigos de eso* para justificar a los dioses, que sufrieron tanto tiempo como ese impío reinó sobre la Tierra.

“Inmediatamente percibió, muy cerca de él, al negro Tártaro; de él salía un humo oscuro y espeso, cuyo hedor pestilente ocasionaría la muerte si se esparciese en la morada de los vivos. Ese humo cubría un río de fuego y torbellinos de llamas, cuyo ruido, semejante al de las corrientes más impetuosas, cuando caen de las más altas rocas al fondo de los abismos, hacía con que nada se pudiese oír claramente en esos tristes lugares.”

“Telémaco, secretamente animado por Minerva, entra sin miedo en ese abismo. Primero vio a un gran número de hombres que habían vivido en las más bajas condiciones, y que eran castigados por haber procurado las riquezas por los fraudes, por las traiciones y crueldades. Él nota a muchos impíos hipócritas que, aparentando amar la religión, se sirvieron de ella como un buen pretexto para contentar su ambición y engañar a los hombres crédulos; esos

hombres que habían abusado de la virtud misma, aunque sea el mayor don de los dioses, eran castigados como los mayores criminales de todos los hombres. Los niños que habían degollado a sus padres y a sus madres, las esposas que se habían manchado las manos con la sangre de sus esposos, los traidores que habían entregado su patria después de haber violado todos los juramentos, sufrían penas menos crueles que esos hipócritas, los tres jueces del infierno así lo quisieron y he aquí sus razones: es que esos hipócritas no se contentan con ser malos como el resto de los impíos; quieren además pasar por buenos y hacen, con su falsa virtud, que los hombres no osen confiar más en la verdadera. Los dioses de los cuales se burlaron y que volvieron despreciables para los hombres, tienen placer en emplear todo su poder para vengarse de sus insultos.

“Junto a estos aparecen otros hombres que el vulgo cree poco culpables y que la venganza divina persigue sin piedad: son los ingratos, los mentirosos, los aduladores que alabaron el vicio, los críticos malignos que trataron de difamar la más pura virtud; en fin, aquéllos que juzgaron, temerariamente, las cosas sin conocerlas a fondo y que, por eso, perjudicaron la reputación de inocentes.

“Telémaco, viendo los tres jueces que estaban sentados y que condenaban al hombre, osa preguntarles cuales eran sus crímenes. Inmediatamente el condenado, tomando la palabra, grita: Yo no hice ningún mal; coloqué todo mi placer en hacer el bien; fui magnánimo, liberal, justo, compasivo; ¿Qué se me puede, pues, reprobar? Entonces Minos le dice: no se te hace ninguna recriminación con respeto a los hombres ¿mas no debías menos a los hombres que a los dioses? ¿Cual es, pues esa justicia de que tanto te jactas? Tú no faltaste a ningún deber hacia los hombres, que no son nada; fuiste virtuoso, pero colocaste toda tu virtud para ti mismo y no a los dioses que te la habían dado, porque querías gozar del fruto de tu propia virtud y al encerrarte en ti mismo: *fuiste tu divinidad.* Pero los dioses, que todo lo hicieron y que nada hicieron sino para ellos mismos, no pueden renunciar a sus derechos; tú los olvidaste, ellos te olvidarán; te entregarán a ti mismo puesto que quisiste ser para ti y no para ellos. *Procura pues, ahora, si puedes el consuelo en tu propio corazón.* Héte separado para siempre de los

hombres a los cuales quisiste agradar; Héte solo contigo mismo, que fuiste tu ídolo: aprende que no hay verdadera virtud sin el respecto y el amor a los dioses, a los cuales todo es debido. Tu falsa virtud que hace tiempo deslumbra a los hombres fáciles de engañar, va a ser confundida. Los hombres no juzgando los vicios y las virtudes sino por lo que les desagrada o les agrada, son ciegos en cuanto al bien y en cuanto al mal. Aquí una luz divina derrumba todos sus juicios superficiales y condena frecuentemente lo que admiran y justifica lo que condenan.

“Ante estas palabras, ese filósofo como si fuese alcanzado por el golpe de un rayo, no podía soportarse a sí mismo. La complacencia que él había tenido antiguamente al contemplar su moderación, su coraje y sus inclinaciones generosas, cambiaron en desesperación. La visión de su propio corazón, enemigo de los dioses, se torna su suplicio; él se ve y no puede dejar de verse, ve la vanidad de los juicios de los hombres a los cuales quiso agradar en todas sus acciones. Él se hace una revolución universal de todo lo que está dentro de sí, como si trastornase todas sus entrañas; no se encuentra más a sí mismo; le falta todo apoyo en el corazón; su conciencia, cuyo testimonio le había sido tan dulce, se yerque contra él y le reprueba amargamente el extravío y la ilusión de todas sus virtudes que no tuvieron el culto a la Divinidad, por principio y por fin; está perturbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimiento y desesperación *Las Furias no lo atormentan, porque les basta que esté entregado a sí mismo*, y que su propio corazón deje bastante vengados a los dioses despreciados. Procura los lugares más sombríos, para esconderse de los otros muertos, sin poder esconderse de sí mismo. *Él busca las tinieblas y no puede encontrarlas; una luz inoportuna lo sigue por todas partes*, y por todas partes los rayos penetrantes de la verdad van a vengar la verdad que el fue negligente en seguir. Todo lo que amó se le vuelve odioso, como siendo la fuente de sus males, que no pueden acabar jamás. Él dice en su interior: ¡Oh insensato! ¡no conocí, pues, a los dioses, ni a los hombres, ni a mí mismo! no, no conocí nada, puesto que jamás amé al único y verdadero bien; todos mis pasos fueron extraviados; mi sabiduría no fue sino locura; mi virtud fue tan solo un orgullo impío y ciego; yo mismo era mi ídolo.”

“Por fin Telémaco vio los reyes que estaban condenados por haber abusado de su poder. De un lado, una Furia vengativa *les presentava un espejo que les mostraba toda la deformidad de sus vicios*; ahí, ellos veían y no podían dejar de ver, su vanidad grosera y ávida de los más ridículos horrores; su dureza, para con los hombres a los cuales deberían proporcionar felicidad; su insensibilidad con la virtud; su miedo de oír la verdad; su inclinación hacia los hombres débiles y aduladores; su desatención, su debilidad, su indolencia; su desconfianza indebida; su fausto y su excesiva magnificencia fundados sobre las ruinas de los pueblos, su ambición para comprar un poco de vanagloria con la sangre de sus ciudadanos; en fin su crueldad, que procura, cada día, nuevas delicias entre las lágrimas y la desesperación de tantos infelices. Ellos se ven, sin cesar, en ese espejo; se consideran más horribles, más monstruosos de lo que es la Quimera vencida por Belorofonte, que ni la Hidra de Lerna abatida por Hércules, ni aún el mismo Cerbero, aunque vomite por sus tres bocas entreabiertas una sangre negra y venenosa, capaz de apestar a toda la raza de los mortales que viven sobre la Tierra.

“Al mismo tiempo, por otro lado, otra Furia les repetía, con insultos, todas las alabanzas que sus aduladores les habían prodigado durante su vida y les presentaban en otro espejo donde se veían tales como la adulación les había pintado. *La oposición de esas dos pinturas, tan contrarias, era el suplicio de su vanidad*. Se notaba que los peores entre esos reyes, eran aquellos a quien se habían dado las más grandes alabanzas durante su vida, porque los malos son más temidos que los buenos y exigen, sin pudor las despreciables lisonjas de los poetas y de los oradores de su tiempo.

“Se les oye gemir en esas profundas tinieblas donde no pueden ver sino los insultos y las burlas que tienen que sufrir. No tienen nada a su alrededor que no los rechacen, que no los contradigan, que no los confundan, mientras que sobre la Tierra se mofaron de la vida de los hombres y pretendían que todo estaba hecho para servirlos. En el Tártaro, están entregados a todos los caprichos de ciertos esclavos que les hacen sentir, a su vez, una cruel servidumbre; ellos sirven con dolor y no les resta ninguna esperanza de poder jamás ablandar su cautiverio; están bajo los

golpes de sus esclavos convertidos en sus tiranos implacables como una bigornia está bajo los golpes de los martillazos de Cíclopes, cuando Vulcano los insta a trabajar en los hornos candentes del monte Etna.

“Allí, Telémaco percibió rostros pálidos, horrorosos y consternados. Una tristeza negra ronda a esos criminales; ellos tienen horror de sí mismos y no pueden librarse de ese horror, no más de lo que de su propia naturaleza; *no tienen necesidad de otro castigo para sus faltas, aparte de sus mismas faltas; las ven, sin cesar, en toda su enormidad; se les presentan como espectros horribles y los persiguen*. Para protegerse de ellas, procuran una muerte más poderosa que aquella que los separó de sus cuerpos. En la desesperación en que se encuentran, llaman en su auxilio a una muerte que pueda exterminar todo sentimiento y todo conocimiento de sí mismos; piden a los abismos que los traguen, a fin de esquivarse de los rayos vengadores de la verdad que los persigue, pero están destinados a la venganza que destila sobre ellos, gota a gota y que no secará jamás. *La verdad, que ellos temen ver, provoca su suplicio*; la ven y no tienen ojos sino para verla levantarse contra ellos: su visión los penetra, atormenta, los arranca de ellos mismos; ella es como un rayo; sin destruir nada a su alrededor, los penetra hasta el fondo de sus entrañas.

“Entre esos objetos que hacen erizar los cabellos de Telémaco sobre su cabeza, vio a varios antiguos reyes de Lidia que fueron castigados por haber preferido las delicias de una vida lánguida al trabajo, para el alivio de los pueblos, que debe ser inseparable de la realeza.

“Esos reyes se acusaban unos a los otros por su ceguera. Uno decía a otro, que había sido su hijo: ¿no os recomendé, a menudo, durante mi vejez y antes de mi muerte, reparar los males que había hecho por mi negligencia? – ¡Ah infeliz padre! – decía el hijo – ¡fuisteis vos quien me perdió! Fue vuestro ejemplo el que inspiró el fausto, el orgullo, la voluptuosidad y la dureza para con los hombres! Viéndoos reinar con tanta molición y rodeado de viles aduladores, me acostumbé a gustar de la adulación y de los

placeres. Creí que el resto de los hombres, era con relación a los reyes, lo que los caballos y los otros animales de carga son en la consideración de los hombres, quiere decir, animales a los cuales no se les hace caso sino cuando prestan servicios y proporcionan comodidades. Creí y fuisteis vos quien me hicisteis creer y ahora sufro tantos males por haberos imitado. A esas reprimendas, añadían las más horrendas maldiciones y parecían animados de rabia para desgarrarse uno al otro.

“Alrededor de esos reyes revoloteaban, todavía, como lechuzas en la noche, las crueles sospechas, los vanos temores, las desconfianzas que vengan los pueblos de las durezas de sus reyes, el hambre insaciable de riquezas, la falsa gloria, siempre tiránica y la flaqueza despreciable que redobla todos los males que se sufren, sin poder jamás dar sólidos placeres.

“Se veían a varios de esos reyes, severamente punidos, no por los males que hicieron, sino *por haber descuidado el bien que tenían el deber de hacer*. Todos los crímenes de los pueblos, que se originan en la negligencia con la cual se hacen observar las leyes, eran imputados a los reyes, que solo deben reinar con el fin de que las leyes reinen por su intervención. Se les imputaba, también, todos los desórdenes originados del fausto, del lujo y de todos los otros excesos que lanzan a los hombres en un estado violento y en la tentación de despreciar las leyes para adquirir bienes. Sobretodo, se trataba rigurosamente a los reyes que, en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de los pueblos, solo pensaron en esquilmar y arruinar el rebaño como lobos devoradores.

“Pero, lo que más consternó a Telémaco, fue ver, en ese abismo de tinieblas y males, a un gran número de reyes que, habiendo pasado en la Tierra por reyes bastante buenos, habían sido condenados a las penas del Tártaro por haberse dejado gobernar por hombres malos e hipócritas. *Estaban punidos por los males que habían dejado hacer con su autoridad*. Aparte de eso, la mayoría de esos reyes, no fue ni buena ni mala; tan grande había sido su debilidad; no habían temido jamás el no conocer la verdad; nunca tuvieron el gusto de la virtud, ni colocaron su placer en hacer el bien.”

CUADRO DEL INFIERNO CRISTIANO

11. – La opinión de los teólogos sobre el infierno está resumida en las citas siguientes (1). Esa descripción habiendo sido tomada de los autores sagrados y en la vida de los santos, puede mucho mejor ser considerada como la expresión de la fe ortodoxa en esa materia, siendo, a cada instante, reproducida con algunas variantes aproximadas, en los sermones del púlpito evangélico y en las instrucciones pastorales.

12. – “Los demonios son puros Espíritus y los condenados, actualmente en el infierno, pueden también ser considerados puros Espíritus, puesto que sólo su alma descendió para allí y que su hosamenta, vuelta al polvo, se transforma incesantemente en hierbas, en plantas, en frutos, en minerales, en líquidos, sufriendo, sin saberlo, las continuas metamorfosis de la materia. Pero los condenados, igual que los santos, deben resucitar en el último día y volver a tomar, para no dejarlo más, un cuerpo carnal, el mismo cuerpo bajo el cual fueron conocidos entre los vivos. Lo que los distinguirá, a uno de los otros, será que los elegidos resucitarán en un cuerpo purificado y totalmente radiante, los condenados en un cuerpo manchado y disforme por el pecado. No habrá, pues, en el infierno solo Espíritus puros; habrá hombres tales como nosotros. El infierno es por consiguiente, un lugar físico, geográfico, material, puesto que estará poblado de criaturas terrestres, teniendo pies, manos, una boca, una lengua, dientes, oídos, ojos semejantes a los nuestros, sangre en las venas y nervios sensibles al dolor.

“¿Dónde está situado el infierno? Algunos doctores lo colocaron en las entrañas mismas de nuestra Tierra; otros, no sé en cual planeta; pero la cuestión no fue decidida por ningún concilio. Se está, pues, sobre este punto, reducido a conjeturas; la única cosa que se afirma, es que el infierno, en cualquier lugar que esté situado, es un mundo compuesto de elementos materiales, pero un mundo sin Sol, sin Luna, sin estrellas, más triste, más inhóspito, más desprovisto de todo germen y de toda apariencia del bien de lo que son las partes más inhabitables de este mundo donde nosotros pecamos.

(1) Estas citas fueron tomadas de la obra titulada *El Infierno* de Augusto Callet.

“Los teólogos circunspectos, no se arriesgan a pintar a la manera de los Egipcios, de los Hindúes y de los Griegos, todos los horrores de esa morada; se limitan a mostrar como un modelo, lo poco que las Escrituras revelan de él, es el estanque de fuego y de azufre del Apocalipsis y los gusanos de Isaías, esos gusanos hormigueando eternamente sobre las carcasas del Thopel y los demonios atormentando a los hombres a los cuales perdieron, y los hombres llorando y rechinando los dientes, según la expresión de los Evangelistas.

“San Agustín no concuerda que esas penas físicas sean simples imágenes de penas morales; él ve, en un verdadero estanque de azufre, a los gusanos y a las serpientes verdaderas encarnizándose sobre todas las partes del cuerpo de los condenados y uniendo sus mordeduras a las del fuego. Él pretende, según un versículo de San Marcos, que ese fuego extraño, aunque material igual al nuestro, actuando sobre los cuerpos materiales, los conservará como la sal conserva la carne de las víctimas. Pero los condenados, víctimas siempre sacrificadas y siempre vivas, sentirán el dolor de ese fuego que quema sin destruir; *el cual penetrará bajo su piel*; estarán impregnados y saturados de él en todos sus miembros, en la médula de sus huesos, en la pupila de sus ojos, en las fibras más escondidas y las más sensibles de su ser. El cráter de un volcán, si pudiesen sumergirse en él, sería para ellos un lugar de fresco y de reposo.

Así hablan, con seguridad, los teólogos, los más tímidos, los más discretos, los más reservados; ellos no niegan además que haya en el infierno otros suplicios corporales, dicen solamente que para hablar de ellos no tienen un conocimiento suficiente, tan positivo al menos como aquel que les fue dado del horrible suplicio del fuego y del repugnante suplicio de los gusanos. Pero hay teólogos más osados o más esclarecidos que hacen, del infierno, descripciones más detalladas, más variadas y más completas; y aunque no se sepa en que sitio del espacio ese infierno está situado, hay santos que lo vieron. Para allí no fueron con la lira en la mano, igual que Orfeo, o con la espada en la mano, igual a Ulises; fueron transportados en espíritu. Santa Teresa está entre este número.

“Parece, según el relato de la santa, que hay ciudades en el infierno; ella vio, por lo menos, una especie de larga y estrecha calle como hay tantas en las ciudades antiguas; entró en ella, andando, con

horror, sobre un terreno fangoso, fétido, donde pululaban reptiles monstruosos; pero fue detenida en su caminata, por una muralla que cerraba la calle; en esa muralla estaba construido un nicho donde Teresa se agachó, sin saber mucho como eso aconteció. Era – dice ella –, el lugar que le estaría destinado, si abusase en su vida, de las gracias que Dios derramó sobre su celda de Ávila. Aunque se introdujese con una facilidad maravillosa, en aquel nicho de piedra, no podía ni sentarse, ni acostarse, ni estar de pie, aún menos podía salir de allí; esas horribles murallas, estando bajadas sobre ella, la envolvían, la apretaban como si estuviesen animadas. Le parecía que la sofocaban, que la estrangulaban y, al mismo, tiempo que la desollaban viva y que la cortaban en harapos; y se sentía quemar, experimentaba al mismo tiempo, todos los géneros de angustias. De socorro ninguna esperanza; todo, alrededor de ella, no era sino tinieblas y, entretanto, a través de esas tinieblas, percibía aún, no sin estupor, la horrenda calle donde estaba alojada y toda su inmunda vecindad, espectáculo tan intolerable a ella como el envolvimiento de su prisión (1).

“Eso no era, sin duda, sino un pequeño rincón del infierno. Otros viajeros espirituales fueron más favorecidos. Vieron un infierno de grandes ciudades ardiendo en fuego; Babilonia y Nínive e incluso Roma, abarcando sus palacios y sus templos, y todos sus habitantes encadenados; el traficante en su despacho, los sacerdotes reunidos con sus cortesanos en las salas de festines, ahullando sobre sus asientos de los cuales no se podían apartar más, llevando a sus labios, para saciarse, copas de donde salían llamas; lacayos de rodillas en cloacas hirvientes, brazos tendidos y príncipes de cuyas manos se derramaba, sobre ellos, lava devoradora de oro fundido. Otros vieron en el infierno, planicies sin límites que labriegos hambrientos cavaban y sembraban y, de esas llanuras humeantes, con sus sudores, sus simientes estériles como no produjesen nada, esos labriegos se comían entre sí; después, tan numerosos como antes, tan flacos, tan hambrientos, se dispersaban en bandadas en el horizonte, yendo a buscar a lo lejos, pero en vano, tierras más felices, siendo inmediatamente sustituidos, en los campos que abandonaban, por otras colonias errantes de condenados. Hay

(1) Se reconoce en esta visión, todos los caracteres de las pesadillas; es, pues, probable que fuese un efecto de ese género lo que se produjo en Santa Teresa.

quien vio, en el infierno, montañas llenas de precipicios, selvas gimientes, pozos sin agua, fuentes alimentadas por lágrimas, ríos de sangre, torbellinos de nieve en los desiertos de hielo, barcos de desesperados vagando sobre los mares sin costas. Se ha vuelto a ver allí, en una palabra, todo lo que los Paganos vieron: un reflejo lúgubre de la Tierra, una sombra desmedidamente aumentada de sus miserias, sus sufrimientos naturales eternizados, y hasta los calabozos e instrumentos de suplicio, instrumentos de tortura que nuestras propias manos forjaron.

Hay allí, abajo, en efecto, demonios que para atormentar mejor a los hombres en sus cuerpos, toman otros cuerpos. Estos tienen alas de murciélago, cuernos, corazas con escamas, patas provistas de garras, dientes afilados; se nos muestran armados con espadas, de garfios, de pinzas, de tenazas candentes, de sierras, de parrillas, de fuelles, de mazas y haciendo, durante la eternidad, con la carne humana el oficio de cocineros y de carniceros; los otros transformados en leones o víboras enormes, arrastran sus presas a cavernas solitarias; algunos se transforman en cuervos para arrancarles los ojos a ciertos culpables y otros en dragones voladores para cargarlos, sobre sus hombros y transportarlos, muy asustados, muy sangrantes, gritando a través de los espacios tenebrosos y después dejarlos caer en estanques de azufre. He aquí nubes de langostas y escorpiones gigantescos, cuya visión da escalofríos, cuyo olor provoca náuseas, cuyo menor contacto da convulsiones; he aquí monstruos policéfalos, abriendo, por todas partes, sus fauces voraces, sacudiendo sobre sus cabezas disformes, larga cabellera de áspides, estrujando a los réprobos entre sus mandíbulas ensangrentadas, y vomitándolos todos molidos, pero vivos, porque son inmortales.

“Esos demonios, con forma sensible que recuerdan tan vivamente a los dioses, del Amenthi, y del Tártaro y los ídolos adorados por los Fenicios, por los Moabitas y otros gentiles vecinos de Judea, ellos no actúan al acaso; cada uno tiene su función y su obra; el mal que ellos hacen en el infierno está en relación con el mal que inspiraron o hicieron cometer en la Tierra (1). Los condenados

(1) ¡Singular castigo, en verdad aquel que consistiría en poder continuar, en mayor escala, el mal que hubieran hecho en pequeño en la Tierra! Sería más racional que sufrieran ellos mismos las consecuencias de ese mal, en lugar de tener la satisfacción de hacerlo padecer a los demás.

son castigados en todos sus sentidos y en todos sus órganos, porque ofendieron a Dios a través de todos sus sentidos y de todos sus órganos; castigados de un modo, como golosos por los demonios de la gula, de otro modo, como perezosos, por los demonios de la pereza, de otro, como fornicadores, por los demonios de la perversión, y de tantas maneras diferentes como maneras distintas hay de pecar. Tendrán frío, aunque se estén quemando, y calor aunque se estén helando, estarán ávidos de reposo y ávidos de movimiento; y siempre hambrientos, siempre sedientos y mil veces más fatigados que el esclavo al final del día, más enfermos que los moribundos, más descoyuntados, más cansados, más cubiertos de llagas que los mártires, y eso no terminará.

“Ningún demonio recusa, ni jamás rechazará, su horrible tarea; ellos son todos, bajo ese aspecto, bien disciplinados y fieles en ejecutar *las órdenes de venganza que recibieron*; sin esto ¿en que se volvería el infierno? Los pacientes descansarían si sus verdugos llegasen a querellarse o a cansarse, pero, no hay reposo para los unos, ni querellas entre los otros, por malos que sean, y por innumerables que sean, los demonios se oyen de una extremidad a otra del abismo y jamás se vio en la Tierra, naciones más dóciles a sus príncipes, ejércitos más obedientes a sus jefes, comunidades monásticas más humildemente sumisas a sus superiores (1).

“Además se conoce muy poco al populacho de los demonios, esos viles Espíritus de los cuales están compuestas las legiones de vampiros, vampiras, de sapos, de escorpiones, de cuervos, de hidras, de salamandras y de otras bestias sin nombre que constituyen la fauna de las regiones infernales; pero se conocen y se nombran a varios de los príncipes que comandan esas regiones, entre otros Belphegor, el demonio de la lujuria; Abaddan o Apollyon, el demonio del homicidio; Belzebuth, el demonio de los deseos

(1) Aquellos mismos demonios, rebeldes a Dios por causa del bien, son de una docilidad ejemplar para hacer el mal; ninguno de ellos retrocede ni se ablanda durante la eternidad. ¿Que extraña metamorfosis se operó en ellos, que fueron creados puros y perfectos como los ángeles!

¿No es singular verlos dar el ejemplo de la conformidad perfecta, de la armonía, de la concordia inalterable, cuando los hombres no saben vivir en paz y se atormentan en la Tierra? Viendo el lujo del castigo reservado a los condenados y comparando su situación con la de los demonios, se pregunta uno ¿cuáles son más dignos de compasión: los verdugos o las víctimas?

impuros o el señor de las moscas que engendran la corrupción; y Mammon, el demonio de la avaricia, y Moloch, Belial, Baalgad y Asturoth y tantos otros, y sobre ellos su jefe universal el sombrío arcángel que en el cielo tenía el nombre de Lucifer y que lleva en el infierno de Satanás.

“He aquí en resumen la idea que nos dan del infierno, considerado desde el punto de vista de su naturaleza física y de las penas físicas que allí se sufren. Abrid los escritos de los Padres y de los antiguos Doctores: interrogad nuestras piadosas leyendas; mirad las esculturas y los cuadros de nuestras iglesias; prestad oído a lo que se dice en los pulpitos y aprenderéis mucho más.”

13. – El autor acompaña a este cuadro de las siguientes reflexiones de las cuales cada uno comprenderá la importancia:

“La resurrección de los cuerpos es un milagro; pero Dios hace un segundo milagro, para dar a esos cuerpos mortales, ya usados una vez por las pruebas pasajeras de la vida, aniquilados ya una vez, la virtud de subsistir, sin disolverse, en un horno donde se evaporan los metales. Que se diga que el alma sea su propio verdugo, que Dios no persigue, sino que la abandona en el estado de infelicidad que ella escogiere, eso puede en rigor comprenderse aunque el abandono eterno de un ser extraviado y atormentado parezca poco conforme con la bondad del Creador, pero lo que se dice del alma y de las penas espirituales no se puede, de ninguna manera, decirse de los cuerpos y de las penas corporales; para perpetuar esas penas corporales no basta que Dios retire su mano; es preciso, por el contrario, que la muestre, que intervenga, que actúe, sin esto el cuerpo sucumbiría.

“Los teólogos suponen, pues, que Dios obra, en efecto, después de la resurrección, ese segundo milagro del cual hablamos. Retira, primero, del sepulcro que los había devorado, nuestros cuerpos de arcilla; los retira tal cual como habían entrado, con sus enfermedades originales y sus degradaciones sucesivas de edad, de la enfermedad y del vicio; no los restituye en ese estado, decrepitos, friolentos, gotosos, llenos de necesidades, sensibles a una picada de abeja, cubiertos de ignominias que la vida y la muerte imprimieron, y he aquí el primer milagro; después, a ese cuerpo mediocre, pronto

a volver al polvo de donde salió, le inflige una propiedad que jamás tuvo, y he aquí el segundo milagro, le inflige la inmortalidad, ese mismo don que, en su cólera, mejor dicho en su misericordia, Él había retirado de Adán al salir del Edén. Cuando Adán era inmortal, era invulnerable y cuando deja de ser invulnerable se torna mortal: la muerte seguía de cerca al dolor.”

“La resurrección no nos restablece, pues, ni en las condiciones físicas del hombre inocente, ni en las condiciones físicas del hombre culpable; es una resurrección solamente de nuestras miserias pero con una sobrecarga de miserias nuevas infinitamente más horribles; es en parte una verdadera creación, y la más maliciosa que la imaginación haya osado concebir. Dios se reconsidera y para añadir a los tormentos espirituales de los pecadores cambia tormentos carnales que puedan durar siempre, de repente, por un efecto de su poder, las leyes y las propiedades establecidas por él mismo desde el principio, a los compuestos de la materia; resucita las carnes enfermas y corrompidas y, uniendo en un nudo indestructible esos elementos que ellos mismos tienden a separarse, mantiene y perpetúa, contra el orden natural, esa podredumbre viviente; la echa al fuego no para purificarla, sino para conservarla tal como es, sensible, sufridora, ardiente, horrible, tal como la quiere, inmortal.

“Con ese milagro, se hace de Dios uno de los verdugos del infierno, porque si los condenados no pueden imputarse más que a sí mismos sus males espirituales, en contrapartida no pueden atribuir los otros más que a Dios. Aparentemente, sería muy poco abandonarlos, después de su muerte, a la tristeza, al arrepentimiento y a todas las angustias de un alma que siente perder el bien supremo; Dios irá, según los teólogos, a buscarlos esa noche, en el fondo de ese abismo; llamarlos a un momento en la claridad, no para consolarlos sino para revestirlos con un cuerpo horrendo, ardiente, imperecedero, más apestado que las vestiduras de Dejanira y es, entonces, cuando los abandona para siempre.

“No los abandonaré, puesto que el infierno no subsiste, así como la Tierra y el Cielo, sino por un acto permanente de su voluntad, siempre activa, y que todo se desvanecería si cesase de sustentarlo todo. Tendrá, pues, sin cesar, su mano sobre ellos para

impedir que se apague su fuego, y sus cuerpos de consumirse queriendo que esos infelices inmortales contribuyan, por la perennidad de sus suplicios a la edificación de los elegidos.”

14. – Dijimos con razón, que el infierno de los Cristianos había exagerado al de los Paganos. En el Tártaro, en efecto, se ve a los culpables torturados por el remordimiento, siempre en razón de sus crímenes y de sus víctimas, oprimidos por aquellos que habían oprimido en sus vidas; son vistos huir a la luz que los penetra y procurar, en vano, escapar a las miradas que los persiguen; el orgullo es ahí rebajado y humillado; todos cargan los estigmas de su pasado; todos son castigados por sus propias faltas, a tal punto que, para algunos, basta entregarlos a sí mismos, porque se juzga inútil agregarles otros castigos. Pero, esas son *sombras, quiere decir, almas con sus cuerpos fluídicos, imagen de su existencia terrestre*; no se ven, ahí, a los hombres tomar de nuevo sus cuerpos carnales para sufrir materialmente, ni el fuego penetrar bajo su piel y saturarlos hasta la médula de los huesos, ni el lujo y el refinamiento de los suplicios que son la base del infierno cristiano. Se encuentran allí jueces inflexibles, pero justos, que proporcionan la pena a la falta; mientras que en el imperio de Satanás, todos son confundidos en las mismas torturas; todo está basado en la materialidad; hasta la equidad está desterrada de allí.

Hay, sin duda, hoy, en la propia Iglesia, muchos hombres sensatos que no admiten esas cosas al pie de la letra, y que no ven ahí sino alegorías de las cuales es necesario aprender el espíritu; pero su opinión no es sino individual y no hace ley. La creencia en el infierno material, con todas sus consecuencias, no deja de ser un artículo de fe.

15. – Se pregunta de que modo los hombres pudieron ver esas cosas en éxtasis, si no existen. Aquí no es lugar para explicar la fuente de las imágenes fantásticas que se producen, a veces, con las apariencias de la realidad. Diremos solamente que es necesario ver en eso una prueba de este principio: que el éxtasis es la menos segura de todas las revelaciones (1) porque ese estado de

(1) *El Libro de los Espíritus*, números 443 y 444.

superexcitación no es siempre el resultado de un aislamiento del alma tan completo como se podía creer, y que se encuentra en ellos frecuentemente el reflejo de las preocupaciones de la vigilia. Las ideas de las cuales el espíritu está nutrido, y de las cuales el cerebro, o mejor dicho, el envoltorio periespiritual correspondiente al cerebro, conservó la imagen, se reproducen amplificadas como en un espejismo bajo formas vaporosas que se cruzan y se confunden, y componen conjuntos disparatados. Los extáticos de todos los cultos vieron siempre cosas relacionadas con la fe de que estaban penetrados; no es sorprendente, pues, que aquéllos que, igual que Santa Teresa, están fuertemente imbuidos de las ideas del infierno tales como las dan las descripciones verbales o escritas y los cuadros, tengan visiones que no son, propiamente hablando, sino su reproducción, y producen el efecto de una pesadilla. Un Pagano lleno de fe habría visto el Tártaro y las Furias como habría visto en el Olimpo a Júpiter con el rayo en la mano.

CAPÍTULO V

EL PURGATORIO

1. – El Evangelio no hace ninguna mención al purgatorio, que no fue admitido por la Iglesia sino en el año 593. Es seguramente, un dogma más racional y más conforme con la justicia de Dios que el del infierno; puesto que establece penas menos rigurosas y rescatables, por faltas de una menor gravedad.

El principio del purgatorio está fundado en la equidad, porque comparado a la justicia humana, es la reclusión temporal al lado de la condenación a perpetuidad. ¿Qué se pensaría de un país que no tuviese sino la pena de muerte para los crímenes y los más simples delitos? Sin el purgatorio, no hay para el alma sino dos alternativas extremas: la felicidad absoluta o el suplicio eterno. En esta hipótesis ¿en que se vuelven las almas culpables solamente de faltas leves? O participan de la felicidad de los elegidos sin ser perfectas o sufren el castigo de los mayores criminales sin haber hecho mucho mal lo que no sería ni justo ni racional.

2. – Pero la noción del purgatorio debía, necesariamente, ser incompleta; es por eso que no conociéndose sino la pena del fuego, se hizo de él un diminutivo del infierno; allí las almas también se queman, pero en un fuego menos intenso. Siendo el progreso irreconciliable con el dogma de las penas eternas, las almas no salen de él a consecuencia de su adelanto, sino por la virtud de las oraciones que se dicen o se mandan a decir con tal intención.

Si el primer pensamiento fue bueno, no ocurrió lo mismo con sus consecuencias, por los abusos a que han dado lugar. Por medio

de las oraciones pagadas, el purgatorio se volvió una mina más productiva que el infierno (1).

3. – El lugar del purgatorio no fue determinado jamás, ni la naturaleza de las penas, que son soportadas allí, fueron claramente definidas. Estaba reservado a la nueva revelación llenar esa laguna, explicándonos las causas de las miserias de la vida terrestre, de la cual sólo la pluraridad de las existencias podía mostrarnos la justicia.

Esas miserias son, necesariamente, la consecuencia de las imperfecciones del alma, porque si el alma fuese perfecta, no cometería faltas y no tendría que soportar sus consecuencias. Por ejemplo, el hombre, que fuera sobrio y moderado en todo, no sería víctima de las enfermedades que engendran los excesos. Lo más frecuente es que sea infeliz en este mundo, por su propia falta; pero si es imperfecto es porque lo era antes de venir a la Tierra; expía en ella no solo sus faltas actuales, sino también sus faltas anteriores que no fueron reparadas; él soporta, en una vida de pruebas, lo que hizo sufrir a otros en otra existencia. Las vicisitudes que experimenta son, al mismo tiempo, un castigo temporal y una advertencia de las imperfecciones de las cuales se debe deshacer para evitar las infelicidades futuras y progresar en el bien. Esas son, para el alma, las lecciones de la experiencia, lecciones a veces rudas, pero, tanto más aprovechables para el futuro cuando dejen la más profunda impresión. Esas vicisitudes son la ocasión de luchas incesantes que desenvuelven sus fuerzas y sus facultades, morales e intelectuales, la fortalecen en el bien, y de las cuales ella sale siempre victoriosa, si tiene el coraje de sustentarlas hasta el fin. El premio de la victoria está en la vida espiritual, donde entra radiante y triunfante; como soldado que sale de la refriega y viene a recibir la palma gloriosa.

4. – Cada existencia es, para el alma, la oportunidad de dar un paso adelante, depende de su voluntad que ese paso sea lo más largo posible, de vencer varios escalones o permanecer en el mismo punto; en este último caso, sufrió sin provecho y como es necesario siempre pagar su deuda, más tarde o más temprano, le será preciso

(1) El purgatorio dio nacimiento al comercio escandaloso de las indulgencias, con la ayuda de las cuales se vendía la entrada en el cielo. Ese abuso fue la primera causa de la Reforma; y fue lo que hizo a Lutero rechazar el purgatorio.

comenzar de nuevo otra existencia, en condiciones aún más penosas, porque, a una mancha no lavada, ella agrega otra mancha.

Es, pues, en las sucesivas reencarnaciones que el alma se despoja, poco a poco, de sus imperfecciones, que ella se *purga*, en una palabra, hasta que esté bastante pura para merecer dejar los mundos de expiación por los mundos más felices y, más tarde, estos para gozar la felicidad suprema.

El *purgatorio* no es, pues, una idea vaga e incierta; es una realidad material que vemos, tocamos y que sentimos; está en los mundos de expiación y la Tierra es uno de esos mundos; los hombres expían en ella su pasado y su presente en provecho de su futuro. Pero, contrariamente a la idea que de ellos se hace, depende de cada uno abreviar o prolongar su permanencia, según el grado de adelanto y de depuración, que haya alcanzado por su trabajo sobre sí mismo; se sale de ellos, no porque se terminó su tiempo o por méritos de otros, sino por su propio mérito, según estas palabras de Cristo: “*A cada uno según sus obras*”; palabras que resumen toda la justicia de Dios.

5. – Aquél, pues, que sufre en esta vida, debe decirse que sufre porque no estaba suficientemente depurado en su existencia precedente, y que, si no lo hiciere en esta, sufrirá todavía en la siguiente. Esto es, al mismo tiempo, equitativo y lógico. Siendo el sufrimiento inherente a la imperfección, se sufre tan largo tiempo cuanto se sea imperfecto, como se sufre de una molestia tan largo tiempo cuanto no se esté curado. Así es que, mientras un hombre sea orgulloso, sufrirá las consecuencias del orgullo; mientras sea egoísta, sufrirá las consecuencias del egoísmo.

6. – El Espíritu culpable sufre, primero, en la vida espiritual en razón al grado de sus imperfecciones; después, la vida corporal le es dada como medio de reparación; es por eso que se reencuentra en ella, sea con las personas que ofendió, sea en medios análogos a aquellos donde hizo el mal, sea en las situaciones que son la contrapartida, como por ejemplo, estar en la miseria, si fue mal rico, en una condición humillante si fue orgulloso.

La expiación, en el mundo de los Espíritus y en la Tierra, no es un doble castigo para el Espíritu; es el mismo que continúa en la

Tierra, como complemento, con el fin de facilitarle su mejoramiento por un trabajo efectivo; depende de él sacarle provecho: ¿No es mejor para él volver a la Tierra con la posibilidad de ganar el cielo que ser condenado sin remisión al dejarla? Esa libertad que le es concedida es una prueba de la sabiduría, de la bondad y de la justicia de Dios, que quiere que el *hombre deba todo a sus esfuerzos y sea el artífice de su futuro*; si es infeliz y si lo es por un menor o mayor tiempo, de eso no puede culpar sino a sí mismo; el camino del progreso le está siempre abierto.

7. – Si se considera cuán grande es el padecimiento de ciertos Espíritus culpables, en el mundo invisible, cuán terrible es la situación de algunos, de cuántas ansiedades son víctimas y cuán más penosa se vuelve esa situación por la impotencia en que están de verle el fin, se podría decir que para ellos, es el *infierno*, si esa palabra no implicase la idea de un castigo eterno y material. Gracias a la revelación de los Espíritus y a los ejemplos que nos ofrecen, sabemos que la *duración de la expiación está subordinada al mejoramiento del culpable*.

8. – El Espiritismo no viene, pues, a negar la penalidad futura; al contrario, viene a constatarla. Lo que destruye es el infierno localizado, con sus hornos y sus penas irremisibles. No niega el purgatorio, puesto que prueba que estamos en él; lo define y lo precisa, explicando la causa de las miserias terrestres y con eso hace creer en él a los que lo niegan.

¿Rechaza las oraciones por los muertos? Muy al contrario, puesto que los Espíritus sufridores las solicitan; que de ellas hace un deber de caridad y les demuestra la eficacia para *conducirlos al bien* y por ese medio abreviar sus tormentos (1). Hablando a la inteligencia, ha diseminado la fe entre los incrédulos y la oración entre aquellos que se burlaban de ella. Pero señala que la eficacia de las oraciones está en el pensamiento y no en las palabras, que las mejores son las del corazón y no las de los labios, las que se dice a sí mismo y no aquellas que se mandan a decir por dinero. ¿Quién, pues, osaría censurarlo por esto?

9. – Que el castigo tenga lugar en la vida espiritual o en la

Ver *El Evangelio según el Espiritismo*, Cap. XXVII: Acción de la oración.

Tierra y cualquiera que sea su duración, tiene siempre un fin más o menos distante o aproximado. Pues no hay para el Espíritu sino dos alternativas: *castigo temporal graduado según la culpabilidad y recompensa graduada según el mérito*. El Espiritismo rechaza la tercera alternativa, la de la condenación eterna. El infierno permanece como figura simbólica de los mayores sufrimientos, cuyo término es desconocido. El purgatorio es la realidad.

La palabra *purgatorio* revela la idea de un lugar circunscrito; por esto, se aplica más naturalmente a la Tierra, considerada como lugar de expiación, que al espacio infinito donde viven errantes los Espíritus sufridores y además la naturaleza de la expiación terrestre es una verdadera expiación.

Cuando los hombres hubieren mejorado no suministrarán al mundo invisible sino buenos Espíritus y estos al encarnarse no suministrarán a la Humanidad corporal sino elementos perfeccionados; entonces, cesando la Tierra de ser un mundo de expiación, los hombres no sufrirán más en ella las miserias que son consecuencias de sus imperfecciones. Esa es la transformación que se opera en este momento y que elevará a la Tierra en la jerarquía de los mundos (Ver *El Evangelio según el Espiritismo*, Cap. III)

10. – ¿Por qué, pues, Cristo no habló del purgatorio? Es que la idea no existía, no había la palabra para representarla. Se sirvió de la palabra *infierno*, la única que estaba en uso, como término genérico, para designar sin distinción las penas futuras. Si, al lado de la palabra *infierno*, hubiese colocado una palabra equivalente al *purgatorio* no podría precisarle el sentido verdadero sin decidir una cuestión reservada al futuro; por otro lado sería consagrar la existencia de dos lugares especiales de castigos. El infierno en su acepción general revelando la idea de castigo, encerraba implícitamente la del *purgatorio* que solo es un modo de penalidad. Debiendo el futuro esclarecer a los hombres sobre la naturaleza de las penas, debía por eso mismo reducir al infierno a su justo valor.

Puesto que la Iglesia creyó, después de seis siglos, que debía suplir el silencio de Jesús decretando la existencia del purgatorio, fue porque pensó que él no lo había dicho todo ¿Por qué no sería para otros puntos así como fue para este?.

CAPÍTULO VI

DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS

Origen de la doctrina de las penas eternas. – Argumentos a favor de las penas eternas. – Imposibilidad material de las penas eternas. – La doctrina de las penas eternas tuvo su época. – Ezequiel contra la eternidad de las penas y el pecado original.

ORIGEN DE LA DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS

1. – La creencia en la eternidad de las penas pierde, cada día, tanto terreno que, sin ser profeta, cada uno puede preveer su próximo fin. Ha sido combatida con argumentos tan poderosos y tan perentorios, que casi parece superfluo ocuparse de ella de hoy en adelante, y basta dejarla morir poco a poco. Sin embargo, no se puede disimular que, por caduca que sea, es aún el punto de reunión de los adversarios de las ideas nuevas, los que lo defienden con más obstinación, porque es uno de los lados más vulnerables y preveen las consecuencias de su fracaso. Desde este punto de vista, esta cuestión merece un examen serio.

2. – La doctrina de las penas eternas, como la del infierno material, tuvieron su razón de ser, cuando ese temor podía ser un freno para los hombres poco avanzados intelectual y moralmente. Por lo mismo que se hubieran impresionado poco o nada con la idea de las penas morales, no lo serían más con la de las penas temporales; ni siquiera comprenderían la justicia de las penas graduadas y proporcionales, porque no estaban aptos para

comprender los matices delicados del bien y del mal, ni el valor relativo de las circunstancias atenuantes o agravantes.

3. – Cuanto más próximos están los hombres del estado primitivo, tanto más materiales son; el sentido moral es lo que se desarrolla en ellos más tardíamente. Por esa misma razón no se pueden hacer sino una idea muy imperfecta de Dios y de sus atributos y una no menos vaga de la vida futura. A semejanza de Dios a su propia naturaleza; es para ellos un soberano absoluto, tanto más terrible porque es invisible, igual a un monarca despótico, oculto en su palacio, que no se muestra nunca a sus súbditos. Él no es poderoso sino por la fuerza material, porque no comprenden la fuerza moral; no lo ven sino armado del rayo, en medio de relámpagos y tempestades, sembrando, a su paso, la ruina y la desolación, a ejemplo de los guerreros invencibles. Un Dios de mansedumbre y de misericordia no sería un Dios, sino un ser débil que no podría hacerse obedecer. La venganza implacable, los castigos terribles, eternos, no tenían nada en contra de la idea que se hacían de Dios, nada que repugnase su razón. Implacables ellos mismos en sus sentimientos, crueles con sus enemigos, sin piedad con los vencidos, Dios, que les era superior a ellos, debería ser más terrible aun.

Para tales hombres, serían necesarias creencias religiosas asimiladas a su naturaleza aún ruda. Una religión muy espiritual, toda amor y caridad, no podría aliarse con la brutalidad de las costumbres y de las pasiones. No censuremos, pues, a Moisés, por su legislación draconiana, que tuvo dificultades para contener a su pueblo indócil, ni el haber hecho de Dios un Dios vengativo. Era necesario en aquella época; la dulce doctrina de Jesús podría no encontrar eco y hubiera sido ineficaz.

4. – A medida que el Espíritu se fue desarrollando, se disipó poco a poco el velo material y los hombres se volvieron más aptos para comprender las cosas espirituales; pero a eso no se llegó sino gradualmente. Cuando Jesús vino, pudo anunciar un Dios clemente, hablar de su reino que no es de este mundo, y decir a los hombres: “Amaos unos a los otros, haced el bien a aquéllos que os odian”, mientras que los antiguos decían: “Ojo por ojo, diente por diente”.

Ahora bien ¿quiénes eran los hombres que vivieron en el tiempo de Jesús? ¿Eran almas recién creadas y encarnadas? Si así fuese Dios habría creado en la época de Jesús almas más avanzadas que en la época de Moisés. Pero, entonces, ¿en qué se convirtieron éstas últimas? ¿se habían arrastrado, durante la eternidad, en el embrutecimiento? El simple buen sentido rechaza esta suposición. No; eran las mismas almas que, después de vivir bajo el imperio de una ley mosaica, habían adquirido suficiente conocimiento durante varias existencias, para comprender una doctrina más elevada y que hoy están lo suficientemente avanzadas para recibir un conocimiento aún más completo.

5. – Sin embargo, Cristo no pudo revelar, a sus contemporáneos, todos los misterios del futuro: él mismo dijo: “Tendría aún muchas cosas que deciros, pero no las comprenderíais; por eso os hablo por parábolas”. Sobre todo lo relativo a la moral, quiere decir, a los deberes de hombre a hombre, fue muy explícito, porque, tocando la sensible cuerda de la vida material, sabía ser comprendido; sobre los otros puntos, se limitó a sembrar, bajo la forma alegórica, los gérmenes de aquello que debería ser desarrollado más tarde.

La doctrina de las penas y de las recompensas futuras pertenece a este último orden de ideas. Sobre todo con respecto a las penas, no podía romper, de repente, con las ideas recibidas. Vino a traer a los hombres nuevos deberes; la caridad y el amor al prójimo, substituyendo al espíritu de odio y de venganza, la abnegación substituyendo al egoísmo; eso ya era mucho; no podía, racionalmente, ablandar el temor al castigo reservado a los prevaricadores, sin debilitar, al mismo tiempo, la idea del deber. Prometía el reino de los cielos a los buenos; ese reino estaba, pues, prohibido a los malos; ¿para dónde irían ellos? Sería preciso una contrapartida de tal naturaleza que impresionase inteligencias aún muy materiales para identificarse con la vida espiritual; porque no se debe perder de vista que Jesús se dirigía al pueblo, a la parte menos esclarecida de la sociedad, para la cual serían necesarias imágenes, de alguna forma, palpables y no ideas sutiles. Por eso no entró, respecto a eso en detalles superfluos; le bastó oponer un castigo a la recompensa: no era necesario más en aquella época.

6. – Si Jesús amenazó a los culpables con el fuego eterno, los amenazó también con echarlos a la Gehenna: ¿y que era esa Gehenna? Un sitio en las proximidades de Jerusalén, un depósito donde lanzaban las inmundicias de la ciudad. ¿Sería preciso tomar también eso al pie de la letra? Era una de esas figuras enérgicas con la ayuda de las cuales él impresionaba a las masas. Lo mismo no sucedía con el fuego eterno. Si tal no hubiera sido su pensamiento, estaría en contradicción consigo mismo exaltando la clemencia y la misericordia de Dios, porque la clemencia y la inexorabilidad son contrarias que se anulan. Sería, pues, equivocarse extrañamente, sobre el sentido de las palabras de Jesús, viéndose en ellas la sanción del dogma de las penas eternas, mientras toda su enseñanza proclama la mansedumbre del Creador.

En la *Oración dominical* nos enseña a decir; “Señor perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a aquéllos que nos ofendieron”. Si el culpable no tuviese ningún perdón que esperar, sería inútil pedirlo. Pero, ¿ese perdón no tiene condiciones? ¿Es una gracia, un indulto puro y simple de la pena incurrida? No; la medida de ese perdón esta subordinada a la manera por la cual seremos perdonados, quiere decir que, si no perdonamos, no seremos perdonados. Dios, haciendo, del olvido de las ofensas una condición absoluta, no podría exigir que el hombre débil hiciese lo que Él todo poderoso no haría. La *Oración dominical* es una protesta diaria contra la eterna venganza de Dios.

7. – Para los hombres, que no tenían sino una confusa noción de la espiritualidad del alma, la idea del fuego material no tenía nada de chocante, tanto menos cuanto que estaba en la creencia vulgar sacada de la del infierno de los Paganos, casi universalmente difundida. La eternidad de la pena nada tenía tampoco que repugnase a gentes sometidas desde muchos siglos a la legislación del terrible Jehová. En el pensamiento de Jesús, el fuego eterno no podría ser sino una figura; poco le importaba que esa figura fuese tomada al pie de la letra, si debía de servir de freno; sabía bien que el tiempo y el progreso se deberían encargar de hacer comprender su sentido alegórico, sobre todo porque, según su predicción, el *Espíritu de Verdad* vendría a esclarecer a los hombres sobre todas las cosas.

El carácter esencial de las penas irrevocables es la *ineficacia del arrepentimiento*; pues, Jesús jamás dijo que el arrepentimiento no encontraría gracia ante Dios. En todas las ocasiones, al contrario, muestra a Dios clemente, misericordioso, pronto a recibir al hijo pródigo de regreso al techo paterno. No lo muestra inflexible sino con el pecador endurecido; pero, si tiene el castigo en una mano, en la otra tiene siempre el perdón pronto a extenderse sobre el culpable siempre que éste vuelva sinceramente a Él. Este no es, ciertamente, el cuadro de un Dios sin piedad. Hay que anotar, también, que Jesús no pronunció contra nadie, ni aún contra los mayores culpables, condenación irremisible.

8. – Todas las religiones primitivas, de acuerdo con el carácter de los pueblos, tuvieron dioses guerreros que combatían al frente de los ejércitos. El Jehová de los Hebreos les daba mil medios para exterminar a sus enemigos; los recompensaba por la victoria o los castigaba por la derrota. Según la idea que se hacía de Dios, se creía honrarlo o apaciguarlo con la sangre de los animales o de los hombres; de ahí los sacrificios sangrientos que desempeñaron papel tan grande en todas las religiones antiguas. Los Judíos habían abolido los sacrificios humanos; los Cristianos, a pesar de las enseñanzas de Cristo, creyeron, por largo tiempo, honrar al Creador, entregando por millares a las llamas y a las torturas a aquéllos a quienes llamaban herejes; eran bajo otra forma, verdaderos sacrificios humanos, puesto que lo hacían para *la mayor gloria de Dios* y con el acompañamiento de ceremonias religiosas. Hoy mismo invocan todavía al *Dios de los ejércitos* antes del combate y lo glorifican después de la victoria, y esto, frecuentemente, para las causas más injustas y más anticristianas.

9. – ¡Cuán tardío es el hombre en desprenderse de sus prejuicios, de sus hábitos, de sus ideas primitivas! ¡Cuarenta siglos nos separan de Moisés y nuestra generación cristiana ve aún trazos de los antiguos usos bárbaros consagrados, o por lo menos, aprobados por la religión actual! Fue necesario el poder de la opinión de los *no ortodoxos* de aquéllos que fueron considerados herejes, para poner término a las hogueras y hacer comprender la verdadera grandeza de Dios. Pero, a falta de las hogueras, las persecuciones materiales y morales, están aún en pleno vigor, así como la idea de un Dios

cruel está arraigada en el hombre. Alimentado por los sentimientos que le fueron inculcados en la infancia, ¿puede el hombre admirarse de que el Dios que le representan honrándolo con actos bárbaros condene a tormentos eternos y vea, sin piedad, los padecimientos de los condenados?

Sí, son filósofos, impíos, según algunos, que se escandalizan al ver el nombre de Dios profanado por actos indignos de él; son aquéllos que lo mostraron a los hombres en toda su grandeza, despojándolo de las pasiones y de las pequeñeces humanas que le atribuía una creencia no esclarecida. La religión ganó en dignidad lo que perdió en prestigio exterior; porque si hay menos hombres adictos a la forma, hay más de ellos que son, más sinceramente, religiosos por el corazón y los sentimientos.

Pero, al lado de estos ¿cuántos hay que, permaneciendo en la superficie, fueron conducidos a la negación de toda providencia? Por falta de haber considerado *oportunamente* las creencias religiosas en armonía con el progreso de la razón humana, se hizo nacer entre algunos el deísmo, entre otros la incredulidad absoluta, entre otros el panteísmo, quiere decir que el hombre se hizo a sí mismo Dios, en la falta de ver uno bastante perfecto.

ARGUMENTOS EN APOYO DE LAS PENAS ETERNAS

10. – Volvamos al dogma de la eternidad de las penas. El principal argumento que se invoca, en su favor, es este:

“Está admitido entre los hombres, que la gravedad de la ofensa es proporcional a la calidad del ofendido. Aquella que es cometida contra un soberano, siendo considerada como más grave que aquella que no concierne sino a un simple súbdito, es castigada más severamente. Pues Dios es más que un soberano: puesto que es infinito, la ofensa contra Él es infinita y debe tener un castigo infinito, es decir, eterno”.

Refutación Toda refutación es un razonamiento que debe tener su punto de partida, en una base en la cual se apoye premisas, en una palabra. Tomemos esas premisas en los atributos mismos de Dios.

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Es imposible concebir a Dios de otra forma que no sea el infinito de las perfecciones, sin lo cual no sería Dios, porque se podría concebir un ser poseedor de lo que faltase. Para que sea único por encima de todos los seres, es necesario que nadie pueda superarlo ni igualarlo en lo que quiera que sea. Por lo tanto, es preciso que sea infinito en todo.

Siendo los atributos de Dios infinitos, no son susceptibles ni de aumento ni de disminución; sin eso, no serían infinitos y Dios no sería perfecto. Si se retirase aunque fuese la parte más pequeña de uno solo de sus atributos, no tendríamos más Dios, porque podría existir un ser más perfecto.

El infinito de una cualidad excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad contraria que la disminuya o la anule. Un ser *infinitamente bueno* no puede tener la más pequeña partícula de maldad, ni el ser *infinitamente malo* tiene la más pequeña partícula de bondad; del mismo modo que un objeto no podría ser absolutamente negro con el menor viso blanco, ni de un blanco absoluto con la más pequeña mancha negra.

Sentado ese punto de partida, al argumento arriba se oponen los argumentos siguientes:

11. – Sólo un ser infinito puede hacer alguna cosa infinita. Siendo limitado el hombre en sus virtudes, en sus conocimientos, en su poder, en sus aptitudes, en su existencia terrestre, no puede producir sino cosas limitadas.

Si el hombre pudiese ser infinito en lo que hace, del mal, lo sería igualmente en lo que hace del bien, y entonces sería igual a Dios. Pero si el hombre fuese infinito en lo que hace de bien, no haría nada de mal, porque el bien absoluto es la exclusión de todo mal.

Admitiendo que una ofensa temporal contra la Divinidad pudiese ser infinita, Dios, vengándose con un castigo *infinito*, sería *infinitamente vengativo*; si es infinitamente vengativo, no puede ser infinitamente bueno y misericordioso, porque uno de esos

atributos es la negación del otro. Si no es infinitamente bueno, no es perfecto y si no es perfecto, no es Dios.

Si Dios es inexorable para con el culpable arrepentido, no es misericordioso; si no es misericordioso, no es infinitamente bueno.

¿Por qué Dios haría para el hombre una ley de perdón si el mismo no debiese perdonar? De eso resultaría que el hombre que perdona a sus enemigos y les hace el bien por el mal, sería mejor que Dios que permanece sordo al arrepentimiento de aquél que lo ofendió, y le niega, por la *eternidad*, el más ligero alivio.

Dios, que está por todas partes y todo lo ve, debe ver las torturas de los condenados. Si es insensible a sus gemidos, durante la eternidad, está eternamente sin piedad; si no tiene piedad, no es infinitamente bueno.

12. – A esto se responde que el pecador que se arrepiente antes de morir, experimenta la misericordia de Dios y que, entonces, el mayor culpable puede encontrar gracia ante él.

Esto no se ha puesto en duda y se concibe que Dios no perdone sino al arrepentido, y sea inflexible con los endurecidos; pero si Él está lleno de misericordia para el alma que se arrepiente antes de haber dejado su cuerpo, ¿por qué cesaría de serlo para aquella que se arrepiente después de la muerte? ¿Por qué el arrepentimiento no tendría eficacia sino durante la vida, que es apenas un instante y no lo tendría más durante la eternidad, que no tiene fin? Si la bondad y la misericordia de Dios están circunscriptas a un tiempo determinado, ellas no son infinitas y Dios no es infinitamente bueno.

13. – Dios es soberanamente justo. La soberana justicia no es la justicia más inexorable, ni la que deja toda falta impune; es aquella que lleva la cuenta más rigurosa, del bien y del mal, que recompensa al uno y castiga al otro en la más ecuánime proporción, y no se engaña jamás.

Si, por una falta temporaria, que es siempre el resultado de la naturaleza imperfecta del hombre y, frecuentemente, del medio donde se encuentra, el alma puede ser castigada eternamente, sin

esperanza de alivio y de perdón, no hay ninguna proporción entre la falta y el castigo: no hay, pues, justicia.

Si el culpable retorna a Dios, se arrepiente y pide reparar el mal que ha hecho, es un retorno al bien, a los buenos sentimientos. Si el castigo es irrevocable, ese retorno al bien no tiene fruto; puesto que si no se llevó en cuenta el bien no hay justicia. Entre los hombres el condenado que se enmienda ve su pena conmutada y, a veces, inclusive suprimida. ¡Habría, pues, en la justicia humana, más equidad que en la justicia divina!

Si la condena es irrevocable, el arrepentimiento es inútil; no teniendo nada que esperar el culpable en su vuelta al bien, persiste en el mal, de modo que no solamente Dios le condena a sufrir perpetuamente, sino a permanecer aun en el mal por la eternidad. No estaría ahí ni la justicia, ni la bondad.

14. – Siendo Dios infinito en todas las cosas, Dios debe conocerlo todo: el pasado y el porvenir, debe saber, en el momento de la creación de un alma, si faltará, tan gravemente para ser condenada por la eternidad. Si no lo sabe, su sabiduría no es infinita, y, entonces, no es Dios. Si lo sabe, voluntariamente creó un ser destinado, desde su formación, a las torturas sin fin y, entonces, no es bueno.

Si Dios, conmovido por el arrepentimiento de un condenado, puede extender sobre él su misericordia y *sacarle del infierno*, no hay más penas eternas y el juicio pronunciado por los hombres es revocado.

15. – La doctrina de las penas eternas absolutas conduce, pues, forzosamente, a la negación o a la disminución de algunos de los atributos de Dios; y, como consecuencia, es irreconciliable con la perfección infinita; por donde se llega a la siguiente conclusión:

Si Dios es perfecto la condenación eterna no existe; si existe, Dios no es perfecto.

16. – Se invoca aun en favor del dogma de la eternidad de las penas, el argumento siguiente:

“La recompensa concebida a los buenos, siendo eterna, debe

tener por contrapartida un castigo eterno. Es justo proporcionar el castigo a la recompensa.”

Refutación ¿Dios crea el alma con la mira de hacerla dichosa o infeliz? Evidentemente, la felicidad de la criatura debe ser el objetivo de su creación, de otra manera Dios no sería bueno. Ella alcanza la felicidad por su propio mérito; adquirido el mérito, no puede perderle el fruto, de otro modo degeneraría; la eternidad de la dicha es pues la consecuencia de su inmortalidad.

Pero, antes de llegar a la perfección, tiene que sostener luchas, combatir para librarse de las malas pasiones. No habiéndola Dios creado perfecta, sino *susceptible de llegar a serlo*, a fin de que tenga el mérito de sus obras, puede fallar. Sus caídas son las consecuencias de su debilidad natural, Si, por una caída, debiese ser castigada eternamente, se podría preguntar ¿por qué Dios no la creó más fuerte? El castigo que sufre es una advertencia de que ella hizo el mal, y que debe tener por resultado volverla al buen camino. Si la pena fuese irremisible, su deseo de obrar mejor sería superfluo; desde entonces, el fin providencial de la creación no se podría alcanzar, porque habría seres predestinados a la dicha y otros a la infelicidad. Si un alma culpable se arrepiente puede tornarse buena; pudiendo tornarse buena, puede aspirar a la felicidad; ¿sería Dios justo negándole los medios para eso?

Siendo el bien el objetivo final de la creación, la felicidad, que es el premio de él, debe ser eterna; el castigo, que es un medio de llegar a ella, debe ser temporal. La más vulgar noción de justicia, incluso aun entre los hombres, dice que no se puede castigar perpetuamente a aquel que tiene el deseo y la voluntad de hacer el bien.

17. – Un último argumento en favor de la eternidad de las penas es éste:

“El temor de un castigo eterno es un freno; si fuera quitado, el hombre, no temiendo a nada más, se entregaría a todos los excesos”

Refutación. Este raciocinio sería justo si la no eternidad de las penas ocasionase la supresión de toda sanción penal. El estado feliz o infeliz, en la vida futura, es una consecuencia rigurosa de la

justicia de Dios, porque una identidad de situación, entre el hombre bueno y el hombre perverso, sería la negación de esa justicia. Pero, por no ser eterno, el castigo no es menos penoso; se le teme tanto más cuanto en el se cree y se cree cuanto más racional sea. Una penalidad en la cual no se cree, no es más un freno, y la eternidad de la penas está entre ese número.

La creencia en las penas eternas, como dijimos, tuvo su utilidad y su razón de ser en una cierta época; hoy, no solamente no conmueve, sino que hace incrédulos. Antes de colocarla como una necesidad, sería necesario demostrar su realidad. Sería preciso, sobre todo, que se viese su eficacia sobre aquéllos que la preconizan y se esfuerzan en demostrarla. Infelizmente, entre estos, muchos prueban, por sus actos, que no están nada amedrentados con ellas. Si es ineficaz para reprimir el mal entre aquellos que dicen creer en ella ¿que imperio puede tener sobre aquéllos que no creen?

IMPOSIBILIDAD MATERIAL DE LAS PENAS ETERNAS

18. – Hasta aquí, el dogma de la eternidad de las penas no fue combatido sino por el raciocinio; vamos a mostrarlo en contradicción con los hechos positivos que tenemos a la vista, y probar su imposibilidad.

Según este dogma, la suerte del alma está irrevocablemente fijada después de la muerte. Es, pues, una sentencia definitiva opuesta al progreso. Ahora bien, el alma ¿progresa o no? Ahí está toda la cuestión. Si ella progresa, la eternidad de las penas es imposible.

¿Puede dudarse de este progreso cuando se ve la inmensa variedad de aptitudes morales e intelectuales que existen sobre la Tierra, desde el salvaje hasta el hombre civilizado? ¿Cuando se ve la diferencia que presenta un mismo pueblo de un siglo para otro? Si se admite que no son estas las mismas almas, es preciso admitir también que Dios creó almas en todos los grados de adelantamiento, según los tiempos y los lugares; que favorece a algunas, mientras destina a otras a una inferioridad perpetua; lo que es incompatible con la justicia, que debe ser la misma para todas las criaturas.

19. – Es incontestable que el alma, atrasada intelectual y

moralmente, como la de los pueblos bárbaros, no puede tener los mismos elementos de felicidad, las mismas aptitudes para disfrutar de los esplendores del Infinito, que aquella en la cual todas las facultades están muy desarrolladas. Si, pues, estas almas no progresan, no pueden, en las más favorables condiciones, gozar perpétuamente sino de una felicidad, por así decirlo, negativa. Para estar de acuerdo con la rigurosa justicia, se llega, pues, forzosamente a esta consecuencia de que las almas más avanzadas son las mismas que eran las atrasadas y progresaron. Pero aquí tocamos la gran cuestión de la *pluridad de las existencias*, como único medio racional de resolver la dificultad. Sin embargo, haremos abstracción de ella y reconsideraremos el alma en una sola existencia.

20. – He aquí, como se ven tantos, a un joven de veinte años, ignorante, de instintos viciosos, negando a Dios y a su alma, entregándose al desorden y cometiendo toda especie de faltas. Pero, se encuentra en un medio favorable; trabaja, se instruye, poco a poco se corrige y, finalmente, se vuelve piadoso. ¿No es un ejemplo palpable del progreso del alma durante la vida, y no se ven, todos los días, casos semejantes? Ese hombre muere santamente a edad avanzada y, naturalmente, su salvación está asegurada. Pero, ¿cuál habría sido su suerte, si un accidente le hubiese hecho morir cuarenta o cincuenta años antes? El reunía todas las condiciones necesarias para ser condenado; ahora bien, una vez condenado, todo el progreso estaría detenido. He aquí, pues, a un hombre salvado porque vivió largo tiempo y, que según la doctrina de las penas eternas, se habría perdido para siempre si hubiese vivido menos, lo que podría resultar de un accidente fortuito. Una vez que su alma ha podido progresar en un tiempo determinado ¿por qué no podría progresar en el mismo tiempo después de la muerte, si una causa independiente de su voluntad le impidió hacerlo durante su vida? ¿Por qué Dios le habría negado los medios? El arrepentimiento, aunque tardío, habría ocurrido a tiempo; pero, si desde el instante de su muerte, hubiese sufrido una condenación irremisible, su arrepentimiento hubiese sido infructuoso eternamente, y su aptitud para progresar destruida para siempre.

21. – El dogma de la eternidad absoluta de las penas es, pues, inconciliable con el progreso del alma, puesto que le impondría un

obstáculo invencible. Estos dos principios se anulan, forzosamente, el uno al otro: si el uno existe, el otro no puede existir. ¿Cuál de los dos existe? La ley del progreso es patente: no es una teoría, es un hecho constatado por la experiencia; es una ley natural, ley divina, imprescriptible; puesto que ella existe y no puede conciliarse con la otra, es que la otra no existe. Si el dogma de la eternidad de las penas fuese una verdad, San Agustín, San Pablo y muchos otros, no habrían visto el cielo jamás si hubiesen muerto antes del progreso que trajo su conversión.

A esta última asertiva, se responde que la conversión de estos santos personajes no fue un resultado del progreso del alma, sino de la gracia que les fue concedida y por la cual fueron inspirados. Pero, aquí hay un juego de palabras. Si hicieron el mal y más tarde el bien, es que llegaron a ser mejores; luego progresaron. ¿Acaso Dios, por un favor especial les concedió la gracia de corregirse? Pues ¿por qué se lo concedió a ellos y a otros no? Es siempre la doctrina de los privilegios, incompatible con la justicia de Dios, y su amor igual a todas las criaturas.

Según la Doctrina Espírita, de acuerdo con las mismas palabras del Evangelio, con la lógica y la más rigurosa justicia, el hombre es hijo de sus obras, durante esta vida y después de la muerte, no debe nada al favor: Dios lo recompensa por sus esfuerzos y lo castiga por su negligencia, tanto tiempo como sea negligente.

LA DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS TUVO SU ÉPOCA

22. – La creencia en la eternidad de las penas materiales, permaneció como un temor saludable hasta que los hombres estuviesen en estado de comprender la fuerza moral. Tal como se contiene a los niños, durante un tiempo, con la amenaza de ciertos seres quiméricos, con ayuda de los que se les asusta; pero llega un momento, cuando la razón del niño, por sí misma, hace justicia a los

cuentos con los cuales fue entretenido, y en los cuales sería absurdo pretender ver por los mismos medios. Si aquéllos que lo dirigen persistieren en afirmarle que esas fábulas son verdades que debe tomar al pie de la letra, perderán la confianza.

Así ocurre hoy con la Humanidad; salió de la infancia y prescindió de sus andaderas. El hombre no es ya aquel instrumento pasivo que se curva bajo la fuerza material, ni ese ser crédulo que a ojos cerrados, todo lo aceptaba.

23. – La creencia es un acto del entendimiento, por cuya razón no puede ser impuesta. Si, durante un cierto período de la Humanidad, el dogma de la eternidad de las penas pudo ser inofensivo, e incluso saludable, llega un momento en que viene a ser peligroso. En efecto, desde el instante en que lo impongáis como verdad abosoluta, cuando la razón lo rechaza, resultaría necesariamente una de dos cosas: o el hombre, que quiere creer, se forma una creencia más racional, y entonces se separa de vosotros; o bien no cree en más nada. Es evidente, para quien estudió la cuestión a sangre fría, que, en nuestros días, el dogma de la eternidad de las penas ha hecho más materialistas y ateos que todos los filósofos.

Las ideas siguen un curso incesantemente progresivo; no se puede gobernar a los hombres sino siguiendo ese curso; querer detenerlo o hacerlo retroceder, o simplemente permanecer atrasado, cuando el avance, es perderse. Seguir, o no seguir, ese movimiento es una cuestión de vida o de muerte, para las religiones así como para los gobernantes. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Seguramente, es un mal a los ojos de aquéllos que, viviendo en el pasado, ven escapárseles ese pasado, para aquéllos que ven el futuro, es la ley del progreso que es una ley de Dios y, contra las leyes de Dios, toda resistencia es inútil; luchar contra su voluntad es querer destruirse.

¿Por qué, pues, querer sostener a toda fuerza una creencia que cae en el desuso, y que, en definitiva, hace más mal que bien a la religión? ¡Ay! Es triste decirlo, pero una cuestión material domina aquí a la cuestión religiosa. Esa creencia ha sido extensamente explotada, con la ayuda del pensamiento vigente que con dinero,

podrían abrirse las puertas del cielo, y preservarse del infierno. Las sumas que ha producido y produce todavía, son incalculables; es el impuesto levantado sobre el miedo a la eternidad. Siendo facultativo ese impuesto, el producto es proporcional a la creencia; si la creencia no existe más, el producto se torna nulo. El niño da voluntariamente la golosina a aquél que le promete librarlo del duende; pero cuando el niño no cree más en el duende, guarda la golosina.

24. – La nueva revelación, dando ideas más sanas de la vida futura, y probando que se puede llegar a la salvación por sus propias obras debe encontrar una oposición tanto más viva cuanto más agota una fuente muy importante de recursos. Así sucede cada vez que un descubrimiento, o una invención, viene a cambiar las costumbres. Los que viven de los antiguos y costosos procedimientos, los enaltecen y desacreditan a los nuevos, más económicos. ¿Se cree, por ejemplo, que la imprenta, a pesar de los servicios que debía prestar a la Humanidad, debió ser aclamada por la numerosa clase de los copistas? No, ciertamente; debieron maldecirla. Así ha acontecido con respecto a las máquinas los ferrocarriles y otras cien cosas.

A los ojos de los incrédulos, el dogma de la eternidad de las penas es una cuestión fútil de la cual se ríen; a los ojos del filósofo tiene una gravedad social por los abusos a los cuales da lugar; el hombre verdaderamente religioso ve la dignidad de la religión interesada en la destrucción de esos abusos y de su causa.

EZEQUIEL CONTRA LA ETERNIDAD DE LAS PENAS Y EL PECADO ORIGINAL

25.– A los que pretendan encontrar, en la Biblia, la justificación de la eternidad de las penas, se le pueden oponer los textos contrarios que no dejan ninguna ambigüedad. Las palabras siguientes, de Ezequiel, son la negación más explícita, no solo de las penas irremisibles, más de la responsabilidad que la falta del padre del género humano habría hecho pesar sobre su cabeza:

“1. El Señor me habla nuevamente y me dice: – 2. ¿De dónde viene que os sirváis entre vosotros, de esta parábola y que la habéis tomado como proverbio en Israel: Los padres, decís, han comido racimos verdes y los dientes de los hijos se resienten de ello? – 3. Juro por mí mismo, dice el Señor Dios, que esta parábola no pasará más, entre vosotros, como proverbio en Israel; – 4. Que todas las almas están para mí; el alma del hijo está para mí, así como el alma del padre; el alma que ha pecado morirá ella misma.

5. Si un hombre es justo, obra según la equidad y la justicia; 7. si no entristece ni oprime a nadie; si vuelve a su deudor la prenda que le había dado; si no toma nada del bien de otro con violencia; si da su pan al que tiene hambre; si cubre con vestidos a los que están desnudos; – 8. si no se presta a usura y no recibe más que lo que le ha dado; si aparta su mano de la iniquidad; si pronuncia un juicio equitativo entre dos hombres que pleitean; – 9. Si marcha en el camino de mis preceptos, y guarda mis ordenanzas para obrar según la verdad: ése es justo, ciertamente, vivirá mucho, dice el Señor Dios.

10. Si este hombre tiene un hijo que sea un ladrón y que derrame sangre, o que cometa una de estas faltas; 13. Este hijo morirá, muy ciertamente, una vez que ha hecho todas esas acciones detestables y su sangre caerá sobre su cabeza.

14. Si este hombre tiene un hijo que, viendo todos los crímenes que su padre había cometido a su causa esté tomado de miedo y se guarda bien de imitarle; – 17. Este no morirá por causa de la iniquidad de su padre, pero, vivirá muy ciertamente; – 18. Su padre que habría oprimido a los otros por medio de calumnias y que había cometido acciones criminales en su pueblo, esta muerto a causa de su propia iniquidad.

19. Si decís: ¿Por qué el hijo no lleva la iniquidad de su padre? Es porque el hijo ha obrado según la equidad y la justicia; porque ha guardado todos mis preceptos y los ha practicado; por esto vivirá, muy ciertamente.

20. El alma que ha pecado morirá ella misma: *El hijo no cargará la iniquidad del padre y el padre no cargará la iniquidad del hijo*; la justicia del justo estará sobre él y la impiedad del impío estará sobre él.

21. Si el impío hace penitencia de todos los pecados que había cometido; si guarda todos mis preceptos y si obra según la equidad y la

justicia, vivirá, ciertamente, y no morirá. – 22. *No me acordaré más de todas las iniquidades que él había cometido; vivirá en las obras de justicia que haya hecho.*

23. ¿Es que quiero la muerte del impío? – dice el Señor Dios: no, quiero antes que se convierta y que se retire del mal camino y que viva. (Ezequiel, Cap. XVIII)

Decidles estas palabras: Juro, por mí mismo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sólo quiero que el impío se convierta, que deje su mal camino y que viva” (Ezequiel, Cap. XXXIII, V. 11)

CAPÍTULO VII

LAS PENAS FUTURAS SEGÚN EL ESPIRITISMO

La carne es débil – Principios de la Doctrina Espírita sobre las penas futuras – Código penal de la vida futura.

LA CARNE ES DÉBIL

Hay tendencias viciosas que son evidentemente inherentes al Espíritu, porque se refieren más a lo moral que a lo físico; otras antes parecen consecuencia del organismo y, por este motivo, se cree menos responsable; tales son las predisposiciones a la cólera, a la voluptuosidad, a la sensualidad, etc.

Hoy está perfectamente reconocido, por las filosofías espiritualistas, que los órganos cerebrales, que corresponden a las diversas aptitudes, deben su desarrollo a la actividad del Espíritu; así, que ese desarrollo es un efecto y no una causa. Un hombre no es músico porque tenga *inclinación* a la música, sino que tiene *inclinación* a la música porque su Espíritu es músico...

Si la actividad del Espíritu actúa sobre el cerebro, debe actuar, igualmente, sobre las otras partes del organismo. El Espíritu es, así, artífice de su propio cuerpo, que lo conforma, por decirlo así, a fin de moldearlo a sus necesidades y a la manifestación de sus tendencias. Sentado esto, la perfección del cuerpo, de las razas avanzadas, no sería producto de creaciones distintas, sino el resultado del trabajo del Espíritu, que perfecciona su instrumento a medida que sus facultades aumentan.

Por una consecuencia natural de este principio, las disposiciones morales del Espíritu deben modificar las cualidades de la sangre, darle mayor o menor actividad, provocar una secreción más o menos abundante, de la bilis o de otros humores. Así es, por ejemplo, que el glotón siente llegar la saliva a la boca ante una comida apetitosa. No es la comida la que puede sobreexcitar el órgano del gusto, puesto que no tiene contacto con él; es pues el Espíritu, cuya sensualidad es despertada, que actúa, por el pensamiento, sobre ese órgano, mientras que en otro la vista de esa comida no produce ningún efecto. Por la misma razón una persona sensible vierte fácilmente las lágrimas; no es la abundancia de lágrimas lo que da la sensibilidad al Espíritu, sino la sensibilidad del Espíritu la que provoca la secreción abundante de lágrimas. Bajo el imperio de la sensibilidad el organismo está apropiado para esa disposición normal del Espíritu, como estaba apropiado la del Espíritu glotón.

Siguiendo este orden de ideas, se comprende que un Espíritu iracundo debe poseer un temperamento bilioso; de lo que se deduce que un hombre no es colérico porque sea bilioso, sino, que es bilioso porque es colérico. Ocurre lo mismo con todas las otras disposiciones instintivas; un Espíritu flaco e indolente, dejará su organismo en un estado de atonía con relación a su carácter, mientras que, si es activo y enérgico, dará a su sangre y a sus nervios, cualidades muy diferentes. La acción del Espíritu sobre el físico es de tal modo evidente que, frecuentemente, se ven graves desórdenes orgánicos a consecuencia de violentas conmociones morales. La expresión vulgar: *La emoción le altera la sangre*, no está tan privada de sentido como se podría creer; ahora bien ¿qué ha podido alterar la sangre sino las disposiciones morales del Espíritu?

Se puede, pues, admitir que el temperamento es, por lo menos en parte, determinado por la naturaleza del Espíritu, que es causa y no efecto. Decimos en parte porque hay casos en que lo físico, evidentemente, influye sobre la moral; es cuando un estado mórbido o anormal está determinado por una causa externa, accidental, independientemente del Espíritu, como la temperatura, el clima, los vicios hereditarios de constitución, un malestar pasajero,

etc. La moral del Espíritu puede entonces estar afectada en sus manifestaciones, por el estado patológico, sin que su naturaleza intrínseca sea modificada.

Excusarse, de sus faltas, en razón de la debilidad de la carne, no es pues, sino un subterfugio para escapar de la responsabilidad. *La carne no es débil sino porque el Espíritu es débil*, lo que revierte la cuestión y deja al Espíritu la responsabilidad de todos sus actos. La carne, que no tiene ni pensamiento ni voluntad, no prevalece jamás sobre el Espíritu, que es el ser *pensante y que decide*; es el Espíritu quien da a la carne, las cualidades correspondientes a sus instintos, igual que un artista imprime en su obra material la marca de su genio. El Espíritu, emancipado de los instintos de la bestialidad, se conforma un cuerpo que no es ya un tirano para sus aspiraciones rumbo a la espiritualidad de su ser; entonces es cuando el hombre come para vivir, porque vivir es una necesidad, pero, no vive más para comer.

La responsabilidad moral de los actos de la vida, permanece, pues, íntegra; pero la razón dice que las consecuencias de esa responsabilidad, deben estar en relación con el desarrollo intelectual del Espíritu; cuanto más ilustrado es, menos excusas tiene, porque, con la inteligencia y el sentido moral, nacen las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

Esa ley explica el fracaso de la Medicina en ciertos casos. Desde luego que el temperamento es un efecto y no una causa, los esfuerzos hechos con la intención de modificarlo, necesariamente, son paralizados por las disposiciones morales del Espíritu, que opone una resistencia inconsciente y neutraliza la acción terapéutica. Es pues, sobre la primera causa que es preciso actuar. Dadle si fuere posible, valor al cobarde y veréis cesar los efectos psicológicos del miedo.

Esto prueba, una vez más, la necesidad, para el arte de curar, de tener en cuenta la acción del elemento espiritual sobre el organismo. (*Revista Espírita*, marzo 1869, pag. 65)

PRINCIPIOS DE LA DOCTRINA ESPÍRITA
SOBRE LAS PENAS FUTURAS

La Doctrina Espírita, en lo que concierne a la penas futuras, como en todas sus partes, no está fundada sobre una teoría preconcebida, no es un sistema que sustituye a otro sistema: en todas las cosas se apoya en observaciones y es esto lo que le da autoridad. Nadie ha imaginado que las almas, después de la muerte, deberían encontrarse en tal o cual situación; son los mismos seres que dejaron la Tierra que vienen hoy, a iniciarnos en los misterios de la vida futura, a describir su posición, feliz o infeliz, sus impresiones y su transformación con la muerte del cuerpo; en una palabra, a completar sobre este punto, la enseñanza de Cristo.

No se trata aquí de la relación de un solo Espíritu, que podría ver las cosas desde su punto de vista, bajo un solo aspecto, o estar todavía, dominado por los prejuicios terrestres, ni de una revelación hecha a un solo individuo, que podría dejarse engañar por las apariencias, ni de una *visión extática* que se presta a ilusiones y muchas veces no es más que el reflejo de una imaginación exaltada (1) sino de innumerables ejemplos suministrados por todas las categorías de Espíritus desde lo más alto hasta lo más bajo en la escala, con la ayuda de innumerables intermediarios diseminados por todos los puntos del globo, de tal modo que la revelación no es el privilegio de *nadie* sino que cada uno está en disposición de ver y observar y que nadie está obligado a creer sobre la fe de otros.

CODIGO PENAL DE LA VIDA FUTURA

El Spiritismo no viene, pues, con su autoridad particular a formular un código de fantasía; su ley en lo que respeta al futuro del alma, deducida de las observaciones tomadas sobre los hechos, se puede resumir en los puntos siguientes:

1° El alma o Espíritu, sufre en la vida espiritual, las consecuencias de todas las imperfecciones, de las cuales no se

(1) Véase anteriormente, Cap. VI N° 7; y *El Libro de los Espíritus*, números 443 y 444.

despojó, durante la vida corporal. Su estado feliz o infeliz es inherente al grado de su depuración o de sus imperfecciones.

2° La felicidad perfecta es inherente a la perfección, quiere decir, a la depuración completa del Espíritu. Toda imperfección es a la vez, una causa de sufrimiento y de privación de goce, del mismo modo que, toda cualidad adquirida, es una causa de goce y de atenuación de sufrimientos.

3° *No hay una sola imperfección del alma que no lleve consigo sus consecuencias deplorables e inevitables y ni una sola cualidad que no sea el origen de un goce.* La suma de las penas es de este modo, proporcional a la suma de las imperfecciones, del mismo modo que, la de los goces está en razón de la suma de las cualidades.

El alma que tiene, por ejemplo, diez imperfecciones, sufre más que aquella que no tiene sino tres o cuatro; cuando de estas diez imperfecciones no le quede sino la cuarta parte o la mitad, sufrirá menos y cuando no le quede ninguna, no sufrirá ya y será perfectamente feliz. Así sucede sobre la Tierra, aquél que tiene varias enfermedades sufre más que aquél que no tiene ninguna. Por la misma razón el alma que posee diez cualidades tiene más goces que la que posee menos.

4° En virtud de la ley del progreso, teniendo toda alma la posibilidad de adquirir el bien que le falta y de deshacerse de lo que tiene de malo, según sus esfuerzos y voluntad, se desprende de eso que el futuro no está cerrado para ninguna criatura. Dios no repudia a ninguno de sus hijos; los recibe en su seno a medida que alcanzan la perfección, dejando así a cada uno el mérito de sus obras.

5° Estando el sufrimiento ligado a la imperfección, del mismo modo que el placer lo está a la perfección, el alma carga consigo misma, su propio castigo, por todas partes donde se encuentre; para eso, no tiene necesidad de un lugar circunscripto. El infierno está en todas partes donde haya almas que sufren, del mismo modo que el cielo está donde quiera que haya almas felices.

6° El bien y el mal que se hace son el producto de las buenas y malas cualidades que se posee. No hacer el bien que se podría

hacer es pues, el resultado de una imperfección. Si toda imperfección es una fuente de sufrimiento, el Espíritu debe sufrir no solo por todo el mal que hizo, sino por todo el bien que podría hacer y no hizo durante su vida terrestre.

7° El Espíritu sufre por el propio mal que el hizo, de manera que, *estando su atención incesantemente centrada sobre las consecuencias de ese mal*, comprende mejor sus inconvenientes y está estimulado a corregirse de ellos.

8° Siendo la justicia de Dios infinita, tiene una cuenta rigurosa del bien y del mal; si no hay una sola acción mala, un solo pensamiento malo que no tenga sus consecuencias fatales, no hay una sola buena acción, un solo buen movimiento del alma, en una palabra, el más leve mérito que se ha perdido; *aún entre los más perversos, pues es un comienzo de progreso*.

9° Toda falta cometida, todo mal realizado, es una deuda contraída que debe ser pagada; si no lo fuere en una existencia lo será en la siguiente o en las siguientes porque todas las existencias son solidarias, unas con las otras. Aquellas que se pagan en la presente existencia, no deberá ser pagados por segunda vez.

10° El espíritu sufre la pena de sus imperfecciones, sea en el mundo espiritual, sea en el mundo corporal. Todas las miserias, todas las vicisitudes que soportamos en la vida corporal, son consecuencia de nuestras imperfecciones, de expiaciones de faltas cometidas, sea en la existencia presente o en las precedentes.

Por la naturaleza de los sufrimientos y de las vicisitudes que se experimentan en la vida corporal, se puede juzgar la naturaleza de las faltas cometidas en una existencia anterior y de las imperfecciones que fueron su causa.

11° La expiación varía según la naturaleza y la gravedad de las faltas; así pues, la misma falta puede dar lugar a diferentes expiaciones, según las circunstancias, atenuantes o agravantes, en las cuales fueron cometidas.

12° No hay, bajo el aspecto de la naturaleza y de la duración del castigo, ninguna regla absoluta y uniforme; la única ley general es que toda falta recibe su castigo y toda buena acción su recompensa, *según su valor*.

13° La duración del castigo está subordinada a la mejoría del Espíritu culpable. No se pronuncia contra él ninguna condena, por tiempo determinado. Lo que Dios exige para poner término a sus sufrimientos, es una mejoría seria efectiva y un retorno sincero al bien.

De este modo el Espíritu es siempre el árbitro de su propia suerte; puede prolongar sus sufrimientos por su endurecimiento en el mal, suavizarlos o abreviarlos por sus esfuerzos en hacer el bien.

Una condena, por un tiempo determinado, tendría el doble inconveniente, o de continuar hiriendo al Espíritu que se hubiere mejorado, o el de cesar cuando éste todavía perseverare en el mal. Dios, que es justo, castiga el mal *cuando él existe*; y cesa de castigar *cuando el mal no existe ya* (1); o, si se quiere, siendo el mal moral, por sí mismo, una causa del sufrimiento, el sufrimiento durará tanto tiempo como el mal subsista; su intensidad disminuye a medida que el mal se debilita.

14° Estando la duración del castigo subordinada al mejoramiento, resulta de esto que, el Espíritu culpable que no se mejora nunca, sufrirá siempre y que para él la pena sería eterna.

15° Una condición inherente a la inferioridad de los Espíritus, es la de no ver el término de su situación y de creer que sufrirán siempre. Para ellos es un castigo que les parece debe ser eterno. (2)

16° El *arrepentimiento* es el primer paso para la mejoría; pero él solo no basta, es preciso, aun la *expiación* y la *reparación*.

Arrepentimiento, expiación y reparación son las tres condiciones necesarias para borrar las huellas de una falta y sus consecuencias.

El arrepentimiento suaviza los dolores de la expiación, puesto que trae la esperanza y prepara los caminos de la rehabilitación; pero

(1) Véase anteriormente, Capítulo VI, núm. 25, cita de Ezequiel.

(2) *Perpetuo* es sinónimo de *eterno*. Dícese: el límite de las nieves perpetuas; los hielos eternos de los polos; también se dice el secretario perpetuo de la Academia, lo que no quiere decir que lo será perpetuamente, sino por un tiempo *ilimitado*. *Eterno* y *perpetuo* se emplean, pues, en el sentido de *indeterminado*. En esta acepción puede decirse que las penas son eternas, si se entiende que no tienen una duración limitada; ellas son eternas para el Espíritu que no les ve su fin.

únicamente la reparación puede anular el efecto, destruyendo la causa; *el perdón sería una gracia y no una anulación*

17º El arrepentimiento puede ocurrir en cualquier parte y en cualquier tiempo; si es tardío el culpable sufre por más tiempo.

La expiación consiste en los sufrimientos físicos y morales que son la consecuencia de la falta cometida, sea en la vida presente, sea después de la muerte, en la vida espiritual, sea en una nueva existencia corporal, hasta que las huellas de la falta se hayan borrado.

La reparación consiste en hacer el bien a aquél a quien se le hizo daño. Aquél que no repare en esta vida sus faltas por imposibilidad o por mala voluntad, en una existencia ulterior, se reencontrará con las mismas personas que haya perjudicado y en condiciones escogidas por él mismo de manera que pueda probarles su devoción y hacerles tanto bien como mal les haya hecho antes.

No todas las faltas ocasionan un perjuicio directo y efectivo; en ese caso, la reparación se cumple; haciendo lo que se debía de hacer y no se hizo, cumpliendo los deberes que fueron descuidados o desconocidos, las misiones en las que se falló, practicando el bien en sentido contrario al mal que se hizo: quiere decir, siendo humilde donde se fue orgulloso, suave donde se fue duro, caritativo donde se fue egoísta, benevolente si fue malévol, trabajador si fue perezoso, útil si fue inútil, moderado si fue disoluto, ejemplar, si dio malos ejemplos, etc. Así progresa el Espíritu aprovechando su pasado. (1)

(1) La necesidad de la reparación es un principio de rigurosa justicia, que puede considerarse como la verdadera ley de rehabilitación moral de los Espíritus. Es una doctrina que ninguna religión ha proclamado aún.

Sin embargo, algunas personas la rechazan, porque hallarían más cómodo poder borrar sus malas acciones por el simple arrepentimiento, que no cuesta sino palabras y con la ayuda de algunas fórmulas; libres son de creerse satisfechas; más tarde verán si esto les basta. Pregúnteseles si este principio no está consagrado por la ley humana, y si la justicia de Dios puede ser inferior a la de los hombres. ¿Se darían por satisfechos de un individuo que habiéndoles arruinado por abuso de confianza, se limitase a decir que lo siente infinitamente? ¿Por qué retrocederían ante una obligación que todo hombre honesto tiene el deber de cumplir en la medida de sus fuerzas?

Cuando esta perspectiva de reparación estuviere inculcada en la creencia de las masas, será un freno mucho más poderoso que el de el infierno y de las penas eternas porque se refiere a la actualidad de la vida y el hombre comprenderá la razón de ser de las circunstancias penosas en las que se encuentra colocado.

18º Los Espíritus imperfectos están excluidos de los mundos felices, donde perturbarían la armonía; permanecen en los mundos inferiores, donde expían sus faltas por las tribulaciones de la vida y se purifican de sus imperfecciones, hasta que merezcan encarnarse en los mundos más avanzados, moral y físicamente.

Si se puede concebir un lugar de castigo circunscripto es en esos mundos de expiación, porque es alrededor de esos mundos que pululan los Espíritus imperfectos desencarnados, a la espera de una nueva existencia que permitiéndoles reparar el mal que hicieron, coopere a su adelantamiento.

19º Teniendo el Espíritu su libre arbitrio, su progreso es, algunas veces, lento y su obstinación en el mal muy tenaz. Puede persistir en eso años y siglos; pero, llega siempre un momento en el cual su terquedad en enfrentar a la justicia de Dios, se dobla ante el sufrimiento y en el cual a pesar de su pedantería reconoce la fuerza superior que lo domina. Desde que se manifiestan en él los primeros resplandores del arrepentimiento, Dios le hace entrever la esperanza.

Ningún Espíritu está en las condiciones de no poder mejorarse nunca; de otro modo, estaría fatalmente destinado a una eterna inferioridad y escaparía de la ley de progreso que rige providencialmente a todas las criaturas.

20º Cualesquiera que sean la inferioridad y la perversidad de los Espíritus, *Dios jamás los abandona*. Todos tienen su ángel guardián, que vela por ellos, espía los movimientos de su alma y se esfuerza en suscitar en ellos buenos pensamientos, el deseo de progresar y de reparar en una nueva existencia el mal que hicieron. Sin embargo, el guía protector actúa frecuentemente de una manera oculta, sin ejercer ninguna presión. El Espíritu debe mejorarse *por su propia voluntad*, y no a consecuencia de cualquier constreñimiento. Actúa bien o mal en virtud de su libre arbitrio, pero sin estar fatalmente inducido en un sentido o en el otro. Si hizo mal, sufre sus consecuencias por tanto tiempo como haya permanecido en el mal camino; pero desde que da un paso, en dirección del bien, siente inmediatamente los efectos.

Nota. — Sería un error creer que, en virtud de la ley del progreso, la certeza de llegar, tarde o temprano a la perfección y a la felicidad es una tentación para que se persevere en el mal, bajo la condición de arrepentirse más tarde: primero, porque el Espíritu inferior no ve el fin de su situación; en segundo lugar porque siendo el Espíritu el artífice de su propia infelicidad, acaba por comprender que de él depende hacerla cesar y que cuanto más tiempo persista en el mal, por más tiempo será infeliz; que su sufrimiento durará siempre si no le pone término. Sería, pues, un cálculo falso de su parte del cual sería la primera víctima. Si al contrario, según el dogma de las penas irremisibles toda esperanza le estuviese para siempre cerrada, no tendría ningún interés en volverse hacia el bien, que le sería sin provecho.

Ante esta ley, cae igualmente la objeción sacada de la presciencia divina. Dios al crear un alma, sabe, en efecto, en virtud de su libre arbitrio, si ella tomará el buen o el mal camino; sabe que será castigado si obra mal; pero sabe también que ese castigo temporario es un *medio* para que comprenda su error y la haga entrar en el buen camino, donde llegará tarde o temprano. Según la doctrina de las penas eternas, sabe que fallará y que por anticipado está condenada a torturas sin fin.

21° Nadie es responsable sino por sus faltas personales; nadie sufrirá las penas de las faltas de los otros, a menos que les haya dado lugar, ya sea provocándolas con su ejemplo o ya no impidiéndolas cuando tenía poder para ello.

Así es, por ejemplo, que el suicida es siempre castigado; pero aquél que, por su dureza, lleva a un individuo a la desesperación y de ahí a destruirse, sufre una pena aún mayor.

22° Aunque la diversidad de las penas sea infinita, hay las que son inherentes a la inferioridad de los Espíritus y cuyas consecuencias, salvo algunos matices, son casi idénticas.

El castigo más inmediato, sobre todo entre aquéllos que están apegados a la vida material, descuidando el progreso espiritual, consiste en la lentitud de la separación del alma del cuerpo, en las angustias que acompañan a la muerte y el despertar en la otra vida, en la duración de la turbación, que puede persistir meses y años. Por el contrario, entre aquéllos cuya conciencia es pura, que en su vida se identificaron con la vida espiritual y se desprendieron de las

cosas materiales, la separación es rápida, sin sobresaltos, el despertar apacible y la turbación casi nula.

23° Un fenómeno, muy frecuente entre los Espíritus de una cierta inferioridad moral, consiste en creerse todavía vivos y esta ilusión puede prolongarse por muchos años, durante los cuales, sufren todas las necesidades, todos los tormentos y todas las perplejidades de la vida.

24° Para el criminal, la vista incesante de sus víctimas y de las circunstancias del crimen son un cruel suplicio.

25° Ciertos Espíritus están sumergidos en espesas tinieblas; otros en un aislamiento absoluto, en medio del espacio, atormentados por la ignorancia de su posición y de su suerte. Los más culpables, sufren tormentos tanto más agudos cuanto no les ven el fin. Muchos están privados de ver a los seres que les son queridos. Todos, generalmente, soportan con una intensidad relativa, los males, los dolores y las necesidades que hicieron sufrir a los otros, hasta que el *arrepentimiento* y el deseo de *reparación* vienen a traerles un consuelo haciéndoles entrever la posibilidad de poner *por sí mismos* un final a esa situación.

26° Es un suplicio, para el orgulloso, ver a mayor altura que él en la gloria y rodeado de homenajes a aquéllos que había despreciado en la Tierra, mientras que está relegado a las últimas posiciones; para el hipócrita, el verse traspasado por la luz que pone al descubierto sus más secretos pensamientos, que todo el mundo puede leer: sin ningún medio a su alcance para esconderse y disimular; para el sensual, tener todas las tentaciones sin poder satisfacerlas; para el avaro, ver su oro dilapidado y no poder retenerlo; para el egoísta, el ser abandonado por todo el mundo y sufrir todo lo que los otros sufrieron por él: tendrá sed y nadie le dará de beber, tendrá hambre y nadie le dará de comer; ninguna mano amiga vendrá a estrechar la suya, ninguna voz compasiva vendrá a consolarlo; *no pensó sino en sí mismo durante su vida y nadie piensa en él, ni le compadece después de su muerte.*

27° El medio de evitar o de atenuar las consecuencias de los defectos en la vida futura, es deshaciéndose de ellos, lo más pronto

posible, en la vida presente; es reparar el mal para no tener que repararlo más tarde de una manera más terrible. Cuanto más tarda en deshacerse de los defectos más penosas son sus consecuencias y más rigurosa debe ser la reparación que ha de cumplir.

28° La situación del Espíritu, desde su entrada en la vida espiritual, es la que se ha preparado, por la vida corporal. Más tarde, le es dada una nueva encarnación para la expiación y la reparación, por medio de nuevas pruebas; pero la aprovecha más o menos, en virtud de su libre arbitrio; si no la aprovecha es una tarea que debe empezar de nuevo cada vez en condiciones más penosas; de suerte que *aquél que sufre mucho en la Tierra, puede decir, que tenía mucho que expiar*; los que gozan de una aparente felicidad, a pesar de sus vicios y su inutilidad, estén ciertos de que lo pagarán caro en una existencia ulterior. Fue en ese sentido que Jesús dijo: “Bienaventurados los afligidos porque ellos serán consolados”. (*El Evangelio según el Espiritismo*, Cap. V.)

29° La misericordia de Dios, sin duda, es infinita, pero no es ciega. El culpable, al cual perdona, no está exonerado y mientras no haya satisfecho a la justicia, sufre las consecuencias de sus faltas. Por misericordia infinita, es precioso entender que Dios no es inexorable y que deja siempre abierta la puerta de la vuelta al bien.

30° Siendo las penas temporales y subordinadas, al arrepentimiento y a la reparación, que dependen de la libre voluntad del hombre, son al mismo tiempo, los castigos y los *remedios* que deben curar las heridas del mal. Los Espíritus en castigo, están, pues, no como forzados condenados a determinado tiempo, sino iguales a enfermos en el hospital, que sufren de la enfermedad que frecuentemente son una consecuencia de sus faltas y los medios curativos dolorosos que necesita, pero que tienen la esperanza de sanar y que sanarán tanto más de prisa como sigan exáctamente las prescripciones del médico, que vela por ellos solícito. Si prolongan los sufrimientos con sus faltas no es culpa del médico.

31° A las penas que el Espíritu sufre en la vida espiritual se vienen a juntar las de la vida corporal, que son la consecuencia de las imperfecciones del hombre, de sus pasiones, del mal uso de sus facultades y la expiación de las faltas presentes y pasadas. Es en la

vida corporal que el Espíritu repara el mal de sus existencias anteriores, que pone en práctica las resoluciones tomadas en la vida espiritual. Así se explican esas miserias y esas vicisitudes que a primera vista, parecen no tener razón de ser y son enteramente justas desde que son la compensación del pasado y sirven para nuestro progreso (1).

32° Dicen algunos ¿no probaría Dios un mayor amor por sus criaturas, si las hubiese creado infalibles y por consecuencia, exentas de las vicisitudes relativas a la imperfección?

Sería necesario, para esto, que crease seres perfectos, que no tuviesen que adquirir nada, ni en conocimientos ni en moralidad. Sin ninguna duda podía hacerlo; si no lo hizo, fue porque, en su sabiduría, quiso que el progreso fuese la ley general.

Los hombres son imperfectos y como tales sujetos a las vicisitudes más o menos penosas; este es un hecho que es preciso aceptar, puesto que existe. Inferir de él que Dios no es bueno ni es justo, sería una rebeldía contra Él.

Habría injusticia si hubiese creado seres privilegiados, unos más favorecidos que los otros, gozando, sin trabajo, la felicidad que otros alcanzan con dificultad o no pueden jamás alcanzarla. Pero, donde su justicia brilla es en la igualdad absoluta, que preside la creación de todos los Espíritus; todos tienen un mismo punto de partida; no hay ninguno que en su formación tenga mayores dotes que los otros; ninguno cuya marcha ascendente se le facilite por excepción: los que llegaron al objetivo pasaron, igual, a los otros, por las pruebas sucesivas y la inferioridad.

Admitido esto ¿acaso habría algo más justo que la libertad de acción, dejada a cada uno? El camino de la felicidad está abierto para todos; el objetivo es el mismo para todos; las condiciones para alcanzarlo, son las mismas para todos; la ley grabada en todas las conciencias, es enseñada a todos. Dios ha hecho de la felicidad el *premio del trabajo y no del favor* a fin de que cada uno tuviese el

(1) Ver atrás, Cap. VI, el Purgatorio, números 3 y siguientes, y adelante Cap. XX: Ejemplos de expiaciones terrestres. – *El Evangelio según el Espiritismo*, Cap. V: *Bienaventurados los afligidos*.

mérito de ella; cada uno es libre de trabajar o de no hacer nada para su adelantamiento; aquel que trabaja mucho y de prisa pronto es recompensado; aquel que se extravía del camino o pierde su tiempo, retarda su llegada y eso no lo puede atribuir sino a sí mismo. El bien y el mal son voluntarios y facultativos; siendo el hombre libre, no es impedido ni hacia el uno, ni hacia el otro.

33° A pesar de la diversidad de los géneros y de los grados de sufrimiento de los Espíritus imperfectos el código penal de la vida futura puede resumirse en estos tres principios:

El sufrimiento está unido a la imperfección.

Toda imperfección y toda falta que es consecuente, carga consigo su propio castigo, por sus consecuencias naturales e inevitables, como la enfermedad es la consecuencia de los excesos, el tedio de la ociosidad, sin que haya una condenación especial para cada falta y cada individuo.

Todo hombre pudiendo deshacerse de sus imperfecciones, por efecto de su voluntad, puede ahorrarse los males que son su consecuencia y asegurar su felicidad futura.

Tal es la ley de la justicia divina; a cada uno según sus obras, así en el cielo como en la Tierra.

CAPÍTULO VIII

LOS ÁNGELES

Los ángeles según la Iglesia. – Refutación. –
Los ángeles según el Espiritismo.

LOS ÁNGELES SEGÚN LA IGLESIA

1. – Todas las religiones han tenido ángeles bajo diversos nombres, ángeles, quiere decir, seres superiores a la Humanidad, intermediarios entre Dios y los hombres. El materialismo, negando toda existencia espiritual fuera de la vida orgánica, incluyó naturalmente a los ángeles entre las ficciones y las alegorías. La creencia en los ángeles, forma parte esencial de los dogmas de la Iglesia; he aquí como los define (1).

2. – “Nosotros creemos firmemente, dice un concilio general y ecuménico (2), que no hay sino un verdadero Dios; eterno e infinito, el cual, *en el principio de los tiempos*, creó de la nada *todo el conjunto*, una y otra criatura, la espiritual y la corporal, la angélica y la mundana y en seguida formó, como intermediaria entre las dos, la naturaleza humana, compuesta de cuerpo y Espíritu.”

“Tal es según la fe el plan divino en la obra de la creación; plan majestuoso y completo, como convenía a la sabiduría divina.

(1) Tomamos este resumen de la pastoral de Monseñor Gousset, Cardenal, Arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1864. Se la puede, pues, considerar como la referente a los *demonios* procedente de la misma fuente y citado en el capítulo siguiente, como la última expresión del dogma de la Iglesia sobre este punto.

(2) Concilio de Letrán.

Así concebido, ofrece a nuestros pensamientos, el ser en todos los grados y en todas las condiciones. En la esfera más elevada aparecen la existencia y la vida puramente espiritual; en la última clase la existencia y la vida puramente material; y, en el medio que las separa, una maravillosa unión de dos substancias, una vida enteramente común, al mismo tiempo, al espíritu inteligente y al cuerpo organizado.”

“Nuestra alma es de una naturaleza simple e indivisible; pero, es limitada en sus facultades. La idea que tenemos de la perfección, nos hace comprender que puede haber otros seres simples como ella y superiores por sus cualidades y sus privilegios. Ella es grande y noble; pero está asociada a la materia, servida por órganos frágiles, limitada en su acción y en su poder. ¿Por qué no habrían otras naturalezas, más nobles aún, libres de esa esclavitud y de esas trabas, dotadas de una fuerza mayor y de una actividad incomparable? Antes que Dios hubiese colocado al hombre sobre la Tierra, para conocerlo, amarlo y servirlo, ¿no habría llamado ya a otras criaturas para componer su corte celestial y adorarlo en la morada de su gloria? Dios en fin recibe de las manos del hombre el tributo de la honra y el homenaje de este universo: ¿es de admirar que reciba, de las manos del ángel, el incienso y la oración del hombre? Si los ángeles no existiesen, la gran obra del Creador no tendría el coronamiento y la perfección de que sería susceptible; este mundo que atestigua su omnipotencia, no sería ya la obra maestra de su sabiduría; nuestra misma razón, aunque frágil y débil podría fácilmente concebirlo más completo y más perfecto.”

“En cada página de los libros sagrados, del Antiguo y del Nuevo Testamento, se hace mención de estas sublimes inteligencias, en las invocaciones piadosas o en los episodios de la historia. Su intervención aparece, manifiestamente, en la vida de los patriarcas y de los profetas. Dios se sirve de su ministerio, unas veces para intimar sus voluntades, otras para anunciar los acontecimientos futuros; hace de ellas, casi siempre, los órganos de su justicia o de su misericordia. Su presencia está envuelta en las diversas circunstancias del nacimiento, de la vida y de la pasión del Salvador; su recuerdo es inseparable del de los grandes hombres y de los hechos más importantes de la antigüedad religiosa. Se encuentra

aún en el seno del politeísmo y bajo las fábulas de la mitología; porque la creencia, de la cual trata, es tan antigua y tan universal como el mundo; el culto que rendían los Paganos, a los buenos y a los malos genios, solo era una falsa aplicación de la verdad, un resto degenerado del dogma primitivo.”

“Las palabras del Santo Concilio de Letrán contienen una distinción fundamental entre los ángeles y los hombres. Ellas nos enseñan que los primeros son puros Espíritus, mientras que estos están compuestos de un cuerpo y de un alma; quiere decir que, la naturaleza angélica, se sustenta por sí misma, no solamente sin mezcla sino también sin asociación real posible con la materia, por ligera y sutil que se la suponga; mientras que nuestra alma igualmente espiritual, está asociada al cuerpo de manera que no forma con él, sino una sola y misma persona y que *tal es esencialmente su destino.*”

“Mientras dure esa unión tan íntima del alma con el cuerpo, esas dos substancias tienen una vida común y ejercen una sobre la otra, una influencia recíproca; el alma no se puede liberar, enteramente de la condición imperfecta que de esto resulta para ella: sus ideas le llegan por los sentidos, por la comparación de los objetos exteriores y siempre bajo imágenes más o menos aparentes. De ahí viene que ella no se pueda contemplar a sí misma y que no pueda representarse, a Dios y a los ángeles, sin suponerles alguna forma visible y palpable. Por eso, los ángeles para hacerse ver de los santos y de los profetas, debieron recurrir a figuras corporales; pero esas figuras, no eran sino cuerpos aéreos que hacían mover sin identificarse con ellos, o atributos simbólicos en relación con la misión de la cual estaban encargados.”

“Su ser y sus movimientos no están localizados y circunscritos en un punto fijo e ilimitado del espacio. No estando adheridos a ningún cuerpo, no pueden ser detenidos y limitados como lo somos nosotros, por otros cuerpos; no ocupan ningún lugar y no llenan ningún vacío; pero, del mismo modo que nuestra alma está enteramente en nuestro cuerpo y en cada una de sus partes, así también están ellos enteramente y casi simultáneamente sobre todos los puntos y en todas partes del mundo; más rápidos que el

pensamiento, pueden en un abrir y cerrar de ojos, estar en todas partes y obrar por sí mismos, sin otros obstáculos a sus designios, que la voluntad de Dios y la resistencia de la libertad humana.”

“Mientras nosotros estamos reducidos a ver sino poco a poco, y en cierta medida, las cosas que están fuera de nosotros, y que las verdades de orden sobrenatural nos aparecen como un enigma y en un espejo, según la expresión del apóstol San Pablo, ellos ven, sin esfuerzo, lo que les interesa saber y están en relación inmediata con el objeto de su pensamiento. *Sus conocimientos no son el resultado de la inducción y del raciocinio*, sino de esa intuición clara y profunda que abarca todo el conjunto, el género y las especies que se derivan de él, los principios y las consecuencias que de ellos dimanar.

“La distancia del tiempo, la diferencia de los lugares, la multiplicidad de los objetos, no pueden producir ninguna confusión en su Espíritu.

La esencia divina, siendo infinita, es incomprensible; tiene misterios y profundidades que no se pueden penetrar. Los designios particulares de la Providencia les están ocultos; pero les devela en secreto cuando los encarga, en ciertas circunstancias, de anunciarlos a los hombres.”

“Las comunicaciones de Dios con los ángeles y de los ángeles, entre sí, no se hacen como entre nosotros, por medio de sonidos articulados y de otras señales sensibles. Las puras inteligencias, no tienen necesidad ni de los ojos, para ver, ni de las orejas para oír; tampoco tienen los órganos de la voz para manifestar sus pensamientos, ese intermediario habitual de nuestras conversaciones, no les es necesario; pero, comunican sus sentimientos de una manera que les es propia y enteramente espiritual. Para ser comprendidos, les basta desearlo.”

“Sólo Dios conoce el número de los ángeles. Este número sin duda, no podría ser infinito y no lo es; pero, según los autores sagrados y los santos doctores, es considerable y verdaderamente prodigioso. Si es natural proporcionar el número de habitantes de una ciudad a su importancia y a su extensión, no siendo la Tierra más que un átomo, en comparación con el firmamento y con las

inmensas regiones del espacio, es preciso concluir que el número de habitantes del cielo y del aire es mucho mayor que el de los hombres.

Puesto que la majestad de los reyes proviene del brillo del número de sus individuos, de sus oficiales y de sus servidores ¿qué hay más propio para darnos una idea de la majestad del Rey de los reyes, sino esa multitud innumerable, de ángeles que pueblan el cielo y la tierra, el mar y los abismos y la dignidad de aquellos que permanecen, *sin cesar prosternados o de pie* ante su trono?”

“Los Padres de la Iglesia y los teólogos enseñan, generalmente, que los ángeles están distribuidos en tres grandes jerarquías o principados y cada jerarquía en tres compañías o coros.”

“Los de la primera y más alta jerarquía, son designados en razón de las funciones que ejercen en el cielo. Unos son llamados *Serafines*, porque están como abrasados ante Dios, con los ardores de la caridad; éstos, *Querubines*, porque son un reflejo luminoso de su sabiduría; aquéllos otros, *Tronos* porque proclaman su grandeza y le hacen resplandecer el brillo.

“Los de la segunda jerarquía, reciben sus nombres de las operaciones que les son atribuidas en el gobierno general del Universo; son: las *Dominaciones*, que atribuyen, a los ángeles de órdenes inferiores, sus misiones y sus encargos; las *Virtudes*, que realizan los grandes prodigios reclamados por los grandes intereses de la Iglesia y del género humano: las *Potencias*, que protegen con su fuerza y vigilancia, las leyes que rigen el mundo físico y moral.

“Los de la tercera jerarquía tienen y comparten la dirección de las sociedades y de las personas; son: los *Principados*, delegados que se ocupan del reino, de las provincias y de las diócesis; los *Arcángeles* que transmiten los mensajes de alta importancia, los *Ángeles Guardianes*, los que nos acompañan velando por nuestra seguridad y por nuestra santificación.”

REFUTACIÓN

3. – El principio general que resalta en esta doctrina, es que

los ángeles son seres puramente espirituales, anteriores y superiores a la Humanidad, *criaturas privilegiadas destinadas a la felicidad suprema y eterna desde su formación*; dotadas, por su propia naturaleza, de todas las virtudes y de todos los conocimientos, sin haber hecho nada para adquirirlos. Están en primer lugar en la obra de creación; en el último lugar, la vida puramente material y, entre las dos, la Humanidad formada de almas, seres espirituales, inferiores a los ángeles, unidos a cuerpos materiales.

Varias dificultades capitales resultan de este sistema. En primer lugar ¿cuál es esa vida puramente material? ¿se trata de la materia bruta? Pero, la materia bruta es inanimada y no tiene vida por sí misma. ¿Se quiere referir a las plantas y a los animales? Este sería entonces un cuarto orden en la creación, porque no se puede negar que hay más inteligencia en el animal que en la planta y en ésta que en una piedra. En cuanto al alma humana, que es la transición, está unida directamente a un cuerpo que no es sino de materia bruta, porque, sin el alma, no tiene más vida que un pedazo de tierra.

Esta división, evidentemente, deja de tener claridad y no concuerda con la observación; se asemeja a la teoría de los cuatro elementos, tumbada ante los progresos de la ciencia. Admitamos, por lo tanto, estos tres términos: la criatura espiritual, la criatura humana y la criatura corporal; tal es, se dice, el plan divino, plan majestuoso y completo, como convenía a la sabiduría eterna. Anotemos, primero, que, entre estos tres términos, no hay ninguna ligazón necesaria; son tres creaciones distintas formadas sucesivamente; de la una a la otra no hay solución de continuidad; mientras que, en la Naturaleza, todo se encadena, todo nos muestra una admirable ley de unidad, donde todos los elementos, que no son sino transformaciones unos de los otros, tienen su lazo de unión. Esta teoría es verdadera en el sentido en que estos tres términos existen evidentemente; solo que es incompleta: faltan en ella los puntos de contacto, como es fácil demostrar.

4. – Estos tres puntos culminantes de la creación, dice la Iglesia, son necesarios a la armonía del conjunto; si hubiese uno solo de menos la obra estaría incompleta y no estaría ya conforme a la sabiduría eterna. Sin embargo, uno de los dogmas fundamentales

de la religión dice que en la Tierra, los animales, las plantas, el Sol, las estrellas, la misma luz han sido creados y sacados de la *nada* hace seis mil años. Antes de esa época, no habría, pues, ni criatura humana, ni criatura corporal, durante la transcurrida eternidad, la obra divina era, pues, imperfecta. La creación del Universo remontada a seis mil años, es, de tal modo capital, un artículo de fe, que hasta hace pocos años, la ciencia era anatematizada porque venía a destruir la cronología bíblica, probando la gran antigüedad de la Tierra y de sus habitantes.

Sin embargo, el concilio de Letrán, concilio ecuménico que dicta ley en materia de ortodoxia, dice: *Nosotros creemos firmemente, que no hay más que un solo Dios verdadero, eterno e infinito, el cual en el principio de los tiempos, sacó todo el conjunto de la nada, una y otra criatura, la espiritual y la corporal.*” Por el *principio de los tiempos* no se puede entender sino la eternidad transcurrida, porque el tiempo es infinito, como el espacio no tiene comienzo ni fin. Esa expresión el *principio de los tiempos* implica la idea de una anterioridad *ilimitada*. El concilio de Letrán cree, pues *firmemente*, que las criaturas espirituales y las criaturas corporales fueron formadas simultáneamente y sacado *todo el conjunto* de la nada, en una época indeterminada en el pasado. ¿En qué se vuelve, pues, el texto bíblico, que fija esa creación en seis mil años de nuestros días? Admitiendo que esté ahí el comienzo del Universo visible, ese no es, seguramente, el del tiempo, ¿A quién hemos de creer al Concilio o a la Biblia?

5. – Por otro lado, el mismo concilio formula una extraña proposición: “Nuestra alma, dice, igualmente espiritual, está asociada al cuerpo de manera que no forma, con él, sino una sola y misma persona, y *tal es esencialmente, su destino.*” Si el destino *esencial* del alma es estar unida al cuerpo, esa unión constituye su estado normal, es su objetivo, su fin, puesto que tal es su *destino*. Sin embargo el alma es inmortal y el cuerpo es mortal; su unión con el cuerpo no ocurre sino una sola vez, según la Iglesia, y aunque tal unión fuese de un siglo, ¿qué sería esto ante la eternidad? Pero, para un gran número, es apenas de algunas horas; ¿qué utilidad puede tener, para el alma, esa unión efímera? Cuando, en la eternidad, su más larga duración es un tiempo imperceptible, ¿será exacto decir

que su *destino es estar esencialmente ligada al cuerpo*? Esa unión no es, en realidad, sino un accidente, un punto en la vida del alma y no su estado esencial.

Si el destino esencial del alma es estar unida a un cuerpo material; si por su naturaleza y según el objetivo providencial de su creación, esa unión es necesaria para la manifestación de sus facultades, es preciso concluir de esto que, *sin el cuerpo el alma humana es un ser incompleto*; ahora bien, para permanecer en lo que es, por su destino, después de dejar un cuerpo, es necesario que vuelva a tomar otro, lo que nos conduce a la pluralidad, forzada, de las existencias, o dicho de otra manera, a la reencarnación perpetua. Es verdaderamente extraño que un concilio, considerado como una lumbrera de la Iglesia, haya identificado a ese punto el ser espiritual y el ser material, que no puedan de ningún modo existir uno sin el otro, puesto que la condición esencial de su creación es la de estar unidos.

6. – El cuadro jerárquico de los ángeles nos enseña que varias órdenes tienen, en sus atribuciones, el gobierno del mundo físico y de la Humanidad, que fueron creados para ese fin. Pero según *El Génesis*, el mundo físico y la Humanidad, no existen sino desde hace seis mil años; ¿qué hacían, pues estos ángeles, antes de aquél tiempo, durante la eternidad puesto que los objetos de sus ocupaciones no existían? ¿Los ángeles fueron creados de toda la eternidad? Así debe ser, puesto que sirven para la glorificación del Altísimo. Si Dios los hubiese creado en cualquier época, habría estado hasta ahí, quiere decir, durante una eternidad, sin adoradores.

7. – Más adelante dice: “Mientras dure esa unión tan íntima del alma con el cuerpo”. ¿Ocurre, pues, un momento en el cual esa unión no exista? Esa proposición contradice a la que hace de esa unión el destino esencial del alma.

Dice aun: “Las ideas les llegan por los sentidos, por la comparación de los objetos exteriores”. He aquí una doctrina filosófica verdadera en parte, pero no en el sentido absoluto. Es, según el eminente teólogo, una condición inherente a la naturaleza del alma, de no recibir las ideas sino por los sentidos; él olvida las

ideas innatas, las facultades a veces tan trascendentales, la intuición de las cosas que el niño trae al nacer y que no debe a ninguna instrucción. ¿Por cuál sentido esos jóvenes pastores, calculadores naturales que asombraron a los sabios, adquirieron las ideas necesarias a la solución, casi instantánea, de los problemas más complicados? Puede decirse otro tanto de ciertos músicos, pintores y lingüistas precoces.

“Los conocimientos de los ángeles no son el resultado de la inducción y del raciocinio;” ellos saben porque son ángeles, sin tener necesidad de aprender; Dios los creó así: el alma al contrario, debe aprender. Si el alma no recibe las ideas sino por los órganos corporales ¿cuáles son las que puede tener el alma de un niño muerto al cabo de algunos días, admitiendo, con la Iglesia, que no más renazca?

8. – Aquí se presenta una cuestión vital: ¿El alma adquiere ideas y conocimientos después de la muerte del cuerpo?. Si una vez separada del cuerpo, no puede adquirir nada, la del niño, la del salvaje, la del cretino, la del idiota, la del ignorante, permanecerán siendo siempre lo que eran cuando murieron; están destinadas a la nulidad, por toda la eternidad.

Si ella adquiere nuevos conocimientos después de la vida actual, es que puede progresar. Sin el progreso ulterior del alma, se llega a consecuencias absurdas; con el progreso, se llega a la negación de todos los dogmas fundados sobre su estado estacionario: el destino irrevocable, las penas eternas, etc. Si ella progresa ¿dónde se detiene el progreso? No hay ninguna razón para que no alcance el grado de los ángeles o puros Espíritus. Si ella puede llegar hasta ahí, no habría ninguna necesidad de crear seres especiales y privilegiados, exentos de todo trabajo, y gozando de una felicidad eterna sin haber hecho nada para conquistarla, mientras que otros seres, menos favorecidos, no obtienen la suprema felicidad sino a costa de largos y crueles sufrimientos y de las más rudas pruebas. Dios puede hacerlo, sin duda, pero si se admite lo infinito de sus perfecciones, sin las cuales no habría Dios, es preciso admitir también, que no hace nada inútil, ni nada que desmienta la soberana justicia y la soberana bondad.

9. – “Puesto que la majestad de los reyes recibe su brillo por el número de sus súbditos, de sus oficiales y servidores, ¿qué hay más propio para darnos una idea de la majestad del Rey de los reyes que esa multitud innumerable de ángeles, que pueblan *el cielo y la tierra, el mar y los abismos*, y la dignidad de los que permanecen, *sin cesar, prosternados o de pie* ante su trono?”

¿No es rebajar la Divinidad asimilar su gloria al fausto de los soberanos de la Tierra? Esta idea inculcada en el espíritu de las masas ignorantes, falsa la opinión que uno se hace de su verdadera grandeza; es siempre Dios llevado a las mezquinas proporciones de la Humanidad; suponerle la necesidad de tener millones de adoradores, *sin cesar, prosternados o de pie* ante él, es atribuirle las debilidades de los monarcas déspotas y orgullosos del Oriente. ¿Qué es lo que hace a los soberanos verdaderamente grandes? ¿Es el número y el esplendor de sus cortesanos? No; es su bondad y su justicia, es el título merecido de padre de sus súbditos ¿Se pregunta si hay alguna cosa más propia para darnos una idea de la majestad de Dios, que la multitud de ángeles que componen su corte? Sí, ciertamente hay alguna cosa mejor que eso; es la de representarse, para todas sus criaturas, soberanamente bueno, justo y misericordioso; y no como un Dios colérico, celoso, vengativo, inexorable, exterminador, parcial, creando para su propia gloria a esos seres privilegiados, favorecidos por todos los dones, nacidos para la eterna felicidad, mientras que a otros les hace comprar, penosamente, la felicidad, castigando un momento de error con una eternidad de suplicios...

10. – El Espiritismo profesa, con respecto a la unión del alma y del cuerpo, una doctrina más espiritualista, para no decir *menos materialista* y que además tiene la ventaja de estar más conforme con la observación y el destino del alma. Según lo que nos enseña, el alma es independiente del cuerpo, que solo es una envoltura temporaria; *su esencia es la espiritualidad; su vida normal es la vida espiritual*. El cuerpo tan solo es un instrumento, para el ejercicio de sus facultades, en sus relaciones con el mundo material; pero, separada de este cuerpo, goza de sus facultades con más libertad y extensión.

11. – Su unión con el cuerpo, necesaria en sus primeros desarrollos, solo tiene lugar en el período que se puede llamar de su infancia y de su adolescencia; cuando alcanza un cierto grado de perfección y de desmaterialización, esta unión ya no es necesaria y el alma no progresa ya sino por la vida del Espíritu. Además por numerosas que sean, las existencias corporales, son necesariamente limitadas por la vida del cuerpo y su suma total no comprende, en todos los casos, sino una imperceptible parte de la vida espiritual, que es indefinida.

LOS ÁNGELES SEGUN EL ESPIRITISMO

12. – No puede dudarse de que hay seres dotados de todas las cualidades atribuidas a los ángeles. La revelación espírita confirma sobre este punto, la creencia de todos los pueblos; pero además nos hace conocer al mismo tiempo, la naturaleza y el origen de esos seres.

Las almas o Espíritus son creados simples e ignorantes, quiere decir, sin conocimiento y sin conciencia del bien y del mal, mas aptas para adquirir todo lo que les falta; lo adquieren por el trabajo; el objetivo, que es la perfección, es lo mismo para todas; lo alcanzan más o menos pronto, en virtud de su libre arbitrio y en razón de sus esfuerzos; todas tienen los mismos grados que recorrer, el mismo trabajo a cumplir; Dios no señala una parte ni más larga ni más fácil a unas que las otras, porque todas son sus hijas y, siendo justo, no tiene preferencia por ninguna. Él les dice: “He aquí la ley que debe ser vuestra regla de conducta; solo ella os puede conducir al objetivo; todo lo que está conforme a esa ley es el bien, todo lo que es contrario es el mal. Sois libres para observarla o infringirla y así seréis los árbitros de vuestra propia suerte”. Dios no ha creado, pues, el mal; todas sus leyes son para el bien; el mismo hombre es quien crea el mal infringiendo las leyes de Dios; si las observase, escrupulosamente, jamás se apartaría del buen camino.

13. – Pero el alma, en las primeras fases de su existencia, lo mismo que al niño, le falta experiencia; por eso es falible. Dios no le da experiencia, pero le da los medios de adquirirla; cada paso en falso en el camino del mal es un atraso; sufre las consecuencias y

aprende a sus expensas lo que debe evitar. Así se desarrolla poco a poco, se perfecciona y avanza en la jerarquía espiritual, hasta que haya alcanzado el estado de *Espíritu puro* o *ángel*. Los ángeles, son, pues, las almas de los hombres que llegaron al grado de perfección que, la criatura puede recibir, que gozando de la plenitud de la felicidad prometida. Antes de haber logrado ese grado supremo, gozan de una felicidad, relativa a su adelantamiento, pero esta felicidad, no es la ociosidad; es la de las funciones que Dios tiene a bien confiarles y que son felices en desempeñarlas, porque esas ocupaciones son un medio de progreso. (Véase Cap. III, *El Cielo*)

14. – La Humanidad no está limitada a la Tierra; ocupa los innumerables mundos que circulan en el espacio; pobló aquellos que desaparecieron y poblará aquellos que se formarán. Dios ha creado de toda la eternidad y creará sin cesar. Mucho tiempo antes, pues, de que la Tierra existiese, por antigua que se la suponga, hubo en otros mundos Espíritus encarnados que recorrieron las mismas etapas que nosotros, Espíritus de formación más reciente, recorremos, en este momento, y que alcanzaron el objetivo aun antes que hubiésemos salido de las manos del Creador. De toda la eternidad hubo, pues, ángeles o Espíritus puros; pero su existencia humanitaria perdiéndose en lo infinito del pasado, es, para nosotros, como si siempre hubiesen sido ángeles.

15. – Así se encuentra realizada la gran ley de la unidad de la Creación; Dios jamás estuvo inactivo; siempre tuvo Espíritus experimentados y esclarecidos, para la transmisión de sus órdenes y para la dirección de todas partes del Universo, desde el gobierno de los mundos hasta los más ínfimos detalles. No tuvo, pues, necesidad de crear seres privilegiados, exentos de obligaciones; todos, antiguos o nuevos, han conquistado sus grados en la lucha y por sus propios méritos; todos, en fin, son hijos de sus obras. Así se cumple, igualmente, la soberana justicia de Dios.

CAPÍTULO IX

LOS DEMONIOS

Origen de la creencia en los demonios. – Los demonios según la Iglesia. – Los demonios según el Espiritismo.

ORIGEN DE LA CREENCIA EN LOS DEMONIOS

1. – Los demonios han desempeñado, en todas las épocas, un gran papel en todas las teogonías; si bien que ha decaído considerablemente en la opinión general, la importancia que aún en nuestros días se les atribuye, da, a esta cuestión una cierta gravedad, porque toca al mismo fondo de las creencias religiosas: por eso es útil examinarla con el desarrollo que comporta.

La creencia en un poder superior, es instintiva entre los hombres; por eso se la encuentra bajo diferentes formas, en todas las edades del mundo. Pero, si en el grado de adelantamiento intelectual al que llegamos hoy, discuten, aún, sobre la naturaleza y los atributos de ese poder, ¡cuánto más imperfectas debían ser sus nociones respecto a este objeto en la infancia de la Humanidad!

2. – El cuadro que se nos presenta, de la inocencia de los pueblos primitivos, en contemplación ante las bellezas de la Naturaleza, en la cual admiran la bondad del Creador, es, sin duda, muy poético, pero falta a la realidad.

Cuanto más se aproxima el hombre al estado natural, más domina en él, el instinto, como se puede verlo aún en los pueblos salvajes y bárbaros de nuestros días; lo que más le preocupa, o mejor, de lo que se ocupan exclusivamente es de la satisfacción de

las necesidades materiales, porque no tienen otras preocupaciones. El sentido que, únicamente, puede hacerse accesible a los goces puramente morales, no se desarrolla sino con el tiempo y gradualmente; el alma tiene su infancia, su adolescencia y su virilidad, igual al cuerpo humano; pero, para alcanzar la virilidad que la torne apta para comprender las cosas abstractas, ¡cuánto de evolución debe recorrer aún en la Humanidad! ¡Cuánto de existencias no le faltan que cumplir!

Sin remontarnos a las primeras edades, vemos, a nuestro alrededor, a las gentes de nuestros campos y preguntémosnos ¡cuales sentimientos de admiración despiertan en ellas el esplendor del sol naciente, la bóveda estrellada, el gorjeo de los pájaros, el murmullo de las olas claras, las campiñas matizadas de flores! Para ellos el sol se eleva porque tiene el hábito y con tal de que dé bastante calor para madurar las cosechas y no mucho para secarlas, es todo lo que piden; si miran el cielo, es para saber si hará buen o mal tiempo mañana; que los pájaros canten, o no, poco les importa, siempre que no coman su grano; a las melodías del ruiseñor prefieren el cacareo de las gallinas y el gruñido de los puercos; lo que le piden a los riachuelos, claros o cenagosos, es que no se sequen y que no les inunden; que las praderas les den buenas hierbas con flores o sin ellas; esto es todo lo que desean, digamos más, todo lo que comprenden de la Naturaleza, ¡y sin embargo, ya están lejos del hombre primitivo!

3. – Si nos referimos a estos últimos, les vemos más exclusivamente preocupados con la satisfacción de las necesidades materiales; lo que sirve para proveerlos y lo que puede perjudicarlos resume, para ellos, el bien y el mal en este mundo. Creen en una potencia extrahumana; pero, como aquello que les causa un perjuicio material es lo que más les afecta, lo atribuyen a esta potencia de la que, por otra parte, se hacen una idea muy vaga. No pudiendo todavía concebir nada fuera del mundo visible y tangible, imaginan que resida en los seres y en las cosas que les son nocivas. Los animales dañinos son pues para ellos los representantes naturales y directos de aquella. Por la misma razón han visto la personificación del bien en las cosas útiles: de ahí el culto prestado a ciertos

animales, a ciertas plantas y aun a objetos inanimados. Pero el hombre, generalmente, es más sensible al mal que al bien; el bien le parece natural, mientras que el mal le afecta más; esta es la causa de que en todos los cultos primitivos, las ceremonias en honor de las potencias maléficas son las más numerosas: el miedo domina sobre la gratitud.

Durante mucho tiempo, el hombre no comprendió sino el bien y el mal físicos; el sentimiento del bien moral y del mal moral marca un progreso en la inteligencia humana; sólo entonces el hombre entrevió la espiritualidad y comprende que el poder sobrehumano está fuera del mundo visible, y no en las cosas materiales. Esta fue la obra de ciertas inteligencias escogidas, pero que no pudieron, sin embargo, trasponer ciertos límites.

4. – Como se veía una lucha incesante entre el bien y el mal, y que este frecuentemente dominaba; como por otra parte, no se podía admitir, racionalmente que el mal fuese la obra de una potencia benéfica, se dedujo de esto la existencia de dos potencias rivales gobernando el mundo. De ahí nació la doctrina de los dos príncipes: el del bien y el del mal, doctrina lógica para cierta época, porque el hombre era aún incapaz de concebir otra, y de penetrar la esencia del Ser Supremo. ¿Cómo hubiera podido comprender que el mal solo es un estado momentáneo del cual puede salir el bien, y que los males que lo afligen deben conducirlo a la felicidad ayudando a su adelantamiento? Las limitaciones de su horizonte moral, no les permitían ver nada fuera de la vida presente, ni después, ni antes; no podía comprender ni que había progresado, ni que progresaría, aun, individualmente, y aún menos que las vicisitudes de la vida son el resultado de la imperfección del ser espiritual que está en él, que preexiste y sobrevive al cuerpo, y se depura en una serie de existencias, hasta que alcance la perfección. Para comprender el bien que puede salir del mal no se puede ver una sola existencia; es preciso abarcar el conjunto: sólo entonces aparecen las verdaderas causas y sus efectos.

5. – El doble principio del bien y del mal, fue durante largos siglos y bajo diferentes nombres la base de todas las creencias religiosas. Fue personificado bajo los nombres de Oromazo y Arimón entre los Persas y Jehová y Satanás, entre los Hebreos.

Pero, como todo soberano debe tener ministros, todas las religiones admitieron potencias secundarias o genios buenos o malos. Los Paganos los personificaron en una multitud innumerable de individualidades teniendo, cada una, atribuciones especiales para el bien y para el mal, para los vicios y para las virtudes, a las cuales dieron el nombre genérico de dioses. Los Cristianos y los Musulmanes tomaron, de los Hebreos, los ángeles y los demonios.

6. – La doctrina de los demonios tiene, pues, su origen en la antigua creencia en los dos principios, del bien y del mal. No vamos a examinarla aquí sino desde el punto de vista cristiano, y ver si está en relación con el conocimiento más exacto que tenemos hoy de los atributos de la Divinidad.

Estos atributos son el punto de partida, la base de todas las doctrinas religiosas; los dogmas, el culto, las ceremonias, los usos, la moral, todo está en relación con la idea, más o menos justa, más o menos elevada, que se tiene de Dios, desde el fetichismo hasta el Cristianismo. Si la esencia íntima de Dios, es aún un misterio para nuestra inteligencia, nosotros la comprendemos mejor de lo que jamás lo fue, gracias a las enseñanzas de Cristo. El Cristianismo, de acuerdo en esto con la razón, nos enseña que:

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Así como se ha dicho en otra parte (Cap. VI, *Penas eternas*): “Si se retirase aunque fuese la parte más pequeña de uno solo de los atributos de Dios, no tendríamos más Dios, porque podría existir un ser más perfecto”. Esos atributos, en su más absoluta plenitud, son, pues, el criterio de todas las religiones, la medida de la verdad de cada uno de los principios que enseñan. Para que uno de esos principios sea verdadero, es preciso que no atente a ninguna de las perfecciones de Dios. Veamos si es así con la doctrina vulgar de los demonios.

LOS DEMONIOS SEGÚN LA IGLESIA

7. – Según la Iglesia, Satanás, el jefe o rey de los demonios,

no es una personificación alegórica del mal, sino, un *ser real*, que hace exclusivamente el mal, mientras que Dios hace exclusivamente el bien. Tomémosle, pues, tal como nos lo dan.

Satanás el de toda la eternidad, ¿es igual a Dios o posterior a Dios? Si él es de toda la eternidad, es *increado* y por consecuencia, igual a Dios. Dios, entonces, no es único; hay el Dios del bien y el Dios del mal.

¿Es posterior? Entonces, es una criatura de Dios. Puesto que solo hace el mal, que es incapaz de hacer el bien y de arrepentirse, Dios ha creado un ser dedicado al mal perpetuamente. Si el mal no es obra de Dios, sino la de una de sus criaturas predestinadas a hacerlo, Dios es siempre su primer autor y, entonces, no es infinitamente bueno. Ocurre lo mismo con todos los seres malos llamados demonios.

8. – Tal ha sido, durante mucho tiempo, la creencia sobre ese punto. Hoy, se dice: (1)

“Dios, que es la bondad y la santidad por esencia, no los había creado malos y maléficos. Su mano paternal, que se complace en derramar, sobre todas sus obras, un reflejo de sus perfecciones infinitas, los había colmado de sus mayores y magníficos dones. A las cualidades eminentísimas de su naturaleza había añadido la generosidad de su gracia; les hizo en todo semejantes a los Espíritus sublimes que están en la gloria y en la felicidad; distribuidos en todos sus órdenes y mezclados en todas las clases, tenían el mismo fin y los mismos destinos; su jefe fue el más bello de los arcángeles. Hubieran podido merecer ellos también ser confirmados para siempre, en la justicia y admitidos a gozar eternamente la felicidad de los cielos. Este último favor sería la culminación de todos los favores de los que fueron objeto; pero debería ser el premio de su docilidad y se hicieron indignos de él: lo perdieron por una rebelión atrevida e insensata.

“¿Cuál fue el escollo de su perseverancia? ¿Cuál verdad

(1) Las siguientes citas, fueron extraídas de la pastoral del Eminentísimo Cardenal Gousset, cardenal arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1865. En razón del mérito personal y de la posición del autor, se las puede considerar como la última palabra de la Iglesia sobre la doctrina de los demonios.

desconocieron? ¿Cuál acto de fe y de adoración rehusaron a Dios? *La Iglesia y los anales de la historia santa no lo dicen de manera positiva*; pero *parece cierto* que no se han conformado ni con la mediación del Hijo de Dios, ni con la exaltación de la naturaleza humana con Jesucristo.”

“El verbo divino, para el cual todas las cosas han sido hechas, es también el único mediador y salvador, en el cielo y en la Tierra. La finalidad sobrenatural no fue dada a los ángeles y a los hombres sino en previsión de su encarnación y de sus méritos; porque no hay ninguna proporción entre las obras de los más eminentes Espíritus y esa recompensa, que no es otra sino el mismo Dios; ninguna criatura habrá podido llegar ahí sin esa intervención, maravillosa y sublime de caridad. Pero, para llenar la distancia infinita que separa la esencia divina de las obras de sus manos, sería preciso que reuniese en su persona los dos extremos y que asociase, a su divinidad, la naturaleza del ángel o la del hombre; e hizo elección de la naturaleza humana.”

“Este designio, concebido de toda la eternidad, fue manifestado a los ángeles mucho tiempo antes de su cumplimiento; el Hombre-Dios les fue mostrado en el porvenir, como Aquél que debería confirmarlos en la gracia e introducirles en la gloria, con la condición de que lo adorasen, en la Tierra, durante su misión y en los cielos por los siglos de los siglos. ¡Revelación inesperada, visión arrebatadora para los corazones generosos y reconocidos, pero, misterio profundo, abrumador para los Espíritus soberbios! ¡Este fin sobrenatural, este inmenso cúmulo de gloria, que les era propuesto, no sería, pues, la sola recompensa de sus méritos personales! ¡Jamás podrían atribuirse, a sí mismos, los títulos de esa posesión! Un mediador, entre ellos y Dios ¡qué injuria hecha a su dignidad! La preferencia gratuita concedida a la naturaleza humana. ¡Que injusticia! ¡Que insulto a sus derechos! Esa Humanidad, que les era tan inferior ¿la verían un día divinizada por su unión con el verbo, y sentada a la derecha de Dios sobre un trono resplandeciente? ¿Consentirían en ofrecerle, eternamente, sus homenajes y su adoración?”

“Lucifer y la tercera parte de los ángeles sucumbieron a estos

pensamientos de orgullo y de celos. San Miguel, y con él la mayoría, exclamaron: ¿Qué es semejante a Dios? ¡Él es Señor de sus dones y el soberano Señor de todas las cosas! ¡Gloria a Dios y al cordero, que será inmolado para la salvación del mundo! Pero, el jefe de los rebeldes, olvidándose de que era deudor, a su Creador, de su nobleza y de sus prerrogativas, no oye sino a su temeridad y dijo: “Yo mismo me elevaré al cielo; estableceré mi morada por encima de los astros; me sentaré sobre la montaña de la alianza, en los flancos del Aquilón; dominaré las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo.” Aquellos que compartían sus sentimientos acogieron sus palabras con un murmullo de aprobación; y de estos los había en todos los órdenes de la jerarquía; pero su multitud no los puso al abrigo del castigo.”

9. – Esta doctrina levanta varias objeciones.

1º Si Satanás y los demonios eran ángeles, era porque eran perfectos; siendo perfectos ¿cómo pudieron fallar y desconocer hasta tal punto la autoridad de Dios en presencia del cual se encontraban? Se concebiría también que si no hubiesen llegado a ese punto eminente sino gradualmente y después de pasar por la escala de la imperfección, hubiesen podido tener un retroceso deplorable; pero, lo que presenta la cosa más incomprensible es que nos los representan como habiendo sido creados perfectos.

La consecuencia de esta teoría es la siguiente: Dios quiso crear en ellos seres perfectos, puesto que les había colmado de todos los dones y se equivocó; por lo tanto, según la Iglesia, Dios no es infalible. (1)

2º – Puesto que ni la Iglesia ni los anales de la historia sagrada

(1) Esta doctrina monstruosa fue afirmada por Moisés, cuando dice (*Génesis*, Cap. VI, V. 6 y 7): “Él se *arrepintió* de haber hecho al hombre sobre la Tierra y conmovido por el dolor hasta el fondo del corazón, dijo: “Exterminaré, de sobre la Tierra al hombre que he creado; exterminaré todo, desde el hombre, hasta los animales, desde todo lo que pisa sobre la tierra, hasta los pájaros del cielo; porque *yo me arrepentí* de haberlos hecho”.

Un Dios que se arrepiente de lo que ha hecho no es ni perfecto ni infalible: por lo tanto no es Dios. Sin embargo, estas son las palabras que la Iglesia proclama como verdades santas. Tampoco se ve muy claro, lo que había de común entre los animales y la perversidad del hombre, para merecer el exterminio.

explican la causa de la rebelión de los ángeles contra Dios, puesto que solamente *parece* cierto que provino de su negativa a reconocer la misión futura de Cristo, ¿qué valor puede tener el cuadro tan preciso y tan detallado, de la escena que tuvo lugar en esa ocasión? ¿De cuál fuente fueron sacadas las palabras, tan claramente narradas como las allí pronunciadas y hasta por simples murmullos? Una de dos: o la escena es verdadera, o no lo es. Si es verdadera, no hay ninguna incertidumbre y entonces ¿por qué la Iglesia no resuelve el dilema? Si la Iglesia y la historia se callan, si solamente la causa *parece* cierta, eso no es sino una suposición y la escena que se describe solo es una obra de la imaginación. (1)

3º – Las palabras atribuidas a Lucifer denotan una ignorancia que causa admiración en un arcángel que por su misma naturaleza y el grado en que está colocado, no debe compartir, sobre la organización del Universo, los errores y los prejuicios que los hombres han profesado, hasta que la ciencia viniera a ilustrarlos. ¿Cómo pudo decir: “Estableceré mi morada por encima de los astros; dominare las más elevadas nubes? Esta es siempre la antigua creencia que consideraba a la Tierra como centro del mundo, en el cielo de nubes que se extienden hasta las estrellas, en la región limitada de las estrellas formando bóveda y que la Astronomía nos muestra diseminadas hasta el infinito, en el espacio infinito. Teniendo

(1) Se encuentra en Isaías, Cap. XIV, V.11 y siguientes: – “Tu orgullo ha sido precipitado en los infiernos; tu cuerpo muerto ha caído por tierra; tu lecho será la podredumbre y tus vestidos serán los gusanos. – ¿Cómo has caído del cielo, Lucifer, tú que parecías tan brillante al apuntar el día? ¿Cómo has sido derrumbado sobre la tierra, tú que alcanzabas con flagelos a las naciones; que decías *en tu corazón*: Yo subiré al cielo, estableceré mi trono encima de los astros de Dios, me sentaré sobre la montaña de la alianza, en los flancos del Aquilón; me colocaré encima de las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo. Y sin embargo has sido precipitado desde esta gloria en el infierno, hasta el más profundo de los abismos. – Los que te verán se aproximarán a ti y después de haberte mirado te dirán: ¿Está aquí *aquel hombre* que atemorizó la tierra, que esparció el terror en los reinos, que hizo del mundo un desierto, que destruyó las ciudades, y que retuvo, en las prisiones, a aquellos que había hecho sus prisioneros?”

Estas palabras del profeta, no son relativas a la rebelión de los ángeles, sino, una alusión al orgullo y a la caída del rey de Babilonia, que mantenía a los Judíos en cautiverio, como lo comprueban los últimos versículos. El rey de Babilonia es designado alegóricamente, bajo el nombre de Lucifer, pero no se hace aquí ninguna mención de la escena descrita más arriba. Estas palabras son las del rey, quien las decía *en su corazón*, y se colocaba por su orgullo, sobre Dios, cuyo pueblo mantenía cautivo. La predicción de la libertad de los Judíos, de la ruina de Babilonia y de la derrota de los Asirios es, por lo demás, el objeto exclusivo de este capítulo.

en cuenta que, hoy, se sabe que las nubes no se extienden más allá de dos leguas de la superficie de la Tierra, para llegar a decir que dominaría las más elevadas nubes y hablar de las montañas, sería preciso que la escena pasase sobre la superficie de la Tierra y que fuese allí la morada de los ángeles; si esa morada estuviese en las regiones superiores, sería inútil decir que se elevaría por encima de las nubes. Dar a los ángeles un lenguaje tan lleno de ignorancia es confesar que los hombres de hoy saben más que los ángeles. La Iglesia comete siempre el error de no tomar en cuenta los progresos de la ciencia.

10. – La respuesta a la primera objeción, se encuentra en el pasaje siguiente:

“La Escritura y la tradición, dan el nombre de cielo al lugar donde los ángeles estaban colocados en el momento de su creación. Pero, éste no era el cielo de los cielos, el cielo de la visión beatífica, donde Dios se muestra a sus elegidos cara a cara, y donde sus elegidos lo contemplan sin esfuerzos y sin nubes; porque allí no hay peligro, ni probabilidad de pecar; la tentación y la debilidad son desconocidas; la justicia, la alegría y la paz reinan con una inmutable seguridad; la santidad y la gloria no disminuyen. Era, pues, en otra región celestial, en una esfera luminosa y afortunada, donde esas nobles criaturas, tan favorecidas con las comunicaciones divinas, debían recibirlas y adherirse a ellas por la humildad de la fe, antes de ser admitidas para ver, claramente la realidad en la misma esencia de Dios.”

Resulta, de lo que precede, que los ángeles, que fallaron, pertenecían a una categoría menos elevada, menos perfecta y que no habían llegado todavía al lugar supremo, donde la falta era imposible. Admitido; pero entonces tenemos aquí una contradicción manifiesta, porque se ha dicho más arriba, que: “Dios los había hecho *en todo semejantes a los Espíritus sublimes*; que distribuidos en todos los órdenes y mezclados en todas sus clases, tenían el mismo fin y el mismo destino; que su jefe era el más hermoso de los arcángeles.” Si fueron hechos, en todo semejantes a los otros, no eran pues de una categoría inferior; si estaban mezclados en todas las categorías, no estaban en un lugar especial. La objeción subsiste, pues, enteramente.

11. – Hay otra que es, sin contradicción, la más grave y la más seria.

Se ha dicho: “Este designio (la mediación de Cristo) concebido *de toda la eternidad* fue manifestado a los ángeles mucho tiempo antes de su cumplimiento.” Dios sabía pues, de toda la eternidad, que los ángeles así como los hombres, tendrían necesidad de esta mediación. Sabía o no sabía, que ciertos ángeles fallarían; que esta caída les ocasionaría la condenación eterna, sin esperanza de retorno; que estarían destinados a tentar a los hombres; que aquéllos, de estos últimos, que se dejasen seducir, sufrirían la misma suerte. Si lo sabía creó, pues, a estos ángeles, con conocimiento de causa, para su pérdida irrevocable, y para la mayor parte del género humano. Cualquier cosa que se diga, es imposible conciliar su creación, en semejante previsión, con la soberana bondad. Si no lo sabía, no era pues, todopoderoso. En uno y en otro caso, es la negación de dos atributos sin la plenitud de los cuales no sería Dios.

12. – Si se admite la falibilidad de los ángeles, como la de los hombres, el castigo es una consencuencia, natural y justa de la falta; pero, si se admite, al mismo tiempo, la posibilidad del rescate, por la vuelta al bien, la entrada en la gracia, después del arrepentimiento y de la expiación, nada tiene que desmienta la bondad de Dios. Dios sabía que fallarían, que serían castigados, pero sabía también que, ese castigo temporal, sería un medio de hacerles comprender su falta y redundaría en su favor. Así se confirmarían estas palabras del profeta Ezequiel: “Dios no quiere la muerte del pecador, sino su salvación.”(1) Lo que vendría a ser la negación de esta bondad sería la inutilidad del arrepentimiento y la imposibilidad de la vuelta al bien. En esta hipótesis es, pues, rigurosamente exacto el decir que: “Estos ángeles, desde su creación, puesto que Dios no podía ignorarlo, fueron destinados al mal perpetuamente y predestinados a ser *demonios* para arrastrar a los hombres al mal.”

Veamos ahora, cual es su suerte y lo que hacen.

13. – “Tan pronto como se manifestó su rebelión en el

(1) Véase en el Capítulo VI, Nº 25. Una cita de Ezequiel.

lenguaje de los Espíritus, quiere decir, en el impulso de sus pensamientos, fueron desterrados, irrevocablemente, de la ciudad celestial y precipitados en el abismo.”

Por estas palabras entendemos que fueron relegados a un lugar de suplicio, donde sufriesen la pena del fuego, conforme a este texto del Evangelio, que ha salido de la boca misma del Salvador: “Id, malditos, al fuego eterno que fue preparado para los demonios y sus ángeles.” San Pedro dice expresamente: “que Dios les ha entregado a las cadenas y torturas del infierno; pero no todos quedan allí perpetuamente; solo será al final del mundo cuando irán presos para siempre con los condenados. Ahora, Dios permite que ocupen aún, un lugar en la creación a la cual pertenecen; en el orden de las cosas, al cual está unida su existencia, en las relaciones, en fin, que debían tener con los hombres y de las cuales hicieron el más pernicioso abuso. Mientras que unos están en su morada tenebrosa, y sirven en ella de instrumentos para la justicia divina, *contra las almas infortunadas que sedujeron*, infinidad de otros, formando legiones invisibles, bajo la conducción de sus jefes, residen en las capas inferiores de nuestra atmósfera y recorren todas las partes del globo. Están mezclados en todo lo que pasa aquí abajo y toman, con suma frecuencia, una parte muy activa en ello.”

En lo que concierne a las palabras de Cristo, sobre el suplicio del fuego eterno, esta cuestión ha sido tratada en el Capítulo IV, *El Infierno*.

14. – Según esta doctrina, sólo una parte, de los demonios está en el infierno; la otra anda errante con libertad, mezclándose con todo lo que pasa en este mundo, dándose al placer de hacer el mal, y esto hasta el fin del mundo, cuya época, indeterminada, no ocurriría tan rápido. ¿Por qué, pues, esta diferencia? ¿Son menos culpables? Seguramente que no. A menos que no salgan de allí, cada uno por turno, lo que parece resultar de este pasaje: “Mientras que unos están en su morada tenebrosa y sirven en ella de instrumentos para la justicia divina, *contra las almas desgraciadas que sedujeron*.”

Sus funciones consisten, en atormentar *a las almas que*

sedujeron. Así, no están encargados de castigar a las que son culpables de faltas libres y voluntariamente cometidas, sino de las que provocaron. Son al mismo tiempo, *la causa de la falta y el instrumento del castigo*. ¡La justicia humana, con ser tan imperfecta, no admitiría que la víctima que sucumbe por debilidad a la ocasión que se hizo nacer para tentarla, sea castigada tan severamente como el agente provocador que emplea la habilidad y la astucia; incluso con mayor severidad aún, porque va para el infierno, dejando la Tierra, para no salir jamás de él y sufrir allí, sin tregua y misericordia, durante la eternidad, mientras que aquél que fue la causa primera de su falta goza de moratoria y de libertad hasta el fin del mundo! La justicia de Dios ¡acáso no es más perfecta que la de los hombres!

15. – Esto no es todo. “Dios permite que ellos ocupen aún un lugar en esta creación, en las relaciones que deben tener con los hombres y de las cuales hacen los más perniciosos abusos.” ¿Podría Dios ignorar el abuso que hacen de la libertad que les concede? Es, pues, con conocimiento de causa que entrega sus criaturas a merced suya, sabiendo, en virtud de toda su preciencia que sucumbirían y tendrían la suerte de los demonios. ¿No tenían bastante con su propia debilidad, sin permitir que fuesen excitadas al mal por un enemigo tanto más peligroso cuanto que es invisible? ¡Al menos, si el castigo solo fuese temporario y si el culpable pudiese redimirse por la reparación! Pero no: está condenado por la eternidad. Sin arrepentimiento, sin retorno al bien, sus remordimientos son superfluos.

De este modo los demonios son los agentes provocadores predestinados a reclutar almas para el infierno y esto con el permiso de Dios, que sabía, creando esas almas, la suerte que les estaba reservada. ¿Qué se diría en la Tierra, de un juez que usase ese criterio para poblar las cárceles?. ¡Extraña idea que se nos da de la Divinidad, de un Dios cuyos atributos esenciales son la soberana justicia y la soberana bondad! ¡Y es en nombre de Jesucristo, de aquél que no predicó sino el amor, la caridad y el perdón, que se enseñan semejantes doctrinas! Hubo un tiempo en que tales anomalías pasaban desapercibidas; no eran comprendidas, no eran sentidas; el hombre, encorvado bajo el yugo del despotismo,

sometía su razón a ciegas, o mejor, abdicaba su razón; pero hoy la hora de la emancipación sonó: Comprende la justicia, la quiere durante su vida y después de su muerte; por eso dice: “¡Esto no es así, no puede ser, o Dios no es Dios!”

16. – “El castigo sigue por todas partes a esos seres decaídos y malditos, por doquier cargan su infierno con ellos; no tienen paz ni reposo; las mismas dulzuras de la esperanza se les han trocado en amargura; les son odiosas. La mano de Dios les alcanzó en el acto mismo de su pecado, y su voluntad se obstinó en el mal. Habiéndose pervertido no quieren cesar de serlo y lo son para siempre.

“Son después del pecado lo que el hombre es después de la muerte. *La rehabilitación de los que sucumbieron es, pues, imposible*; su pérdida de ahora en adelante, es sin retorno y perseveran en su orgullo, cara a cara con Dios, en su odio contra Cristo, en sus celos contra la Humanidad.”

“No habiendo podido apropiarse de la gloria del cielo, por el impulso de su ambición, se esfuerzan en establecer su imperio sobre la Tierra y desterrar de esta el reino de Dios. El Verbo, hecho carne, cumplió, a pesar de ellos, sus designios para la salvación y la gloria de la Humanidad; todos sus medios de acción son consagrados para arrebatarle las almas que rescató: la habilidad y a impunidad, la mentira y la seducción, emplean todo para llevarlos al mal y consumir su ruina.

“¡Con tales enemigos, la vida del hombre, desde la cuna hasta la tumba, solo puede ser, una lucha perpétua porque ellos son poderosos e infatigables!

“En efecto, esos enemigos, son aquéllos mismos que, después de haber introducido el mal en el mundo, vinieron a cubrir la Tierra con las espesas tinieblas del error y del vicio; aquéllos que, durante largos siglos, se hicieron adorar como dioses y reinaron soberanamente sobre los pueblos de la antigüedad; aquéllos, en fin, que ejercen aún su imperio tiránico en las regiones idólatras, y que fomentan el desorden y el escándalo hasta en el seno de las sociedades cristianas.

“Para comprender todos los recursos que tienen al servicio de su maldad, basta anotar *que no han perdido nada de las prodigiosas facultades que son los dones de su naturaleza angélica*. Sin duda, el futuro, y sobre todo el orden sobrenatural, tienen misterios que Dios se ha reservado y que no pueden descubrir, pero su inteligencia es muy superior a la nuestra, porque de una sola ojeada perciben los efectos en sus causas, y las causas en sus efectos. Esta penetración les permite anunciar, anticipadamente, acontecimientos que escapan a nuestras conjeturas. La distancia y la diversidad de lugares desaparecen ante su agilidad. Más rápidos que el rayo y el pensamiento, se encuentran casi al mismo tiempo, en diversos puntos del globo y pueden describir, desde lejos, las cosas de que son testigos en la misma hora en que se realizan.

“Las leyes generales con las cuales Dios rige y gobierna este Universo, no son de su dominio; no pueden derogarlas, ni, por consiguiente, predecir u operar verdaderos milagros; pero poseen el arte de imitar e invalidar, dentro de ciertos límites, las obras divinas; saben cuales fenómenos resultan de la combinación de los elementos y presiden con certeza aquellos que llegan naturalmente, así como los que tienen el poder de producir ellos mismos. De esto resultan esos numerosos oráculos, esos encantos extraordinarios de los cuales los libros sagrados y profanos nos han guardado el recuerdo y que sirven de base y alimento a todas las supersticiones.

“Su substancia simple e inmaterial los sustrae a nuestra vista; están a nuestro lado sin ser percibidos; penetran nuestra alma sin tocar nuestros oídos; creemos obedecer a nuestro propio pensamiento, mientras sufrimos sus tentaciones y su funesta influencia. Nuestras disposiciones, al contrario, les son conocidas por las impresiones que mostramos de ellas, y nos atacan comúnmente, por nuestro lado débil. Para seducirnos con más seguridad, tienen la costumbre de presentarnos carnadas y sugerencias conforme a nuestras tendencias. Modifican su acción según las circunstancias y según los rasgos característicos de cada temperamento. Pero sus armas favoritas son la mentira y la hipocresía.”

17. – El castigo, se dice, les sigue por todas partes; no tienen paz ni reposo. Esto no destruye en nada la observación hecha sobre

el pequeño descanso que gozan aquéllos que no están en el infierno, descanso tanto menos justificado cuanto que estando afuera, hacen más mal. Sin ninguna duda, no son felices como los ángeles buenos; pero, ¿se toma en cuenta la libertad que disfrutaban? Si no tienen la dicha moral que la virtud proporciona, incontestablemente, son menos infelices que sus cómplices, que están en las llamas. Además, para el malo hay una especie de goce en hacer el mal con toda libertad. Preguntad a un criminal si le es igual estar en prisión o correr por los campos cometiendo fechorías a su antojo. La posición es exactamente la misma.

Se dice que el remordimiento los persigue sin tregua ni misericordia. Pero se olvida que el remordimiento es el precursor inmediato del arrepentimiento, si ya no es el arrepentimiento mismo. Dícese también: “Que habiendo llegado a la perversidad, *no quieren cesar de ser perversos* y lo son para siempre”. Desde que no quieren cesar de ser perversos, es porque no tienen remordimientos; si tuviesen el menor remordimiento, cesarían de hacer el mal y pedirían perdón. Por lo tanto, el remordimiento no es un castigo para ellos.

18. – “Son después del pecado lo que el hombre es después de la muerte. La rehabilitación de los que cayeron *es pues* imposible.” ¿De dónde viene esa imposibilidad? No se comprende que sea la consecuencia de su semejanza con el hombre después de la muerte, proposición que, por otra parte, no es muy clara. Esa imposibilidad ¿viene de su propia voluntad o viene de Dios? Si es el fruto de su voluntad, eso denota una perversidad extrema, un endurecimiento absoluto en el mal; y en este caso, no se comprende que seres tan esencialmente malos hayan podido ser *ángeles de virtud* y que, durante el tiempo *indefinido* que pasaron entre estos últimos, no hayan dejado entrever ningún trazo de su naturaleza perversa. Si esta fuese voluntad de Dios, se comprendería aún menos que inflija, como castigo, la imposibilidad de volver al bien después de una primera falta. El Evangelio no dice nada semejante.

19. – “Su pérdida, se añade, desde ahora, es sin retorno, y perseverarán en su orgullo ante Dios”. ¿De qué les serviría no perseverar en él, si todo arrepentimiento es inútil? Si tuviesen la

esperanza de una rehabilitación, a cualquier precio que fuese, el bien tendría una finalidad para ellos, pero no la tienen. Si perseveran en el mal es porque la puerta de la esperanza les está cerrada. ¿Y por qué Dios la cierra? Para vengarse de la ofensa que recibió con su falta de sumisión. Así, para saciar su resentimiento contra algunos culpables, prefieren verlos, no solo sufrir, sino hacer el mal antes que el bien; inducir al mal e impulsar a la perdición eterna a todas sus criaturas del género humano, cuando bastaría un simple acto de clemencia para evitar un desastre tan grande; ¡Y un desastre previsto de toda la eternidad!

¿Se trataría, por acto de clemencia de una gracia pura y simple que tal vez, fuese un estímulo al mal? No, sino un perdón condicional, subordinado a un sincero retorno al bien. En lugar de una palabra de esperanza y de misericordia, se hace decir a Dios: *¡Perezca toda la raza humana antes de mi venganza!* ¡Y se admiran de que, con tal doctrina, hayan incrédulos y ateos! ¿Es así como Jesús nos representa a su Padre? Él que nos hizo una ley expresa del olvido y del perdón de las ofensas, que nos dice volved bien por mal, que coloca el amor a los enemigos en la primera clase de las virtudes que deben merecernos el cielo, ¿querría que los hombres fuesen mejores, más justos, más compasivos que el mismo Dios?

LOS DEMONIOS SEGUN EL ESPIRITISMO

20. – Según el Espiritismo, ni los ángeles ni los demonios son seres aparte; la creación de los seres inteligentes es una. Unidos a cuerpos materiales, constituyen la Humanidad que puebla la Tierra y otras esferas habitadas; separadas del cuerpo, constituyen el mundo espiritual o de los Espíritus que pueblan los espacios. Dios los creó *perfectibles*; les dio por objetivo la perfección y la felicidad que es su consecuencia, pero *no les dio la perfección*; quiso que la debiesen a su trabajo personal, a fin de que tuviesen el mérito de ella. Desde el instante de su formación, progresan ya sea en el estado de encarnación, ya en el estado espiritual; llegados al apogeo, son *Espíritus puros o ángeles* según se llaman vulgarmente; de suerte que, desde el embrión del ser inteligente hasta el ángel,

hay una cadena no interrumpida, de la cual cada eslabón señala un grado de progreso.

Resulta de esto que existen Espíritus en todos los grados de adelantamiento moral e intelectual, según estén en lo alto, en lo bajo, o en medio de la escala. En consecuencia, los hay en todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad. En los puestos inferiores los hay que están aún profundamente inclinados al mal y que en él se complacen. Se les puede llamar *demonios*, si se quiere, porque son capaces de todas las acciones feas atribuidas a estos últimos. Si el Espiritismo no les da ese nombre, es porque se liga a la idea de seres distintos de la Humanidad, de una de una naturaleza esencialmente perversa, dedicados al mal eternamente e incapaces de progresar en el bien.

21. – Según la doctrina de la Iglesia, los demonios fueron creados buenos, y se volvieron malos por la desobediencia; son los ángeles caídos; fueron colocados por Dios en lo alto de la escala y descendieron. Según el Espiritismo, son Espíritus imperfectos pero que se mejorarán; están aún en la base de la escala y subirán.

Aquéllos que por su indiferencia, su negligencia, su obstinación y su mala voluntad permanecen largo tiempo en los puestos inferiores, llevan consigo la pena, y el hábito del mal se les hace más difícil salir de él; pero llega un tiempo en que se cansan de esa existencia penosa y de los sufrimientos que son su consecuencia; entonces es cuando, al comparar su situación con la de los buenos Espíritus, comprenden que su interés está en el bien y procuran mejorarse, pero lo *hacen* por su propia voluntad y sin ser constreñidos a eso. *Están sometidos a la ley de progreso por su aptitud para progresar, más no progresan a pesar de ellos.* Para eso Dios les suministra, sin cesar, los medios, pero son libres de aprovecharse de estos o no. Si el progreso fuese obligatorio, ellos no tendrían ningún mérito y Dios quiere que tengan el de sus obras; no coloca a nadie en el primer puesto por privilegio, pero el primer rango está abierto a todos, pero no llegarán a él sino por sus esfuerzos. Los ángeles más elevados conquistaron su grado, como los otros, pasando por la ruta común.

22. – Cuando llegan a cierto grado de depuración, los Espíritus tienen misiones en relación con su adelantamiento; ellos cumplen todas las que son atribuidas a los ángeles de los diferentes órdenes.

Como Dios ha creado de toda la eternidad, de toda la eternidad se hallan Espíritus para poder satisfacer a todas las necesidades del gobierno del Universo. Una sola especie de seres inteligentes, sometidos a la ley de progreso, basta pues para todo. Esta unidad en la creación, con el pensamiento de que todos tienen un mismo punto de partida, la misma ruta que recorrer y que todos se elevan por sus propios méritos, responde mucho mejor a la justicia de Dios, que la creación de especies diferentes, más o menos favorecidas de dones naturales que serían otros tantos privilegios.

23. – La doctrina vulgar sobre la naturaleza de los ángeles, de los demonios y de las almas humanas, no admitiendo la ley del progreso y viendo, sin embargo, seres en diversos grados, ha hecho concluir que eran el producto de otras tantas creaciones especiales. Ella llega así a hacer de Dios un padre parcial, que da todo a algunos de sus hijos, mientras que impone a otros los más rudos trabajos. No debe causarnos asombro que durante mucho tiempo los hombres no hayan encontrado nada chocante en esas preferencias, puesto que las usaban del mismo modo en relación a sus hijos, por los derechos innatos y los privilegios de nacimiento: *¿podrían creer que obraban peor que Dios?*

Mas hoy el círculo de las ideas se extendió; ven más claro; tienen nociones más limpias de la justicia; la quieren para ellos y si no la encuentran siempre en la Tierra, esperan al menos encontrarla más perfecta en el cielo; por esto toda doctrina donde la justicia divina no les aparezca en su mayor pureza, les repugna a su razón.

CAPÍTULO X

INTERVENCIÓN DE LOS DEMONIOS EN LAS MANIFESTACIONES MODERNAS

1. – Los fenómenos espíritas modernos han llamado la atención sobre los hechos análogos que han ocurrido en todas las épocas, y nunca la historia se ha compulsado más, bajo este aspecto que en estos últimos tiempos. De la semejanza de los efectos, se concluye la unidad de la causa. Como en todos los hechos extraordinarios donde la razón es desconocida la ignorancia vio una causa sobrenatural, y la superstición los ha amplificado, añadiendo creencias absurdas; de ahí una multitud de leyendas que para la mayoría, son una mezcla de un poco de verdad y mucho de falso.

2. – Las doctrinas sobre el demonio, que prevalecieron tanto tiempo, habían exagerado de tal modo su poder, que habían hecho, por así decirlo, olvidar a Dios; fue por esta razón que se le hacía el honor de todo lo que parecía sobrepujar la fuerza humana; por todas partes aparecía la mano de Satanás; las mejores cosas, los descubrimientos más útiles, sobretudo aquellos que podían sacar al hombre de la ignorancia y ensanchar el círculo de sus ideas, muchas veces, fueron vistos como obras diabólicas. Los fenómenos espíritas, más multiplicados en nuestros días, sobre todo mejor observados con la ayuda de las luces de la razón y los datos de la ciencia, han confirmado, es verdad, la intervención de inteligencias ocultas, pero actuando siempre dentro de los límites de las leyes de la Naturaleza y revelando, por su acción, una nueva fuerza y leyes

desconocidas hasta ahora. La cuestión se reduce, pues, a saber de que orden son esas inteligencias.

Mientras no hubo, sobre el mundo espiritual, sino nociones inciertas o sistemáticas, se puede engañar; pero hoy cuando observaciones rigurosas y estudios experimentales han hecho luz sobre la naturaleza de los Espíritus, su origen y su destino, su papel en el Universo y su modo de acción, la cuestión se resuelve por los hechos. Ahora se sabe que son las almas de aquéllos que vivieron sobre la Tierra. Se sabe también que las diversas categorías de Espíritus, buenos y malos, no constituyen seres de diferentes especies, sino que señalan *grados diversos de adelantamiento*. Según el puesto que ocupan, en razón de su desenvolvimiento intelectual y moral, los que se manifiestan se presentan bajo aspectos muy opuestos lo que no les impide haber salido de la gran familia humana, de la misma manera que el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado.

3. – Sobre este punto, como sobre muchos otros, la Iglesia mantiene sus viejas creencias en lo que concierne a los demonios. Ella dice: “Tenemos principios que no han variado desde hace dieciocho siglos, los cuales son inmutables”. Su error está precisamente en no tomar en cuenta el progreso de las ideas y creer a Dios tan poco sabio para no proporcionar la revelación al desarrollo de la inteligencia, para usar con los hombres primitivos el mismo lenguaje que con los hombres avanzados. Si, mientras que la Humanidad avanza, la religión se aferra a los viejos hábitos, tanto en materia espiritual como en materia científica, llegará un momento en que será invadida por la incredulidad.

4. – He aquí como la Iglesia explica la intervención exclusiva del demonio en las manifestaciones modernas (1)

“En su intervención exterior, los demonios no están menos solícitos en disimular su presencia, para apartar las sospechas. Siempre astutos y pérfidos, atraen al hombre a sus celadas antes de

(1) Las citas de este capítulo han sido tomadas de la misma pastoral que las del capítulo precedente, de la cual son la continuación y tienen la misma autoridad.

imponerle las cadenas de la opresión y de la servidumbre. Aquí, despiertan la curiosidad por los fenómenos y juegos pueriles; allí llenan la admiración y subyugan por el atractivo de lo maravilloso. Si lo sobrenatural aparece, si su fuerza los desenmascara, calman y apaciguan las angustias, solicitan la confianza, provocan la familiaridad. Tan pronto se hacen pasar por divinidades y buenos genios, como toman los nombres y aún las facciones de los muertos que han dejado alguna memoria entre los vivos. Por medio de esos fraudes, dignos de la antigua serpiente, hablan y son escuchados; dogmatizan y se les cree; mezclan con sus mentiras algunas verdades y hacen aceptar el error bajo todas las formas. Es ahí que desembocan las pretendidas revelaciones de más allá del túmulo; es para obtener este resultado que la madera, la piedra, los bosques y las fuentes, el santuario de los ídolos, el pie de las mesas, la mano de los niños, representan oráculos; es para eso que la pitonisa profetiza en su delirio, y que el ignorante, en un misterioso sueño, viene a ser de repente, el doctor de la ciencia. Engañar y pervertir, tal es, en todas partes y en todos los tiempos, el objetivo final de esas extrañas manifestaciones.

“Los resultados sorprendentes de esas observaciones o de esos actos, en la mayor parte extravagantes y ridículos, no pudiendo proceder de una virtud intrínseca, ni del orden establecido por Dios, no se puede esperarlos sino del concurso de fuerzas ocultas. Tales son, especialmente, los fenómenos extraordinarios obtenidos, en nuestros días, por los procedimientos, en apariencia inofensivos, del magnetismo y el órgano inteligente de las mesas parlantes. Por medio de estas operaciones de la magia moderna, vemos reproducirse, entre nosotros, las evocaciones y los oráculos, las consultas, las *curaciones* y los sortilegios que ilustraron los templos de los ídolos y los antros de las sibilas. Como en otro tiempo, se ordena a la madera y la madera obedece; se la interroga y ella responde en todas las lenguas y sobre todas las cuestiones; se encuentra en presencia de seres invisibles que usurpan el nombre de los muertos, cuyas pretendidas revelaciones están marcadas con el sello de la contradicción y de la mentira; formas ligeras y sin consistencia aparecen de repente, y se muestran dotadas de una fuerza sobrehumana.

“¿Cuáles son los agentes secretos de esos fenómenos y los verdaderos actores de esas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían esos papeles indignos y no se prestarían a todos los caprichos de una vana curiosidad. Las almas de los muertos, que Dios prohíbe consultar, habitan en una morada que les ha señalado su justicia y no pueden, sin su permiso, ponerse a las órdenes de los vivos. Los seres misteriosos que se entregan así a la primera llamada *del herético y del impío así como del fiel*, del crimen como de la inocencia, no son ni los enviados de Dios, ni los apóstoles de la verdad y de la salvación sino los cómplices del error y del infierno. A pesar del cuidado que tienen en ocultarse bajo los nombres más venerables, se hacen traición por lo absurdo de sus doctrinas, no menos que por la bajeza de sus actos y la incoherencia de sus palabras. Se esfuerzan en borrar del símbolo religioso, los dogmas del pecado original, de la resurrección de los cuerpos, de la *eternidad de las penas* y toda la revelación divina a fin de quitar a las leyes su verdadera sanción y abrir al vicio todas las barreras. Si sus sugerencias pudiesen prevalecer, formarían una religión cómoda para el uso del socialismo y de todos aquellos a quienes importuna la noción del deber y de la conciencia. La incredulidad de nuestro siglo les preparó el camino; ¡ojalá que puedan las sociedades cristianas lograr una vuelta sincera a la fe católica y escapar al peligro de esta nueva y terrible invasión!”

5. – Toda esta teoría descansa sobre el principio de que los ángeles y los demonios son seres distintos de las almas de los hombres y que estas son el producto de una creación especial, inferior aún a los demonios, en inteligencia, en conocimientos y facultades de todas las especies. Concluye con la intervención exclusiva de los malos ángeles en las manifestaciones antiguas y modernas, atribuidas a los Espíritus de los muertos.

La posibilidad, para las almas, de comunicarse con los vivos es una cuestión de hecho, un resultado de la experiencia y de la observación que no discutiremos aquí. Pero, admitamos, por hipótesis, la doctrina arriba dicha y veamos si ella misma no se destruye por sus propios argumentos.

6. – En las tres categorías de ángeles, según la Iglesia, una se ocupa exclusivamente del cielo; otra del gobierno del Universo; la

tercera está encargada de la Tierra y en esta se encuentran los ángeles guardianes encargados de la protección de cada individuo. Una parte solamente de los ángeles de esta categoría tomó parte en la rebelión y fue transformada en demonios. Si Dios permitió a estos últimos impeler a los hombres a su pérdida, por sugerencias de todos los géneros y el hecho de las manifestaciones ostensibles ¿por qué, si es soberanamente justo y bueno, les habría concedido el inmenso poder de que gozan, dejándoles una libertad de la cual hacen tan pernicioso uso, sin permitir a los ángeles buenos hacerles un contrapeso con manifestaciones semejantes dirigidas al bien? Admitamos que Dios haya dado una parte igual de poder a los buenos y a los malos, lo que sería ya un favor exorbitante en provecho de estos últimos, el hombre al menos estaría libre para escoger; pero darles el monopolio de las tentaciones, con la facultad de simular el bien para engañar y seducir con más seguridad, sería una verdadera trampa tendida a su debilidad, a su inexperiencia, a su buena fe; más aún, sería abusar de la confianza de Dios. La razón se resiste a admitir tal parcialidad en beneficio del mal. Veamos los hechos.

7. – Se conceden al demonio facultades trascendentales; no han perdido nada de su naturaleza angélica; tienen el saber, la perspicacia, la previsión, la clarividencia de los ángeles y, además de eso, la astucia, la destreza y la maña en grado supremo. Su finalidad es desviar a los hombres de bien y sobre todo alejarles de Dios para arrastrarlos al infierno, del cual son los proveedores y los reclutadores.

Se comprende que se dirijan a aquéllos que están en el buen camino y que son desviados por ellos si persisten en eso; se comprende la seducción y el simulacro del bien a fin de atraerlos a sus celadas; pero lo que es incomprensible es que se dirijan a aquéllos que ya les pertenecen, en cuerpo y alma, para conducirlos a Dios y al bien. Pues ¿quién está más en sus garras que aquél que reniega y blasfema de Dios, que se hunde en el vicio y en el desorden de las pasiones? ¿Éste no está ya en el camino del infierno? ¿Se comprende que si está seguro de su presa le estimule a orar a Dios, a someterse a su voluntad, a renunciar al mal; que exalte a sus ojos las delicias de la vida de los buenos Espíritus, y le pinte con horror

la posición de los malos? ¿Se ha visto a un comerciante alabar a sus clientes, la mercadería de su vecino a costa de la suya e incitarlos para ir a su casa? ¿A un reclutador despreciar la vida militar y alabar el reposo de la vida doméstica? ¿Decir a los reclutas que tendrán una vida de cansancio y de privaciones; que hay diez probabilidades contra una de morir o al menos de quedarse sin brazos o piernas?

Sin embargo, este es el papel estúpido que se hace desempeñar al demonio, porque hay un hecho notorio, y es que, a consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, se ven todos los días a incrédulos y ateos vueltos hacia Dios y orando con fervor, lo que no habían hecho jamás; gentes viciosas trabajar con ardor para su mejoramiento. Pretender que esto es obra de la astucia del demonio es hacer de él un verdadero *tonto*. Pero como esto aquí no es una suposición, sino un resultado de la experiencia y contra un hecho no hay negación posible, es preciso concluir o que el demonio es un torpe en grado supremo, que no es ni tan temible ni tan maligno como se pretende y, como consecuencia, no es de mucho temer puesto que trabaja contra sus intereses, o bien que todas las manifestaciones no son suyas.

8. – “Ellos hacen aceptar el error bajo todas las formas; es para obtener este resultado que la madera, la piedra, los bosques, los manantiales, el santuario de ídolos, el pie de las mesas y *la mano de los niños* se vuelven oráculos.”

¿Cuál es, pues, luego de esto el valor de estas palabras del Evangelio?: “Derramaré mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y los ancianos sueños. – En aquellos días derramaré mi espíritu sobre mis servidores y sobre mis servidoras y ellos profetizarán.” *Hechos de los Apóstoles*, Cap. II, v. 17, 18. ¿No es esto la predicción de la mediumnidad dada a todo el mundo, aún a los niños, predicción que se realiza en nuestros días? ¿Los Apóstoles han anatematizado esta facultad? No; la anunciaron como un favor de Dios y no como una obra del demonio. Los teólogos de nuestros días ¿saben más sobre este punto que los Apóstoles? ¿No deberían ver el dedo de Dios en el cumplimiento de esas palabras?

9. – “Por medio de estas operaciones de la *magia moderna* vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas, las *curaciones* y los sortilegios que ilustran los templos de los ídolos y los antros de las sibilas.”

¿Dónde se ven operaciones de magia en las evocaciones espíritas? Hubo un tiempo en que se podía creer en su eficacia, pero hoy son ridículas; nadie cree en ellas y el Espiritismo las condena. La época en la que floreció la magia no había sino una idea muy imperfecta sobre la naturaleza de los Espíritus, a los que se consideraba como seres dotados de un poder, sobrehumano; no se les llamaba sino para obtener de ellos aunque fuese a precio de su alma, los favores de la suerte y de la fortuna, el descubrimiento de tesoros, la revelación del futuro, o de los filtros. La magia, con la ayuda de sus signos, fórmulas y operaciones cabalísticas, tenía la reputación de facilitar supuestos secretos para operar prodigios, obligar a los Espíritus a colocarse a las órdenes de los hombres y satisfacer sus deseos. Hoy se sabe que los Espíritus son las almas de los hombres; son llamados para recibir los consejos de los buenos, moralizar a los imperfectos y para continuar las relaciones con los seres que nos son queridos. He aquí lo que dice el Espiritismo al respecto.

10. – No hay ningún medio de obligar a un Espíritu a venir, a pesar suyo, si fuere vuestro igual o vuestro superior en moralidad, porque no tenéis ninguna autoridad sobre él, si fuere vuestro inferior, lo podéis, *si fuere para su bien*, porque entonces otros Espíritus os secundan. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

La más esencial de todas las disposiciones para las evocaciones es el recogimiento cuando se quiere tratar con Espíritus formales. *Con la fe y el deseo del bien* se es más poderoso para evocar los Espíritus superiores. Elevando su alma, por algunos instantes de recogimiento, en el momento de la evocación, se identifica uno con los buenos Espíritus y se les dispone a venir. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

– Ningún objeto, medalla o talismán, tiene la propiedad de atraer o de alejar a los Espíritus; la materia no tiene ninguna acción

sobre ellos. Jamás aconseja un buen Espíritu semejantes absurdos. La virtud de los talismanes jamás existió sino en la imaginación de las personas crédulas. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV)

– No hay fórmula sacramental para la evocación de los Espíritus. Quien pretenda darle una, puede ser tachado de impostor, porque para los Espíritus la forma no es nada. Sin embargo la evocación debe hacerse siempre en nombre de Dios. (*El libro de los médiums*, Cap. XVII.)

– Los Espíritus que dan citas en lugares lúgubres y a horas indebidas, son Espíritus que se divierten a costa de los que les escuchan. Es siempre inútil, y frecuentemente peligroso, ceder a tales sugerencias; inútil porque no se gana con ello absolutamente nada más que ser mixtificado; peligroso, no por el mal que los Espíritus puedan hacer, sino por la influencia que esto pueda ejercer sobre los cerebros débiles. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

– No hay días ni horas especialmente propicios para las evocaciones; esto es completamente indiferente para los Espíritus, como todo lo que es material, y sería una *superstición* creer en esa influencia. Los momentos más favorables son aquellos en los que el evocador puede estar por lo menos distraído por sus ocupaciones habituales; y en que su cuerpo y su Espíritu estén con más calma. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

– La crítica malévola se ha complacido en representar las comunicaciones espíritas como rodeadas de las ridículas prácticas supersticiosas de la magia y de la nigromancia. Si aquéllos que hablan de Espiritismo sin conocerlo, se hubiesen tomado el trabajo de estudiar sobre lo que quieren hablar, se hubieran ahorrado gastos de imaginación o alegaciones que no sirven sino para probar su ignorancia o su mala voluntad. Para instrucción de las personas extrañas a la ciencia, diremos que para comunicarse con los Espíritus no hay días, ni horas, ni lugares más propicios unos que otros; que no es preciso para evocarles, ni fórmulas, ni palabras sacramentales o cabalísticas; que no hay necesidad de ninguna preparación ni de ninguna iniciación; que, el empleo de

cualquier signo u objeto material, bien sea para atraerlos o para apartarlos, no tiene efecto y que el pensamiento basta; en fin, que los médiums reciben sus comunicaciones, sin salirse de su estado normal, de un modo tan simple y tan natural como si fuesen dictadas por una persona viva. Sólo el charlatanismo podría afectar maneras excéntricas y añadir accesorios ridículos. (*Qué es el Espiritismo*, Cap. II N° 49.)

– En principio, el porvenir debe ser ocultado al hombre; solo es en casos raros y excepcionales que Dios permite su revelación. Si el hombre conociese el futuro, despreciaría el presente y no actuaría con la misma libertad, porque sería dominado por el pensamiento de que, si una cosa debe suceder, no hay que preocuparse de ella, o bien procuraría impedir su realización. Dios no ha querido que fuese así, a fin de que cada uno concudiese al cumplimiento de las cosas, aún de aquellas a las que quisiera oponerse. Dios permite la revelación del futuro cuando ese conocimiento previo deba facilitar el cumplimiento de una cosa, en lugar de ponerle trabas, conduciendo a actuar de otro modo a lo que se habría hecho sin eso. (*El libro de los Espíritus*, I, III, Cap. X.)

– Los Espíritus no pueden guiar en las investigaciones científicas y en los descubrimientos. La ciencia es obra del genio; no debe adquirirse sino por el trabajo, porque solo por el trabajo el hombre avanza en su camino ¿Qué mérito habría si bastara preguntar a los Espíritus para saberlo todo? Cualquiera imbecil podría ser sabio a poca costa. Lo mismo sucede con las invenciones y los descubrimientos de la industria.

Cuando ha llegado el tiempo de un descubrimiento, los Espíritus encargados de dirigir la marcha, procuran al hombre capaz de conducirlo a buen fin y le inspiran las ideas necesarias, para que tenga todo el mérito; porque esas ideas, es preciso que las elabore y las ponga en práctica. Así sucede también con todos los grandes trabajos de la inteligencia humana. Los Espíritus dejan a cada hombre en su esfera; de aquél que no es a propósito sino para cavar la tierra, no harán depositario de los secretos de Dios; pero sabrán *sacar de la*

obscuridad al hombre capaz de secundar sus designios. No os dejéis, pues, arrastrar por la curiosidad o ambición, hacia un camino que *no es el objetivo del Espiritismo* y que resultará para vosotros en las más ridículas mixtificaciones. (*El libro de los mediums*, Cap. XXVI.)

– Los Espíritus no pueden hacer que se descubran los tesoros ocultos. Los Espíritus superiores no se ocupan de esas cosas; pero los Espíritus burlones indican, frecuentemente, tesoros que no existen, o pueden hacer buscar uno en un lugar mientras que está en el opuesto; y eso tiene su utilidad para demostrar que la verdadera fortuna está en el trabajo. Si la Providencia destina riquezas ocultas a alguno las encontrará naturalmente; de otro modo no. (*El libro de los mediums*, Cap. XXVI.)

– El Espiritismo, ilustrándonos sobre las propiedades de los fluidos, que son los agentes y los medios de acción de mundo invisible, y constituyen una de las fuerzas y uno de los poderes de la Naturaleza, nos da la clave de una multitud de cosas no explicadas e inexplicables por cualquier otro medio y que han podido, en tiempos remotos, pasar por prodigios. Revela, del mismo modo que el magnetismo, una ley, sino desconocida por lo menos mal comprendida; o por mejor decir, se conocían los efectos, porque se han producido en todos los tiempos, pero no se conocía la ley, y fue esa ignorancia de la ley la que engendró la superstición. Conocida esa ley, lo maravilloso desapareció, y los fenómenos entraron en el orden de las cosas naturales. He aquí por qué los espíritas no hacen milagros haciendo girar una mesa o escribir a un difunto, como no lo hace el médico haciendo revivir a un moribundo o el físico haciendo caer el rayo. Aquél que pretendiese, con la ayuda de esta ciencia, *hacer milagros*, sería o un ignorante de la cosa o un charlatán. (*El libro de los médiums*, Cap. II.)

– Ciertas personas se hacen una idea muy falsa de las evocaciones; hay las que creen que consisten en hacer volver a los muertos con el aparato lúgubre de la tumba. Sólo en las novelas, en los cuentos fantásticos de aparecidos y en el teatro se ve a los muertos descarnados salir de sus sepulcros, cubiertos de sábanas

haciendo crujir sus huesos. El Espiritismo que, jamás hizo milagros, de ninguna clase jamás hizo revivir un cuerpo muerto; cuando un cuerpo está en la fosa, está en ella definitivamente; pero el ser espiritual, fluídico, inteligente, no ha quedado allí con su envoltura grosera; se ha separado de esta en el momento de la muerte y una vez verificado el desprendimiento, no tiene más nada de común con él. (*Qué es el Espiritismo*, Cap. II, N° 48.)

11. – Nos hemos extendido en estas citas para demostrar que los principios del Espiritismo no tienen ninguna relación con los de la magia. Por consiguiente, nada de Espíritus a las órdenes de los hombres, nada de medios de obligarlos, nada de signos o fórmulas cabalísticas, nada de descubrimiento de tesoros o procedimientos para enriquecerse, nada de milagros o prodigios, nada de adivinaciones ni apariciones fantásticas; nada, en fin, de lo que constituye el objetivo y los elementos esenciales de la magia; el Espiritismo no solo niega todas esas cosas, sino que demuestra su imposibilidad e ineficacia. No hay, pues, ninguna analogía entre el fin y los medios de la magia con los del Espiritismo; querer asimilarlos no puede ser sino un acto de ignorancia o de mala fe; y como los principios de Espiritismo no tienen nada de secreto y se formulan en términos claros y sin equívocos, el error no podría prevalecer.

En cuanto a los hechos de las curas, admitidos como reales en la citada pastoral, debemos decir que el ejemplo fue mal escogido para apartar las relaciones con los Espíritus. Es uno de los beneficios que tocan más de cerca y que cada uno puede apreciar; pocas personas estarán dispuestas a renunciar a ellos, sobretodo después de haber agotado todos los otros medios, en la creencia de ser curada por el diablo; al contrario más de uno dirá que si el diablo lo curó, hizo una buena acción. (1)

12. – “¿Cuáles son los agentes secretos de esos fenómenos los verdaderos autores de esas escenas inexplicables? Los ángeles no

(1) Queriendo persuadir a personas curadas por los Espíritus de que lo habían sido por el diablo, se han separado radicalmente de la Iglesia un gran número de personas que ni soñaban dejarla.

aceptarían esos roles indignos y no se prestarían a todos los caprichos de una vana curiosidad.”

El autor quiere hablar de las manifestaciones físicas de Espíritus; entre ellas, evidentemente las hay, que serían poco dignas de Espíritus superiores y si sustituís la palabra *ángeles* por *Espíritus puros* o *Espíritus superiores*, tendréis exactamente lo que dice el Espiritismo. Pero no se podrían colocar en la misma línea las comunicaciones inteligentes por medio de la escritura, por la palabra, por la audición o cualquier otro medio, que no son más indignos de buenos Espíritus y que no lo son en la Tierra entre los hombres más eminentes, ni las apariciones ni las curaciones y una porción de otros hechos que los libros sagrados citan con profusión, atribuyéndole a los ángeles o a los santos. Pues si, los ángeles y santos produjeron otrora fenómenos semejantes ¿por qué no los producirían hoy? ¿Por qué los mismos hechos serían hoy obra del demonio, en las manos de ciertas personas, siendo así que son reputados milagros de los santos en otras? Sostener una tesis semejante es abdicar de toda lógica.

El autor de la pastoral está en el error cuando dice que esos fenómenos son inexplicables. Al contrario: hoy es cuando se explican perfectamente, y es por esto que no son vistos como maravillosos y sobrenaturales; y aunque lo fuesen, no sería lógico atribuirlos al diablo, como no lo era en otro tiempo hacerle el honor de atribuirle todos los efectos naturales que no se comprendían.

Por papeles indignos es necesario entender los papeles ridículos y los que consisten en hacer el mal; pero no se puede calificar así el de los Espíritus que hacen el bien y conducen a los hombres a Dios y a la virtud. Ahora bien, el Espiritismo dice *expresamente* que los papeles indignos no son atribuciones de Espíritus superiores, como lo prueban los siguientes preceptos.

13. – Se reconoce la cualidad de los Espíritus por su lenguaje; el de los Espíritus verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, exento de contradicciones; respira sabiduría, benevolencia, modestia y la más pura moral; es consiso y sin palabras inútiles. En los Espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos,

el vacío de las ideas está casi siempre compensado por la abundancia de palabras. Todo pensamiento evidentemente falso, toda máxima contraria a la sana moral, todo consejo ridículo, toda expresión grosera, trivial o simplemente frívola, en fin toda marca de malevolencia, de presunción o de arrogancia, son señales incontestables de inferioridad en un Espíritu.

– Los Espíritus superiores solo se ocupan de comunicaciones inteligentes encaminadas a nuestra instrucción; las manifestaciones físicas o puramente materiales están más especialmente dentro de las atribuciones de los Espíritus inferiores, vulgarmente designados bajo el nombre de *Espíritus golpeadores*; como entre nosotros, los juegos de fuerza son del dominio de los saltimbanquis y no de los sabios. *Sería absurdo pensar que los Espíritus, mientras sean poco elevados, se divierten en exhibirse. (Qué es el Espiritismo, Cap. II N° 37, 38, 39, 40 y 60. – Ver también: El libro de los Espíritus, Libro II, Cap. I: Diferentes órdenes de Espíritus; escala espírita. El libro de los médiums, 2a parte, Cap. XXIV: Identidad de los Espíritus; Distinción de buenos y malos Espíritus.)*

¿Qué hombre de buena fe puede ver, en estos preceptos, un papel indigno atribuido a los Espíritus elevados? No solo el Espiritismo no confunde a los Espíritus, sino que al paso que se atribuye a los demonios una inteligencia igual a la de los ángeles, él constata por la observación de los hechos, que los Espíritus inferiores son más o menos ignorantes, que su horizonte moral es limitado, su perspicacia restringida; que tienen de las cosas una idea frecuentemente falsa e incompleta y son incapaces de resolver ciertas cuestiones lo que los colocaría en la imposibilidad de hacer todo lo que se atribuye a los demonios.

14. – “Las almas de los muertos, a las que Dios prohíbe consultar, viven en una morada que les ha señalado su justicia, y ellas no pueden *sin su permiso*, ponerse a las órdenes de los vivos.”

El Espiritismo dice también que no pueden venir sin permiso de Dios, pero aun es más riguroso, porque dice que ningún Espíritu, bueno o malo, puede venir sin ese permiso, mientras que

la Iglesia atribuye a los demonios el poder de precindir de él. Va más lejos aun, puesto que dice inclusive con ese permiso, cuando vienen al llamado de los vivos, no es *para ponerse a sus órdenes*.

El Espíritu evocado ¿viene voluntariamente o es obligado a ello? *Él obedece la voluntad de Dios*, quiere decir, la ley general que rige el Universo; juzga si es útil acudir, ejerciendo de ese modo su libre albedrío. El Espíritu superior viene siempre que se le llama para un fin *útil*; no se niega a responder sino en los medios de personas poco serias y que toman el asunto en broma. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

El Espíritu evocado, ¿puede negarse a venir al llamamiento que se le hace? – Perfectamente ¿dónde estaría su libre albedrío sin esto? ¿Creéis que todos los seres del Universo están a vuestras órdenes? Y vosotros mismos ¿os creéis obligados a responder a todos los que pronuncian vuestro nombre? Cuando digo que puede negarse a ello *me refiero al pedido del evocador, porque a un Espíritu inferior puede obligarle a venir un Espíritu superior*. (*El libro de los médiums*, Cap. XXV.)

Los espíritas están de tal modo convencidos que no tienen ningún poder directo sobre los Espíritus y de que no pueden obtener nada de estos sin permiso de Dios, que, cuando llaman a cualquier Espíritu, dicen: *Ruego a Dios Todopoderoso permita a un buen Espíritu comunicarse conmigo; ruego también a mi ángel guardián consentir en asistirme y apartar a los malos Espíritus*; o bien cuando se trata de llamar a un determinado Espíritu: *Ruego a Dios Todopoderoso permita a tal Espíritu comunicarse conmigo*. (*El libro de los médiums*, Cap. XVII, N° 203.)

15. – Las acusaciones lanzadas por la Iglesia contra la práctica de las evocaciones, no conciernen, pues, al Espiritismo, puesto que se dirigen principalmente contra las operaciones de la magia, con la cual no tiene nada en común; puesto que condena en estas operaciones lo que ella misma condena; no hace desempeñar a los buenos Espíritus un papel indigno de ellos, y en fin declara que no pide ni quiere obtener nada sin el permiso de Dios.

Sin duda puede haber personas que abusan de las evocaciones,

que hagan de ellas un pasatiempo, que desvíen su objetivo providencial para que sirvan a sus intereses personales, que, por ignorancia, liviandad, orgullo o concupiscencia, se apartan de los verdaderos principios de la Doctrina; pero el Espiritismo serio las reprueba, como la verdadera religión reprueba a los falsos devotos y los excesos del fanatismo. No es, pues, ni lógico ni equitativo imputar al Espiritismo en general los abusos que él condena, o las faltas de aquéllos que no lo comprenden. Antes de formular una acusación, es preciso ver si es justa. Por lo tanto, diremos: La censura de la Iglesia cae sobre los charlatanes, los explotadores, a las prácticas de la magia y de la hechicería, y en esto tiene razón. Cuando la crítica religiosa o escéptica señala los abusos y estigmatiza el charlatanismo, hace resaltar mejor la pureza de la sana doctrina, ayudándola de este modo a desembarazarse de las malas escorias; y con esto facilita nuestra tarea. Su error está en confundir el bien y el mal, por ignorancia en la mayoría y por mala fe en algunos; pero la distinción que ella no hace, la hacen otros. En todos los casos, su censura a la cual se asocia todo espírita sincero en el límite de lo que se aplica al mal, no puede alcanzar a la Doctrina.

16. – “Los seres misteriosos que se entregan así al primer llamamiento *del herético y del impío como del fiel*, del crimen como de la inocencia, no son los enviados de Dios ni los apóstoles de la verdad, sino los cómplices del error y del infierno.”

¿Así que al herético, al impío y al criminal, Dios no permite que vayan los buenos Espíritus a sacarles del error para salvarlos de la perdición eterna! ¡No les envía sino a los secuases del infierno para hundirles más en el fango! ¡Más aún, no envía a la inocencia sino a los seres perversos para pervertirla! ¿No se encuentra, pues, entre los ángeles, esas criaturas privilegiadas de Dios, ningún ser bastante compasivo para acudir en auxilio de esas almas perdidas? ¿Para qué las brillantes cualidades de que están dotados, si solo sirven para sus goces personales? ¿Son realmente buenos si, en medio de las delicias de la contemplación, ven a esas almas en el camino del infierno, sin correr a salvarlas? ¿Acaso no es esta la imagen de rico egoísta que, teniendo de todo en abundancia, sin piedad, deja al pobre morir de

hambre en la puerta de su casa? ¿No es esto el egoísmo que se erige en virtud y pretende elevarse hasta los pies del Eterno?

No os admiréis de que los buenos Espíritus vayan al herético y al impío; ¿olvidáis acaso esta parábola de Cristo?: “El que está sano no tiene necesidad de médico” ¿Os empeñáis en no ver las cosas desde un punto de vista más elevado que los Fariseos de su tiempo? Y vosotros mismos, si fuerais llamados por un incrédulo ¿dejaríais de ir a él para ponerle en el buen camino? Los buenos Espíritus hacen, pues, lo que vosotros haríais: van al impío a decirle buenas palabras. En lugar de anatematizar las comunicaciones de ultratumba, bendecid los caminos del Señor y admirad todo su poder y su bondad infinita.

17. – Hay, se dice, ángeles guardianes; pero, cuando estos ángeles guardianes no pueden hacerse oír por la voz misteriosa de la conciencia o de la inspiración, ¿por qué no emplearían medios de acción más directos y más materiales que puedan afectar los sentidos, puesto que los hay? ¿Dios coloca, pues, esos medios, que son obra suya, porque todo proviene de Él y nada sucede sin su permiso, a la disposición de los malos Espíritus, al paso que impide a los buenos servirse de ellos? De esto se deduce que Dios concede a los demonios más facilidades para perder a los hombres, que las que da a los ángeles guardianes para salvarlos.

¡Pues bien! Lo que los ángeles guardianes no pueden hacer, según la Iglesia, los demonios lo hacen por ellos; con la ayuda de esas mismas comunicaciones, supuestamente infernales, conducen a Dios a aquéllos que lo reniegan y al bien a aquéllos que están inmersos en el mal; nos dan el extraño espectáculo de millones de hombres que creen en Dios por el poder del Diablo, siendo así que la Iglesia había sido impotente para convertirlos. ¡Cuántos hombres que no oraban jamás, oran hoy con fervor, gracias a las instrucciones de esos mismos demonios! ¡Cuántos vemos que de orgullosos, egoístas y licenciosos han venido a ser humildes, caritativos y menos sensuales! ¡Y se dice que es obra de los demonios! Si así fuera, es necesario convenir que los demonios les han prestado un mayor servicio y los asistió mejor que los ángeles. Es preciso formarse muy pobre opinión del juicio de los hombres de este

siglo, para creer que puedan aceptar ciegamente tales ideas. *Una religión que de semejante doctrina hace su piedra angular y que se declara minada en su base si le quitan sus demonios, su infierno, sus penas eternas y su Dios sin piedad, es una religión que se suicida.*

18. – Dios, se dice, que envió a Cristo para salvar a los hombres, ¿no probó, de ese modo, su amor a las criaturas? ¿las hubiera dejado sin protección? Sin ninguna duda, Cristo es el divino Mesías, enviado para enseñar las verdades a los hombres y mostrales el buen camino; pero, solamente después de Él, ¡contad el número de aquéllos que pudieron oír su palabra de verdad! ¡Cuántos han muerto y cuántos morirán sin conocerla! Y entre los que la conocen, ¡cuántos son los que la ponen en práctica! ¿Por qué Dios, en su cuidado por la salvación de sus hijos, no les enviaría a otros mensajeros que viniendo a la Tierra, penetrando en los más humildes aposentos, entre los grandes y los pequeños, entre los sabios y los ignorantes, entre los incrédulos, como entre los creyentes, a enseñar la verdad a aquéllos que no la conocen, hacerla comprender a aquéllos que no la comprenden, suplir, con su enseñanza *directa y múltiple*, la insuficiencia de la propagación del Evangelio y apresurar, así, el advenimiento del reino de Dios? ¿Y cuando esos mensajeros llegaren en masas innumerables, abriendo los ojos a los ciegos, convirtiendo a los impíos, curando a los enfermos, consolando a los afligidos, a ejemplo de Jesús, vosotros lo rechazaréis, y repudiaréis el bien que hacen, diciendo que son los demonios? Tal era también el lenguaje de los Fariseos con relación a Jesús, porque ellos también decían que hacían el bien por el poder del diablo. ¿Y qué les respondió? “Reconoceréis al árbol por sus frutos; un mal árbol no puede dar buenos frutos.”

Pero para ellos los frutos producidos por Jesús eran malos, porque venían a destruir los abusos y a proclamar la libertad que debía arruinar su autoridad; si hubiera venido a lisonjear su orgullo, a sancionar sus prevaricaciones y a sustentar su poder, hubiera sido a sus ojos el Mesías esperado por los Judíos. Él estaba solo, era pobre y débil, le hicieron perecer y creyeron matar su palabra; pero

su palabra era divina y le sobrevivió. Sin embargo, se ha propagado con lentitud y, después de dieciocho siglos, apenas es conocida por la décima parte del género humano, y numerosos cismas han estallado en el seno de sus discípulos. Fue entonces que Dios, en su misericordia, envió a los Espíritus para confirmarla, completarla y colocarla al alcance de todos, y difundirla por toda la Tierra. Pero los Espíritus no están encarnados en un solo hombre cuya voz sería limitada, son innumerables, van por todas partes y no se les puede apresar, he aquí porqué sus enseñanzas se difunden con la rapidez del rayo; hablan al corazón y a la razón, he aquí porqué son comprendidos por los más humildes.

19. – “¿No es indigno de los celestes mensajeros, decís vosotros, el transmitir sus instrucciones por un medio tan vulgar como es el de las mesas parlantes? ¿No es ultrajarlos suponer que se divierten en trivialidades dejando su brillante morada para ponerse a disposición del primero que los llama?”

¿Jesús no dejó la morada de su Padre para nacer en un establo? Por otra parte ¿dónde habéis visto que el Espiritismo atribuya las cosas triviales a los Espíritus superiores? Por el contrario dice que las cosas vulgares son producto de Espíritus vulgares. Pero, no porque sean vulgares han dejado de afectar las imaginaciones, sirviendo para probar la existencia del mundo espiritual y demostrarlo que ese mundo es diferente de lo que se creía. Era el inicio; y era simple como todo lo que comienza, pero el árbol aunque salido de un pequeño grano, no por eso deja más tarde de extender muy lejos su follaje. ¿Quién hubiera creído que del miserable pesebre de Belén saldría un día la palabra que debía agitar el mundo?

Sí, Cristo es el Mesías divino; sí, su palabra es la verdad; sí, la religión fundada sobre esta palabra será inquebrantable, pero con la condición de seguir y practicar sus sublimes enseñanzas y no hacer del Dios justo y bueno que nos enseña a conocer, un Dios parcial, vengativo y despiadado.

CAPÍTULO XI

DE LA PROHIBICIÓN DE EVOCAR A LOS MUERTOS

1.– La Iglesia no niega, absolutamente, el hecho de las manifestaciones; al contrario las admite todas, como se ha visto en las citas precedentes; pero las atribuye a la intervención exclusiva de los demonios. No hay razón para que algunos invoquen el Evangelio para impedirlos, porque el Evangelio de eso no dice ni una palabra. El supremo argumento de que se valen es la prohibición de Moisés. He aquí en que términos se expresa al respecto, la pastoral citada en los capítulos precedentes:

“No es permitido ponerse en relación con ellos (los Espíritus) ya sea inmediatamente, ya por intermedio de aquellos que los evocan y los interrogan”. La ley mosaica castigaba con la pena de muerte estas prácticas detestables, en uso entre los Gentiles. “No vayáis a consultar a los magos – está dicho en el libro Levítico – y no dirijáis a los adivinos ninguna pregunta, por miedo de quedar manchados dirigiéndoos a ellos.” (Cap. XIX, v. 31.) – “Si un hombre o una mujer tienen un Espíritu de Pitón o de adivinación, que sean castigados de muerte; serán lapidados y su sangre caerá sobre sus cabezas.” (Cap. XX, V. 27.) Y en el libro Deuteronomio: “Que no haya nadie entre vosotros que consulte a los adivinos, o que observe los sueños y los augurios, o que use maleficios, sortilegios y encantamientos o que consulte a los que tienen el Espíritu de Pitón y que practiquen la adivinación, o que interroguen a los muertos para saber la verdad; porque el Señor tiene en abominación todas estas cosas y destruirá, a vuestra llegada las naciones que cometan estos crímenes.” (Capítulo XVIII, V. 10, 11 y 12)

2. – Es útil, para la comprensión del verdadero sentido de las palabras de Moisés, recordar el texto completo un poco abreviado en esta cita.

“No os apartéis de vuestro Dios, para ir a buscar a los magos y no consultéis a los adivinos, por miedo de mancharos, dirigiéndoos a ellos. Yo soy el Señor vuestro Dios.” (*Levítico*, Cap. XIX, V. 31)

“Si un hombre o una mujer tiene un Espíritu de Pitón, o un Espíritu de adivinación, que sean castigados de muerte; serán lapidados y su sangre caerá sobre su cabeza.” (Ídem, Cap. XX, V. 27.)

“Cuando hayáis entrado en el país que el Señor vuestro Dios os dará, tened mucho cuidado de no imitar las abominaciones de esos pueblos; y que no se encuentre nadie entre vosotros, que pretenda *purificar a su hijo o a su hija haciéndolos pasar por el fuego*, o que consulte a los adivinos, o que observe los sueños y los augurios, o que use maleficios, sortilegios y encantamientos, o que consulte a aquéllos que tienen el Espíritu de Pitón y que se entrometa en adivinar, o que interrogue a los muertos para saber la verdad. – Porque el Señor tiene en abominación todas estas cosas y exterminará todos esos pueblos a vuestra llegada, por causa de esas especies de crímenes que han cometido.” (*Deuteronomio*, Cap. XVIII, v. 9, 10, 11 y 12.)

3. – Si la ley de Moisés debe ser rigurosamente observada sobre este punto, debe serlo igualmente sobre todos los otros, pues, ¿por qué habría de ser buena en lo que concierne a las evocaciones y mala en otros puntos? Es preciso ser consecuente; si se reconoce que su ley no está en armonía con nuestras costumbres y nuestra época, para ciertas cosas, no hay razón para que no sea así en cuanto a la prohibición de que se trata.

Por otra parte, es preciso reportarse a los motivos que provocaron esta prohibición, motivos que tenían, entonces su razón de ser, pero que, seguramente, no existen más hoy. El legislador hebreo quería que su pueblo rompiera con todas las costumbres adquiridas en Egipto, donde la de las evocaciones estaba en uso y era objeto de abusos, como lo prueban estas palabras de Isaías: “El Espíritu de Egipto se aniquilará en ella y yo derribaré su prudencia;

ellos consultarán sus ídolos, sus adivinos, sus pitonisas y sus magos. (Cap. XIX V. 3)

Además, los israelitas no debían contraer ninguna alianza con las naciones extranjeras; pues iban a encontrar las mismas prácticas donde iban a entrar y las cuales debían combatir. Moisés debió, pues, por política, inspirar al pueblo hebreo aversión a todas las costumbres que por tener puntos de contacto se la hubieran asimilado. Para motivar esa aversión, era menester presentarlas como reprobadas por Dios mismo; por eso dice: “El Señor tiene en abominación todas estas cosas y destruirá *a vuestra llegada* las naciones que cometen esos crímenes.”

4. – La prohibición de Moisés era tanto más justificada cuanto que no se evocaba a los muertos por respeto y afecto a ellos, ni con un sentimiento de piedad; era un medio de adivinación, con las mismas cualidades que los augurios y los presagios, explotados por el charlatanismo y por la superstición. Cualquiera cosa que haya podido hacer, no consiguió desarraigar ese hábito que se convirtió en objeto de un tráfico, como lo prueban los pasajes siguientes del mismo profeta ya citado:

“Y cuando os dijeren: Consultad a los magos y a los adivinos, que hablan en secreto en sus encantamientos, respondedles: “¿Cada pueblo no consulta a su Dios? Y ¿se va a hablar a los muertos de lo que concierne a los vivos?” (Isaías, Cap. VIII, V.19)

“Soy yo quien hago ver la falsedad de los prodigios de la magia, que vuelven insensatos a aquéllos que se entrometen en adivinar; que trastorna el espíritu de los sabios y que convence de locura su vana ciencia” (Cap. XLIV, V.25)

“Que esos augures que estudian el cielo, que contemplan los astros y cuentan los meses, para sacar de estos las predicciones que quieren daros del futuro, vengan ahora y que os salven. Han venido a ser como la paja, el fuego les ha devorado; no podrán librar sus almas de las llamas ardientes; no quedará de su incendio ni carbones con los cuales pueda uno calentarse, ni fuego ante el cual pueda uno sentarse. He ahí lo que serán todas esas cosas a las cuales os habéis dedicado con tanto afán; esos *mercaderes* que han

traficado con vosotros, desde vuestra juventud desaparecerán todos, el uno por un lado el otro por otro, sin que se encuentre entre ellos uno sólo que os saque de vuestros males. (Cap. XLVII, v. 13, 14 y 15.)

En ese capítulo, Isaías se dirige a los Babilonios, bajo la figura alegórica de “la virgen hija de Babilonia, hija de los Caldeos.” Dice que los encantamientos no impedirán la ruina de su monarquía. En el capítulo siguiente se dirige directamente a los israelitas.

“Venid aquí, vosotros, hijos de un adivinador, raza de un hombre adúltero y de una mujer prostituida. ¿De quién os habéis divertido? ¿Contra quién habéis abierto la boca y lanzado vuestras lenguas penetrantes? ¿No sois hijos perversos y descendientes bastardos? – Vosotros que procuráis vuestro consuelo en vuestros dioses, bajo todos los árboles cargados de follaje, *que sacrificáis a vuestros hijos pequeños* en los torrentes, bajo las bocas salientes. Habéis puesto vuestra confianza en las piedras del torrente; habéis derramado licores para honrarlas; les habéis ofrecido sacrificios. Después de esto, ¿mi indignación no se inflamará? (Cap. LVII, v. 3, 4, 5 y 6.)

Estas palabras son inequívocas; prueban claramente que en aquel tiempo las evocaciones tenían por objeto la adivinación y se comerciaba con ellas; estaban asociadas a las prácticas de la magia y de la hechicería y aún acompañadas de sacrificios humanos. Moisés tenía, pues, razón en prohibir estas cosas y en decir que Dios las tenía en abominación. Estas prácticas supersticiosas se perpetuaron hasta la Edad Media; pero hoy la razón les hizo justicia y el Espiritismo vino a demostrar el objeto exclusivamente moral, consolador y religioso de las relaciones de ultratumba; desde luego que los espíritas no “sacrifican a los niños ni derraman licores para honrar a los dioses”; que no interrogan ni a los astros, ni a los muertos, ni a los augures para conocer el futuro que Dios ha ocultado sabiamente a los hombres; que repudian todo tráfico de la facultad que algunos han recibido de comunicarse con los Espíritus; que no son movidos ni por la curiosidad ni por la concupiscencia, sino por un sentimiento piadoso y por el sólo deseo de instruirse, de mejorarse y de aliviar a las almas que sufren, la prohibición de

Moisés no les concierne de ningún modo; esto es lo que habrían visto los que la invocan contra ellos, si hubiesen profundizado mejor el sentido de las palabras bíblicas; habrían reconocido que no existe ninguna analogía entre lo que pasaba entre los Hebreos y los principios del Espiritismo; más aún el Espiritismo condena precisamente lo que motivaba la prohibición de Moisés; mas, cegados por el deseo de encontrar un argumento contra las nuevas ideas no han percibido que este argumento es completamente falso.

La ley civil de nuestros días castiga todos los abusos que Moisés quería reprimir. Si Moisés decretó la pena de muerte contra los delincuentes, fue porque necesitaba medios rigurosos para gobernar a aquel pueblo indisciplinado; por eso la pena de muerte se halla tan prodigada en su legislación; por lo demás no tenía mucho donde escoger en los medios de represión; no habían ni prisiones, ni casas de corrección en el desierto, y la naturaleza de su pueblo no era para ceder al temor de las penas puramente disciplinarias; no podía graduar las penalidades, como se hace en nuestros días. Es, pues, una equivocación apoyarse en la severidad del castigo para probar el grado de culpabilidad de la evocación de los muertos. ¿Sería necesario, por respeto a la ley de Moisés mantener la pena capital para todos los casos en que él la aplicaba? Por otra parte ¿por qué revivir con tanta insistencia este artículo, cuando se silencia el comienzo del Capítulo que prohíbe a los sacerdotes poseer los bienes de la Tierra y no tener parte en ninguna herencia, porque el mismo Señor es su herencia? (*Deuteronomio*, Cap. XXVIII, v. 1 y 2.)

5. – Hay dos partes distintas en la ley de Moisés: la ley de Dios propiamente dicha, promulgada sobre el Monte Sinaí y la ley civil o disciplinaria, apropiada a las costumbres y al carácter del pueblo; la una es invariable, la otra se modifica según los tiempos y no puede ocurrírsele a nadie que pudiésemos ser gobernados por los mismos medios que los hebreos en el desierto, así como los capitulares de Carlomagno no podrían aplicarse a la Francia del siglo XIX. ¿Quién soñaría, por ejemplo en aplicar hoy este artículo de la ley mosaica? “Si un buey da una cornada a un hombre o a una mujer y que muera de ella, el buey será apedreado y no se comerá

de su carne; pero el dueño del buey será juzgado inocente.” (*Exodo*, Cap. XXI, v. 28 y siguientes.)

Ese artículo, que nos parece tan absurdo, no tenía, sin embargo, por objeto castigar al buey y exonerar al dueño; equivalía simplemente a la confiscación del animal, causa del accidente, para obligar al propietario a mayor vigilancia. La pérdida del buey era el castigo del dueño, castigo que debía ser bastante sensible en un pueblo pastor, para que no fuese necesario imponerle otro; pero no debía aprovechar a nadie; por eso se prohibía comer su carne. Otros artículos estipulaban el caso en que el dueño es responsable.

Todo tenía su razón de ser en la legislación de Moisés, porque todo estaba previsto en ella, hasta los menores detalles; pero la forma, así como el fondo, estaban en armonía con las circunstancias donde él se encontraba. Ciertamente si Moisés volviese hoy a dar un código a una nación civilizada de Europa, no le daría el de los Hebreos.

6. – A esto se objeta que todas las leyes de Moisés fueron establecidas en nombre de Dios, como también las del Sinaí. Si se juzga a todas de origen divino ¿por qué los mandamientos están limitados al Decálogo? Es porque se ha establecido la diferencia. Si todas emanan de Dios, todas son igualmente obligatorias; ¿Por qué no se observan todas? ¿Por qué entre otras, no se conservó la circuncisión que Jesús sufrió y que no abolió? Se olvida que todos los legisladores antiguos, para dar más autoridad a sus leyes, dijeron que las habían recibido de una divinidad. Moisés más que ningún otro, tenía necesidad de ese apoyo, en razón del carácter de su pueblo; si a pesar de esto tuvo tantas dificultades para hacerse obedecer, habría sido mucho peor si las hubiese promulgado en su propio nombre.

¿No vino Jesús a modificar la ley mosaica y no es su ley el código de los cristianos? ¿No ha dicho: “Habéis aprendido que fue dicho a los ancianos tal y cual cosa y yo os digo tal otra? Pero ¿ha tocado la ley del Sinaí? De ningún modo; la sanciona y toda su doctrina moral no es más que el desarrollo de aquella. Pero en ninguna parte habla de la prohibición de evocar a los muertos. Sin embargo esta era una cuestión bastante grave para que le hubiese omitido en sus instrucciones, cuando trató cuestiones más secundarias.

7. – En resumen, se trata de saber si la Iglesia coloca la ley mosaica por encima de la ley evangélica, dicho de otro modo, si es más judía que cristiana. Es digno de observar que de todas las religiones la que hace menor oposición al Espiritismo es la Judía y no ha invocado, contra las relaciones con los muertos, la ley de Moisés sobre la cual se apoyan las sectas cristianas.

8. – Otra contradicción. Si Moisés prohibió evocar los Espíritus de los muertos, fue, pues, porque esos Espíritus podían venir, de otro modo su prohibición habría sido inútil. Si podían venir en su tiempo, lo pueden aún hoy; si son los Espíritus de los muertos, no son, pues, exclusivamente demonios. Por lo demás, Moisés no habló de ningún modo de estos últimos.

Es pues evidente que nadie puede, en sana lógica, apoyarse en la ley de Moisés, en estas circunstancias, por el doble motivo de que no rige el Cristianismo y de que no es apropiada a las costumbres de nuestra época. Pero aún suponiéndole toda la autoridad que algunos le conceden, no puede, como hemos visto, aplicarse al Espiritismo.

Moisés, es verdad, comprende en su prohibición el interrogatorio a los muertos; pero esto no es más que un modo secundario y como accesorio a las prácticas de la hechicería. La misma palabra *interrogar* puesta al lado de los adivinos y de los augures, prueba que, entre los Hebreos, las evocaciones eran un medio de adivinación; pues bien los espíritas no evocan a los muertos para obtener de ellos revelaciones ilícitas, sino para recibir de ellos consejos y proporcionar alivio a los que sufren. Ciertamente, si los Hebreos no se hubiesen servido de las comunicaciones de ultratumba sino con ese objetivo, lejos de prohibirlas, Moisés las habría fomentado, por que ellas habrían vuelto a su pueblo más tratable.

9. – Si ha sido del gusto de algunos críticos jocosos o mal intencionados presentar las reuniones espíritas como asambleas de brujos y de nigromantes, y a los médiums como leedores de la buena suerte; si algunos charlatanes mezclan este nombre con prácticas ridículas que desapruera, bastantes personas saben a que atenerse sobre el carácter esencialmente moral y grave de las reuniones del

Espiritismo serio: la doctrina escrita, para todo el mundo, protesta bastante contra los abusos de todos los géneros, para que la calumnia caiga sobre quien la merece.

10. – La evocación, se dice, es una falta de respeto a los muertos, cuyas cenizas no deben ser removidas. ¿Quién dice esto? Los adversarios de los dos campos opuestos que se dan la mano; los incrédulos *que no creen en las almas* y los que creyendo en ellas, pretenden *que no pueden venir y que solo el demonio se presenta*.

Cuando la evocación se hace religiosamente y con recogimiento; cuando los Espíritus son llamados, no por curiosidad, sino por un sentimiento de afecto y de simpatía, y con el deseo sincero de instruirse y hacerse mejores, no se comprende lo que sería más irreverente, si llamar a las personas *después de su muerte o durante su vida*. Pero hay otra respuesta perentoria a esta objeción, esta es, que los Espíritus vienen libremente y no obligados; vienen incluso espontáneamente, sin ser llamados; que manifiestan su satisfacción en comunicarse con los hombres y frecuentemente, se lamentan del olvido en el que se les deja, algunas veces. Si fueron perturbados en su quietud o descontentos con nuestro llamado, lo dirían o no vendrían. Puesto que son libres, cuando vienen es porque esto les conviene.

11. – Se alega esta otra razón: “Las almas –se dice– permanecen en la morada que les ha señalado la justicia de Dios, esto es, en el infierno o en el paraíso;” Así, las que están en el infierno no pueden salir de este, aunque a los demonios se les dé toda la libertad. Las que están en el paraíso se hallan enteramente en su beatitud; están muy por encima de los mortales para ocuparse de ellos y muy felices para volver a esta tierra de miseria, a interesarse por los parientes y amigos que han dejado en ella. ¿Son, pues, como esos ricos que apartan la vista de los pobres, con miedo que eso perturbe su digestión? Si fuera así, serían poco dignas de la felicidad suprema, que vendría a ser el premio del egoísmo. Restan aquellas que están en el purgatorio; pero éstas se hallan sufriendo y tienen que pensar en su salvación antes de todo; por lo tanto, ni una ni otras pueden venir, es solo el diablo quien viene en su lugar si éllas no pueden venir no hay, pues, temor de que se altere su reposo.

12. – Pero aquí se presenta otra dificultad. Si las almas que están en la beatitud no pueden dejar su morada afortunada para venir en socorro de los mortales ¿por qué invoca la Iglesia la asistencia de los santos, que deben gozar de la más grande suma posible de beatitud? ¿Por qué dice a los fieles que les invoquen, en las enfermedades, en las aflicciones y para preservarse de las calamidades? ¿Por qué, según ella, los santos y la misma Virgen, vienen a mostrarse a los hombres y a hacer milagros? Dejan pues el cielo para venir a la Tierra. Si aquéllos que están en lo más alto de los cielos pueden dejarlo ¿por qué no podrán hacerlo los que están menos elevados?

13. – Que los incrédulos nieguen la manifestación de las almas se concibe, pues no creen en el alma; pero lo que es extraño es ver a aquéllos cuyas creencias se apoyan sobre su existencia y su porvenir, *obstinarse contra los medios de probar que existe y esforzarse en demostrar que, eso es imposible*. Parecería natural, al contrario, que los que tienen mayor interés en su existencia debiesen acoger con alegría, y como un beneficio de la Providencia, los medios de confundir a los negadores con pruebas irrecusables, puesto que son los negadores de la religión. Deploraran sin cesar la invasión de la incredulidad que diezma el rebaño de los fieles, y cuando el más poderoso medio de combatirla se presenta, lo rechazan con más obstinación que los mismos incrédulos. Después, cuando las pruebas rebasan hasta el punto de no dejar ninguna duda, tienen como recurso, como argumento supremo la prohibición de ocuparse de ellas, y para justificarla van a procurar un artículo de la ley de Moisés, en el cual nadie soñaba, y donde se quiere ver a la fuerza una aplicación que no existe. Se conceptúa tan feliz ese descubrimiento que no se advierte que ese artículo es una justificación de la Doctrina Espírita.

14. – Todos de los motivos alegados contra las relaciones con los Espíritus no pueden resistir un examen serio; de la obstinación que se despliega puede, empero, inferirse que a esta cuestión se una un gran interés, pues de no ser así no se insistiría tanto en ella. Al ver esa cruzada de todos los cultos contra las manifestaciones, se diría que les tienen miedo. El verdadero motivo podría muy bien ser

el temor de que los Espíritus, muy clarividentes, no viniesen a ilustrar a los hombres sobre los puntos que se quiere dejar en la sombra y hacerles conocer de fijo lo que hay en el otro mundo y las verdaderas condiciones para ser en él dichosos o infelices. Por lo mismo que se dice a un niño: “No vayas allí que hay un duende;” se dice a los hombres: “No llaméis a los Espíritus, pues es el diablo.” Mas, se esforzarán en vano, porque si se prohíbe a los hombres llamar a los Espíritus no se impedirá a los Espíritus venir hacia los hombres a sacar la lámpara de debajo del celemín.

El culto que se halle en la verdad absoluta, no tendrá que temer nada a la luz, porque la luz hará resaltar la verdad y el demonio no podrá prevalecer contra la verdad.

15. – Rechazar las comunicaciones de ultratumba es rechazar el poderoso medio de instrucción que resulta, por sí mismo, en iniciación a la vida futura y de los ejemplos que ellas nos suministran. La experiencia nos enseña, además de eso, el bien que se puede hacer desviando del mal a los Espíritus imperfectos, ayudando a los que sufren a desprenderse de la materia y a mejorarse. Prohibir dichas comunicaciones es privar a las almas infelices de la asistencia que podemos darles. Las siguientes palabras de un Espíritu resumen admirablemente las consecuencias de la evocación practicada con un fin caritativo:

“Cada Espíritu, sufridor y quejumbroso, os contará la causa de su caída, los motivos que le han arrastrado a sucumbir; os dirá sus esperanzas, sus combates, sus temores; os dirá sus remordimientos, sus dolores, sus desesperaciones; os mostrará a Dios, justamente irritado, castigando al culpable con toda la severidad de su justicia. Escuchándoles seréis movidos a compasión y os atemorizaréis por vosotros mismos; siguiéndoles en sus lamentos, veréis a Dios no perdiéndole de vista, esperando al pecador arrepenido, tendiéndole los brazos tan pronto como trate de adelantar. Veréis los progresos del culpable, con los cuales habréis tenido la felicidad y la gloria de haber contribuido; los seguiréis solícitos, como el cirujano sigue los progresos de la herida que cura diariamente.” (Burdeos, 1861)

SEGUNDA PARTE

EJEMPLOS

CAPÍTULO I

EL TRÁNSITO

1. – La confianza en la vida futura no excluye los temores del tránsito de esta vida a la otra. Muchas personas no temen a la muerte por la muerte en sí; lo que temen es el momento de la transición. ¿Se sufre o no se sufre en la travesía? He aquí lo que les inquieta; y esto es de tanta importancia, porque nadie puede evitarla. Puede uno dejar de hacer un viaje terrestre; pero aquí, tanto ricos como pobres, deben dar ese paso y si fuere doloroso, ni el rango ni la fortuna pueden endulzar su amargura.

2. – Al ver la calma de ciertas muertes y las terribles convulsiones de la agonía en algunas otras, se puede ya considerar que las sensaciones no son siempre las mismas; pero, ¿quién puede informarnos al respecto? ¿Quién nos describirá el fenómeno fisiológico de la separación del alma y del cuerpo? ¿Quién nos dirá las impresiones que se sienten en ese instante supremo? Sobre este punto, la ciencia y la religión enmudecen.

Y eso, ¿por qué? Porque falta, a la una y a la otra, el conocimiento de las leyes que rigen las relaciones del Espíritu y de la materia; la una se detiene en el umbral de la vida espiritual, la otra en el de la vida material. El Espiritismo es el lazo de unión entre las dos; solo él puede decir como se opera la transición, ya sea por las nociones más positivas que da de la naturaleza del alma, ya por lo

que dicen los que han dejado la vida. El conocimiento del lazo fluídico que une el alma y el cuerpo es la clave de este fenómeno, como de otros muchos.

3. – La materia inerte es insensible: este es un hecho positivo; sólo el alma experimenta las sensaciones de placer y de dolor. Durante la vida, toda desagregación de la materia repercute en el alma, que recibe por ello una impresión más o menos dolorosa. El alma es la que sufre y no el cuerpo; este no es más que el instrumento del dolor: el alma es el paciente. Después de la muerte, estando el cuerpo separado del alma, puede ser impunemente mutilado, porque nada siente; el alma, cuando está aislada, no sufre por la desorganización de este último; tiene sus sensaciones propias, cuyo origen no está en la materia tangible.

El periespíritu es la envoltura fluídica del alma, de la cual no se separa ni antes ni después de la muerte, y con la cual no forma, por decirlo así, más que uno, porque no puede concebirse la una sin el otro. Durante la vida, el fluido periespiritual penetra en el cuerpo, en todas sus partes, y sirve de vehículo a las sensaciones físicas del alma; por este mismo intermediario obra también el alma sobre el cuerpo y dirige sus movimientos.

4. – La extinción de la vida orgánica causa la separación del alma y del cuerpo, por la ruptura del lazo fluídico que los une; pero esta separación jamás es brusca; el fluido periespiritual se separa poco a poco de todos los órganos, de suerte que la separación no es completa y absoluta sino cuando no queda un solo átomo del periespíritu unido a una molécula del cuerpo. *La sensación dolorosa, que el alma experimenta en este momento, está en razón de la suma de los puntos de contacto que existen entre el cuerpo y el periespíritu, y de la mayor o menor dificultad y lentitud que presenta la separación.* No es preciso, pues, disimular que, según las circunstancias, la muerte puede ser más o menos penosa. Estas diversas circunstancias son las que vamos a examinar.

5. – Sentemos primero, como principio, los cuatro casos siguientes, que se pueden mirar como las situaciones extremas, entre las cuales hay una multitud de matices: 1º Si en el momento

de la extinción de la vida orgánica la separación del periespíritu estuviese completamente operada, el alma no sentiría absolutamente nada; 2º Si, en ese momento, la cohesión de los dos elementos está en toda su fuerza, se produce una especie de rasgadura que obra dolorosamente sobre el alma; 3º Si la cohesión es débil, la separación es fácil y se verifica sin sacudidas; 4º Si, después de la cesación completa de la vida orgánica, existen todavía numerosos puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, podrá el alma sentir los efectos de la descomposición del cuerpo hasta que el lazo se rompa enteramente.

De esto resulta que el sufrimiento, que acompaña a la muerte, está subordinado a la fuerza de adherencia que une el cuerpo y el periespíritu; que todo lo que pueda amenguar esta fuerza y favorecer la rapidez de la separación hace el tránsito menos penoso; en fin, que si la separación se opera sin ninguna dificultad, el alma no siente ninguna sensación desagradable.

6. – En el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual, se produce también otro fenómeno de esencial importancia; es el de la turbación. En este momento, el alma experimenta un sopor que paraliza momentaneamente sus facultades y neutraliza, en parte al menos, las sensaciones; está, por decirlo así, cataleptizada, de suerte que casi nunca es testigo consciente del último suspiro. Decimos *casi nunca*, porque hay un caso en que puede haber conciencia de ello, como veremos después. La turbación puede, pues, ser considerada como el estado normal en el instante de la muerte; su duración es indeterminada; varía de algunas horas a algunos años. A medida que se disipa, el alma está en la situación de un hombre que sale de un sueño profundo; las ideas son confusas, vagas e inciertas: se ve como a través de una niebla; poco a poco la vista se aclara, la memoria vuelve y ella se reconoce. Pero este despertar varía según los individuos; en unos es tranquilo y proporciona una sensación deliciosa; en otros está lleno de terror y ansiedad, y produce el efecto de una terrible pesadilla.

7. – El momento del último suspiro no es, pues, el más penoso, porque ordinariamente el alma no tiene conciencia de sí

misma; pero antes, sufre por la desagregación de la materia durante las convulsiones de la agonía, y después, por las angustias de la turbación. Apresurémonos a decir que este estado no es general. La intensidad y la duración de este sufrimiento están, como hemos dicho, en razón de la afinidad que existe entre el cuerpo y el periespíritu; cuanto más grande es esta afinidad, mayor es aquél y más penosos son los esfuerzos del Espíritu para separarse de sus lazos; pero hay personas en las cuales la cohesión es tan débil que la separación se opera por sí misma y naturalmente. El Espíritu se separa del cuerpo como un fruto maduro cae de su tallo; este es el caso de las muertes serenas y de sueños apacibles.

8. – El estado moral del alma es la causa principal que influye sobre la mayor o menor facilidad de la separación. La afinidad entre el cuerpo y el periespíritu está en razón del apego del Espíritu a la materia; está en su *máximum* en el hombre cuyas preocupaciones se concentran todas en la vida y goces materiales: es casi nula en aquél cuya alma purificada se ha identificado por anticipación con la vida espiritual. Puesto que la lentitud y la dificultad de la separación están en razón del grado de depuración y de desmaterialización del alma, depende de cada uno hacer el tránsito más o menos fácil o penoso, agradable o doloroso.

Sentado esto, a la vez como teoría y como resultado de la observación, nos queda por examinar la influencia del género de muerte sobre las sensaciones del alma en el último momento.

9. – En la muerte natural, la que resulta de la extinción de las fuerzas vitales o de la enfermedad, la separación se opera gradualmente; en el hombre cuya alma está desmaterializada y cuyos pensamientos se han desprendido de las cosas terrestres, la separación es casi completa antes de la muerte real; el cuerpo vive aún la vida orgánica cuando el alma ha entrado ya en la vida espiritual, y no está ligada al cuerpo sino por un lazo tan débil que se rompe sin dificultad al último latido del corazón. En esta situación, el Espíritu puede ya haber recobrado su lucidez y ser testigo consciente de la extinción de la vida de su cuerpo, considerándose feliz por haberse librado de él; para él, la turbación es casi nula; solo es un momento

de sueño pacífico, del cual sale con inefable impresión de felicidad y esperanza.

En el hombre material y sensual, aquél que ha vivido más para el cuerpo que para el Espíritu, para quien la vida espiritual es nada, ni siquiera una realidad en su pensamiento, todo ha contribuido a *estrechar más* los lazos que le adhieren a la materia, nada ha contribuido a aflojarlos durante la vida. Al aproximarse la muerte, la separación se hace también por grados, pero con esfuerzos continuados. Las convulsiones de la agonía son indicios de la lucha que sostiene el Espíritu que a veces quiere romper los lazos que le retienen, y otras veces se aferra a su cuerpo, del cual una fuerza irresistible le arranca violentamente, parte por parte.

10. – El Espíritu se adhiere tanto más a la vida corporal, cuanto no ve nada más allá; siente que se le escapa y quiere retenerla; en lugar de abandonarse al movimiento que le arrastra, resiste con todas sus fuerzas; puede así prolongar la lucha durante días, semanas y meses enteros. Sin duda, en este momento el Espíritu no tiene toda su lucidez; la turbación ha comenzado mucho tiempo antes de la muerte, pero por esto no sufre menos, y la vaguedad en que se encuentra, la incertidumbre de lo que irá a ser de él, aumentan sus angustias. La muerte llega y no se ha acabado todo; la turbación continúa; siente que vive, pero no sabe si es la vida material o la vida espiritual; lucha todavía hasta que las últimas ligaduras del periespíritu se rompen. La muerte ha puesto término a la enfermedad efectiva, pero no ha detenido sus consecuencias. Mientras existen puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, el Espíritu siente las impresiones de aquél y sufre.

11. – Muy diferente es la posición del Espíritu desmaterializado, aun en las más crueles enfermedades. Siendo muy débiles los lazos fluídicos que le unen al cuerpo, se rompen sin ninguna sacudida; después su confianza en el porvenir, que ha entrevisto ya con el pensamiento, algunas veces también en realidad, le hace encarar la muerte como una liberación y sus males como una prueba; de lo que resulta para él una calma moral y una resignación

que endulzan el sufrimiento. Después de la muerte, rotos estos lazos en el mismo instante, ninguna reacción dolorosa se opera en él; se siente, en su despertar, libre, dispuesto, aliviado de un gran peso y sobre todo contento porque no sufre ya.

12. – En la muerte violenta, las condiciones no son exactamente las mismas. Ninguna desagregación parcial ha podido traer una separación preliminar entre el cuerpo y el periespíritu; la vida orgánica, en toda su fuerza, se detiene repentinamente; la separación del periespíritu no comienza, pues, sino después de la muerte, y en este caso como en los otros, no puede operarse instantáneamente. El Espíritu, tomado de sorpresa, está como aturdido; pero sintiendo que piensa se cree aún vivo, y esta ilusión dura hasta que se da cuenta de su posición. Este estado intermedio entre la vida corporal y la vida espiritual es uno de los más interesantes para el estudio; porque presenta el singular espectáculo de un Espíritu que toma su cuerpo fluídico, por su cuerpo material, y que experimenta todas las sensaciones de la vida orgánica. Ofrece una variedad infinita de matices, según el carácter, los conocimientos y el grado de adelantamiento moral del Espíritu. Es de corta duración para aquellos cuya alma está depurada, porque en ellos había un desprendimiento anticipado y del cual la muerte, aun la más súbita, no hace más que apresurar su realización; en otros puede prolongarse durante años. Este estado es muy frecuente, aun en los casos de muerte ordinaria, y para algunos no tiene nada penoso, según las cualidades del Espíritu; pero para otros es una situación terrible. En el suicidio sobre todo, ésta es la posición más penosa. Reteniendo el cuerpo al periespíritu por todas sus fibras, todas las convulsiones del mismo repercuten en el alma y por esto siente atroces sufrimientos.

13. – El estado del Espíritu en el momento de la muerte puede resumirse así:

El Espíritu sufre tanto más cuanto más lento es el desprendimiento del cuerpo; la prontitud del desprendimiento está en razón del grado de adelantamiento del Espíritu; para el Espíritu desmaterializado, cuya conciencia es pura, la muerte es un sueño de

algunos instantes, exenta de todo sufrimiento y cuyo despertar se efectúa con toda suavidad.

14. – Para trabajar por su depuración, reprimir las malas tendencias, vencer las pasiones, *es preciso ver las ventajas en el porvenir*; para identificarse con la vida futura, dirigir hacia ella las aspiraciones y preferirla a la vida terrestre, es necesario no solo creer en ella sino comprenderla; es necesario representársela bajo un aspecto satisfactorio para la razón, en completa concordancia con la lógica, el buen sentido y la idea que uno se forma de la grandeza, de la bondad y de la justicia de Dios. De todas las doctrinas filosóficas, el Espiritismo es la que ejerce, en este aspecto, la más poderosa influencia por la fe inquebrantable que da.

El espíritu *serio* no se limita a creer; *cree porque comprende* y comprende porque se dirige a su entendimiento; la vida futura es una realidad que va desarrollándose sin cesar ante sus ojos; la ve y la toca, por decirlo así, en todos los instantes; la duda no puede entrar en su alma. La vida corporal, tan limitada, se borra para él ante la vida espiritual, que es la verdadera vida; de ahí el poco caso que se hace de los incidentes del camino y su resignación en las vicisitudes, de las cuales comprende la causa y la utilidad. Su alma se eleva por las relaciones directas que mantiene con el mundo invisible; los lazos fluídicos que le unen a la materia se debilitan y así opera un primer desprendimiento parcial que facilita el tránsito de esta vida a la otra. La turbación, inseparable de la transición, dura poco tiempo, porque tan pronto como se ha franqueado el paso, se reconoce a sí mismo; nada le es extraño; tiene conciencia de su situación.

15. – El Espiritismo, ciertamente, no es indispensable para obtener este resultado; así pues, no tiene la pretensión de que solo él puede asegurar la salvación del alma, pero la facilita por los conocimientos que proporciona, los sentimientos que inspira y las disposiciones en las cuales coloca al Espíritu, a quien hace comprender la necesidad de mejorarse. Por otra parte, da a cada uno los medios de facilitar el desprendimiento de *otros Espíritus*, en el momento en que dejan la envoltura terrestre, y de abreviar el término de la turbación por la plegaria y la evocación. Por la oración

sincera, que es una magnetización espiritual, se provoca una desagregación más pronta del fluido periespiritual; por una evocación conducida con sabiduría y prudencia y animándolo con palabras de benevolencia, se saca al Espíritu del entorpecimiento en que se encuentra, y se le ayuda a reconocerse más pronto, si está sufriendo, se le incita al arrepentimiento, pues solamente él puede abreviar los sufrimientos (1).

(1) Los ejemplos que vamos a citar presentan a los Espíritus en diferentes fases de felicidad y de infelicidad de la vida espiritual. No hemos ido a buscarlos en los personajes más o menos ilustres de la antigüedad, cuya posición ha podido cambiar considerablemente desde la existencia que se les ha conocido y que por otra parte no ofrecían pruebas suficientes de autenticidad. Los hemos tomado de las circunstancias más comunes de la vida contemporánea, porque son aquellas que cada uno puede encontrar más asimilables, y de donde se pueden sacar las instrucciones más provechosas para la comparación. Cuanto más cerca está de nosotros la existencia terrestre de los Espíritus, por la posición social, las relaciones y los lazos de parentesco tanto más nos interesan y más fácil es comprobar su identidad.

Las posiciones vulgares son las del mayor número, por eso cada uno puede aplicárselas más fácilmente; las posiciones excepcionales tocan menos, porque salen de la esfera de nuestras costumbres. Pues esas no son las ilustraciones que procuramos; si en estos ejemplos se encuentran algunas individualidades conocidas, la mayor parte son completamente oscuras; nombres resonantes nada hubieran añadido a la instrucción y habrían podido herir ciertas susceptibilidades. No nos dirigimos a los curiosos o a los que son amigos del escándalo, sino a los que quieren instruirse seriamente.

Estos ejemplos podrían ser multiplicados hasta lo infinito; pero, para limitar el número, escogimos a aquellos que podían dar más luz sobre el estado del mundo espiritual, ya por la posición del Espíritu, ya por las explicaciones que en el caso podían dar. La mayor parte son inéditos; sólo algunos se han publicado ya en la *Revista Espírita*; hemos suprimido de éstos los detalles superfluos, no conservando más que las partes esenciales a los objetivos que nos propusimos aquí, y hemos añadido a ellos las instrucciones complementarias, que pudieron ocurrir ulteriormente.

CAPÍTULO II

ESPÍRITUS FELICES

EL SEÑOR SANSÓN

El señor Sansón, antiguo miembro de la Sociedad Espírita de París, murió el 21 de abril de 1862, después de un año de crueles sufrimientos. Previendo su fin, había dirigido al presidente de la Sociedad una carta que contenía el hecho siguiente:

“En caso de sorpresa por la separación de mi alma del cuerpo, tengo en honor de recordaros una súplica que ya os hice como cosa de un año atrás; esta es la de evocar mi Espíritu lo más pronto posible y lo más a menudo que juzguéis a propósito, a fin de que, miembro bastante inútil de nuestra Sociedad durante mi presencia en la Tierra, pueda servirles de alguna manera en ultratumba, dándole los medios de estudiar fase por fase, en esas evocaciones, las diversas circunstancias que siguen a lo que el vulgo llama la muerte, pero que para nosotros, espíritas, no es más que una transformación, según los designios impenetrables de Dios, pero siempre útil al fin que se propuso.

“Además de esta autorización y súplica de hacerme el honor de esta especie de autopsia espiritual, que mi escaso adelantamiento como Espíritu quizás hará estéril, en cuyo caso vuestra sabiduría os inclinará naturalmente a no ir más lejos de cierto número de ensayos, me tomo la libertad de rogaros personalmente, así como a todos mis colegas, tengan la bondad de suplicar al Todopoderoso permita a los buenos Espíritus que me asistan con sus consejos benévolos, en particular San Luis, nuestro presidente espiritual, con el objeto de guiarme en la elección y época de otra reencarnación; porque desde ahora esto ya me

preocupa mucho; temo equivocarme sobre mis fuerzas espirituales y pedir a Dios, demasiado pronto y muy presuntuosamente, un estado corporal en el cual no pudiese justificar la bondad divina, lo que en lugar de servir para mi adelanto prolongaría mi permanencia en la Tierra o en otra parte, en caso de que fracasase.”

Para cumplir mejor con su deseo de ser evocado lo más pronto posible después de su fallecimiento, pasamos con algunos miembros de la Sociedad a la casa mortuoria y, en presencia del cuerpo, tuvo lugar la conversación siguiente, una hora antes de la inhumación. Teníamos en esto un doble objeto; el de cumplir su voluntad postrera y el de observar una vez más la situación del alma en un momento tan próximo a la muerte, y esto en un hombre eminentemente inteligente e ilustrado, y profundamente penetrado de las verdades espíritas; teníamos que constatar la influencia de esas creencias sobre el estado del Espíritu a fin de comprender sus primeras impresiones. Nuestra previsión no fue vana; el señor Sansón describió, con perfecta lucidez, el instante de la transición; él se ha visto morir y se ha visto renacer, circunstancia poco común y que obedecía a la elevación de su Espíritu.

(Cámara mortuoria, día 23 de abril de 1862.)

1. *Evocación* – Vengo a vuestro llamado para cumplir mi promesa.

2. Mi querido señor Sansón, tenemos un deber y un placer en evocaros lo más pronto posible después de vuestra muerte, así como lo habéis deseado. – R. Fue una gracia especial de Dios que permitió a mi Espíritu el poder comunicarse; os doy las gracias por vuestra buena voluntad pero estoy débil y *tiemblo*.

3. Sufríais tanto, que pienso podemos preguntar ¿Cómo os encontraréis ahora? ¿Os resentís todavía de vuestros dolores? ¿Qué sensación tenéis, comparando vuestra situación presente con la de hace dos días? – R. Mi posición es muy feliz, porque no siento ninguno de mis antiguos dolores; estoy regenerado y restablecido como nuevo, como decís entre vosotros. La transición de la vida terrestre a la vida de los Espíritus, me fue al principio incomprensible, porque permanecemos algunas veces muchos días sin recobrar nuestra lucidez; pero

antes de morir hice una oración a Dios para pedirle me permitiese hablar a los que amo, y Dios me ha escuchado.

4. ¿Al cabo de cuánto tiempo habéis recobrado la lucidez de vuestras ideas? – R. Al cabo de ocho horas. Dios, os lo repito, me había dado una prueba de su bondad; me juzgó bastante digno y no sabré nunca agradecerle lo suficiente.

5. ¿Estáis bien seguro de que no pertenecéis a nuestro mundo? ¿Cómo lo constatateis? – R. ¡Oh, ciertamente! No, no soy ya de vuestro mundo, pero estaré siempre cerca de vosotros, para protegeros y sosteneros, a fin de predicar la caridad y la abnegación que fueron los guías de mi vida; y después, enseñaré la fe verdadera, la fe espírita que debe revelar la creencia del justo y del bueno; soy fuerte, muy fuerte, transformado, en una palabra; no reconoceríais al viejo enfermizo que debía olvidarlo todo, dejando muy lejos de sí todo placer, toda alegría. Yo soy Espíritu; mi patria es el espacio, y mi porvenir Dios, que irradia en la inmensidad. Bien quisiera hablar a mis hijos, porque les enseñaría lo que aún no han tenido la voluntad de creer.

6. ¿Qué efecto os produjo la visión del cuerpo, aquí a vuestro lado? – R. ¡Mi cuerpo, pobre e ínfimo despojo, debe ir al polvo y guardo buenos recuerdos de todos aquellos que me estimaban! ¡Miro esta pobre carne, disforme morada de mi Espíritu, prueba de tantos años! ¡Gracias, pobre cuerpo mío! Purificaste mi Espíritu, y el sufrimiento, diez veces santo me ha proporcionado un lugar bien meritorio, puesto que encuentro en seguida la facultad de hablaros.

7. ¿Habéis conservado vuestras ideas hasta el último momento? – R. Sí, mi Espíritu ha conservado sus facultades; no veía, pero presentía; toda mi vida se ha desenvuelto ante mi recuerdo, y mi último pensamiento, mi última plegaria ha sido el poder hablaros, lo que hago; y luego he pedido a Dios que os proteja a fin de que el sueño de mi vida se cumpliera.

8. – ¿Tuvisteis conciencia del momento en que vuestro cuerpo dio el último suspiro? ¿Qué pasó en ese momento? ¿Qué sensación experimentasteis? – R. La vida se interrumpe y la visión, o más bien la visión del Espíritu se extiende; se encuentra el vacío, lo desconocido, y transportado no sé por cual encanto, se encuentra uno en un mundo donde todo es alegría y grandeza. No sentía más, no me daba cuenta,

y sin embargo una dicha inefable me llenaba: no sentía ya la opresión del dolor.

9. ¿Tenéis conocimiento... (de lo que me propuse leer sobre vuestra tumba?)

Apenas pronunciadas las primeras palabras de la pregunta, el Espíritu respondió, antes de dejar concluir. Respondió además, sin preguntárselo, a una discusión que se había promovido entre los asistentes, sobre la oportunidad de leer esta comunicación en el cementerio, en razón de las personas que podrían o no participar de estas opiniones.

R. ¡Oh! Amigo mío, lo sé, porque os vi ayer y os veo hoy; ¡grande es mi satisfacción!... ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Hablad a fin de que se me comprenda y de que se os estime; nada temáis porque se respeta la muerte; hablad, pues, a fin de que los incrédulos tengan fe. Adiós; hablad; valor, confianza, y ojalá que mis hijos puedan convertirse a una creencia venerada!...

J. SANSÓN

Durante la ceremonia del cementerio, dictó las palabras siguientes:

¡Que la muerte no os asuste más, mis amigos; es una etapa para vosotros, si supisteis vivir bien; es una dicha si merecisteis dignamente y cumplisteis bien vuestras pruebas. Os lo repito: ¡Valor y buena voluntad! No deis sino un valor escaso a los bienes de la Tierra, y seréis recompensados; *se puede gozar mucho, sin quitar el bienestar de los otros* y sin hacerse moralmente, un mal inmenso. ¡Que la tierra me sea ligera!

II

(Sociedad Espírita de París, 25 de abril de 1862)

1. *Evocación.* R. Mis amigos, estoy junto a vosotros.

2. Quedamos muy felices con la conversación que tuvimos con vos el día de vuestro entierro y, cuando lo permitáis, estaremos encantados en completarla para nuestra instrucción. – R. Estoy preparado, feliz porque pensáis en mí.

3. Todo lo que puede ilustrarnos sobre el estado del mundo invisible y hacérselo comprender es para nosotros una enseñanza de valor inapreciable, porque es la idea falsa que de él se hace la que conduce frecuentemente, a la incredulidad. No os sorprendáis, pues, de las preguntas que podamos dirigirlos. – R. No me sorprenderé y estoy esperando vuestras preguntas.

4. Habéis descrito con luminosa claridad el paso de la vida a la muerte; habéis dicho que en el momento en que el cuerpo da el último suspiro la vida se interrumpe y que la visión del Espíritu se extiende. Ese momento, ¿va acompañado de alguna sensación penosa o dolorosa? – R. Sin duda, porque la vida es una sucesión continua de dolores, y la muerte es el complemento de todos ellos; de ahí una dilaceración violenta, como si el Espíritu tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano para escapar de su envoltura, y este esfuerzo es el que absorbe todo nuestro ser y le hace perder la conciencia de lo que se torna.

Este caso no es general. La experiencia prueba que muchos Espíritus pierden la conciencia antes de expirar y que en aquéllos que han llegado a cierto grado de desmaterialización, la separación se opera sin esfuerzo.

5. ¿Sabéis si hay Espíritus para quienes ese momento es más doloroso? ¿Es más penoso, por ejemplo, para el materialista, para el que cree que todo acaba en ese momento para él? – R. Esto es cierto, porque el Espíritu preparado ha olvidado ya el sufrimiento, o más bien se ha acostumbrado a él, y la tranquilidad con que ve venir la muerte le impide sufrir doblemente, porque sabe lo que le espera. La pena moral es la más fuerte y su ausencia en el instante de la muerte es un alivio muy grande. Aquél que no cree se parece al condenado a la pena capital, que con el pensamiento ve el filo de la cuchilla y lo *desconocido*. Hay semejanza entre esta muerte y la del ateo.

6. ¿Hay materialistas lo bastante endurecidos para creer seriamente que en ese momento supremo van a ser sumergidos en la nada? – R. Sin duda, los hay que hasta la última hora creen en la nada; pero, en el momento de la separación, el Espíritu tiene un examen retrospectivo profundo; la duda se apodera de él y le atormenta, porque se pregunta lo que vendrá a ser; quiere comprender alguna cosa, pero no puede. La separación no puede verificarse sin esta impresión.

Un Espíritu nos dio, en otra circunstancia, el cuadro siguiente del fin de la incredulidad.

“El incrédulo endurecido siente, en los últimos momentos, las angustias de esas pesadillas terribles en que se ve al borde de un precipicio, próximo a caer en el abismo; se hacen inútiles esfuerzos para huir, y no se puede caminar; quiere agarrarse a alguna cosa, buscar un punto de apoyo, y se siente deslizar; quiere llamar y no puede articular ningún sonido; entonces se ve al moribundo retorcerse, crispas las manos y dar gritos ahogados, señales ciertas de que es presa de una pesadilla. En la pesadilla ordinaria, al despertar se sale de la inquietud, y se considera uno feliz al reconocer que no ha tenido más que un sueño; pero la pesadilla de la muerte se prolonga a menudo mucho tiempo, y aun años después de la muerte, y lo que hace más terrible todavía la sensación para el Espíritu son las tinieblas en las que algunas veces está sumergido.”

7. Habéis dicho que en el momento de morir no veríais más, pero que presentíais. Se comprende que no vierais corporalmente; pero, antes que la vida fuese extinguida, ¿entreveíais ya la claridad del mundo de los Espíritus? – R. Fue lo que dije anteriormente: el instante de la muerte da la clarividencia al Espíritu; los ojos no ven ya, pero el Espíritu que posee una vista mucho más profunda, descubre instantáneamente un mundo desconocido, y apareciendo la verdad repentinamente, le da, momentáneamente es cierto, una alegría profunda o una pena indecible, según el estado de su conciencia y el recuerdo de su vida pasada.

Se trata de la cuestión del instante que precede a aquel que el Espíritu pierde el conocimiento, lo que explica el empleo de la palabra *momentáneamente*, por que las mismas impresiones, agradables o penosas, se siguen al despertar.

8. ¿Desearíais decirnos lo que os impresionó más de lo que visteis, en el instante en que vuestros ojos se abrieron de nuevo a la luz? ¿Desearíais describirnos, si fuese posible, el aspecto de las cosas que os han ofrecido? – R. Cuando he podido volver en mí, y ver lo que tenía ante mis ojos, estaba como deslumbrado y no me daba buena cuenta de ello, porque la lucidez no retorna instantáneamente. Pero Dios, que me dio una señal profunda de su bondad, permitió que yo recobrase mis facultades. Me vi rodeado de numerosos y fieles amigos. Todos los Espíritus protectores que vienen a asistirnos me rodeaban y me

sonreían; una felicidad sin igual los animaba, y yo mismo, fuerte, y bien, podía ahora, sin esfuerzos transportarme a través del espacio. Lo que vi no tiene nombre en el lenguaje humano.

En lo sucesivo vendré a hablaros más ampliamente de todas mis alegrías, sin excederme, sin embargo, del límite que Dios exige. Sabed que la felicidad, tal como la entendéis entre vosotros, es una ficción, vivid sabiamente, santamente, en el espíritu de caridad y de amor, y os estaréis preparando impresiones que vuestros más grandes poetas no sabrían describir.

Los cuentos de hadas están llenos, sin duda, de cosas absurdas; pero ¿no serían en algunos puntos la pintura de lo que pasa en el mundo de los Espíritus? El relato del señor Sansón ¿no se parece al de un hombre que, adormecido en una pobre y oscura cabaña, se despertase en un palacio espléndido, en medio de una corte brillante?

III

9. ¿Bajo cuál aspecto se os presentaron los Espíritus? ¿En el de forma humana? – R. Sí, mi querido amigo, los Espíritus nos enseñaron en la Tierra que conservaban en el otro mundo la forma transitoria que tuvieron en la Tierra, y es la verdad. Pero ¿cuánta diferencia entre la máquina informe que se arrastra penosamente con su cortejo de pruebas y la fluidez maravillosa del cuerpo de los Espíritus! La fealdad no existe, porque las facciones perdieron la dureza de expresión que forma el carácter distintivo de la raza humana. Dios beatificó todos esos cuerpos agraciados que se mueven con todas las elegancias de la forma; el lenguaje tiene entonaciones intraducibles para vosotros, y la mirada la profundidad de una estrella. Tratad de ver con el pensamiento, lo que Dios puede hacer, en su omnipotencia, Él, el arquitecto de los arquitectos, y os habréis hecho una débil idea de la forma de los Espíritus.

10. Pero ¿como os veis? ¿Os reconocéis una forma limitada, circunscrita aunque fluida? ¿Os sentís una cabeza, un tronco, brazos, piernas? – R. Habiendo conservado el Espíritu su forma humana, pero divinizada, idealizada, tiene sin contradicción todos los miembros de que habláis. Siento perfectamente las piernas y los dedos, porque podemos,

por nuestra voluntad, aparecer ante vosotros y apretaros las manos. Estoy junto a vosotros y apreté la mano de todos mis amigos, sin que tuviesen conciencia de eso; nuestra fluidez puede estar por todas partes sin ocupar espacio, sin dar ninguna sensación, si ese fuere nuestro deseo. En este momento tenéis las manos cruzadas y yo tengo las mías en las vuestras. Yo os digo: os amo, pero mi cuerpo no ocupa espacio, la luz lo atraviesa y lo que llamaríais un milagro, si fuese visible, es para los Espíritus la acción continua de todos los instantes.

La visión de los Espíritus no tiene relación con la visión humana, del mismo modo que sus cuerpos no tienen semejanza real, porque todo se cambia en el conjunto y en el fondo, el Espíritu, os lo repito, tiene una perspicacia divina que se extiende a todo, puesto que puede incluso adivinar vuestro pensamiento; también puede oportunamente, tomar la forma que mejor recuerde su memoria. Pero, de hecho el Espíritu superior que terminó sus pruebas, ama la forma que pudo conducirlo a Dios.

11. Los Espíritus no tienen sexo: empero, como hace pocos días que aún erais hombre, ¿tenéis en vuestro nuevo estado antes la naturaleza masculina que la naturaleza femenina? – R. No tenemos un ser de naturaleza masculina o femenina: los Espíritus no se reproducen. Dios los ha creado a su voluntad, y si por sus designios maravillosos, quiso que los Espíritus se reencarnen en la Tierra, debió añadir la reproducción de las especies por el macho y la hembra. Pero vosotros lo sentís así, sin que sea necesaria ninguna explicación; los Espíritus no pueden tener sexo.

Siempre se ha dicho que los Espíritus no tienen sexo; los sexos no son necesarios sino para la reproducción de los cuerpos: como los Espíritus no se reproducen, los sexos serían para ellos inútiles. Nuestra pregunta no tenía como objetivo constatar el hecho, sino que en razón de la muerte reciente del señor Sansón queríamos saber si le quedaba alguna impresión de su estado terrestre. Los Espíritus depurados se dan cuenta perfectamente de su naturaleza, pero entre los Espíritus inferiores no desmaterializados hay muchos de ellos que se creen aún lo que eran en la Tierra, y conservan las mismas pasiones y deseos; y esos se creen todavía hombres y mujeres; he ahí por qué han dicho algunos que los Espíritus tienen sexo. Así pues, ciertas contradicciones provienen del estado más o menos adelantado de los Espíritus que se comunican; el error no está en los Espíritus sino en los que les interrogan y no se toman el trabajo de profundizar las cuestiones.

12. ¿Qué aspecto os presenta la sesión? ¿Es para vuestra nueva visión lo mismo que os parecería en nuestra vida? ¿Las personas tienen para vos la misma apariencia? ¿Todo es tan claro, tan limpio? – R. Mucho más claro porque puedo leer en el pensamiento de todos, y soy muy feliz, ¡progresé! Y tengo la impresión que me deja la buena voluntad de todos los Espíritus reunidos aquí. Deseo que la misma armonía pueda realizarse no sólo en París, por la reunión de todos los grupos, sino, también en toda Francia, donde *los grupos se separan y se envidian, seducidos por los Espíritus enredadores que se complacen en el desorden*, mientras que el Espiritismo debe ser el olvido completo, absoluto del yo.

13. Decís que leéis en nuestro pensamiento; ¿podrías hacernos comprender como se opera esa transmisión de pensamiento? – R. Esto no es fácil; para deciros, explicaros este prodigio singular de la visión de los Espíritus, sería menester abriros todo un arsenal de agentes nuevos, y sabrías tanto como nosotros, lo que no es posible, pues vuestras facultades están limitadas por la materia. ¡Paciencia! Tornaos buenos y llegaréis a ello; tenéis, actualmente, lo que Dios os concede, pero con la esperanza de progresar continuamente; más tarde seréis como nosotros. Procurad, pues, morir bien para saber mucho. La curiosidad, que es el estimulante del hombre pensador, os conduce tranquilamente hasta la muerte, reservándoos la satisfacción de todas vuestras curiosidades pasadas, presentes y futuras. Mientras tanto os diré, para responder mal o bien a vuestra pregunta: El aire que vos rodea, impalpable como nosotros, carga el carácter de vuestro pensamiento; el soplo que exhaláis es, por decirlo así, la página escrita de vuestros pensamientos, que son leídas y comentadas por los Espíritus que os rodean sin cesar; son los mensajes de una telegrafía divina a la cual nada escapa.

LA MUERTE DEL JUSTO

Después de la primera evocación del señor Sansón, hecha en la Sociedad de París, un Espíritu dio, bajo ese título, la comunicación siguiente:

“La muerte del hombre del cual os ocupáis, en este momento, fue la del justo; es decir, acompañada de calma y de esperanza. Como el día sucede naturalmente al alba, la vida espiritual, sucedió para él a la

vida terrestre, sin sacudidas, sin amarguras, y su último suspiro se ha exhalado en un himno de reconocimiento y de amor. ¡Cuán pocos atraviesan así ese rudo paso! ¡Cuán pocos, después de los entusiasmos y las desesperaciones de la vida conciben el ritmo armonioso de las esferas! Así como el hombre saludable, mutilado por una bala, sufre aun en los miembros perdidos, así el alma del hombre que muere sin fe y sin esperanza se dilacera y palpita escapándose del cuerpo y lanzándose al espacio, inconsciente de sí mismo.

Rogad por estas almas perturbadas; rogad por todos los que sufren: la caridad no está restringida a la Humanidad visible: ella despierta y consuela también a los seres que pueblan el espacio. Habéis tenido de ello la prueba palpable en la conversación tan rápida de este Espíritu conmovido por las oraciones espíritas hechas sobre la tumba del hombre de bien, que debéis interrogar y que os desea hacer progresar en el santo camino (1) El amor no tiene límites; llena el espacio, dando y recibiendo sucesivamente sus divinas consuelos. El mar se extiende en una perspectiva infinita; su último límite parece confundirse con el cielo, y el Espíritu se deslumbra con el magnífico espectáculo de esas dos grandezas. Así el amor, más profundo que las olas, más infinito que el espacio, debe reunirnos a todos, hombres y Espíritus, en la misma comunicación de caridad y operar la admirable fusión de lo que es finito y de lo que es eterno.

GEORGES

M. JOBARD

Director del Museo de la Industria de Bruselas; nacido en Baissey (Haute-Marne); muerto en Bruselas, de un ataque de apoplejía fulminante, el 27 de Octubre de 1861, a la edad de sesenta y nueve años.

I

El señor Jobard era presidente honorario de la Sociedad Espírita de París; se propuso evocarlo en la sesión del 8 de noviembre, cuando

(1) Alusión al Espíritu de Bernard, quien se manifestó espontáneamente el día de los funerales del señor Sansón (Véase la Revista de mayo de 1862, p. 132.)

él se adelantó a este deseo dando espontáneamente la comunicación siguiente:

“Heme aquí ya que ibais a evocarme y quiero manifestarme primero a ese médium, que en vano solicité hasta hoy.

Primero quiero contaros mis impresiones en el momento de la separación de mi alma: sentí un estremecimiento extraño y me he acordado, de repente, de mi nacimiento, mi juventud, mi edad madura; toda mi vida se ha reflejado claramente en mi memoria. Sólo sentí un piadoso deseo de encontrarme en las regiones reveladas por nuestra querida creencia; después, todo ese cúmulo de cosas se apaciguó. Era libre y mi cuerpo yacía inerte. ¡Oh mis queridos amigos! ¡Qué encanto el despojarse del peso del cuerpo! ¡Qué entusiasmo tiene el abrazar el espacio! No creáis, sin embargo, que de repente me haya vuelto un elegido del Señor; no; estoy entre los Espíritus que habiendo retenido un poco, deben aprender todavía mucho. No he tardado mucho en acordarme de vosotros, *mis hermanos en el destierro*, y os aseguro toda simpatía y todos mis votos os envolverán. ¿Queréis saber cuáles son los Espíritus que me han recibido? ¿Cuáles han sido mis impresiones? Amigos míos han sido todos aquellos que evocamos, todos los hermanos que han participado de nuestros trabajos. He visto el esplendor, pero no puedo describirlo. Me he aplicado a discernir la verdad en las comunicaciones; y ser en fin el defensor de la verdad en el otro mundo, como lo he sido en el vuestro.

JOBARD.

1. Estando en vida nos suplicasteis que os llamase cuando hubieseis dejado la Tierra; lo hacemos no solo para acceder a vuestro deseo, sino sobretudo para renovar el testimonio de nuestra muy viva y sincera simpatía, y también en interés de nuestra instrucción, porque mejor que nadie estáis en condiciones de darnos informaciones precisas sobre el mundo en que os encontráis. Por lo tanto, seremos muy felices si consentís en responder a nuestras preguntas. – R. En esta hora, lo que más importa es vuestra instrucción. En cuanto a vuestra simpatía, yo la veo y no la percibo tan solo por el sentido auditivo, lo que constituye un gran progreso.

2. Para fijar nuestras ideas y no hablar vagamente os preguntamos

primero en qué sitio estáis aquí y ¿cómo os veríamos si pudiésemos veros? – R. Estoy junto al médium; me veríais bajo la apariencia del Jobard que se sentaba a vuestra mesa, porque vuestros ojos mortales, aun vendados, no pueden ver a los Espíritus sino bajo su apariencia mortal.

3. ¿Tendríais la posibilidad de haceros visible para nosotros, y si no lo podéis, que es lo que se opone a ello? – R. La disposición que os es del todo personal. Un médium vidente me vería; los otros no me ven.

4. Este sitio es el que ocupabais en vuestra vida, cuando asistíais a nuestras sesiones, sitio que os hemos reservado. Lo que os han visto en él deben figurarse veros en el mismo tal como erais entonces. Si no estáis ahí con vuestro cuerpo material, estáis con vuestro cuerpo fluídico que tiene la misma forma; si no os vemos con los ojos del cuerpo, os vemos con los del pensamiento; si no podéis comunicaros por la palabra, podéis hacerlo por la escritura con la ayuda de un intérprete; nuestras relaciones, pues, no están de ningún modo interrumpidas por vuestra muerte y podemos conversar con tanta facilidad y precisión como en otro tiempo. ¿No es verdad que es así? – R. Sí, y lo sabéis desde hace mucho tiempo. Este sitio lo ocuparé a menudo y aun sin saberlo vosotros, porque mi Espíritu habitará entre vosotros.

Llamamos la atención sobre esta última frase: “Mi Espíritu habitará entre vosotros.” En la circunstancia presente, no es una figura, sino una realidad. Por el conocimiento que el Espiritismo nos da de la naturaleza de los Espíritus se sabe que un Espíritu puede estar entre nosotros, no solo con el pensamiento, sino *personalmente* con la ayuda de su cuerpo etéreo, que hace de aquél una individualidad distinta. Un Espíritu puede, pues, habitar entre nosotros después de la muerte, tan bien como cuando vivía su cuerpo; y mejor aun, pues puede ir y volver cuando quiere. Así pues, tenemos una porción de comensales invisibles, los unos indiferentes, los otros que no son adictos por el afecto; a estos últimos es a quienes, sobre todo se aplican estas palabras: “Ellos habitan entre nosotros,” y que pueden traducirse así: Ellos nos asisten, nos inspiran y nos protegen.

5. No hace mucho tiempo que estabais sentado en este mismo sitio ¿os parecen extrañas las condiciones en las cuales estáis en el ahora? ¿Qué efecto os produce este cambio? – R. Estas condiciones

no me parecen extrañas, porque mi Espíritu desencarnado goza de una nitidez que no deja en la sombra ninguna de las cuestiones que encara.

6. ¿Os acordáis de haberos hallado en este mismo estado antes de vuestra última existencia, y encontráis en él alguna cosa cambiada? – R. Me acuerdo de mis existencias anteriores y encuentro que he mejorado. Veo y asimilo lo que veo. En tiempo de mis precedentes encarnaciones mi Espíritu perturbado no percibía sino de las fallas terrestres.

7. ¿Os acordáis de vuestra penúltima existencia, de la que precedió al señor Jobard? – R. En mi penúltima existencia era un obrero mecánico, carcomido por la miseria y el deseo de perfeccionar mi trabajo. *Siendo Jobard realicé los sueños del pobre trabajador.* Y alabo a Dios cuya bondad infinita ha hecho germinar la planta cuya semilla había depositado en mi cerebro.

8. ¿Os habéis comunicado ya en otra parte? – R. Muy poco me he comunicado todavía; en muchas partes otro Espíritu ha tomado mi nombre; algunas veces estaba junto a él, sin poder hacerlo directamente; mi muerte es tan reciente que sufro aún ciertas influencias terrestres. Es necesario que haya más perfecta simpatía para que yo pueda expresar mi pensamiento dentro de poco, obraré indistintamente; ahora no lo puedo, os lo repito. Cuando un hombre algo conocido muere, se le llama en todas partes; mil Espíritus se apresuran a revestir su individualidad; esto es lo que ocurrió conmigo en muchas circunstancias. Os aseguro que pocos son los Espíritus que pueden comunicarse inmediatamente después de la liberación, aunque sea con un médium de su preferencia.

9. ¿Veis a los Espíritus que están aquí con nosotros? – R. Veo, sobre todo, a *Lázaro* y a *Erasto*; después, más alejado, el *Espíritu de Verdad*, planeando en el espacio; después una multitud de Espíritus amigos que os rodean, solícitos y benévolos. Sois felices, amigos, porque buenas influencias luchan por vosotros contra las calamidades del error.

10. En vuestra vida participabais de la opinión que ha sido emitida sobre la formación de la Tierra por la incrustación de cuatro planetas que habrían sido soldados en un solo conjunto. ¿Estáis siempre en esta

misma creencia? – R. Es un error. Los nuevos descubrimientos geológicos prueban las convulsiones de la Tierra y su formación sucesiva. La Tierra, como los otros planetas, ha tenido su vida propia y Dios no ha tenido necesidad de ese gran desorden, o de esa agregación de planetas. El agua y el fuego son los únicos elementos orgánicos de la Tierra.

11. ¿Pensábais también que los hombres podían entrar en catalepsia durante un tiempo ilimitado, y que el género humano llegó de ese modo a la Tierra? – R. Ilusión de mi imaginación que sobrepasaba siempre el objetivo. La catalepsia puede ser larga, pero no indeterminada. Tradiciones, leyendas exageradas por la imaginación oriental. Amigos míos, he sufrido ya mucho repasando las ilusiones con las que he nutrido mi Espíritu: no os engaños con ellas. Había aprendido mucho y puedo decirlo, mi inteligencia, dispuesta a apropiarse de esos vastos y diversos estudios, había conservado de mi última encarnación el amor a lo maravilloso y al conjunto sacado de las imaginaciones populares.

Poco me he ocupado todavía de las cuestiones puramente intelectuales en el sentido en que lo tomáis. ¿Como lo podría hacer, deslumbrado, absorto como estoy por el maravilloso espectáculo que me rodea? Sólo el lazo del Espiritismo, más poderoso de lo que podéis concebirlo, puede atraer a mí ser para esta Tierra que abandono, no con la alegría, lo que sería una impiedad, sino con el profundo reconocimiento de la libertad.

En la suscripción abierta por la Sociedad en provecho de los trabajadores de Lyon, en febrero de 1862 un miembro entregó 50 francos: 25 en su propio nombre y 25 en nombre del señor Jobard. Este último dio con este objeto la comunicación siguiente:

Me siento halagado y agradecido por no haber sido olvidado entre mis hermanos espíritas. Gracias al corazón generoso que os entregó la ofrenda, la misma que yo hubiera dado si aún habitase en vuestro mundo. En el que habito ahora no se tiene necesidad de dinero; me ha sido pues necesario sacar de la bolsa de la amistad para dar pruebas materiales de que estaba conmovido por el infortunio de mis hermanos de Lyon. Bravos trabajadores, que ardientemente cultiváis la viña del Señor, es preciso que creáis que la caridad no es una palabra vana, puesto que pequeños y grandes habéis mostrado simpatía y

fraternidad. Estáis en el gran camino humanitario del progreso; pueda Dios manteneros en él, ¡y podáis ser más felices; los Espíritus amigos os sustentarán y triunfaréis!

Empiezo a vivir espiritualmente, más pacífico y menos turbado por las evocaciones a través de campos que influían sobre mí. La moda reina también sobre los Espíritus; cuando la moda Jobard pase y dé lugar a otra, y yo entre en la nada del olvido humano, invitaré entonces a mis amigos serios, entendiéndolo por serios a aquellos cuya inteligencia no olvida, los invitaré a que me evoquen; entonces profundizaremos las cuestiones tratadas muy superficialmente, y vuestro Jobard completamente transfigurado, podrá seros útil, lo que desea de todo su corazón.

JOBARD

Después de los primeros tiempos, consagrado a tranquilizar a sus amigos, el señor Jobard se ha colocado entre los Espíritus que trabajan activamente en la renovación social, esperando su próximo retorno entre los vivos, para tomar en ella una parte más directa. Después de esta época, dio frecuentemente en la Sociedad de París – de la cual pretende permanecer como miembro – comunicaciones de incontestable superioridad, sin renunciar a la originalidad y a los ingeniosos arranques que formaban el fondo de su carácter y nos permiten reconocerlo antes de que haya dado su firma.

SAMUEL PHILIPPE

Samuel Philippe era un hombre de bien en toda la acepción de la palabra; nadie recordaba haberle visto cometer una mala acción; ni haber hecho voluntariamente perjuicio, a quien quiera que fuese. De una devoción sin límites para sus amigos, se tenía siempre la seguridad de encontrarle dispuesto cuando se trataba de prestar algún servicio, aunque fuese a costa de sus intereses. Dificultades, fatigas, sacrificios no le importaban nada con tal de ser útil, y lo hacía naturalmente, sin ostentación, admirándose de que, por eso, se le pudiese atribuir un mérito. Jamás dejó de querer a aquéllos que le hicieron mal, y se ponía a obsequiarlos con tanta solicitud como si le hubiesen hecho el bien. Cuando tenía que habérselas con ingratos, decía: “No es a mí a quien debe compadecerse, sino más bien a ellos.” Aunque muy inteligente y

dotado de mucho talento natural, su vida, toda laboriosa fue oscura y sembrada de rudas pruebas. Era una de esas naturalezas elegidas que florecen en la sombra, de quienes el mundo no habla nada y cuyo clamor no repercute en la Tierra. Había adquirido, en el conocimiento del Espiritismo, una fe ardiente en la vida futura y una gran resignación para los males de la vida terrestre. Murió en diciembre de 1862, a la edad de cincuenta años, a consecuencia de una dolorosa enfermedad, sinceramente lamentada por su familia y algunos amigos. Fue evocado muchas veces después de su muerte.

P. ¿Tenéis un recuerdo nítido de vuestros últimos instantes en la Tierra? – R. Perfectamente, ese recuerdo me ha venido poco a poco, porque en aquel momento mis ideas estaban aún confusas.

P. Consentiríais, para nuestra instrucción y por el interés que nos inspira vuestra vida ejemplar, en describirnos como se ha efectuado en vos el paso de la vida corporal a la vida espiritual, así como vuestra situación en el mundo de los Espíritus? – R. De buen grado; esta relación no será solamente útil para vosotros; lo será también para mí. Refiriéndome a mis pensamientos en la Tierra, la comparación me hace comprender mejor aun la bondad del Creador.

Sabéis de cuantas tribulaciones mi vida fue sembrada; jamás me faltó valor en la adversidad ¡gracias a Dios! Y hoy me felicito por eso ¡Cuánto hubiera perdido si me hubiera desanimado! Tiemblo solo al pensar que por mi desfallecimiento, lo que he sufrido hubiera sido sin provecho y tendría que volver a empezar ¡Oh, amigos míos! Si pudieseis penetraros bien de esa verdad, veríais que en ello va vuestra felicidad futura. No, ciertamente, no es comprar esta felicidad demasiado cara, sino pagándola solo con algunos años de sufrimientos. ¡Si supieseis cuán poca cosa son algunos años en presencia de lo infinito!

Si mi última existencia ha tenido algún mérito a vuestros ojos, no habríais dicho otro tanto de las que la han precedido. Sólo a fuerza de trabajo, sobre mí mismo, he llegado a ser lo que soy ahora. Para borrar los últimos restos de mis faltas anteriores me ha sido preciso sufrir aún estas últimas pruebas, que he aceptado voluntariamente. He sacado de la firmeza de mis resoluciones la fuerza de soportarlas sin murmurar. Yo bendigo hoy estas pruebas; por ellas he roto con el pasado, que no

es para mí sino un recuerdo y puedo en adelante contemplar con legítima satisfacción el camino que he recorrido.

¡Oh, vosotros que me habéis hecho sufrir en la Tierra, que habéis sido duros y malévolos conmigo, que me habéis humillado y llenado de aflicción, cuya mala fe me ha reducido muchas veces a las más duras privaciones; no solamente os perdono, sino que os doy las gracias! Queriendo hacer mal, no pensabais que me hacíais tanto bien. Por tanto es verdad que a vosotros debo, en gran parte, la felicidad de que gozo porque me habéis dado la ocasión de perdonar y de volver bien por mal. Dios os colocó en mi camino para probar mi paciencia y ejercitarme en la práctica de la caridad más difícil: la del amor a los enemigos.

No os impacientéis por esta disgresión: voy a lo que me pedís.

Aunque sufrí cruelmente en mi última enfermedad, no tuve agonía; la muerte llegó, para mí, como un sueño; sin luchas ni sacudidas. No teniendo miedo al porvenir, no me aferré a la vida; y, por consiguiente, no me debatí bajo las últimas opresiones; la separación se operó sin esfuerzos, sin dolor y sin que me diera cuenta de ello.

Ignoro cuanto duró este último sueño, pero fue corto. El despertar fue de una calma que contrastaba con mi estado precedente; no sentía dolor y con ello me regocijaba; quería levantarme, caminar, pero un entorpecimiento que no tenía nada de desagradable, que tenía incluso un cierto encanto, me retenía y me abandoné a él con una especie de voluptuosidad, sin darme ninguna cuenta de mi situación y sin dudar de que había dejado la Tierra. Lo que me rodeaba me parecía como un sueño. Vi a mi mujer y algunos de mis amigos arrodillados en el cuarto y llorando, y me dije que, sin duda, me creían muerto; quise desengañarles, pero no pude articular ninguna palabra, de lo que deduje que soñaba. Lo que me confirmó esta idea fue que me vi rodeado de varias personas amadas, muertas desde hacía mucho tiempo y otras que no reconocí a primera vista y que parecía que me velaban y esperaba que me despertase.

Este estado tuvo instantes de lucidez y de somnolencia, durante los cuales recobraba y perdía, alternativamente, la conciencia de mi yo. Poco a poco mis ideas adquirieron más claridad; la luz que solo entrevía como a través de una niebla se hizo más brillante; entonces comencé a reconocermé y comprendí que no pertenecía ya al mundo terrestre.

Si no hubiera conocido el Espiritismo, la ilusión, sin duda se hubiera prolongado mucho tiempo más.

Mis despojos mortales no estaban aún sepultados y yo los consideraba con piedad, felicitándome por estar al fin desembarazado de ellos. ¡Era tan feliz de ser libre! Respiraba libremente, como alguien que sale de una atmósfera nauseabunda; una inefable sensación de felicidad penetraba todo mi ser; la presencia de los que había amado me colmaba de alegría; no estaba de ningún modo sorprendido de verles; eso me parecía muy natural; pero creía volver a verles después de un largo viaje. Una cosa me admiró desde luego, fue que nos comprendíamos sin articular ninguna palabra; nuestros pensamientos se transmitían por la sola mirada y como por una penetración fluídica.

Sin embargo, no estaba todavía completamente libre de la ideas terrestres; el recuerdo de lo que había soportado me venía de vez en cuando a la memoria, como para hacerme apreciar mejor mi nueva situación. Había sufrido corporalmente, pero sobre todo moralmente; había sido presa de la malevolencia, de esas mil perplejidades, más penosas quizás que los males reales, porque causan una ansiedad perpetua. Su impresión no se me había borrado enteramente, y a veces me preguntaba si realmente me había desembarazado de ellas; me parecía oír aún ciertas voces desagradables; conocía las contrariedades que me habían atormentado tan a menudo, y temblaba a pesar mío; me sondeaba, por decirlo así, para asegurarme de que no era juguete de una ilusión; y cuando hube adquirido la certeza de que todo esto se había acabado, me pareció que me había quitado de encima un peso enorme. Es pues verdad, decía yo, que por fin estoy libre de todos los cuidados que hacen un tormento de la vida, y por ello daba gracias a Dios. Era como un pobre que hereda de repente una gran fortuna; durante algún tiempo duda de la realidad y siente los temores de la necesidad. ¡Oh, si los hombres comprendiesen la vida futura! ¡Qué fuerza, qué valor no daría esta convicción en la adversidad! ¡Qué no harían durante su estancia en la Tierra, para asegurarse la felicidad que Dios reserva a aquellos de sus hijos que han sido dóciles a sus leyes! ¡Verían cuán poca cosa son los goces que envidian al lado de los que desprecian!

P. Ese mundo tan nuevo para vos, y al lado del cual el nuestro

es tan poca cosa, ¿acaso los numerosos amigos que habéis vuelto a encontrar en él, os han hecho perder de vista a vuestra familia y a vuestros amigos de la Tierra? – R. Si los hubiera olvidado, sería indigno de la felicidad que disfruto; Dios no recompensa el egoísmo, lo castiga. El mundo en que estoy puede hacerme desdeñar la Tierra, pero no los Espíritus que están encarnados en ella. Sólo entre los hombres se ve a la prosperidad hacer olvidar a los compañeros de infortunio. Frecuentemente, volveré a ver a los míos: la buena memoria de que mí conservan me hace feliz, sus pensamientos me atraen hacia ellos; asisto a sus conversaciones, gozo con sus alegrías, sus penas me entristecen, pero no con esa tristeza ansiosa de la vida humana, porque comprendo que no son más que pasajeras y para su bien. Me causa satisfacción el pensar que un día vendría a esta morada afortunada donde se desconoce el dolor. Yo me dedico para que se hagan dignos de ella, me esfuerzo por sugerirles buenos pensamientos y, sobre todo, la resignación que yo he tenido conformándome con la voluntad de Dios. Tengo la mayor dificultad cuando veo que retardan ese momento con su falta de valor, sus murmuraciones, la duda del porvenir, o con alguna acción reprehensible. Procuro entonces apartarles del mal camino; si triunfo es una gran felicidad para mí; y con eso todos nos alegramos aquí; si fracaso me digo con pesar; siguen aún en el atraso; pero me consuelo pensando que no se ha perdido todo irremisiblemente.

EL SEÑOR VAN DURST

Antiguo funcionario muerto en Amberes en 1863,
a la edad de ochenta años.

Poco tiempo después de su muerte, un médium vidente pidió a su guía espiritual si se le podría evocar, y se le contestó: “Este Espíritu sale lentamente de su turbación; podría responderos ya, pero la comunicación le costaría demasiado trabajo. Os ruego, pues, que esperéis aún cuatro días, y os responderá. Entonces sabrá ya las buenas intenciones que habéis manifestado respecto a él, y vendrá reconocido y como un buen amigo.”

Cuatro días más tarde el Espíritu dictó lo que sigue:

Amigo mío: mi vida fue de muy poco peso en la balanza de la

eternidad; sin embargo, estoy lejos de ser infeliz; estoy en la condición humilde, pero relativamente feliz, de aquél que hizo poco mal, sin aspirar por eso a la perfección. Si hay personas felices en una pequeña esfera, pues bien, ¡soy una de ellas! No lamento sino una cosa, y es no haber conocido lo que sabéis ahora; mi turbación hubiera sido menos larga y penosa. Ha sido grande, en efecto: vivir y no vivir; ver su cuerpo, estar fuertemente unido a él y sin embargo no poder servirse del mismo; ver a los que se ha amado y sentir extinguirse el pensamiento que nos une a ellos, ¡lo que es terrible! ¡Oh! ¡Qué momento cruel! ¡Qué momento, cuando el aturdimiento se apodera de vosotros y os estrangula! ¡Y un instante después, tinieblas! ¡Sentir, y un momento después, estar aniquilado! Se quiere tener conciencia del propio yo, y no se puede recobrar, no se es más y, sin embargo, se siente que se es; pero se está en una turbación profunda! ¡Y después de un tiempo inapreciable, tiempo de angustias contenidas, porque no se tiene la fuerza de sentir las, después de ese tiempo que parece interminable, renace lentamente a la existencia; despertase en un nuevo mundo! ¡Nada de cuerpo material, nada de vida terrestre: la vida inmortal! ¡No más hombres carnales, sino formas ligeras! ¡Espíritus que se deslizan por todos lados, que os rodean y no podéis abarcar a todos con la mirada porque flotan en el infinito! ¡Tener ante sí el espacio y poderle cruzar con la sola voluntad; comunicarse con el pensamiento con todos los que nos rodean! ¡Amigo, qué vida nueva! ¡Qué vida brillante! ¡Qué vida de alegrías!... ¡Salvación! ¡Oh! Salvación, eternidad que me contiene en tu seno!... ¡Adiós, Tierra que me retuviste tan largo tiempo lejos del elemento natural de mi alma! ¡No, no te quiero más, porque tu eres la tierra del exilio, y tu mayor felicidad nada es!

Pero si hubiera sabido lo que sabéis, ¡cuán fácil y agradable me hubiera sido esta iniciación en la otra vida! Habría sabido antes de morir lo que he debido aprender más tarde, en el momento de la separación, y mi alma se habría liberado más fácilmente. ¡Estáis en el camino, pero nunca, nunca iréis lo bastante lejos! Decidle a mi hijo, pero repetídselo mucho para que crea y se instruya; en este caso, cuando llegue aquí, no nos separaremos.

Adiós a todos, amigos, adiós; yo os espero y mientras estéis en la Tierra, frecuentemente, vendré a instruirme cerca de vosotros, porque no sé todavía tanto como muchos de los vuestros; pero yo

aprenderé de prisa aquí donde no hay obstáculos que me retengan y donde no existe la edad que debilite mis fuerzas. Aquí se vive a grandes pasos y se avanza, porque ante sí se ven horizontes tan bellos que estamos impacientes por abarcarlos.

Adiós, os dejos, adiós.

VAN DURST

SIXDENIERS

Hombre de bien, muerto por accidente y conocido del médium en su vida.

(Bordeaux, 11 de febrero de 1861)

P. ¿Podéis darme algunos detalles sobre vuestra muerte? – R. A partir desde que me ahogué, sí. – P. ¿Por qué no a partir de antes? – R. Tú los conoces. (El médium lo conocía, efectivamente). P. ¿Queréis, pues, describirme vuestras sensaciones después de vuestra muerte?

R. He tardado mucho en reconocerme, pero con la gracia de Dios y con la ayuda de los que me rodeaban, cuando la luz se hizo, me ha inundado. Tú puedes esperar: encontrarás siempre más de lo que esperabas. Nada material; todo hiere los sentidos ocultos lo que no pueden tocar ni el ojo ni la mano; ¿tú me comprendes? Es una maravilla espiritual que sobrepuja vuestro entendimiento, porque no existen palabras para explicarlo: esto no puede sentirse sino con el alma.

Mi despertar ha sido muy feliz. La vida es uno de esos sueños que, a pesar de la idea grotesca que se da a esta palabra, no puedo clasificar sino de pesadilla horrible. Sueño que estás encerrado en un calabozo infecto; que a tu cuerpo lo roen gusanos que se introducen hasta la médula de los huesos; que estás suspendido sobre un bracero ardiente; que tu boca reseca no encuentra ni aun el aire que la refresque; que tu Espíritu lleno de horror no ve alrededor de él más que monstruos preparados a devorarte; figúrate en fin, todo lo más fantástico, asqueroso y horrible que el sueño pueda idear y que de repente te encuentras transportado para un Edén delicioso. Despiertas rodeado de todos los que has amado y llorado; ves a tu alrededor sus rostros

adorados sonreírte con bondad; respiras los más suaves perfumes, refrescas tu seca garganta en la fuente de agua viva; sientes tu cuerpo levantado en el espacio infinito que le lleva y le mece como lo hace la brisa con la flor desprendida de la copa de un árbol; siéntete envuelto en el amor de Dios, como el niño que nace está envuelto en el amor de su madre, y no tendrás más que una idea imperfecta de esta transición. Traté de explicar la felicidad de la vida que espera al hombre después de la muerte de su cuerpo, pero no pude. ¿Se explica lo infinito a aquél que tiene los ojos cerrados a la luz y cuyos miembros no han podido salir jamás del círculo estrecho donde están encerrados? Para explicarte la felicidad eterna te diré; ¡ama! Porque sólo el amor puede hacerla presentir, y quien dice amor dice ausencia de egoísmo.

P. Vuestra posición ¿ha sido feliz desde vuestra entrada en el mundo de los Espíritus? – R. No; tuve que pagar la deuda del hombre. Mi corazón me había hecho presentir el porvenir del Espíritu, pero no tenía fe. Tuve que expiar mi indiferencia por el Creador, pero su misericordia a tomado en cuenta el poco bien que pude hacer, los dolores que sentí con resignación, a pesar de mi sufrimiento, y su justicia, que tiene una balanza que los hombres no comprenderán jamás, pesó el bien con tanta bondad y amor, que el mal se ha borrado pronto.

P. ¿Queréis darme noticias de vuestra hija? (muerta cuatro o cinco años después de su padre.) – R. Ella está en misión en vuestra Tierra.

P. ¿Es feliz como criatura? No quiero haceros preguntas indiscretas. – R. Bien lo sé ¿acaso no veo tu pensamiento como *un cuadro* ante mis ojos? No, como criatura no es feliz, al contrario; todas las miserias de vuestra vida deben alcanzarla; pero ella debe dar ejemplo de esas grandes virtudes, que vosotros tanto exaltáis; yo le ayudaré, porque debo velar por ella; mas no tendrá muchas dificultades para vencer los obstáculos; *no está en expiación, sino en misión*. Tranquilízate, pues, respecto de ella, y gracias por tu recuerdo.

En este momento el médium experimenta dificultades en escribir, y dice: Si es un Espíritu que sufre el que me detiene, le suplico su nombre. – R. Una infeliz.

P. ¿Queréis decirme vuestro nombre? – R. Valerie.

P. ¿Queréis decirme que atrajo el castigo sobre vos? – R. No.

P. ¿Os arrepentisteis de vuestras faltas? – R. Bien lo veis.

P. ¿Quién os trajo aquí? – R. Sixdeniers.

P. ¿Con cuál objetivo lo hiciste? – R. Para que tú me ayudes.

P. ¿Erais vos quien me impedía escribir recientemente? – R. Él me ha puesto en su lugar.

P. ¿Qué relación hay entre vosotros? – R. Él me guió.

P. Pedidle que una su plegaria a la nuestra. – (Después de la oración, Sixdeniers retorna) Gracias por ella; tú has comprendido, no te olvidaré; piensa en ella.

P. (A Sixdeniers). Como Espíritu, ¿tenéis que guiar a muchos Espíritus que sufren? – R. No; pero tan pronto como conducimos a uno de ellos al bien, tomamos otro, sin abandonar por eso a los primeros.

P. ¿Cómo podéis bastar a una vigilancia que se debe multiplicar con los siglos al infinito? – R. Comprende que aquéllos que conducimos se depuran y progresan; por tanto nos dan menos trabajo; al mismo tiempo nos elevamos nosotros mismos y ascendiendo, nuestras facultades progresan y nuestro poder irradia en proporción a nuestra pureza.

Nota: Los Espíritus inferiores están, pues, asistidos por los buenos Espíritus que tienen la misión de guiarles; esta tarea no está reservada exclusivamente a los encarnados, pero estos deben cooperar con ella, porque es para ellos un medio de adelantamiento. Cuando un Espíritu inferior se interpone en una buena comunicación, como en el presente caso, sin duda no lo hace siempre con una buena intención, pero los buenos Espíritus lo permiten, sea como prueba, sea a fin de que aquél a quien se dirige trabaje en su mejoramiento. Su persistencia, es verdad, a veces, degenera en obsesión, pero cuanto más tenaz es, tanto más prueba cuán grande es la necesidad de asistencia. Por tanto es un error rechazarle; es necesario mirarlo como un pobre que viene a pedir limosna, y decir: Este es un Espíritu infeliz que los buenos Espíritus me envían para educarlo. Si triunfo, tendré la alegría de haber conducido

una alma al bien, y de haber abreviado sus sufrimientos. Esta tarea es a menudo penosa; sin duda, sería más agradable tener siempre bellas comunicaciones, y no conversar sino con Espíritus escogidos; pero no es, buscando nuestra propia satisfacción, y rehusando las ocasiones que se nos presenten para hacer el bien, que se merece la protección de los buenos Espíritus.

EL DOCTOR DEMEURE

Muerto en Albi (Tarn) el 25 de enero de 1865.

El señor Demeure era un médico homeópata muy distinguido en Albi. Su carácter, tanto como su saber le habían conquistado la estimación y la veneración de sus conciudadanos. Su bondad y su caridad eran inagotables, y, a pesar de su avanzada edad, ninguna fatiga sentía cuando se trataba de ir a cuidar a los pobres enfermos. El precio de sus visitas era la menor de sus preocupaciones; se consideraba menos incomodado por el infeliz que por aquél que sabía podía pagarle, porque, decía que este a falta suya, podía siempre procurarse otro médico. Al primero no solamente daba los remedios gratuitamente, sino que a menudo le dejaba con que subvenir a las necesidades materiales, lo que es, a veces, el más útil de los medicamentos. Se puede decir de él que era el cura de Ars de la medicina.

El Señor Demeure había abrazado con ardor la Doctrina Espírita, en la cual encontró la clave de los más serios problemas, de los cuales había vanamente pedido la solución a la ciencia y a todas las filosofías. Su Espíritu profundo e investigador, le hizo comprender inmediatamente toda su importancia y también fue uno de sus más celosos propagadores. Por correspondencia se habían establecido entre nosotros relaciones de viva y mutua simpatía.

Supimos su muerte, el 30 de enero, y nuestro primer pensamiento fue de conversar con él. He aquí la comunicación que nos dio el mismo día:

“Heme aquí. Había prometido, cuando vivía, que después de mi muerte vendría, si me era posible, a estrechar la mano de mi querido maestro y amigo, señor Allan Kardec.”

“La muerte dio a mi alma, ese sueño pesado que se llama letargo;

pero mi pensamiento velaba. He sacudido esa torpeza funesta, que prolonga la turbación que sigue a la muerte, me he despertado, y de un salto, he hecho el viaje.

“¡Qué feliz soy! No soy viejo ni achacoso; mi cuerpo no era más que un disfraz impuesto; soy joven y hermoso, con esa eterna juventud de los Espíritus, sin pliegues que arruguen las facciones, sin cabellos que encanezcan con el tiempo. Soy ligero como el ave que atraviesa, de un vuelo rápido, el horizonte de vuestro cielo nebuloso, y admiro, contemplo, bendigo, amo y me inclino, átomo, ante la grandeza, la sabiduría, la ciencia de nuestro Creador, ante las maravillas que me rodean.

¡Soy dichoso; estoy en la gloria! ¡Oh! ¿Quién podrá traducir las espléndidas hermosuras de la tierra de los elegidos; los cielos, los mundos, los soles, su misión en el gran concurso de la armonía universal? ¡Pues bien! Yo ensayaré señor mío: voy a hacer un estudio de ello, y vendré a depositaros el homenaje de mis trabajos de Espíritu, que os dedico por adelantado. Hasta luego.”

DEMEURE”

Las dos comunicaciones siguientes, dadas el 1 y 2 de febrero, son relativas a la enfermedad de la cual estábamos atacados en este momento. Aunque sean personales las reproducimos porque prueban que el señor Demeure, es tan bueno en Espíritu como lo era siendo hombre.

“Mi buen amigo, tened confianza en nosotros y mucho valor; esta crisis aunque fatigosa y dolorosa, no será duradera, y con los tratamientos prescritos podréis, según vuestros deseos, completar la obra que ha sido el objeto principal de vuestra existencia. Por lo tanto, estoy siempre a vuestro lado con el *Espíritu de Verdad*, quien me permite tomar en su nombre la palabra como el último de vuestros amigos que ha venido entre los Espíritus. Me hacen los honores de la bienvenida. Querido maestro, ¡qué feliz soy de haber muerto a tiempo para estar con usted en este momento! Si hubiese muerto antes, quizá os hubiera podido evitar la crisis que no preveía; hacía muy poco tiempo que estaba desencarnado para ocuparme de otra cosa más que de lo espiritual; pero ahora os velaré, querido maestro, vuestro hermano y amigo que está contento de ser Espíritu, para poder estar a vuestro lado y cuidaros de vuestra enfermedad. Pero conocéis el proverbio: “Ayúdate y el cielo

te ayudará”. Ayudad, pues, a los buenos Espíritus en los cuidados que os tienen, conformándoos estrictamente con sus prescripciones.

“Hace aquí demasiado calor; ese carbón os es nocivo. Mientras estéis enfermo, no lo encendáis; contribuye a aumentar vuestra opresión; los gases que de él se desprenden son deletéreos.

Vuestro amigo, DEMEURE.”

“Soy yo, Demeure, el amigo de Kardec. Vengo a decirle que estaba junto a él cuando ocurrió el accidente, y que pudo ser funesto sin una intervención eficaz, en la que he tenido la felicidad de cooperar. Según mis observaciones y las noticias que he tomado de buena fuente, es evidente para mí que cuanto antes se verifique su desencarnación, tanto antes podrá reencarnarse para poder acabar su obra. Sin embargo, le es preciso dar, antes de partir, la última mano a las obras que deben completar la teoría doctrinaria de la cual es el iniciador; y se hace culpable de homicidio voluntario contribuyendo, por exceso de trabajo a lo defectuoso de su organismo que le amenaza de una repentina partida para nuestros mundos. No debe temerse decirle toda la verdad para que esté sobre aviso y siga a la letra nuestras prescripciones.

DEMEURE”

La comunicación siguiente fue obtenida en Montauban, el 26 de enero, al día siguiente de su muerte, en el círculo de amigos espíritas que tenía en aquella ciudad.

Antoine Demeure. “No he muerto para vosotros, mis buenos amigos, sino para aquéllos que no conocen, como vosotros, esta santa doctrina que reúne a los que se han amado en la Tierra y han tenido los mismos pensamientos y los mismos sentimientos de amor y de caridad.

“Soy feliz; más feliz de lo que podía esperar porque gozo de una lucidez rara entre los Espíritus separados de la materia desde hace tan poco tiempo. Tened valor, amigos míos; estaré a menudo junto a vosotros, y no dejaré de instruiros sobre muchas cosas que ignoramos cuando estamos sujetos a nuestra pobre materia, que nos oculta tantas magnificencias y tantas alegrías. Orad por los que están privados de esa felicidad, porque no saben el mal que se hacen a sí mismos.”

“No continuaré hoy por mucho tiempo, pero os diré que no me encuentro del todo extraño en este mundo de los invisibles; me parece que lo he habitado siempre. Soy feliz porque veo a mis amigos, y puedo comunicarme con ellos todas las veces que lo deseo.

“No lloréis, amigos míos; me haríais lamentar el haberos conocido. Dejad pasar el tiempo y Dios os conducirá a esta morada donde todos debemos encontrarnos reunidos. Buenas noches, amigos míos: que Dios os consuele; estaré aquí junto a vosotros.

DEMEURE.”

Otra carta de Montauban contiene el siguiente relato:

“Ocultamos a la señora G..., médium vidente y sonámbula muy lúcida, la muerte del señor Demeure, para no afectar su extrema sensibilidad; y el buen doctor comprendiendo, sin duda, nuestro objetivo había evitado manifestarse a ella. El 10 de febrero último, estábamos reunidos a invitación de nuestros guías que decían querer aliviar a la señora G... de una artrosis de pie, de la cual sufría cruelmente desde la víspera. Nada más sabíamos de eso, y estábamos lejos de esperar las sorpresas que nos preparaban. Apenas estuvo esta señora en estado de sonambulismo, dio gritos desgarradores mostrando su pie. He aquí lo que pasaba.

“La señora G... veía un Espíritu encorvado sobre su pierna, ocultando sus facciones; hacía fricciones y masajes, ejerciendo, de tiempo en tiempo, en la parte enferma una tracción longitudinal, absolutamente como haría un médico. La operación era tan dolorosa que la paciente se abandonaba, a veces, a los gritos más espantosos y a grandes convulsiones. Pero la crisis no fue de mucha duración; al cabo de diez minutos toda señal de artrosis había desaparecido, no había más hinchazón, el pie había tomado su apariencia normal; la señora G... estaba curada.

“Sin embargo, el Espíritu permanecía siempre desconocido para el médium, y persistía en no mostrar sus facciones; tenía incluso la intención de querer desvanecerse, cuando de un salto, nuestra enferma que, algunos minutos antes, no podía dar un paso, se lanza al medio de la habitación para asir y apretar la mano de su doctor espiritual. Aun

esta vez el Espíritu ocultara toda la cabeza, dejando su mano en la de ella. En este momento, la señora G... grita y cae desmayada sobre el pavimento; acababa de reconocer al señor Demeure en el Espíritu que la había curado. Durante el síncope, ella recibía cuidados solícitos de muchos Espíritus simpáticos. En fin, habiendo reaparecido la lucidez sonambúlica, habló con los Espíritus que respondían a sus testimonios de afecto penetrándola con un fluido reparador.

“Esta escena ¿no es conmovedora y dramática? y ¿no se cree ver a todos esos personajes representando su papel en la vida humana? ¿No es una prueba, entre mil, de que los Espíritus son seres muy reales, teniendo un cuerpo y actuando como lo hacían en la Tierra? Estábamos muy felices por volver a encontrar a nuestro amigo espiritualizado, con su excelente corazón y su delicada solicitud. Había sido, durante su vida, el médico de la médium; conocía su extremada sensibilidad y cuidara de ella como a su propia hija. ¿Esta prueba de identidad dada a aquélla que el Espíritu amaba, no es impresionante y muy oportuna para que la vida futura se mire bajo su aspecto más consolador?”

Nota:—La situación del señor Demeure, como Espíritu, es la que podía hacer sentir su vida tan digna y tan útilmente empleada; pero otro hecho, no menos instructivo, resalta de estas comunicaciones, que es la actividad que despliega casi inmediatamente después de su muerte para ser útil. Por su alta inteligencia y sus cualidades morales, pertenece al orden de los Espíritus muy avanzados; es feliz pero su felicidad no está en la inacción. Hacía algunos días que curaba a los enfermos como médico y, apenas desprendido, se apresura a cuidarlos como Espíritu. ¿Que se gana, pues, con estar en el mundo espiritual, dirán ciertas personas, si no se goza de descanso? A esto les preguntaremos desde luego: ¿Creéis que no es nada el no tener cuidados, ni las necesidades, ni los achaques de la vida, el ser libre y poder recorrer sin fatigarse el espacio con la rapidez del pensamiento, ir a ver a sus amigos a todas horas, a cualquier distancia a que se encuentren? Después añadiremos: cuando estéis en el otro mundo, nada os forzaré a hacer lo que quiera que sea; estaréis perfectamente libres para permanecer en una ociosa beatitud tanto tiempo como os plazca; pero dejaréis pronto ese reposo egoísta; seréis los primeros en pedir una ocupación. Entonces se os responderá: si os fastidia la ociosidad, procurad, vosotros mismos el modo de ocuparos en alguna

cosa; las ocasiones de ser útil no faltan en el mundo de los Espíritus como entre los hombres. Es así que la actividad espiritual no es un constreñimiento, es una necesidad, una satisfacción para los Espíritus que procuran las ocupaciones en relación con sus gustos y sus aptitudes y escogen con preferencia las que pueden ayudar a su adelantamiento.

LA SEÑORA VIUDA FOULON, NACIDA WOLLIS

La señora de Foulon, fallecida en Antibes, el 3 de febrero de 1865, vivió por mucho tiempo en el Havre, donde adquirió reputación como muy hábil en miniaturas. Su talento notable no le sirvió por lo pronto sino para distraerse como aficionada; pero más tarde, cuando vinieron días malos, supo hacer de su facultad un precioso recurso. Sobre todo lo que la hacía amar y estimar, lo que vuelve su memoria querida a todos aquellos que la conocieron, es la amenidad de su carácter; son sus cualidades particulares, de las cuales sólo aquellos que conocen su vida íntima pueden apreciarle en toda la extensión; porque, como todos en los cuales el sentimiento del bien es innato, no hacía ostentación del él y ni siquiera desconfiaba. Si hay alguien a quien el egoísmo no haya hecho ninguna mella, sin duda ella lo es; tal vez jamás el sentimiento de abnegación personal fue llevado más lejos; siempre dispuesta a sacrificar su reposo, su salud, sus intereses por aquellos a quienes podía ser útil, su vida fue tan solo una secuencia de renunciaciones desde su juventud y una larga serie de rudas y crueles pruebas ante las cuales su valor, resignación y perseverancia jamás faltaron: ¡Mas hay! Su vista, fatigada por un trabajo minucioso, se extinguía día a día: algún tiempo más y la ceguera ya muy avanzada sería completa.

Cuando la señora Foulon tuvo conocimiento de la Doctrina Espírita, eso fue para ella como un rayo de luz, le pareció que un velo se levantaba sobre alguna cosa que no le era desconocida, pero de la cual no tenía más que una vaga intuición; así pues, la estudió con ardor, pero al mismo tiempo con aquella lucidez de espíritu, con aquella exactitud en la apreciación que era propia de su alta inteligencia. Es necesario conocer todas las perplejidades de su vida, perplejidades que tenían siempre por móvil, no ella misma, sino los seres que le eran queridos, para comprender todos los consuelos que adquirió de esta

sublime revelación que le daba una fe inquebrantable en el porvenir, y le mostraba la pequeñez de las cosas terrestres.

Su muerte fue digna de su vida. La vio aproximarse sin ninguna angustia penosa, pues era para ella la liberación de la ligaduras terrestres, que debería abrirle esa vida espiritual bendita, con la cual estaba identificada por el estudio del Espiritismo. Ha muerto con calma, porque tenía la conciencia de haber cumplido la misión que había aceptado viniendo a la Tierra, de haber cumplido escrupulosamente sus deberes de esposa y de madre de familia, porque también había, durante su vida, abjurado todo resentimiento contra aquellos que tenía quejas, y que le pagaron con ingratitud; que siempre les restituyera bien por mal y que dejó esta vida perdonándoles, remitiéndoles, por ella misma, a la bondad y a la justicia de Dios. Ha muerto, en fin, con la serenidad que da una conciencia pura, y la certeza de estar menos separada de sus hijos que durante la vida corporal, puesto que podrá, de ahora en adelante, estar con ellos en Espíritu, sobre cualquier punto del globo en el que se encuentren, ayudarlos con sus consejos y cubrirlos con su protección.

Desde que supimos la muerte de la señora Foulon, nuestro primer deseo fue conversar con ella. Las relaciones de amistad y simpatía que la Doctrina Espírita hiciera nacer entre ella y nosotros, explican algunas de sus palabras y la familiaridad de su lenguaje.

I

(París, 6 de febrero de 1865, tres días después de su muerte)

“Estaba segura de que tendríais el pensamiento de evocarme, luego de mi libertad y estaba preparada a responderos, porque no he conocido turbación; solo los que tienen miedo se hallan envueltos por esas tinieblas espesas.

¡Pues bien! Amigo mío, ahora soy feliz; estos pobres ojos que se habían debilitado y que no me dejaban sino el recuerdo de los prismas que habían matizado mi juventud con sus cambiantes resplandores, se han abierto aquí y han vuelto a encontrar los espléndidos horizontes que idealizan, en sus vagas reproducciones, algunos de vuestros artistas; pero

cuya realidad majestuosa, severa y llena de encantos, está marcada con la más completa realidad.

“No hace más que tres días que he muerto, y siento que soy artista; mis inspiraciones hacia el ideal de la belleza en las artes, era la intuición de facultades que estudiara y adquiriera en otras existencias, y que se han desarrollado en la última. Pero ¡cuánto tengo que hacer para reproducir una obra maestra digna de la gran escena que impresiona el Espíritu, al llegar a la región de la luz! ¡Pinceles! ¡Pinceles! Y probaré al mundo que el arte espírita es la coronación del arte pagano, del arte cristiano que pelagra, y que sólo al Espiritismo está reservada la gloria de hacerle revivir, con todo su brillo, en vuestro mundo desheredado.

Basta para el artista; ahora vamos a la amiga.

¿Por qué, mi buena amiga (la señora de Allan Kardec), os conmovéis así con mi muerte? Sobre todo vos que conocéis las decepciones y las amarguras de mi vida, debíais al contrario regocijaros, al ver que ahora nada más tengo para beber en la copa amarga de los dolores terrestres que he vaciado hasta el final. Creedme; los muertos son más felices que los vivos, y llorarlos es dudar de la verdad del Espiritismo. Me volveréis a ver, estad segura de eso; he partido primero porque mi tarea, en este mundo, estaba concluida; cada uno tiene que cumplir la suya en la Tierra y cuando la vuestra haya terminado, vendréis a descansar junto a mí para volver a comenzar enseguida, si fuese necesario, teniendo en vista que nada, en la Naturaleza permanece inactivo. Cada uno tiene sus tendencias y obedece a ellas; es una ley suprema que prueba el poder del libre arbitrio; también, buena amiga, de indulgencia y caridad todos necesitamos recíprocamente, sea en el mundo visible, sea en el mundo invisible; con esta divisa todo va bien.

No me diríais que me detuviese. ¡Sabéis que converso largamente por primera vez! Os dejo, pues para volver a mi excelente amigo, señor Kardec. Quiero agradecerle las afectuosas palabras que consintió en dirigir a la amiga que lo precedió en la tumba; ¡porque poco faltó para que no hayamos partido juntos para el mundo donde me encuentro, mi buen amigo! (Alusión a la enfermedad de la cual habla el doctor Demeure) ¿Qué habría dicho ella, la compañera muy amada de

vuestros días, si los buenos Espíritus no hubiesen puesto buen orden en eso? Entonces sí que hubiera llorado y gemido, y yo lo comprendo; mas también es necesario que élla vele para que no os expongáis, de nuevo, al peligro antes de acabar vuestro trabajo de iniciación espírita; sin esto corréis el riesgo de llegar demasiado pronto entre nosotros y de no ver, como Moisés, la Tierra prometida sino de lejos. Estad, pues, en guardia; os lo previene una amiga.

Ahora me voy; retorno al lado de mis queridos hijos; después voy a ver, más allá de los mares, si mi oveja viajera ha llegado por fin a puerto, o si es juguete de la tempestad. (Una de sus hijas que habitaba en América.) Que los buenos Espíritus te protejan; con este propósito voy a reunirme con ellos. Volveré a conversar con vosotros, porque soy una conversadora infatigable; ya lo recordaréis. Adiós, pues, mis buenos y queridos amigos; hasta luego.

Viuda FOULON.

II

(8 de febrero de 1865.)

P. Querida señora Foulon, estoy muy feliz con la comunicación que me diste el otro día y con vuestra promesa de continuar nuestras conversaciones.

Os he reconocido perfectamente en la comunicación; habláis en ella de cosas ignoradas por el médium y que no podían venir sino de vos; después vuestro lenguaje afectuoso con respecto a nosotros, es el de vuestra alma amorosa, pero hay en vuestras palabras una seguridad, un equilibrio, una firmeza que no os conocía en vida. Sabéis que sobre esto me he permitido más de una amonestación en ciertas circunstancias.

R. Es verdad, pero desde que me vi gravemente enferma, recobré una firmeza de espíritu, perdida por los disgustos y las vicisitudes que, a veces, me tornaron recelosa durante la vida. Me he dicho: Tú eres Espírita; olvida la Tierra; prepárate para la transformación de tu ser, y ve por el pensamiento, la senda luminosa que debe seguir tu alma al dejar tu cuerpo, y que la conducirá feliz y libre a las esferas celestes donde debes vivir de ahora en adelante.

Me diréis que era un poco presuntuoso de mi parte, contar con la dicha perfecta al dejar la Tierra, pero habría sufrido tanto que suponía haber expiado mis faltas de esta existencia y de las existencias precedentes. Esa intuición no me habría engañado y ella fue la que me dio el valor, la calma y la firmeza de los últimos instantes; esta firmeza se ha incrementado, cuando, después de mi liberación, vi mis esperanzas realizadas.

P. ¿Queréis describirnos ahora vuestro tránsito, vuestro despertar y vuestras primeras impresiones?

R. He sufrido, pero mi Espíritu ha sido más fuerte que el sufrimiento material que el desprendimiento le hacía sentir. Me he encontrado, *después del último suspiro*, como en síncope, sin tener ninguna conciencia de mi estado, no pensando en nada y en una vaga somnolencia que no era ni sueño del cuerpo, ni despertar del alma. He permanecido bastante tiempo así; después, como si saliere de un largo desvanecimiento, me he despertado poco a poco en medio de hermanos que no conocía; ellos me prodigaban sus cuidados y sus cariños, me mostraban un punto en el espacio que parecía una estrella brillante y me han dicho: “Será para allá que irás con nosotros; no pertenecéis más a la Tierra.” Entonces he recobrado la memoria; me he apoyado en ellos y como un grupo gracioso que se lanza hacia las esferas desconocidas, pero con la certeza de encontrar allí la felicidad, hemos subido, subido, y la estrella se engrandecía. Era un mundo feliz, un mundo superior, donde vuestra buena amiga va a encontrar por fin el descanso; quiero decir el descanso en comparación a las fatigas corporales que he sufrido, y a las vicisitudes de la vida terrestre, pero no la indolencia del Espíritu, porque la actividad del Espíritu es una alegría.

P. ¿Habéis dejado definitivamente la Tierra?

R. Tengo aún en ella muchos seres que me son queridos para dejarla definitivamente. Volveré a ella, pues, en Espíritu, porque tengo que cumplir una misión al lado de mis hijos. Bien sabéis, por otra parte, que ningún obstáculo se opone a que los Espíritus, que habitan los mundos superiores, a la Tierra vengán a visitarla.

P. ¿La posición en que estáis parece debe debilitar vuestras relaciones con los que habéis dejado en este mundo?

R. No, amigo mío, el amor acerca a las almas. Creedme, se puede estar, en la Tierra más cerca de los que han alcanzado la perfección, que de aquéllos a quienes la inferioridad y el egoísmo hacen arremojarse alrededor de la esfera terrestre. La caridad y el amor son dos motores de una atracción poderosa. Es el lazo que cimienta la unión de las almas, enlazadas la una a la otra y la continúa, a pesar de la distancia y de los lugares. No hay distancia sino para los cuerpos materiales; para los Espíritus no la hay.

P. ¿Qué idea os formáis, ahora, de mis trabajos concernientes al Espiritismo?

R. Encuentro que tenéis tarea de almas y que el fardo es penoso de llevar; pero veo el objetivo y sé que lo alcanzaréis; os ayudaré, si puede ser, con mis consejos de Espíritu para que podáis superar las dificultades que os serán suscitadas, comprometiéndoo a propósito a tomar ciertas medidas propias para activar, en vuestra vida, el movimiento renovador al cual el Espiritismo impele. Vuestro amigo Demeure, unido al *Espíritu de Verdad*, os darán un auxilio más útil todavía; es más sabio y más lúcido que yo, pero como sé que la asistencia de los buenos Espíritus os fortifica y sustenta en vuestra labor, creed que la mía la tenéis asegurada siempre y en todas partes.

P. Se podría deducir de algunas de vuestras palabras, que no prestaréis una cooperación personal muy activa a la obra del Espiritismo?

R. Os engañáis; pero veo tantos otros Espíritus, más capaces que yo; para tratar esta cuestión tan importante, que un sentimiento invencible de timidez me impide, por el momento, responderos según vuestros deseos. Puede ser que eso suceda, y entonces tendré más valor y atrevimiento, pero es preciso que antes los conozca mejor. No hace más que cuatro días que he muerto; estoy aún bajo el encanto del deslumbramiento que me rodea; amigo mío; ¿no lo comprendéis? No soy capaz de expresar las nuevas sensaciones que experimento. He debido hacerme violencia para volver en mí de la fascinación que ejercen sobre mí ser las maravillas que admiro. No puedo sino bendecir y adorar a Dios en sus obras. Pero esta situación pasará; los Espíritus me aseguran que pronto estaré acostumbrada a todas estas

magnificencias, y que podré entonces, con mi lucidez de Espíritu, tratar todas las cuestiones, relativas a la renovación terrestre. Además de esto debéis considerar que en este momento sobre todo, tengo una familia que consolar.

Adiós y hasta pronto; vuestra buena amiga que os ama y os amará siempre, maestro mío, porque a vos he debido el único consuelo durable y verdadero que he conocido en la Tierra.

Viuda FOULON.”

III

La comunicación siguiente fue dada para sus hijos, el 9 de febrero:

Hijos míos muy amados, Dios me ha separado de vosotros; pero la recompensa que se ha dignado concederme es muy grande en comparación a lo poco que he hecho en la Tierra. Resignaos, mis buenos hijos, a la voluntad del Altísimo; sacad, de todo aquello que me ha permitido que recibierais, la fuerza necesaria para soportar las pruebas de la vida. Tened firme, en vuestro corazón, esta creencia, que ha facilitado tanto mi paso de la vida terrestre a la vida que nos espera al salir de ese atrasado mundo. Dios ha extendido sobre mí, después de mi muerte, su inagotable bondad, como quiso hacerlo cuando estaba en la Tierra. Dadle gracias por todos los beneficios que os conceda; bendecidle, hijos míos, bendecidle siempre y en todos los instantes. No perdáis jamás de vista el fin que se os ha indicado, ni la ruta que debéis seguir; pensad en el empleo que debéis hacer del tiempo que Dios os concede en la Tierra. Seréis en ella dichosos, mis muy amados, dichosos los unos por los otros, si la unión reina entre vosotros; dichosos por vuestros hijos, si los eleváis en el buen camino que Dios ha permitido os fuera revelado.

¡Oh! Si no podéis verme, sabed bien que el lazo que nos unía en este mundo no ha sido roto por la muerte del cuerpo, porque no era la envoltura la que nos unía, sino el Espíritu; por esta razón, amados míos, podré, mediante la bondad del Todopoderoso, guiarlos todavía y daros ánimo en vuestro camino, para volver a unirnos más tarde.

Id, hijos míos, cultivad con el mismo amor esta sublime creencia; hermosos días os son reservados a los que creéis. Ya se os a dicho, pero

yo no debía verlos sobre la Tierra; mas, desde lo alto contemplaré los tiempos venturosos prometidos por Dios bueno, justo y misericordioso.

No lloréis, hijos míos; que estas conversaciones fortifiquen vuestra fe, vuestro amor a Dios, que tantos dones ha derramado sobre vosotros, que ha enviado tantas veces socorro a vuestra madre. Rogadle siempre: la oración fortifica. Conformaos con las instrucciones que yo seguía tan ardientemente, en la vida que Dios os concede.

Volveré a vosotros, hijos míos, pero es preciso que sustente a mi pobre hija, que aún tiene tanta necesidad de mí. Adiós, hasta pronto. Creed en la bondad del Todopoderoso; le ruego por vosotros. Hasta la vista.

Viuda FOULON.

Nota. – Todo espírita serio y esclarecido deducirá fácilmente de estas comunicaciones las enseñanzas que de ellas resaltan; no llamaremos, pues la atención sino sobre dos puntos. El primero es que este ejemplo nos muestra la posibilidad de no encarnarse más en la Tierra, y pasar de aquí a un mundo superior, sin estar por esto separado de los seres amados que se dejan en ella. Aquéllos, pues, que temen la reencarnación a causa de las miserias de la vida, pueden librarse de la misma haciendo lo que es necesario, esto es, trabajando en su mejoramiento. Aquél que no quiere vegetar en las clases inferiores debe instruirse y trabajar para ascender en grado.

El segundo punto es la confirmación de la verdad de que, después de la muerte, estamos menos separados de los seres que nos son queridos que durante la vida. La señora Foulon, retenida por la edad y los achaques en una pequeña ciudad del Sur, no tenía a su lado más que una parte de su familia; la mayoría de sus hijos y de sus amigos estaba lejos de ella y obstáculos materiales se oponían a que pudiesen verse tan a menudo como unos y otros hubiesen deseado. La gran distancia hacía también que la correspondencia fuese rara y difícil para algunos. Apenas se desembarazó de su cuerpo terrestre, corre ligera al lado de cada uno, salva las distancias sin fatigas, con la rapidez de la electricidad, les ve, asiste a sus reuniones íntimas, les rodea con su protección y puede, a través de la médiumnidad, conversar con ellos en todos los instantes como cuando vivía. ¡Y decir que a este consolador pensamiento hay personas que prefieren la idea de una separación indefinida!

UN MÉDICO RUSO

El señor P... era un médico de Moscú, tan distinguido por sus eminentes cualidades morales como por su saber. La persona que lo evocó le conocía tan sólo por su reputación y no había tenido con él más que relaciones indirectas. La comunicación original fue en idioma ruso.

P. (Después de la evocación) ¿Estáis aquí? – R. Sí. El día de mi muerte os perseguía con mi presencia, pero habéis resistido a todas mis tentativas para haceros escribir. Había oído vuestras palabras sobre mí; esto me hizo conoceros, y entonces, para seros útil, tuve el deseo de entablar conversación con vosotros.

P. ¿Por qué, siendo tan bueno, habéis sufrido tanto? – R. Eso era una bondad del Señor, que quería que sintiera doblemente el precio de mi libertad, y hacerme adelantar todo lo más posible en este mundo.

P. La idea de la muerte ¿os ha causado terror? – R. No, yo tenía mucha fe para eso.

P. La separación ¿ha sido dolorosa? – R. No, lo que llamáis el último momento no es nada; no he sentido más que un ligero estallido muy corto y muy pronto me he considerado muy feliz viéndome desembarazado de mi miserable envoltura.

P. ¿Qué ha sucedido entonces? – R. He tenido la dicha de ver una porción de amigos que me salían al encuentro, dándome la bienvenida, especialmente aquéllos a quienes tuve la satisfacción de ayudar.

P. ¿Qué región habitáis? ¿Estáis en un planeta? – R. Todo lo que no es un planeta, es aquello que vosotros llamáis espacio, pues ahí es donde estoy. Pero qué de grados en esta inmensidad de la cual el hombre no se hace una idea! ¿Qué gradación en esta escalera de Jacob, que va de la Tierra al cielo, quiere decir, del envilecimiento de la encarnación de un mundo inferior como el vuestro, hasta la depuración completa del alma! A donde estoy, solo se llega en virtud de muchas pruebas, lo que significa de muchas encarnaciones.

P. Según esto ¿debéis haber tenido muchas existencias? – R. ¿Cómo podría ser de otra manera? Nada es excepcional en el orden inmutable establecido por Dios; la recompensa solo puede venir

después de la victoria alcanzada en la lucha; y cuando la recompensa es grande, ello hace necesariamente que la lucha lo sea también. Pero la vida humana es tan corta, que la lucha no es real sino por intervalos, y estos intervalos son las diferentes existencias sucesivas; así, pues, si yo estoy en uno de los escalones ya elevados, he alcanzado esta dicha por una serie de luchas en las que Dios ha permitido que obtuviese, algunas veces, la victoria.

P. ¿En qué consiste vuestra felicidad? – R. Esto es más difícil de hacéroslo comprender. La felicidad de que gozo es un contento extremo de mí mismo; no de mis méritos; esto sería orgullo, y el orgullo es cualidad de los Espíritus atrasados, sino un contento saturado, por decirlo así, del amor de Dios, en el reconocimiento de su bondad infinita; es la alegría profunda de ver lo bueno, el bien; de decirme: puede ser que haya contribuido al mejoramiento de algunos de los que se han elevado hacia el Señor. Está uno como identificado con el bienestar; es una especie de fusión del Espíritu y de la bondad divina. Se tiene el don de ver los Espíritus más purificados, comprenderles en sus misiones y saber que llegaremos a eso mismo también; se entrevé en el inconmensurable infinito las regiones resplandecientes por el fuego divino y que nos deslumbran al contemplarlas aun a través del velo que las cubre todavía. Pero ¿qué os digo? ¿Comprendéis mis palabras? Este fuego de que os hablo, ¿creéis que sea semejante al sol, por ejemplo? No, no; es una cosa inefable para el hombre, porque las palabras no expresan más que los objetos, las cosas físicas o metafísicas de que se tiene conocimiento por la memoria o la intuición del alma, mientras que, no pudiendo tener la memoria de lo desconocido absoluto, no hay términos que puedan darle la percepción. Pero sabedlo: es ya una inmensa dicha el pensar que uno se puede elevar infinitamente.

P. ¿Habéis tenido la bondad de decirme que queréis serme útil; os ruego me digáis en qué? – R. Puedo ayudaros en vuestros desfallecimientos, sosteneros en vuestras debilidades, consolaros en vuestras penas. Si vuestra fe, quebrantada por alguna sacudida que os turbe, vacila, llamadme: Dios me dará palabras para que le recordéis y volváis a él; si os sentís dispuesto a sucumbir bajo el peso de inclinaciones de las cuales reconozcáis vos mismo que sois culpable, llamadme: os ayudaré a llevar vuestra cruz, como en otro tiempo ayudaron a Jesús a llevar la suya, la que debía proclamaros tan altamente la verdad, la caridad; si

flaqueáis bajo el peso de vuestras penas, si la desesperación se apodera de vos, llamadme: vendré a sacaros de ese abismo, hablándoos de Espíritu a Espíritu, recordándoos los deberes que se os han impuesto, no por consideraciones sociales y materiales, sino por el amor que sentiréis en mí, amor que Dios ha puesto en mi ser para transmitir a los que el pueda salvar.

Sin duda tenéis amigos en la Tierra; éstos quizás participan de vuestros dolores y puede ser también que os hayan salvado. En las penas vais a encontrarlos, a manifestarle vuestros desconsuelos y lágrimas y en cambio de esta señal de afecto os dan sus consejos, su apoyo, su cariño; ¡pues bien!, ¿No pensáis acaso que un amigo de aquí puede también ser una cosa buena? ¿No es un consuelo poder decirse: cuando muera, mis amigos en la Tierra estarán en mi entierro, rogando y llorando sobre mí, pero mis amigos del espacio estarán en el umbral de la vida y vendrán, sonriendo, a conducirme al sitio que habré merecido por mis virtudes?

P. ¿Por qué he merecido la protección que queréis dispensarme? – R. Por qué os tengo afecto desde el día de mi muerte. Os he visto espírita, buen médium, y adepto sincero; entre los que he dejado en este mundo, no he visto sino a vosotros en el principio; desde entonces resolví contribuir a haceros adelantar, en vuestro interés, sin duda, pero más aún en interés de todos los que estáis llamados a enseñar la Verdad. Ya lo véis, Dios os ama bastante para haceros misionero; alrededor de vosotros, todos, poco a poco, participan de vuestras creencias, los más rebeldes, cuando menos, os escuchan, y un día les veréis creer en vos. No os canséis; marchad siempre, a pesar de las piedras del camino; tomadme por báculo de flaqueza.

P. No me atrevo a creer que merezca tan gran favor. – R. Sin duda estáis lejos de la perfección; pero vuestro amor en propagar las santas doctrinas, en sostener la fe de los que escuchan, en predicar la caridad, la bondad, la benevolencia, aún cuando se porten mal con vosotros, la resistencia que hacéis a vuestros instintos de cólera, que podríais satisfacer tan fácilmente contra los que os afligen o desconocen vuestras intenciones, vienen felizmente a neutralizar lo que tenéis de malo: y sabedlo, es un poderoso contrapeso como el perdón.

Dios os colma de sus gracias por la facultad que os da y solo a vos corresponde el aumentarla con vuestros esfuerzos, a fin de

trabajar eficazmente en la salvación del prójimo. Voy a dejaros pero contad conmigo. Procurad moderar vuestras ideas terrestres y vivir más, a menudo, con vuestros amigos de aquí.

P...

BERNARDIN

(Bordeaux, abril de 1862.)

Soy un Espíritu olvidado desde hace muchos siglos; he vivido en la Tierra en la miseria y el apuro; he trabajado sin descanso para llevar cada día a mi familia un pedazo de pan insuficiente; pero amé a mi Señor verdadero, y cuando el que me cargaba en la Tierra aumentaba el peso de mi dolor, decía: Dios mío, dadme fuerza para soportar este peso sin quejarme. Expiaba, amigos míos; pero, al salir de esta ruda prueba, el Señor me ha recibido en la paz y mi ferviente voto ha sido para reuniros a todos a mi alrededor, mis hijos, mis hermanos y de decirlos que cualquier precio que paguéis, la dicha que os espera está aún mucho más alta.

No tenía posición; hijo de una familia numerosa, he servido a quien podía ayudarme a sobrellevar mi vida. Nacido en una época en la cual la servidumbre era cruel, he soportado todas las injusticias, todo trabajo impuesto y pesado, todas las cargas que querían imponerme los subalternos del señor. ¡He visto a mi mujer ultrajada; a mis hijas raptadas y después abandonadas, sin poder quejarme; he visto llevar a mis hijos conducidos a las guerras de pillaje y de crímenes, ahorcados por faltas que no habían cometido! ¡Si supieseis, pobres amigos, lo que soporté en mi larga existencia! Mas yo esperaba, esperaba la felicidad que no existe en la Tierra y el Señor me la concedió. Así, pues, a todos, hermanos míos os recomiendo valor, paciencia y resignación.

Hijo mío, tú puedes conservar lo que te he dado; es una enseñanza práctica. Al que predica le escuchan mejor cuando puede decir: He soportado más que vosotros y he soportado sin quejarme.

P. ¿En qué época vivíais? – R. De 1400 a 1460.

P. ¿Habéis tenido otra existencia después? – R. Sí, he vivido también entre vosotros como misionero; sí, misionero de la fe; pero de

la verdadera, de la pura, de la que sale de las manos de Dios, y no de la que los hombres han hecho.

P. Ahora, como Espíritu, ¿tenéis ocupaciones? – R. Podríaís creer que los Espíritus permanezcan inactivos? La inacción, la inutilidad serían para ellos un suplicio. Mi misión es de guiar los centros abiertos en el Espiritismo; allí inspiro los buenos pensamientos y me esfuerzo por neutralizar los que los malos Espíritus procuran sugerir.

BERNARDIN.

LA CONDESA PAULA

Era una mujer joven, bella, rica, de ilustre nacimiento según el mundo, y además un modelo acabado de todas las cualidades del corazón y del Espíritu. Murió a los treinta y seis años, en 1851. Era una de esas personas cuya oración fúnebre se resume en estas palabras, en todas las bocas: “Por qué se lleva Dios a tales personas tan pronto de la Tierra?” ¡Venturosos aquéllos que de este modo hacen bendecir su memoria! Era buena, dulce e indulgente para con todo el mundo; siempre dispuesta a disculpar o atenuar el mal, en lugar de agravarlo; nunca la maledicencia manchó sus labios. Sin arrogancia, ni orgullo, trataba a sus inferiores con una benevolencia que nada tenía de la baja familiaridad, y sin asumir ante ellos aires de grandeza o una protección humillante. Comprendiendo que las personas que viven de su trabajo no son capitalistas, y que tienen necesidad de su jornal, ya sea por su estado, ya para vivir, jamás aplazó el pago de un salario: la idea de que alguno pudiera sufrir por su falta de pago hubiera sido para ella un remordimiento de conciencia. No era de esas personas que encuentran siempre dinero para satisfacer sus caprichos, y no tienen nunca para pagar lo que deben; no comprendía que pudiese ser de buen gusto, para un rico, tener deudas y se hubiera humillado si se hubiese podido decir que sus abastecedores se veían obligados a esperar adelantos. Así pues, en su muerte solo hubo pesares sin ninguna reclamación.

Su beneficencia era inagotable, pero no era esa beneficencia oficial, que se expone públicamente: la de ella era la caridad del corazón y no de la ostentación. Sólo Dios sabe las lágrimas que enjugó y las desesperaciones que calmó, porque sus buenas acciones no tenían por testigos sino a élla y a los infelices que asistía. Sobre todo, sabía

descubrir esos infortunios ocultos, que son los más punzantes y socorrerlos con la delicadeza que eleva la moral en vez de rebajarla.

Su posición y las altas funciones que ejercía su marido la obligaban a una apariencia doméstica que no podía prescindir; pero, satisfaciendo las exigencias de su posición, sin mezquindad, había establecido un orden que evitaba los despilfarros ruinosos y los gastos superfluos, y le permitía para eso, tener bastante con la mitad de lo que costaría a otros, sin que por esto hubieran brillado más.

Así podía sacar de su fortuna una parte mayor para los necesitados. Para eso había separado de la misma un capital importante cuyos intereses estaban destinados exclusivamente a este objeto, sagrado para ella, y consideraba que lo tenía de menos para los gastos de su casa. De esta manera encontraba el medio de conciliar sus deberes para con la sociedad y para con el infeliz. (1)

Evocada, doce años después de su muerte, por uno de sus parientes iniciados en el Espiritismo, dio la comunicación siguiente, en respuesta a diversas preguntas que le fueron dirigidas. (2)

“Tenéis razón, amigo mío, de pensar que soy feliz; lo soy, en efecto, mucho más de todo lo que pueda expresarse y no obstante, estoy lejos todavía del último escalón. Estoy, sin embargo, entre los felices de la Tierra, porque no me recuerdo de haber probado la tristeza real. Juventud, salud, fortuna, homenajes, tenía todo lo que constituye la felicidad entre vosotros; pero ¿qué es esa felicidad al lado de la que se goza aquí? ¿Qué son vuestras fiestas más espléndidas, en las que se ostentan los más ricos adornos, al lado de esas asambleas de Espíritus resplandeciendo con una luz que vuestra vista no podría soportar y que es el atributo de la pureza? ¿Qué son vuestros palacios y salones dorados al lado de las moradas aéreas, de los vastos campos del espacio matizados de colores que harían palidecer al arco iris? ¿Qué son vuestros paseos, a pasos contados, en vuestros parques al lado de las excursiones a través de la inmensidad, más rápidas que el relámpago? ¿Qué son vuestros

(1) Se puede decir que esta señora era el vivo retrato de la mujer benéfica, trazado en *El Evangelio según el Espiritismo*, Capítulo XIII.

(2) Extractamos de esta comunicación, cuyo original está en lengua alemana, las partes instructivas para el objeto que nos ocupa, suprimiendo lo que solo es de interés de la familia.

horizontes limitados y nebulosos al lado del espectáculo grandioso de los mundos, moviéndose en el Universo sin límites bajo la poderosa mano del Altísimo? ¿Qué tristes y chillones son vuestros conciertos más melodiosos al lado de esta suave melodía que hace vibrar los fluidos del éter y todas las fibras del alma? ¿Qué tristes e insípidas son vuestras mayores alegrías al lado de la inefable sensación de dicha que penetra, incesantemente, todo vuestro ser como un efluvio benéfico, sin mezcla de ninguna inquietud, de ninguna angustia, de ningún sufrimiento? Aquí todo respira amor, confianza, sinceridad; por todas partes corazones amorosos, por todas partes amigos, en ninguna parte envidiosos y celosos. Tal es el mundo en que estoy, amigo mío, y a donde llegaréis infaliblemente siguiendo el camino recto.

“Entretanto, se dejaría pronto una alegría uniforme; no creáis que la nuestra esté exenta de peripecias; no es ni un concierto perpetuo, ni una fiesta sin fin, ni una beata contemplación durante la eternidad; no, es el movimiento, la vida, la actividad. Las ocupaciones, aunque exentas de fatigas, le dan una incesante variedad de aspectos y de emociones por los millares de incidentes de que están salpicadas. Cada uno tiene su misión que cumplir, sus protegidos a quienes asistir, amigos de la Tierra para visitar, mecanismos de la Naturaleza que dirigir, almas en sufrimiento que consolar; se va, se viene, no de una calle a otra, sino de un mundo a otro; se congregan los espíritus, o se separan, para congregarse otra vez; se citan en un punto, se comunican lo que ha hecho cada uno; se felicitan de los resultados obtenidos; conciertan y se asisten recíprocamente en los casos difíciles; en fin, os aseguro que nadie tiene el tiempo de aburrirse un segundo.

“En este momento la Tierra es nuestro gran objeto de preocupación. ¡Qué actividad entre los Espíritus! ¡Qué numerosas cohortes afluyen para concurrir a su transformación! Se diría ser una multitud de trabajadores ocupados en desmontar un bosque, a las órdenes de jefes experimentados; derribar unos los viejos árboles con el hacha, arrancando sus profundas raíces; otros desentullando, éstos labran y siembran y aquéllos edificando la nueva ciudad sobre las ruinas carcomidas del viejo mundo. Mientras tanto, los jefes se reúnen, mantienen consejo y envían mensajeros a dar órdenes en todas direcciones. La Tierra debe ser regenerada en un tiempo dado; es necesario que los designios de la Providencia se cumplan; por eso cada

uno está en la obra. No creáis que sea simple espectadora de este gran trabajo; me avergonzaría de permanecer inactiva cuando todo el mundo trabaja; una importante misión me ha sido confiada y me esfuerzo por cumplirla lo mejor que puedo.

“No sin luchas he llegado al lugar en que estoy en la vida espiritual; tened por seguro que mi última existencia, por meritoria que os parezca, no bastó para eso. Durante varias existencias, pasé por pruebas de trabajo y de miseria, que escogí voluntariamente, para fortificar y depurar mi alma; tuve la felicidad de salir victoriosa de ellas, pero quedaba una a vencer, la más peligrosa de todas: la de la fortuna y del bienestar material, de *un bienestar sin mezcla de amargura*: ahí estaba el peligro. Antes de intentarla he querido sentirme lo bastante fuerte para no sucumbir. Dios tuvo cuenta de mis buenas intenciones y me dio la gracia de sostenerme. Muchos otros Espíritus, seducidos por las apariencias, se apresuran a elegirla; demasiado débiles, ¡ah!, para afrontar el peligro, las seducciones triunfan de su inexperiencia.

“Trabajadores, he estado en vuestras filas; yo, la noble dama, como vosotros, he ganado mi pan con el sudor de mi frente; he sufrido las privaciones, he soportado intemperies y esto fue lo que desarrolló las fuerzas viriles de mi alma; sin eso, hubiera probablemente caído en mi última prueba, lo que me hubiera hecho retroceder mucho. Como yo, vosotros tendréis también, a vuestra vez, la prueba de la fortuna, pero no os apresuréis a pedirla demasiado pronto; y vosotros, que sois ricos, tened siempre presente en el pensamiento que la verdadera fortuna, la fortuna imperecedera, no está en la Tierra y comprended a que precio podéis merecer los beneficios del Todopoderoso.”

PAULA, en la Tierra condesa de * * *

JEAN REYNAUD

(Sociedad Espírita de París. Comunicación espontánea.)

Amigos míos, ¡esta nueva vida es magnífica! ¡Semejante a un torrente luminoso, ella arrastra en su curso inmenso a las almas ebrias del infinito! Después de la ruptura de mis lazos carnales, mis ojos han abarcado nuevos horizontes, que me rodeaban y gozaban de las

espléndidas maravillas del infinito. He pasado de las sombras de la materia a la aurora resplandeciente que anuncia al Todopoderoso. Me he salvado no sólo por el mérito de mis obras, sino también por el conocimiento del principio eterno que me ha hecho evitar las manchas causadas por la ignorancia a la pobre Humanidad. Mi muerte ha sido bendecida; mis biógrafos la juzgaron prematura; ¡ciegos! Extrañaron algunos escritos nacidos del polvo, y no comprendieron cuán útil fue a la santa causa del Espiritismo el ruido que se hizo alrededor de mi tumba silenciosa. Mi obra había terminado, mis antecesores corrieron en la lucha; había alcanzado ese punto culminante en que el hombre da lo mejor que tiene y en el cual no hace sino volver a empezar. Mi muerte reaviva la atención de los literatos y la conduce a mi obra fundamental, que toca a la gran cuestión espírita que fingen desconocer y que pronto los envolverá; ¡Gloria a Dios! Ayudado por los Espíritus superiores que protegen la nueva doctrina, voy a ser uno de los pioneros que marcan vuestro camino.

JEAN REYNAUD.

(París; reunión familiar. Otra comunicación espontánea.)

El Espíritu responde a una reflexión hecha sobre su muerte inesperada en una edad poco avanzada, y que sorprendió a muchas personas.

“¿Quién os ha dicho que mi muerte no fue un beneficio para el Espiritismo, para su porvenir, para sus consecuencias? ¿Habéis observado, amigo mío, la marcha que sigue el progreso, el camino que toma la fe espírita? En el comienzo, Dios dio a todos las pruebas materiales: danza de las mesas, golpes y toda clase de fenómenos; esto era para llamar la atención, era un preámbulo divertido. Son necesarios a los hombres pruebas palpables para creer. ¡Ahora es otra cosa! Después de los hechos materiales, Dios habla a la inteligencia, al buen sentido, a la fría razón; no son ya las habilidades, sino cosas racionales que deben convencer y reunir incluso a los incrédulos más empedernidos. Y esto no es todavía más que el principio. Tomad buena nota de lo que os digo: toda una serie de hechos inteligentes irrefutables, vendrán a continuación, y el número de los adeptos a la fe espírita, que ya es tan

grande, aun va a aumentar. Dios va a aliarse a las inteligencias escogidas, a las eminencias del espíritu, del talento y del saber. Esto será un rayo luminoso que se difundirá sobre toda la Tierra como un fluido magnético irresistible, e impulsará a los más recalcitrantes a la búsqueda de lo infinito, al estudio de esa admirable ciencia que nos enseña máximas tan sublimes. Todos se agruparán en torno a vosotros y, prescindiendo del diploma de genio que les fue dado, se harán humildes y pequeños para aprender y convencerse. Más tarde, cuando estén bien instruidos y convencidos, se servirán de su autoridad, y de la notoriedad de su nombre, para impulsar todavía más lejos y alcanzar los últimos límites del objetivo que os habéis propuesto: la regeneración de la especie humana por el conocimiento razonado y profundo de las existencias pasadas y futuras. He aquí mi sincera opinión sobre el estado actual del Espiritismo.”

(Bordeaux.)

Evocación. – Atiendo con placer a vuestro llamamiento, señora. Sí, tenéis razón; la turbación espírita, por decirlo así, no ha existido para mí (esto respondía al pensamiento del médium); exiliado voluntariamente en vuestra Tierra, donde tenía que lanzar la primera simiente seria de las grandes verdades, que envuelven al mundo en este momento, he tenido siempre la conciencia de la patria y pronto me reconocí entre mis hermanos.

P. Os agradezco por consentir en venir; pero no hubiera creído que mi deseo de hablaros influyese sobre vos; necesariamente, debe haber una diferencia tan grande entre nosotros, que solo lo pienso con respeto.

R. Gracias por ese buen pensamiento, hija mía; pero debéis saber también que cualquier distancia, que las pruebas acabadas, más o menos prontamente, más o menos felizmente, puedan establecer entre nosotros, hay siempre un lazo poderoso que nos une: la simpatía; y ese lazo lo habéis estrechado con vuestro pensamiento constante.

P. Aunque muchos Espíritus hayan explicado sus primeras sensaciones al despertar, ¿seréis lo bastante bueno para decirme lo que habéis sentido, reconociéndoos, y cómo se ha operado la separación de vuestro Espíritu y de vuestro cuerpo?

R. Como para todos. He sentido aproximarse el momento de la

libertad; pero, más feliz que muchos, no me ha causado angustias, porque le sabía los resultados, aunque fuesen más grandes de lo que yo pensaba. El cuerpo es una traba de las facultades espirituales y cualesquiera que sean las luces que se haya conservado, están siempre más o menos ahogadas por el contacto de la materia. ¡Dormí esperando un despertar dichoso; el sueño fue corto, y la admiración inmensa! Los esplendores celestes que se presentaron a mis miradas brillaban con todo su esplendor. Mi vista maravillada penetrada en las inmensidades de estos mundos, de los cuales había afirmado la existencia y habitabilidad. Era una visión que me revelaba y me confirmaba la verdad de mis sentimientos. El hombre, por más seguro que se crea, cuando habla, tiene a menudo, en el fondo de su corazón momentos de duda, de incertidumbre; desconfía, sino de la verdad que proclama, muchas veces al menos de los medios imperfectos que emplea para demostrarla. Convencido de la verdad que quería hacer admitir, he tenido que combatir frecuentemente contra mí mismo, contra el desaliento de ver, de tocar, por decirlo así, la verdad y no poder hacerla palpable a los que tenían tanta necesidad de creer en ella, para marchar con más seguridad en la vía que deberían seguir.

P. En vuestra vida ¿profesabais el Espiritismo?

R. Entre profesar y practicar hay gran diferencia. Muchas personas profesan una doctrina que no practican: yo practicaba y no profesaba. De la misma manera que todo hombre que sigue las leyes de Cristo es cristiano, aunque las ignore, de la misma manera todo hombre puede ser espírita si cree en su alma inmortal, en sus reencarnaciones, en su incesante marcha progresiva, en las pruebas terrestres, abluciones necesarias para purificarse: yo creía en eso, era, pues, espírita. He comprendido la erraticidad, ese lazo intermediario entre las encarnaciones, ese purgatorio donde el Espíritu culpable se despoja de sus vestidos manchados para revestir una nueva ropa; donde el Espíritu en progreso *teje*, con cuidado, el traje que va a vestir de nuevo y que quiere conservar puro. He comprendido, os he dicho, y sin profesar he continuado practicando.

Nota. – Estas tres comunicaciones se obtuvieron por tres médiums diferentes, completamente extraños los unos a los otros. En la analogía de los pensamientos, y en la forma del lenguaje, se puede admitir cuando menos la presunción de identidad. La expresión: *teje*

con cuidado el traje que va a vestir de nuevo, es una figura encantadora, que pinta el cuidado con que el Espíritu, en progreso, prepara la nueva existencia que debe hacerle progresar todavía más. Los Espíritus atrasados toman menos precauciones y hacen, algunas veces, elecciones infelices que les fuerzan a empezar de nuevo.

ANTOINE COSTEAU

Miembro de la Sociedad Espírita de París, sepultado el 12 de septiembre de 1863 en el cementerio de Montmartre, en la fosa común. Era un hombre de corazón que el Espiritismo condujo a Dios; su fe en el porvenir era completa, sincera y profunda. Simple obrero empedrador, practicaba la caridad en pensamientos, palabras y acciones, según sus débiles recursos, porque encontraba también el medio de asistir a los que tenían menos que él. Si la Sociedad no costeó los gastos de una fosa particular, fue porque había un empleo más útil que hacer con los fondos, que si hubieran sido empleados sin provecho para los vivos, para una vana satisfacción del amor propio, y los espíritas sobre todo, saben que la fosa común es una puerta que conduce al cielo tan bien como los más suntuosos mausoleos.

El señor Caru, secretario de la Sociedad, en otro tiempo profundo materialista, pronunció sobre su tumba la siguiente alocución:

“Querido hermano Costeau, hace apenas algunos años, muchos de entre nosotros, y lo confieso, yo el primero, no habríamos visto, ante esta tumba abierta, más que el fin de las miserias humanas, y después la nada, la horrible nada, esto es, ningún alma para merecer o expiar, y consecuentemente, ningún Dios para recompensar, castigar o perdonar. Hoy, gracias a nuestra divina Doctrina, vemos en ella el fin de las pruebas y, para vos querido hermano, de quien entregamos a la Tierra el despojo mortal, el triunfo de vuestra labor y el comienzo de vuestras recompensas que han merecido vuestro valor, vuestra resignación, vuestra caridad, en una palabra, vuestras virtudes y, por encima de todo, la glorificación de un Dios sabio, todopoderoso, justo y bueno. Llevad, pues, querido hermano, nuestras acciones de gracia a los pies del Eterno, que tuvo a bien disipar, a nuestro alrededor, las tinieblas del error y de la incredulidad; porque, hace poco tiempo todavía habríamos dicho, en esta circunstancia, con la frente ceñuda y el desaliento en el corazón: “Adiós, amigo, para

siempre.” Hoy decimos, con la frente alta y radiante de esperanza, y el corazón pleno de valor y de amor: “Querido hermano, hasta luego, y rogad por nosotros (1).”

Uno de los médiums de la Sociedad obtuvo sobre la misma fosa, aún no cerrada, la comunicación siguiente, de la cual todos los asistentes, incluso los sepultureros, escucharon la lectura, *descubierta la cabeza* y con profunda emoción. Era, en efecto, un espectáculo nuevo y sorprendente de oír las palabras de un muerto recogidas del seno mismo de la tumba.

“Gracias, amigos, gracias, mi tumba no está todavía cerrada y, sin embargo, un segundo más y la tierra va cubrir mis restos. Pero, lo sabéis, bajo este polvo no quedará mi alma enterrada: ¡Va a planear en el espacio para subir hasta Dios!

“Por tanto, que consolador es poder decirse todavía, a pesar de tener la envoltura destrozada: ¡Oh! ¡No, yo no estoy muerto, vivo la verdadera vida, la vida eterna!

“El entierro del pobre no lleva un gran séquito; las orgullosas manifestaciones no tienen lugar sobre su tumba y, sin embargo, creedme amigos, *la inmensa multitud no falta aquí*, y los buenos Espíritus han seguido con vosotros y con estas mujeres piadosas, el cuerpo de aquél que está ahí postrado! ¡Todos, al menos, creéis y amáis al buen Dios!

“¡Oh! ¡Ciertamente no! No morimos porque el cuerpo se descomponga, esposa muy amada! Y en adelante, estaré siempre cerca de ti, para consolarte y ayudarte a soportar la prueba. La vida será ruda para ti, pero con la idea de la eternidad y lleno tu corazón del amor de Dios, ¡qué ligeros se te harán tus sufrimientos!

“Parientes que rodeáis a mi amada compañera, amadla, respetadla, sed para ella hermanos y hermanas. No olvidéis que os debéis todos asistencia en la Tierra, si queréis entrar en la morada del Señor.

“Y vosotros, espíritas, hermanos, amigos, gracias por haber

(1) Para mayores detalles, y las otras alocuciones, ver la *Revista Espírita*, de octubre de 1863, página 297.

venido a darme el adiós hasta esta morada de polvo y barro; pero ya sabéis que mi alma vive inmortal y que irá, algunas veces, a pedir oraciones, que no me serán rehusadas, para ayudarme a marchar en esta vía magnífica que me abristeis durante mi vida.

“Adiós a todos los que estáis aquí, podremos volver a vernos en otra parte sino sobre esta tumba. Las almas me llaman a su encuentro. Adiós, rogad por aquéllos que sufren. ¡Hasta la vista!

COSTEAU.”

Tres días más tarde, el Espíritu del señor Costeau, evocado en un grupo particular, dictó lo que sigue por intermedio de otro médium:

“La muerte es la vida; no hago más que repetir lo que se ha dicho; para vosotros no hay otra expresión que esta, a pesar de lo que dicen los materialistas, los que quieren permanecer ciegos. ¡Oh amigos míos! ¡Qué aparición más bella en la Tierra es la de ver flamear las banderas del Espiritismo! ¡Ciencia inmensa, de la cual tenéis apenas las primeras letras! ¡Qué claridades aporta ella a los hombres de buena voluntad, a los que han quebrado las terribles cadenas del orgullo, para enarbolar bien alto sus creencias en Dios! Orad humanos, agradecedle por todos esos beneficios. ¡Pobre Humanidad! ¡Si le fuera dado comprender!... Pero no, no ha llegado todavía el tiempo en que la misericordia del Señor debrá extenderse sobre todos los hombres, a fin de que reconozcan sus voluntades y se sometan a ellas.

“Será por medio de tus rayos luminosos, ciencia bendita, que ellos llegarán y comprenderán. Será tu calor benéfico que reanimará sus corazones con el fuego divino que da la fe y las consolaciones. Será bajo tus rayos vivificantes que el *señor y el obrero* llegarán a confundirse y a convertirse en uno solo, porque comprenderán la caridad fraternal predicada por el divino Mesías.

“¡Oh! Hermanos míos, pensad en la felicidad inmensa que poseéis por haber sido los primeros iniciados en la obra regeneradora. ¡Honor a vosotros, amigos! Continudad y, como yo, algún día, viniendo a la patria de los Espíritus, diréis: *La muerte es la vida*, o mejor, es un sueño, una especie de pesadilla que dura el espacio de un minuto y de donde se sale para verse rodeado de amigos que os felicitan y son

felices tendiéndolos los brazos. Mi felicidad fue tan grande que no podía comprender que Dios me concediese tantas gracias por haber hecho tan poco. Me parecía soñar, y como algunas veces me ha ocurrido soñar que estaba muerto, he tenido miedo por un instante de verme obligado a volver a ese infeliz cuerpo; pero no tardé en darme cuenta de la realidad y di gracias a Dios. Bendije al Señor que había sabido tan bien despertar en mí los deberes del hombre que piensa en la vida futura. Sí, yo le bendecía y le daba las gracias, porque *El libro de los Espíritus* había despertado, en mi alma, el fervor amoroso por mi Creador.

“Gracias, mis buenos amigos, por haberme atraído hacia vosotros. Decid a nuestros hermanos que estoy, a menudo, en compañía de vuestro amigo Sansón. Hasta luego; ¡ánimo! La victoria os espera. ¡Dichosos aquéllos que hayan tomado parte en el combate!”

Desde entonces, el señor Costeau se ha manifestado muchas veces, ya en la Sociedad, ya en otras reuniones, donde ha dado siempre pruebas de esa elevación de pensamientos que caracteriza a los Espíritus avanzados.

SEÑORITA EMMA (1)

Fue ésta una joven que murió a consecuencia de un accidente causado por el fuego, después de crueles sufrimientos. Alguien se propuso pedir su evocación en la Sociedad Espírita de París, cuando se presentó espontáneamente el 31 de julio de 1863, poco tiempo después de su muerte.

“Heme aquí, pues, todavía en el teatro del mundo, yo, que me creía ahogada para siempre con mi velo de inocencia y juventud. El fuego de la Tierra me ha salvado del fuego del infierno: así pensaba en mi fe católica y, si osase entrever el esplendor del paraíso, mi alma trémula se refugiaría en la expiación del purgatorio, y pediría, sufriría, lloraría. Pero, ¿quién dio a mi debilidad la fuerza para soportar mis angustias? ¿Quién, en las largas noches de insomnio y de fiebre dolorosa, se inclinaba sobre mi lecho de mártir? ¿Quién refrescaba mis

labios áridos? Erais vos, mi ángel guardián, cuya blanca aureola me rodeaba; erais vosotros también queridos Espíritus, que veníais a murmurar a mis oídos palabras de esperanza y de amor.

“La llama que consumía mi débil cuerpo también me despojó de sus cadenas, y, así, *he muerto viviendo ya la verdadera vida*. No conocí la turbación y entré serena y recogida en ese día radiante que envuelve a los que, después de haber sufrido mucho, han esperado un poco. Mi madre, mi querida madre, fue la última vibración terrestre que resonó en mi alma. ¡Cuánto quisiera que se tornase espírita!

“Me he desprendido del árbol terrestre como un fruto maduro antes de tiempo. No tenía aun que rozar en el demonio del orgullo que excita a las almas con los infelices arrastres por los sucesos brillantes de la embriaguez de la juventud. Bendigo el ardor; bendigo el sufrimiento; bendigo la prueba que era una expiación. Semejante a esos hilos blancos del otoño, flucúo arrastrada en la corriente luminosa; no son estrellas de diamante las que brillan en mi frente, sino las estrellas de oro del buen Dios.”

EMMA

En otro centro, en Havre, el mismo Espíritu dio también, espontáneamente, la comunicación siguiente, el 30 de julio de 1863:

“Aquéllos que sufrieron en la Tierra serán recompensados en la otra vida. Dios está lleno de justicia y misericordia para los que sufren en este mundo. Concede una felicidad tan pura, una felicidad tan perfecta, que no se debería temer ni a los sufrimientos ni a la muerte, si les fuera posible a las pobres criaturas humanas sondear los misteriosos designios de nuestro Creador. Pero la Tierra es un lugar de pruebas a menudo muy grandes, a veces sembradas de dolores muy punsantes. Resignaos a todo, si ellas os alcanzan; inclinuos a todo ante la bondad suprema de Dios, que es todopoderoso; si os da una carga pesada para que la llevéis; si os llama a Él después de grandes sufrimientos veréis, en la otra vida, la vida feliz, cuán poca cosa eran esos dolores y esas penas de la Tierra, cuando juzguéis la recompensa que Dios os reserva, si ninguna queja, ninguna murmuración entrará en

(1) Señorita Emma Livry.

vuestro corazón. Muy joven dejé la Tierra; Dios ha querido perdonarme y darme la vida de los que han respetado sus voluntades. Adorad siempre a Dios; amadle con todo vuestro corazón; rogadle sobretodo, rogadle firmemente: ese es vuestro sostén en este mundo, vuestra esperanza, vuestra salvación.

EMMA.”

EL DOCTOR VIGNAL

Antiguo miembro de la Sociedad de París, muerto el 27 de marzo de 1865. En la víspera de su entierro, un sonámbulo muy lúcido y que ve muy bien a los Espíritus, solicitado para transportarse junto a él y a decir si lo veía, respondió:

“Veo un cadáver en el cual se opera un trabajo extraordinario; se diría que es una masa que se agita, y como alguna fuerza que hace esfuerzos para desprenderse de ella, pero le cuesta trabajo vencer la resistencia. No distingo la forma del Espíritu bien determinada”.

Fue evocado en la Sociedad de París el 31 de marzo.

P. Querido señor Vignal, todos vuestros antiguos colegas de la Sociedad de París han conservado de vos el mejor recuerdo y yo en particular las excelentes relaciones que no han cesado entre nosotros. Llamándoos, tenemos desde luego por objeto daros un testimonio de simpatía, y seremos muy felices si queréis o podéis venir a conversar con nosotros. – R. Querido amigo y digno maestro, vuestro buen recuerdo y vuestros testimonios de simpatía me son muy sensibles. Si hoy puedo venir a vosotros, y asistir libre y desprendido a esta reunión de todos nuestros buenos amigos y hermanos espíritas, es gracias a vuestro buen pensamiento y a la asistencia que vuestras oraciones me han aportado. Como decía con exactitud mi joven secretario, estaba impaciente por comunicarme; desde el comienzo de esta noche he empleado todas mis fuerzas espirituales en dominar este deseo; vuestras conversaciones y las graves cuestiones que habéis agitado, interesándome vivamente, han hecho mi espera menos penosa. Perdonad, querido amigo, pero mi reconocimiento demandaba manifestarse.

P. ¿Queréis decirnos primero cómo os encontráis en el mundo de los Espíritus? ¿Queréis al mismo tiempo, describirnos el trabajo de la separación, vuestras sensaciones en ese momento y decirnos al cabo

de cuanto tiempo os habéis reconocido? – R. Soy tan feliz como se puede serlo, cuando se ven confirmados plenamente todos los pensamientos secretos que se pueden haber emitido sobre una doctrina consoladora y reparadora. ¡Soy feliz! Sí, lo soy, porque ahora veo, sin ningún obstáculo, desenvolverse ante mí el futuro de la ciencia y de la filosofía espíritas.

Pero descartemos por hoy estas disgresiones inoportunas; vendré otra vez a entreteneros sobre este objeto, sabiendo que mi presencia os proporcionará tanto placer como yo mismo siento al visitaros.

El desprendimiento fue bastante rápido, más rápido de lo que podía esperar de mi escaso mérito. Con vuestro concurso he sido ayudado poderosamente, y vuestro sonámbulo os ha dado una idea bastante clara del fenómeno de la separación para que insista en ello. Esta era una especie de oscilación discontinua, una especie de arrastramiento en dos sentidos opuestos. El Espíritu ha triunfado, puesto que estoy aquí. No he dejado completamente el cuerpo hasta el momento en que ha sido depositado en la tierra; entonces he vuelto con vosotros.

P. ¿Qué pensáis del servicio hecho para vuestro funeral? He considerado un deber asistir a él. En aquel momento, ¿estábais lo bastante desprendido para verlo? Y las oraciones que hice (no ostensiblemente, bien entendido), ¿han llegado hasta vos? – R. Sí; como os lo he dicho, vuestra asistencia en todo hizo su parte, y he venido hacia vos abandonando mi vieja crisálida. Las cosas materiales me mueven poco, además ya lo sabéis. No pensaba sino en el alma y en Dios.

P. ¿Os acordáis de que, a petición vuestra, hace cinco años, en el mes de febrero de 1860, hicimos un estudio sobre vos mismo estando todavía vivo (1). En aquel momento, vuestro Espíritu se desprendió para venir a conversar con nosotros. ¿Queréis describirnos, en lo posible, la diferencia que existe entre vuestro desprendimiento actual y el de entonces? – R. Sí, ciertamente me acuerdo de eso; pero, ¡que diferencia entre mi estado de entonces y el de hoy! Entonces la materia me constreñía todavía con su red inflexible; quería separarme de

(1) Véase la *Revista Espírita* del mes de marzo de 1860.

manera más absoluta, y no podía. Hoy soy libre; un vasto campo, el de lo desconocido, se abre ante mí, y espero, con vuestra ayuda y la de los buenos Espíritus, a los cuales me recomiendo, avanzar y componerme, lo más rápidamente posible, de los sentimientos que él me hace sentir, y de los actos que es necesario cumplir para cruzar el camino de la prueba y merecer el mundo de las recompensas. ¡Qué majestad, que grandeza! Es casi un sentimiento de asombro el que domina cuando, débiles como somos, queremos fijarnos en las sublimes claridades.

P. Otra vez tendremos en mayor gusto en continuar esta conversación, cuando tengáis a bien venir entre nosotros. – R. He respondido sucintamente y sin orden a vuestras diversas preguntas. No pidáis todavía demasiado a vuestro fiel discípulo: no estoy enteramente libre. Conversar, conversar aún sería mi alegría; mi guía modera mi entusiasmo y he podido apreciar bien su bondad y su justicia para no dejar de someterme enteramente a su decisión, por más que sienta verme interrumpido. Me consuelo cuando pienso que podré venir, a menudo, de incógnito a asistir a vuestras reuniones. Algunas veces os hablaré; os amo y quiero probároslo. Pero otros Espíritus, más adelantados que yo, reclaman la prioridad y debo apagar me ante aquéllos que consintieron a mi Espíritu dar un libre vuelo al torrente de pensamientos que había acumulado.

Os dejo, amigos, y debo estaros doblemente agradecido, no solo a vosotros espíritas, que me habéis llamado, sino también a este Espíritu que consistió que yo tomase su lugar, y que, en su vida, llevaba el nombre ilustre de Pascal.

El que fue y será siempre el más devoto de vuestros adeptos.

Dr. VIGNAL.

VÍCTOR LEBUFLE

Joven piloto práctico en el puerto del Havre, muerto a la edad de veinte años. Vivía con su madre, pobre y pequeña revendedora a la cual prodigaba los cuidados más tiernos y afectuosos, y sostenía con el producto de su rudo trabajo. Jamás se le vio frecuentar las tabernas, ni entregarse a los excesos tan frecuentes en su profesión, porque no quería desviar la menor parte de su ganancia del piadoso

uso a que la consagraba. Todo el tiempo que no estaba ocupado en su oficio, lo dedicaba a su madre para evitarle cansancio. Atacado desde largo tiempo de la enfermedad de la cual sentía que debía morir, ocultaba sus sufrimientos por miedo de causarle inquietud y para que no quisiese, ella misma, cuidar de sus ocupaciones. Era preciso que este joven tuviese un gran fondo de cualidades naturales, y muy grande fuerza de voluntad para resistir, en la edad de las pasiones, a las perniciosas tentaciones del medio en que vivía. Era de una piedad sincera, y su muerte ha sido edificante.

La víspera de su muerte pidió a su madre que fuese a descansar un poco, diciéndole que él también necesitaba dormir. Aquélla tuvo entonces una visión; se encontraba, dice, en una gran *obscuridad*; después vio un punto luminoso que se agrandaba poco a poco, y la habitación se encontró iluminada por una brillante claridad, de la cual se destacó la figura de su hijo, radiante y elevándose en el espacio infinito. Comprendió que su fin estaba próximo; en efecto, al día siguiente su bella alma había dejado la Tierra, mientras sus labios murmuraban una oración.

Una familia espírita, que conocía su admirable conducta, y se interesaba por su madre, que quedaba sola, tuvo la intención de evocar lo poco tiempo después de su muerte, pero se manifestó espontáneamente, dando la comunicación siguiente:

“Deseáis saber lo que soy ahora: muy feliz ¡oh! ¡Muy feliz! No contéis para nada los sufrimientos y las angustias, porque son la fuente de bendiciones y de felicidad más allá de la tumba. ¡La felicidad! No comprendéis lo que esta palabra significa. Los felices de la Tierra están tan lejos de aquello que sentimos, cuando volvemos al Señor, con una conciencia pura, con la confianza del servidor que ha cumplido bien su deber, y que espera pleno de alegría la aprobación de aquél que lo es todo!

“¡Oh! amigos míos, la vida es penosa y difícil sino miráis el fin; os lo digo en verdad: cuando vengáis entre nosotros, si vuestra vida ha sido según la ley de Dios, seréis recompensados mucho más allá de los sufrimientos y de los méritos que creáis haber ganado para el cielo. Sed buenos, sed caritativos, con esa caridad desconocida para muchos de entre los hombres, que se llama benevolencia. Sed caritativos con

vuestros semejantes; haced por ellos más de lo que quisierais que se hiciera por vosotros mismos; porque ignoráis la miseria íntima y conocéis la vuestra. Ayudad a mi madre, mi pobre madre, mi única nostalgia de la Tierra. Ella debe sufrir otras pruebas y es necesario que llegue al cielo. Adiós, voy a ella.”

VÍCTOR.

El guía del médium. – Los sufrimientos que se tienen durante una encarnación terrestre no son siempre un castigo. Los Espíritus que, por la voluntad de Dios, vienen a cumplir una misión en la Tierra, como el que acaba de comunicarse a vosotros, son felices cuando sufren los males que para otros serían una expiación. El sueño los revifica cerca del Altísimo, y les da la fuerza de soportarlo todo para su mayor gloria. La misión de este Espíritu, en su última existencia, no era una misión brillante; pero aunque haya sido oscura, no tuvo con eso sino más mérito, porque no podía ser estimulado por el orgullo. Tenía desde luego que cumplir un deber de reconocimiento hacia la que fue su madre; debía enseñada demostrar que, en los peores medios, pueden encontrarse almas puras, con sentimientos nobles y elevados, y que con la voluntad se puede resistir a todas las tentaciones. Esta es una prueba de que las cualidades tienen una causa anterior y su ejemplo no habrá sido estéril.

LA SEÑORA ANAÍS GOURDON

Mujer muy joven, notable por la dulzura de su carácter y por las más eminentes cualidades morales, fallecida en noviembre de 1860. Pertenece a una familia de trabajadores de las minas de carbón de las cercanías de Saint-Étienne, circunstancia importante para apreciar su posición, como Espíritu.

Evocación. – R. Aquí estoy.

P. Vuestro esposo y vuestro padre me han pedido que os llamara; estarían muy satisfechos si obtuvieran una comunicación vuestra. – R. Me alegro mucho de poder dársela.

P. ¿Por qué habéis sido arrebatada tan joven al afecto de vuestra familia? – R. Porque terminara mis pruebas terrestres.

P. ¿Los vais a ver algunas veces? – R. ¡Oh! Estoy a menudo a su lado.

P. ¿Sois feliz como Espíritu? – R. Soy feliz; tengo esperanza, aguardo, amo; los cielos no me causan espanto y espero con confianza y amor que las blancas alas me abran el camino.

P. ¿Qué entendéis por blancas alas? – R. Entendiendo llegar a ser Espíritu puro y resplandecer como los mensajeros celestes que me deslumbran.

Las alas de los ángeles, arcángeles y serafines, que son Espíritus puros, no son evidentemente más que un atributo imaginado por los hombres para dar una idea de la rapidez con la cual se transportan, porque su naturaleza etérea hace innecesario todo sostén para recorrer el espacio. Pueden, sin embargo, aparecer a los hombres con ese accesorio para responder a su pensamiento, al igual que ciertos Espíritus toman la apariencia que tenían en la Tierra para que los reconozcan.

P. Vuestros padres, ¿pueden hacer alguna cosa que os sea agradable? – R. Pueden, estos seres queridos, no entristecerse por el cuadro sus pesares, pues ya que saben que no me han perdido; que mi pensamiento les sea dulce, ligero y perfumado en su recuerdo. He pasado como una flor y nada triste debe subsistir de mi rápido paso.

P. ¿Cómo se explica que vuestro lenguaje sea tan poético y esté tan poco en relación con la posición que teníais sobre la Tierra? – R. Mi alma es la que habla. Sí, tenía conocimientos adquiridos y, muchas veces, *Dios permite que Espíritus delicados se encarnen entre los hombres más rudos* para hacerles presentir las delicadezas que alcanzarán y comprenderán más tarde.

Sin esta explicación tan lógica, y tan conforme con la solicitud de Dios para con sus criaturas, con dificultad nos daríamos cuenta de lo que desde luego podría aparecer como una anomalía. En efecto ¿que cosa más encantadora y poética que el lenguaje del Espíritu de esta joven mujer, educada en medio de los más rudos trabajos? El

contraste se ve muchas veces; son los Espíritus inferiores encarnados entre los hombres más adelantados, pero con objetivo opuesto y teniendo en cuenta a su propio adelantamiento les pone Dios en contacto con su mundo ilustrado, y algunas veces, también para servir de prueba a este mismo mundo. ¿Qué otra filosofía puede resolver tales problemas?

MAURICIO GOUTRAN

Era hijo único, fallecido a los dieciocho años, de una afección del pulmón. Inteligencia rara, razón precoz, gran amor a los estudios, carácter dulce, amante y simpático, poseía todas las cualidades que dan las más legítimas esperanzas de un brillante porvenir. Sus estudios habían terminado muy pronto con el mayor éxito y trabajaba en la Escuela politécnica. Su muerte fue para sus padres la causa de uno de esos dolores que dejan señales profundas, y tanto más penosas cuanto que, habiendo sido siempre de una santa delicadeza, atribuían su fin prematuro al trabajo a que le habían dedicado y se lo vituperaban. “¿Para qué, decían, le sirve ahora todo lo que ha aprendido? Mejor hubiera sido que se hubiese quedado siendo ignorante, porque no tenía necesidad de eso para vivir y, sin duda, estaría todavía entre nosotros y consolaría nuestra vejez” – Si hubiesen conocido el Espiritismo, sin duda, razonarían de otra manera. Más tarde encontrarían en él, el verdadero consuelo. La comunicación siguiente fue dada por su hijo a uno de sus amigos, algunos meses después de su muerte:

P. Mi querido Mauricio, el tierno cariño que tenéis por vuestros padres hace que no dude de vuestro deseo de levantar su coraje, si podéis hacerlo. La pena, mejor dicho, la desesperación en que vuestra muerte les sumergió, altera visiblemente su salud y les tiene disgustados de la vida. Algunas buenas palabras vuestras podrán, sin duda, hacerles renacer la esperanza.

R. Mi viejo amigo, aguardaba con impaciencia la oportunidad que me ofrecéis para comunicarme. El dolor de mis padres me aflige, pero se calmará cuando tengan la certeza de que no me han perdido; en convencerles de esta verdad es preciso que os ocupéis; seguramente lo conseguiréis. Era necesario este acontecimiento para conducirles a una creencia que hará su dicha, porque les impedirá murmurar contra

los decretos de la Providencia. Mi padre, ya lo sabéis, era muy escéptico en cuanto a la vida futura; *Dios ha permitido que tuviera esta aflicción para sacarle de su error.*

Nos volveremos a encontrar aquí, en este mundo, donde no se conocen las penas de la vida y a donde les he precedido; pero decidles que la satisfacción de volver a verme allí les será rehusada como castigo por su falta de confianza en la bondad de Dios. No se me permitirá de ahora hasta entonces, comunicarme con ellos mientras estén en la Tierra. La desesperación es una rebelión contra la voluntad del Todopoderoso, que siempre es castigada por *la prolongación de la causa que ha ocasionado esta desesperación*, hasta que se esté al fin sumiso. La desesperación es un verdadero suicidio, porque mina las fuerzas del cuerpo; y aquél que abrevia sus días con el pensamiento de escapar más pronto a las opresiones del dolor, prepara para sí las decepciones más crueles; al contrario, para conservar las fuerzas del cuerpo hay que trabajar a fin de sobrellevar, más fácilmente, el peso de las pruebas.

Mis buenos padres, a vosotros me dirijo. Desde que dejé mis despojos mortales no he cesado de estar a vuestro lado, más a menudo que cuando vivía en la Tierra. Consolaos, pues, porque no he muerto. Estoy más vivo que vosotros; sólo murió mi cuerpo, pero mi espíritu vive siempre. Es libre, feliz y está, desde ahora, al abrigo de las enfermedades, de los achaques y del dolor. En lugar de afligiros, regocijaos de saber que estoy en un medio exento de cuidados y de recelos, donde el corazón se embriaga de una alegría pura y sin mezcla.

¡Oh! Amigos míos, no compadezcáis a los que mueren prematuramente, es una gracia que Dios les concede para ahorrarles las tribulaciones de la vida. Mi existencia no debía prolongarse mucho más tiempo esta vez, en la Tierra; yo había adquirido lo que debía adquirir ahí, para prepararme para cumplir, más tarde, una misión más importante. Si hubiese vivido muchos años ¿sabéis a que peligros, a que seducciones me hubiese expuesto? ¿Sabéis que, no siendo aún lo bastante fuerte para resistir, hubiera sucumbido? ¿Esto podría ser para mí un atraso de muchos siglos; ¿Por qué, pues, lamentáis lo que me es ventajoso? Un dolor inconsolable, en este caso, denotaría falta de fe y

no podría ser legitimada sino por la creencia en la nada. ¡Oh! Sí son dignos de compasión los que tienen esa desesperada creencia, para ellos no hay consuelo posible; los seres que les son queridos están perdidos sin retorno; ¡la tumba se ha llevado la última esperanza!

P. Vuestra muerte ¿ha sido dolorosa?

R. No, amigo mío, no he sufrido sino antes de morir, por la enfermedad que me llevó; pero *este sufrimiento disminuía a medida que se acercaba el último momento*; después, una luz, y dormí sin pensar en la muerte. Soñé, ¡oh! ¡Un sueño delicioso! Soñaba que estaba curado, no sufría más, respiraba a plenos pulmones, y con deleite, un aire embalsamado y fortificante; era transportado, a través del espacio, por una fuerza desconocida; una luz brillante resplandecía a mi alrededor, pero sin fatigar mi visión. Vi a mi abuelo; no tenía ya la figura descarnada, sino aspecto de frescura y juventud; me tendió los brazos y me apretó con efusión contra su corazón. Una multitud de otras personas de faz sonriente le acompañaban; todas me acogían con bondad y benevolencia; me parecía reconocerlas, era feliz viéndolas y todos cambiábamos palabras y testimonios de amistad. ¡Pues bien! lo que creía ser un sueño era la realidad; no debí despertarme más en la Tierra: me había despertado en el mundo de los Espíritus.

P. Vuestra enfermedad ¿no sería causada por vuestra excesiva dedicación al estudio?

R. ¡Oh, no! De eso debéis estar bien persuadidos. El tiempo que debería vivir en la Tierra estaba determinado, y nada podría retenerme en ella por más tiempo. Mi Espíritu, en sus momentos de separación, lo sabía muy bien y estaba feliz pensando en su próxima liberación. Pero el tiempo que he pasado ahí, no fue sin provecho, y ahora me felicito por no haberlo perdido. Los estudios serios que hice han fortificado mi alma y aumentado mis conocimientos; fue otro tanto de educación, y si no pude aplicarla en mi corta permanencia entre vosotros, la aplicaré más tarde con más fruto.

Adiós, querido amigo, voy al lado de mis padres, para prepararles a recibir esta comunicación.

MAURICIO.

CAPÍTULO III

ESPÍRITUS DE MEDIANA CONDICIÓN

JOSEPH BRÉ

Fallecido en 1840, evocado en Bordeaux por su nieta, en 1862.

El hombre honesto según Dios o según los hombres.

1. Querido abuelo, ¿queréis decirme como estáis entre los Espíritus y darme algunos detalles instructivos para nuestro adelantamiento? – R. Todo lo que quieras, mi querida niña. Expío mi falta de fe, pero la bondad de Dios es grande: toma en cuenta las circunstancias. Sufro, no como podrías entenderlo, sino por el disgusto de no haber empleado bien mi tiempo en la Tierra.

2. ¿Cómo no lo habéis empleado bien, si habéis vivido siempre como un hombre honesto? – R. Sí, desde el punto de vista de los hombres; pero hay un abismo entre el *hombre honesto ante los hombres* y el *hombre honesto ante Dios*. Ya que quieres instruirte, hija mía, trataré de hacerte conocer la diferencia.

Entre vosotros se tiene a un hombre por honesto cuando respeta las leyes de su país, respeto elástico para muchos; cuando no hace mal a su prójimo quitándole, ostensiblemente, lo suyo; pero se le quita a menudo sin escrúpulo su honor y su dicha, desde el momento en que el código o la opinión pública no pueden alcanzar al culpable hipócrita. Cuando se ha grabado en la lápida de la tumba la retahíla de virtudes que se ensalzan, se cree haber pagado su deuda a la Humanidad. ¡Qué

error! No basta, para ser honrado ante Dios, dejar de infringir las leyes de los hombres; es necesario, ante todo, no haber transgredido las leyes divinas.

El hombre honesto ante Dios es aquél que, lleno de abnegación y de amor, consagra su vida al bien, al progreso de sus semejantes; aquél que animado de un celo sacado del objetivo, es activo en la vida: activo para cumplir la tarea material que le ha sido impuesta, porque debe enseñar a sus hermanos el amor al trabajo; activo en las buenas obras, porque no debe olvidar que solo es un servidor al cual el Señor pedirá un día cuenta del empleo de su tiempo; activo en el objetivo, porque debe predicar, con el ejemplo, el amor al Señor y al prójimo. El hombre honesto ante Dios debe evitar con cuidado esas palabras mordaces, veneno escondido entre flores, que destruyen las reputaciones y, a menudo, matan al hombre moral cubriéndole con el ridículo. El hombre honesto ante Dios debe tener siempre el corazón cerrado a la menor levadura de orgullo, envidia y ambición. Debe ser paciente y dulce con los que le atacan; debe perdonar desde el fondo del corazón, sin esfuerzos y, sobre todo, sin ostentación, a cualquiera que le haya ofendido; debe amar a su Creador en todas sus criaturas; debe, en fin, poner en práctica este resumen tan consiso y tan grande de los deberes del hombre: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

He ahí, mi querida niña, aproximadamente lo que debe ser el hombre honesto ante Dios. ¡Pues bien! ¿He hecho yo todo esto? No; falté a muchas de esas condiciones, lo confieso aquí sin sonrojarme; no he tenido la actividad que el hombre debe tener; el olvido del Señor me ha arrastrado a otros olvidos que, por no caer bajo la ley humana, no dejan de ser prevaricaciones a las leyes de Dios. He sufrido bastante por eso cuando lo he reconocido; y por esta razón espero hoy, pero con la consoladora esperanza en la bondad de Dios que ve mi arrepentimiento. Decidlo, querida niña; repetidlo a los que tienen la conciencia pesada: que cubran sus faltas a fuerza de buenas obras, y la misericordia divina se detendrá en la superficie; sus ojos paternales contarán las expiaciones, y su mano poderosa borraré las faltas.

Sra. HÉLÈNE MICHEL

Joven de veinticinco años, muerta súbitamente en algunos minutos, en su casa, sin sufrimientos y sin causa previa conocida. Era rica, un poco frívola, y, a consecuencia de la ligereza de su carácter, se ocupaba más de las futilidades de la vida que de las cosas serias; a pesar de esto, su corazón era bueno: era serena, benévola y caritativa.

Evocada tres días después de su muerte, por personas que la habían conocido, se expresó así:

“No sé donde estoy... ¡Que turbación me rodea!... Me habéis llamado, y vengo... No comprendo porque no estoy en mi casa... se me llora como si estuviese ausente, y yo estoy allá, y no puedo hacerme reconocer de todos ellos... Mi cuerpo no me pertenece más, y sin embargo lo siento frío y helado... Quiero dejarlo y estoy presa allá; vuelvo a él siempre... Soy dos personas... ¡Oh! ¿Cuándo comprenderé lo que me ocurre?... Es necesario aún que yo vuelva allí... Mi otro YO, ¿en qué se convertirá, estando yo ausente?... Adiós.”

El sentimiento de la dualidad que no está aún destruido por una separación completa, es aquí evidente. Carácter poco serio, permitiéndole su posición de fortuna satisfacer sus caprichos, esto favoreció sus tendencias a la liviandad. No es, pues, de extrañar que su desprendimiento haya sido poco rápido y que tres días después de su muerte se sintiese aún ligada a su envoltura corporal. Pero, como no había en ella ningún vicio grave, y como en el fondo era buena, esta situación no tenía nada que fuese penoso y no duró mucho tiempo. Evocada nuevamente algunos días después, sus ideas habían cambiado bastante. He aquí lo que dijo:

“Gracias por haber orado por mí. Reconozco la bondad de Dios que me ha evitado los sufrimientos y la angustia del momento de la separación de mi cuerpo y de mi Espíritu. A mi pobre madre le costará mucho resignarse; pero será auxiliada, y lo que a sus ojos es una terrible desgracia, era indispensable a fin de que las cosas del cielo viniesen a ser para ella lo que deben ser: *todo*. Yo estaré a su lado hasta el fin de su prueba terrestre y le ayudaré a soportarla. No soy infeliz, pero tengo todavía mucho que hacer para avanzar hasta la morada feliz. Rogaré

a Dios me permita volver a la Tierra, porque tengo que reparar el tiempo que he perdido en esta existencia. Que la fe os sustente, amigos míos; tened confianza en la eficacia de la plegaria cuando parte verdaderamente del corazón. Dios es bueno.”

P. ¿Habéis estado mucho tiempo sin reconocerlos? – R. He comprendido la muerte el mismo día en que habéis orado por mí.

P. Ese estado de turbación ¿era de sufrimiento? – R. No, no sufría; creía soñar y esperaba despertarme. Mi vida no estuvo exenta de dolores, pero todo ser encarnado en este mundo debe sufrir; me he resignado a la voluntad de Dios y me lo ha tomado Él en cuenta. Os estoy muy agradecida por las oraciones que me han ayudado a reconocerme. Gracias; volveré siempre con placer. Adiós.

HÈLÈNE

EL MARQUÉS DE SAINT-PAUL

Fallecido en 1860, evocado a petición de su hermana, miembro de la Sociedad de París, el 16 de mayo de 1861.

1. *Evocación.* – R. Heme aquí.

2. La señora vuestra hermana nos ha pedido que os evoquemos, pues aunque es médium, no está todavía bastante formada para estar bien segura de sí misma. – R. Trataré de responder lo mejor que pueda.

3. Ella desea saber, en primer lugar, si sois feliz. – R. Estoy errante, y este estado transitorio no trae jamás ni la felicidad, ni el castigo absoluto.

4. ¿Habéis estado mucho tiempo sin reconocerlos? – R. He permanecido mucho tiempo en la turbación, y no he salido de ella sino para bendecir la piedad de los que no me olvidaban y rogaban por mí. – P. ¿Podéis apreciar la duración de esa turbación? – R. No.

5. ¿Cuáles son los parientes que habéis reconocido primero? – R. He reconocido a mi madre y a mi padre, quienes me han recibido al despertar y me han iniciado en la nueva vida.

6. ¿De qué proviene que, al fin de vuestra enfermedad, parecía

que conversabais con los que habéis amado en la Tierra? – R. Porque tuve antes de morir la revelación del mundo que iba a habitar. Era vidente antes de morir y mis ojos se han velado en la separación definitiva del cuerpo, porque los lazos carnales eran todavía muy vigorosos.

7. ¿Cómo ocurrió que vuestros recuerdos de la infancia parecían volveros, con preferencia? – R. Porque el comienzo está más próximo del fin que la mitad de la vida. – P. ¿Cómo lo entendéis? – R. Quiere decir que los agonizantes se recuerdan y ven, como *un espejismo de consuelo*, sus jóvenes y más puros años.

Probablemente, por un motivo semejante los ancianos, a medida que se acercan al término de la vida, tienen algunas veces un recuerdo tan preciso de los menores detalles de sus primeros años.

8. ¿Por qué, hablando de vuestro cuerpo, hablábais siempre en tercera persona? – R. Porque era evidente, como os lo he dicho, y sentía nítidamente las diferencias que existen entre lo físico y lo moral; esas diferencias, unidas entre sí por el fluido de la vida, son muy manifiestas a los ojos de los moribundos clarividentes.

Es una particularidad singular que ha presentado la muerte de este caballero. En sus últimos momentos decía siempre: “Tiene sed, es preciso darle de beber; tiene frío, es preciso calentarlo; sufre en tal paraje, etc.” Y cuando se le decía: Pero ¿sois vos quién tiene sed?”, respondía: “No, es él”. Aquí se dibujan perfectamente las dos existencias; el yo pensante está en el Espíritu y no en el cuerpo; el Espíritu, ya en parte separado, considera su cuerpo como otra individualidad que no era él/propiamente hablando; era, pues, a su cuerpo a quien debía darse de beber y no a él Espíritu. Este fenómeno se observa bastante en ciertos sonámbulos.

9. Lo que habéis dicho acerca de vuestro estado errante y del tiempo que ha durado vuestra turbación conduciría a creer que no sois muy feliz y, sin embargo, vuestras cualidades deberían hacer suponer lo contrario. Hay, por otra parte, Espíritus errantes que son felices, como los hay infelices. – R. Estoy en un estado transitorio; las virtudes humanas adquieren aquí su verdadero valor. Sin duda, mi estado es mil veces preferible al de la encarnación terrestre; pero he llevado siempre

en mí las aspiraciones del verdadero bien y de lo verdaderamente bello, y mi alma no estará satisfecha sino cuando vuele a los pies de su Creador.

EL SEÑOR CARDON, médico

El señor Cardón había pasado una parte de su vida en la marina mercante, en calidad de médico de un buque ballenero, adquiriendo en él costumbres e ideas un poco materiales; retirado en la aldea de J..., ejercía en ella la modesta profesión de médico de la comarca. Desde hacía algún tiempo tenía la certeza de que estaba atacado de una hipertrofia del corazón, y sabiendo que esta enfermedad es incurable, la idea de la muerte le ocasionaba una tétrica melancolía, que nada podía distraer. Unos dos meses antes, predijo el día fijo de su muerte, determinando el día. Cuando se vio cerca de morir, reunió a su familia alrededor de él, para darle el último adiós. Su mujer, su madre, sus tres hijos y otros parientes rodeaban su lecho; en el momento en que su mujer trató de levantarlo cayó desplomado, se puso de un azul lívido, sus ojos se cerraron y se le creyó muerto; su mujer se colocó ante él para ocultar este espectáculo a sus hijos. Después de algunos minutos volvió a abrir los ojos; su cara, por decirlo así, iluminada, tomó una expresión de radiante beatitud y exclamó: “¡Oh, hijos míos, que belleza! ¡Que sublimidad! ¡Oh! ¡La muerte! ¡Que beneficio! ¡Que cosa tan dulce! Estaba muerto y he sentido mi alma elevarse muy alto, muy alto; pero Dios me ha permitido volver para deciros: “No debéis temer a la muerte, ella es la libertad...” ¡No puedo pintaros la magnificencia de lo que he visto y las impresiones de que me he sentido penetrado! Pero vosotros no podríais comprenderlo... ¡Oh! Hijos míos, conducíos siempre de modo que merezcáis esta inefable felicidad, reservada a los hombres de bien; vivid según la caridad; si tenéis alguna cosa, dad una parte de ella a aquéllos a quienes falta lo necesario... Mi querida esposa, te dejo en una posición que no es feliz; se nos debe dinero, pero te suplico no atormentes a los que nos deben; si están en la necesidad, espera que puedan pagarte, y a los que no puedan pagarte, haz el sacrificio: Dios te recompensará por eso. Tú, hijo mío, trabaja para sostener a tu madre; sé siempre hombre honrado y guárdate de hacer nada que pueda deshonorar a nuestra familia. Toma esta cruz que proviene de mi madre; no la dejes y que ella te recuerde siempre mis últimos consejos... Hijos

míos, ayudaos y sosteneos mutuamente; que la buena armonía reine entre vosotros; no seáis ni vanos ni orgullosos; perdonad a vuestros enemigos si queréis que Dios os perdone... Después, habiendo hecho acercar a sus hijos, extendió sus manos hacia ellos y añadió: “Hijos míos, yo os bendigo”. Y sus ojos se cerraron esta vez para siempre; pero su rostro conservó una expresión tan imponente que, hasta el momento de su sepelio, una multitud fue a contemplarle con admiración.

Habiéndonos sido transmitidos por un amigo de la familia estos interesantes detalles, hemos creído que esta evocación sería instructiva para todos, y al mismo tiempo útil al Espíritu.

1. *Evocación.* – R. Estoy a vuestro lado.

2. Nos han relatado vuestros últimos instantes, que nos han llenado de admiración. ¿Queríais ser bastante bueno para describirnos, mejor lo que habéis hecho, lo que habéis visto en el intervalo de lo que se podría llamar vuestras dos muertes? – R. ¡Lo que he visto, ¿podríais comprenderlo? Yo no lo sé, porque no podría encontrar expresiones capaces de hacer comprensible lo que he podido ver durante los pocos instantes en que me ha sido posible dejar mis despojos mortales!

3. ¿Os disteis cuenta de dónde estuvisteis? ¿Fue lejos de la Tierra, en otro planeta o en el espacio? – R. El Espíritu no conoce el valor de las distancias tal como vosotros las consideráis. Transportado por no sé que agente maravilloso, he visto el esplendor de un cielo como solo en los sueños podría realizarlo. Ese curso, a través de lo infinito, se hizo tan rápidamente que no puedo precisar los instantes empleados por mi Espíritu.

4. ¿Gozáis actualmente de la felicidad que habéis entrevisto? – R. No; mucho desearía poder gozar de ella, pero Dios no puede recompensarme así. Me he rebelado, muy a menudo, contra los pensamientos benditos que dictaba mi corazón, y la muerte me parecía una injusticia. Médico incrédulo, tomé en el arte de curar una aversión contra la segunda naturaleza, que es nuestro movimiento inteligente y divino; la inmortalidad del alma era una ficción propia para seducir a las naturalezas poco elevadas; sin embargo, el vacío me asustaba, he maldecido muchas veces ese agente misterioso que hiere siempre y

siempre. La filosofía me perdiera sin hacerme comprender toda la grandeza del Eterno, que sabe repartir el dolor y la alegría para enseñanza de la Humanidad.

5. Cuando ocurrió vuestra verdadera muerte, ¿os reconocisteis al momento? – R. No; me reconocí durante la transición que mi Espíritu sufrió para recorrer los lugares etéreos; pero después de la muerte real, no; me han sido precisos algunos días para despertar.

Dios me había concedido una gracia; voy a deciros la razón:

Mi incredulidad primera no existía ya; antes de mi muerte creí, porque después de haber sondeado científicamente la materia pesada que me hacía debilitar, al término de razones terrestres, no había encontrado sino la razón divina; ella me había inspirado, consolado, y mi ánimo era más fuerte que el dolor. Bendecí lo que había maldecido; el fin me parecía la libertad. ¡El pensamiento de Dios es grande como el mundo! ¡Oh!, que supremo consuelo en la oración, que da piedad inefable; es el elemento más seguro de nuestra naturaleza inmaterial; por ella he comprendido, he creído firme y soberanamente, y por esto Dios escuchando mis acciones bendecidas, ha tenido a bien recompensarme antes de acabar mi encarnación.

6. ¿Se podría decir que estabais muerto la vez primera? – R. Sí y no; habiendo el Espíritu dejado el cuerpo, naturalmente la carne se extinguía; pero, al tomar otra vez posesión de mi morada terrestre, la vida volvió al cuerpo que había sufrido una transición, un sueño.

7. En ese momento, ¿sentíais los lazos que os retenían a vuestro cuerpo? – R. Sin duda; el Espíritu tiene un lazo difícil de quebrantar; le es necesario el último estremecimiento de la carne para entrar en su vida natural.

8. ¿Cómo es que en vuestra muerte aparente y durante algunos minutos vuestro Espíritu haya podido separarse instantáneamente y sin turbación, mientras que la muerte real fue seguida de una turbación de muchos días? Parece que, subsistiendo en el primer caso los lazos entre el alma y el cuerpo más que en el segundo, el desprendimiento debía ser más lento, y lo contrario es lo que ha tenido lugar. – R. Habéis hecho a menudo la evocación de un Espíritu encarnado y habéis recibido de éste respuestas reales; yo estaba en la posición de ese Espíritu. Dios me llamó y sus servidores me dijeron: “Ven...” He obedecido y doy

gracias a Dios por el favor especial que tuvo a bien hacerme; pude ver lo infinito y su grandeza y darme cuenta de él. Gracias a vos, que antes de la muerte real me habéis permitido enseñar a los míos para que tengan buenas y justas encarnaciones.

9. ¿De dónde provenían las bellas y buenas palabras que dijisteis a vuestra familia cuando volvísteis a la vida? – R. Eran el reflejo de lo que había visto y oído; los buenos Espíritus inspiraron mi voz y animaron mi rostro.

10. ¿Qué impresión creéis que ha hecho vuestra revelación a los asistentes, y a vuestros hijos en particular? – R. Impresionante, profunda; la muerte no engaña; los hijos, por ingratos que pudiesen ser, se inclinan ante la encarnación que termina. Si se pudiera escudriñar el corazón de los hijos, al lado de una tumba abierta no se verían palpitar sino sentimientos verdaderos, tocados profundamente por la mano secreta de los Espíritus, que dicen a todos los pensamientos: Temblad, si estáis en la duda; la muerte es la reparación, la justicia de Dios; y, os lo aseguro, a pesar de los incrédulos, mis amigos y mi familia creeran en las palabras que mi voz pronunció antes de morir. Yo era el intérprete de otro mundo.

11. Habéis dicho que no disfrutáis de la dicha que habéis visto; ¿es que sois infeliz? – R. No, puesto que creía antes de morir, y esto en mi alma y mi conciencia. El dolor oprime en este mundo, pero rehabilita para el porvenir espiritual. Observad que Dios tomó en cuenta mis plegarias y mi creencia absoluta en Él; estoy en el camino de la perfección, y llegaré al objetivo que me fue permitido entrever. Orad, mis amigos, por este mundo invisible que preside vuestros destinos; este cambio fraternal es la caridad; es una palanca poderosa que pone en comunicación a los Espíritus de todos los mundos.

12. ¿Quisierais dirigir algunas palabras a vuestra mujer y a vuestros hijos? – R. Suplico a todos los míos que crean en Dios poderoso, justo, inmutable, en la oración que consuela y alivia; en la caridad, que es el acto más puro de la encarnación humana; que se acuerden que se puede dar poco; el óbolo del pobre es el más meritorio ante Dios, pues sabe que un pobre da mucho al dar poco; es necesario que el rico dé mucho y a menudo para merecer tanto como él.

El porvenir es la caridad, la benevolencia en todas las acciones; creer que todos los Espíritus son hermanos, no haciendo nunca caso de todas las pueriles vanidades.

Familia muy amada, tendréis pruebas rudas; pero debéis aprender a soportarlas valerosamente, pensando que Dios os ve.

Decid frecuentemente esta oración:

Dios de amor y de bondad, que das todo y siempre, concédenos esta fuerza que no retrocede ante ninguna pena; haznos buenos, dulces y caritativos, pequeños por la fortuna, grandes por el corazón. Que nuestro Espíritu sea espírita en la Tierra para comprenderos y amaros mejor.

Que vuestro nombre, ¡oh, Dios mío! emblema de libertad, sea el fin consolador de todos los oprimidos, de todos los que tienen necesidad de amar, de perdonar y de creer.

CARDON.

ERIC STANISLAS

(Comunicación espontánea; Sociedad de París, agosto de 1863)

¡Cuánta felicidad nos proporcionan las emociones sentidas vivamente por ardientes corazones! ¡Oh dulces pensamientos que venís a abrir un camino de salvación a todo aquel que vive, a todo aquel que respira material y espiritualmente, que vuestro bálsamo salvador no cese de derramarse a torrentes sobre vosotros y sobre nosotros! ¡Qué expresiones escoger para traducir la felicidad que sienten todos vuestros hermanos de ultratumba, en la contemplación del puro amor que os une a todos!

¡Ah, hermanos! Cuánto bien por todas partes, cuántos dulces pensamientos elevados y sencillos como los vuestros, cómo vuestra doctrina, estáis llamados a sembrar en la larga ruta que tenéis aun que recorrer; pero también cuánto de todo esto os será recompensado aun antes del momento en que tendréis derecho para ello.

He asistido a todo esta noche; he escuchado, he oído, he

comprendido y voy a tratar a mi vez de cumplir mi deber de instruir a la clase de Espíritus imperfectos.

Escuchad: estoy lejos de ser feliz, sumergido en la inmensidad, en lo infinito, mis sufrimientos eran tanto más vivos cuanto que no podía darme de ellos exacta cuenta. ¡Dios sea bendecido! Me ha permitido venir a un santuario al que no pueden *impunemente* acercarse los malos. Amigos, ¡cuán agradecido os estoy, cuántas fuerzas he tomado entre vosotros!

¡Oh!, hombres de bien, reuníos a menudo; instruid, pues no podéis saber cuántos frutos dan todas las reuniones serias que tenéis entre vosotros; los Espíritus que todavía han de aprender muchas cosas, los que permanecen voluntariamente inactivos, perezosos y olvidados de sus deberes, pueden encontrarse, sea por una circunstancia fortuita o de otra manera, entre vosotros, heridos por un choque terrible, pueden y es lo que acontece muchas veces, replegarse sobre sí mismos, reconocerse, entrever el objetivo que se ha de alcanzar y, apoyados en el ejemplo que les dais, buscar los medios que pueden hacerles salir del estado penoso en que se encuentran. Me hago, con gran satisfacción mía, el intérprete de las almas que sufren, porque a los hombres de corazón es a quien me dirijo, y sé que no seré rechazado.

¡Oh!, hombres generosos, recibid la expresión de mi reconocimiento particular y el de todos nuestros amigos a quienes habéis hecho, quiza sin pensarlo, tanto bien.

ERIC STANISLAS

El guía del médium. – Hijos míos, este es un Espíritu que ha sido muy infeliz, estuvo mucho tiempo extraviado. Ahora, comprendiendo sus faltas y arrepintiéndose por fin, ha vuelto sus miradas hacia Dios, al que había desconocido; su posición no es de felicidad, pero aspira a ella y no sufre más. Dios le ha permitido venir a escuchar, y después ir a una esfera inferior a instruir y hacer avanzar a los Espíritus que, como él, han transgredido las leyes del Eterno; es la reparación que se le ha pedido. En adelante conquistará la felicidad, porque tiene voluntad para ello.

Sra. ANNA BELLEVILLE

Mujer joven, muerta a los treinta y cinco años, después de larga y cruel enfermedad. Viva, espiritual, dotada de rara inteligencia, de gran rectitud de juicio y de eminentes cualidades morales, esposa y madre de familia abnegada, tenía además una fuerza de carácter poco común y un espíritu fecundo en recursos que no la dejaba jamás desprevenida en las circunstancias más críticas de la vida. Sin rencor hacia aquéllos de quienes tenía más motivos para quejarse, estaba siempre dispuesta a prestarles servicio, siempre que fuese posible. Habiendo tenido con ella una amistad íntima desde hacía largos años, hemos podido seguir todas las fases de su existencia y todas las peripecias de su fin.

Un accidente ocasionó la terrible enfermedad que debía llevarse a ella y que la retuvo tres años en su lecho, presa de los más atroces sufrimientos, que soportó, hasta el último momento, con un valor heroico y en medio de los cuales su alegría no la abandonó. Creía firmemente en el alma y en la vida futura, aunque se ocupaba muy poco de ello; todos sus pensamientos se dirigían a la vida presente la cual apreciaba mucho, pero, sin tener miedo a la muerte y sin buscar los goces materiales, porque su vida era muy sencilla y se olvidaba, sin dificultad, de aquello que no podía procurarse; empero tenía instintivamente el gusto del bien y de lo bello, que sabía llevar hasta en las cosas más insignificantes. Quería vivir, menos por ella que por sus hijos, para quien sentía que era necesaria; por esto se aferró a la vida. Conocía el Espiritismo sin haberlo estudiado a fondo; hasta se interesaba por él y, aun así, no llegó a fijar sus pensamientos sobre el porvenir; era para ella una idea verdadera, pero no dejaba ninguna impresión profunda en su espíritu. El bien que hacía era el resultado de un movimiento natural, espontáneo y no inspirado por el pensamiento de una recompensa o de penas futuras.

Desde mucho tiempo su estado era ya desesperado y se esperaba, de un momento a otro, verla partir: ella misma no se hacía ilusiones. Un día en que su marido estaba ausente, se sintió desfallecer y comprendió que su hora había llegado; su vista se había velado; la turbación se apoderaba de ella y sentía todas las angustias de la separación. No obstante, le causaba pena morir antes de que volviese

su marido. Haciendo sobre sí misma un esfuerzo supremo, se dijo: “¡No, no quiero morir!” Sintió, entonces, renacer la vida en sí y recobró el pleno uso de sus facultades. Cuando su marido volvió le dijo: “Iba a morir, pero he querido esperar a que estuvieses cerca de mí, porque tenía todavía que hacerte muchas recomendaciones”. La lucha entre la vida y la muerte se prolongó así durante tres meses, que no fueron más que una larga y dolorosa agonía.

Evocación, al día siguiente de su muerte. – Mis buenos amigos, gracias porque os ocupáis de mí; pues habéis sido como buenos parientes. ¡Pues bien!, regocijaos, soy feliz. Tranquilizad a mi pobre marido y velad por mis hijos. He ido junto a ellos en seguida.

P. Parece que la turbación no ha sido larga, puesto que nos habéis contestado con lucidez. – R. Amígos míos, ¡he sufrido tanto y sabéis que sufría con resignación! ¡Y bien!, mi prueba está terminada. ¡Decís que estoy completamente desprendida, no; pero no sufro más, y para mí es un gran alivio! Por esta vez estoy radicalmente curada, os lo aseguro, pero tengo necesidad de que se me ayude con el socorro de la oración, a fin de venir muy pronto a trabajar con vosotros.

P. ¿Cuál ha podido ser la causa de vuestros largos sufrimientos? – R. Pasado terrible, amigo mío.

P. ¿Podéis decirnos cuál ha sido este pasado? – R. ¡Oh! ¡Dejad que lo olvide un poco; lo he pagado tan caro!

Un mes después de su muerte. – P. Ahora que debéis de estar más completamente desprendida y que os reconocéis mejor, tendríamos el mayor gusto en mantener con vos una conversación más explícita. ¿Podrías decirnos cuál ha sido la causa de vuestra larga agonía? ¿Por qué habéis estado durante tres meses entre la vida y la muerte? – R. ¡Gracias, mis buenos amigos, por vuestro recuerdo y por vuestras buenas oraciones! ¡Cuán saludables me son y cuánto han contribuído a mi desprendimiento! Todavía tengo necesidad de que me ayudéis; continuad rogando por mí. Vosotros comprendéis la oración. Las que decís no son fórmulas vanales como tantos otros que no se dan cuenta del efecto que produce una buena plegaria.

¡He sufrido mucho, pero mis sufrimientos se han tomado muy en

cuenta y me es permitido ir a menudo hacia mis queridos hijos, que había dejado con tanta amargura!

Yo misma he prolongado mis sufrimientos; mi ardiente deseo de vivir para mis hijos hacía que me aferrase, en cierto modo, a la materia y al contrario de los otros me aferraba y no quería abandonar este infeliz cuerpo con el cual era preciso romper a pesar de que era para mí el instrumento de tantas torturas. He ahí la verdadera causa de mi larga agonía. Mi enfermedad, los sufrimientos que soporté: expiación del pasado, una deuda más que pagar.

¡Ay de mí! Mis buenos amigos, si os hubiera escuchado, ¡qué inmenso cambio en mi vida presente! ¡Qué dulzura habría sentido en los últimos instantes, y cuán fácil me hubiera sido esta separación si en lugar de contrariarla me hubiera entregado con confianza a la voluntad de Dios, a la corriente que me arrastraba! ¡Pero en lugar de considerar el futuro que me esperaba no veía más que el presente que iba a dejar!

Cuando vuelva a la Tierra seré espírita, os lo aseguro. ¡Qué ciencia inmensa! Asisto muy a menudo a vuestras reuniones y a las instrucciones que se os dan. Si hubiera podido comprender cuando estaba en la Tierra, mis sufrimientos se hubieran dulcificado mucho; pero la hora no había llegado. Hoy comprendo la bondad de Dios y su justicia; pero no estoy aún bastante adelantada para que deje de ocuparme de las cosas de la vida; mis hijos, sobre todo, me unen todavía a ella, no para mimarlos, sino para velar por ellos y tratar, que sigan la ruta que el Espiritismo traza en este momento. Sí, mis buenos amigos, tengo aún graves preocupaciones; una sobre todo, porque el porvenir de mis hijos depende de ella.

P. ¿Podéis darnos algunas explicaciones sobre el pasado que deploráis?

R. ¡Ay de mí! Mis buenos amigos, estoy dispuesta a hacer mi confesión. Había desconocido el sufrimiento; había visto sufrir a mi madre sin haber tenido piedad de ella; la había tratado de enferma imaginaria. No viéndola jamás en cama, sospechaba que no sufría y me reía de sus sufrimientos. He ahí como Dios castiga.

Seis meses después de su muerte – P. Ahora que ha pasado un tiempo bastante largo, desde que habéis dejado vuestra envoltura

terrestre, ¿queréis describirnos vuestra situación y ocupaciones en el mundo de los Espíritus?

R. Durante mi vida terrestre era lo que se llama generalmente una buena persona, pero ante todo amaba mi bienestar; compasiva por naturaleza, quizá no hubiera sido capaz de un sacrificio penoso para aliviar un infortunio. Hoy todo ha cambiado; soy siempre yo, pero el yo de otro tiempo ha sufrido modificaciones. He progresado. Veo que no hay rangos ni otras condiciones sino el mérito personal en el mundo de los invisibles, donde un pobre caritativo y bueno está sobre el rico orgulloso que le humillaba con su limosna. Velo especialmente por la clase de los afligidos, por los tormentos de familia, la pérdida de parientes o de fortuna; tengo por misión consolarles y animarles, y soy feliz haciéndolo.

ANNA.

Una importante cuestión se deduce de los hechos expresados, a saber:

¿Una persona puede, por un esfuerzo de su voluntad, retardar el momento de la separación del alma y del cuerpo?

Respuesta del Espíritu de San Luis. – “Resuelta esta cuestión de una manera afirmativa y sin restricción, podría dar lugar a falsas consecuencias. Seguramente, un Espíritu encarnado puede, en ciertas condiciones prolongar la existencia corporal para terminar instrucciones indispensables o que crea tales; esto puede permitírsele como en el caso de que tratamos, y se tiene de ello diferentes ejemplos. Estas prolongaciones de la vida no podrían, en todos los casos, ser sino de corta duración, porque no puede ser dado al hombre intervenir el orden de las leyes de la Naturaleza, ni provocar un retorno real a la vida, cuando ella ha llegado a su término. Solo es una momentánea suspensión condicional de la pena. A pesar de la posibilidad del hecho, no deberá deducirse de ello que pueda ser general, ni creer que dependa de cada uno prolongar así su existencia. Como *prueba para el Espíritu*, o en interés de una misión que concluir, los órganos gastados pueden recibir un suplemento de fluido vital que les permita añadir algunos instantes a la manifestación material del pensamiento; los casos semejantes son excepciones y no la regla. Es necesario no ver tampoco en este hecho

una derogación de Dios en la inmutabilidad de sus leyes, sino una consecuencia del libre albedrío del alma humana que, en el último instante tiene conciencia de la misión de que ha sido encargada, y quisiera, a pesar de la muerte, cumplir lo que no ha podido acabar. Puede ser también algunas veces una especie de castigo impuesto al Espíritu que duda del porvenir, concediéndole una prolongación de la vitalidad, por la cual sufre necesariamente.

SAN LUIS

Podríamos también maravillarnos de la rapidez del desprendimiento de este Espíritu, teniendo en cuenta su apego a la vida corporal; pero es necesario considerar que este apego no tenía nada de sensual; ni de material; tenía inclusive su lado moral, puesto que era movido por el interés de sus hijos de poca edad. Era, además, un Espíritu adelantado en inteligencia y en moralidad: un grado más, y hubiera estado con los Espíritus muy felices. No tenía, pues, en los lazos periespirituales la tenacidad que resulta de la identificación con la materia; se puede decir que la vida, debilitada por una larga enfermedad, no dependía más que de algunos hilos; hilos que quería impedir que se rompiesen. No obstante, fue castigada su resistencia por la prolongación de sus sufrimientos, que dependían de la naturaleza de la enfermedad, y no de la dificultad del desprendimiento; de esto ha resultado que después de la libertad, la perturbación fue de corta duración.

Un hecho igualmente importante se deduce de esta evocación, así como de la mayor parte de las que han tenido lugar en diversas épocas, más o menos distantes de la muerte, que es el cambio que se verifica gradualmente en las ideas del Espíritu y del cual se puede seguir el progreso; en este se traducen, no por los mejores sentimientos, sino por una apreciación más sana de las cosas. El progreso del alma en la vida espiritual es, pues, un hecho acreditado por la experiencia; la vida corporal es la que pone en práctica este progreso; es la prueba de sus resoluciones, el crisol donde se depura.

Desde el instante en que el alma progresa después de la muerte, su suerte no puede quedar irrevocablemente fijada, porque la fijación definitiva de la suerte es, como hemos dicho en otra parte, la negación del progreso. Las dos cosas no pueden existir simultáneamente: queda la que tiene la sanción de los hechos y de la razón.

CAPÍTULO IV

ESPÍRITUS SUFRIDORES

EL CASTIGO

Exposición general del estado de los culpables a su entrada en el mundo de los Espíritus, dictada a la Sociedad Espírita de París, en octubre de 1860.

“Los Espíritus malos, egoístas y endurecidos están, inmediatamente después de su muerte, librados a una duda cruel sobre su destino presente y futuro; miran a su alrededor, no ven al principio ningún sujeto sobre el cual puedan ejercer su mala personalidad y la desesperación se apodera de ellos, porque el aislamiento y la inacción son intolerables para los malos Espíritus; no elevan sus miradas hacia los lugares habitados por los Espíritus puros; consideran lo que les rodea, e impresionados al instante por el abatimiento de los Espíritus débiles y castigados que ven, se adhieren a ellos como a una presa, armándose de los recuerdos de sus pasadas faltas, que ponen sin cesar en acción por sus gestos burlones. No bastándoles esta burla, se lanzan hacia la tierra como buitres hambrientos; buscan entre los hombres el alma más accesible a sus tentaciones; se apoderan de ella, exaltan su codicia, procuran apagar su fe en Dios, y cuando, por último, se ven dueños de una conciencia, consideran su presa asegurada, extienden sobre todo lo que rodea a su víctima el fatal contagio.

El Espíritu malo, cuando puede ejercer su ira es casi feliz; no sufre si no en los momentos en que no puede obrar y en los que el bien triunfa sobre el mal.

Sin embargo, los siglos corren; el Espíritu malo siente de repente que las tinieblas le invaden, su círculo de acción se estrecha, su conciencia, muda hasta entonces, le hace sentir las picadas aguzadas del arrepentimiento. Inactivo, arrastrado por el torbellino, vaga al ocaso sintiendo, como dicen, las Escrituras erizársele de espanto los cabellos; de pronto se hace un gran vacío a su alrededor; el momento ha llegado, debe expiar; la reencarnación se le presenta amenazadora; ve como en un espejismo las pruebas terribles que le aguardan; quisiera retroceder, adelanta, y es precipitado en el ancho abismo de la vida, divaga espantado hasta que el velo de la ignorancia cae sobre sus ojos. Vive, obra, aún es culpable; siente en él no sé que recuerdos que le inquietan, presentimientos que le hacen temblar, pero no retrocede en el camino del mal. Después de violencias y crímenes, va a morir. Extendido sobre un catre, o sobre su lecho, ¡que importa!, el hombre culpable, siente bajo su aparente inmovilidad, removerse y vivir un mundo de sensaciones olvidadas. Bajo sus párpados cerrados, ve apuntar una luz, oye sonidos extraños; su alma, que va a dejar su cuerpo, se agita impaciente, mientras que sus manos crispadas tratan de agarrarse a la mortaja; ¡quisiera hablar, quisiera gritar a los que le rodean: ¡Retenedme! ¡Veo el castigo! No lo consigue: la muerte se fija sobre sus labios descoloridos, y los asistentes exclaman: ¡Descansa en paz!

Empero, lo oye todo; fluctúa alrededor de su cuerpo, que no le gustaría abandonar; una fuerza secreta le atrae; ve y reconoce todo lo que ha visto. Desatinado se lanza en el espacio donde quiere ocultarse. ¡No tiene donde ocultarse! ¡No tiene reposo! Otros Espíritus le devuelven el mal que ha hecho, y castigado, burlado, confuso a su vez, él anda errante y andará errante, hasta que el divino resplandor penetre en su endurecimiento y le ilumine para mostrarle al Dios de justicia, el Dios triunfante de todo mal, que no podrá aplacar sino a fuerza de gemidos y de expiaciones.

GEORGES.

Jamás se ha trazado un cuadro más elocuente, más terrible y más verdadero de la suerte del malo; ¿qué necesidad hay, pues, de recurrir a la fantasmagoría de las llamas y de los tormentos físicos?

NOVEL

(El Espíritu se dirige al médium, que le había conocido en su vida.)

Voy a contarte lo que he sufrido al morir. Mi Espíritu, retenido a mi cuerpo por lazos materiales, tuvo gran trabajo en desprenderse de él, lo cual fue una primera y ruda agonía. La vida que dejé a los veinticuatro años era todavía tan fuerte en mí, que no creía en su pérdida. Buscaba mi cuerpo, y estaba admirado y espantado de verme perdido en medio de esa multitud de sombras. En fin, la conciencia de mi estado, la revelación de las faltas que había cometido en todas mis encarnaciones, me herían de repente; una luz implacable iluminó los más secretos pliegues de mi alma, que se sintió *desnuda*, y después sobrecogida por una vergüenza abrumadora. Trataba de escaparme de ella, interesándome en los objetos nuevos, *aunque conocidos*, que me rodeaban; los Espíritus radiantes, flotando en el éter, me daban la idea de una dicha a la cual no podía aspirar; formas sombrías y desoladas, las unas sumergidas en una triste desesperación, las otras irónicas o furiosas se deslizaban a mi alrededor y sobre la Tierra a la cual permanecía adherido. Veía agitarse a los humanos, cuya ignorancia envidiaba; un orden de sensaciones desconocidas o *vueltas a encontrar* me invadieron a la vez; arrastrado como por una fuerza irresistible, procurando huir de este dolor encarnizado, saltaba las distancias; los elementos, los obstáculos materiales, sin que las hermosuras de la Naturaleza, ni los esplendores celestes pudiesen calmar un instante la amargura de mi conciencia, ni el espanto que me causaba la revelación de la eternidad. Un mortal puede sentir los tormentos materiales por los temblores de la carne, pero vuestros frágiles dolores, endulzados por la esperanza, templados por las distracciones, muertos por el olvido, no podrán jamás haceros comprender las angustias de un alma que sufre sin tregua, sin esperanza, sin arrepentimiento. He pasado un tiempo del cual no puedo apreciar la duración, envidiando a los elegidos cuyo esplendor entreveía, detestando a los malos Espíritus que me perseguían con sus burlas, menospreciando a los humanos de quienes veía las torpezas, pasando de un profundo abatimiento a una rebelión insensata.

En fin, tú me has llamado, y, por primera vez, un sentimiento dulce y tierno me calmó; escuchando las enseñanzas que te dan tus

guías, la verdad me ha penetrado; he orado: y Dios, oyéndome, se me ha revelado por su clemencia, como se me había revelado por su justicia.

NOVEL.

AUGUSTE MICHEL

(El Havre, marzo de 1863)

Este era un hombre joven, rico, bohemio y que gozaba amplia y exclusivamente de la vida material. Aunque inteligente, la indiferencia por las cosas serias era el fondo de su carácter. Sin maldad, antes bueno que malo, era amado por sus compañeros de placer, y buscado en la alta sociedad por sus cualidades de hombre de mundo; sin haber hecho mal, no había hecho bien. Murió a consecuencia de haber caído de su carruaje de paseo. Evocado algunos días después de su muerte, por un médium que le conocía indirectamente, dio sucesivamente las comunicaciones siguientes:

8 de marzo de 1863. — “Estoy apenas separado de mi cuerpo, así que difícilmente pueda hablaros. La terrible caída que ha hecho morir a mi cuerpo pone a mi Espíritu en gran perturbación. Temo por lo que va a ser de mí, y esta incertidumbre es cruel. El horrible sufrimiento que mi cuerpo ha experimentado no es nada comparándolo con la turbación en que estoy. Orad para que Dios me perdone. ¡Oh, qué dolor! ¡Oh, gracias Dios mío! ¡Qué dolor! Adiós.

18 de marzo. — Yo vine a vos ya una vez, pero no pude hablaros sino muy difícilmente. Aún en este momento no puedo comunicarme sino con trabajo. Sois el único médium a quien puedo pedir oraciones, para que la bondad de Dios me saque de la turbación en que estoy. ¿Por qué sufro aún, cuando mi cuerpo no sufre? ¿Por qué este dolor horrible, esta terrible angustia existe siempre? ¡Orad! ¡Oh! Orad para que Dios me conceda el reposo... ¡Oh! ¡Qué cruel incertidumbre! Estoy aún adherido a mi cuerpo. Difícilmente veo dónde puedo estar; mi cuerpo está allá... Y ¿por qué estoy siempre allá? Venid a orar *sobre él*, para que pueda separarme de esta opresión cruel. Dios tendrá a bien perdonarme; así lo espero. Veo, a los Espíritus que están cerca de vos y por ellos puedo hablaros. Orad por mí.

6 de abril. — Soy yo que vengo a vos para pedir os que oréis por mí. Era preciso que fuerais *al lugar donde yace mi cuerpo*, a rogar al Todopoderoso para que calme mis sufrimientos. ¡Sufro! ¡Oh!, ¡Sufro! Id a ese lugar; es necesario y dirigid al Señor un plegaria para que me perdone. Veo que podría estar más tranquilo; pero vuelvo sin cesar hacia el paraje donde se ha depositado lo que ha sido mi yo.

El médium, no dándose cuenta de la insistencia del Espíritu que le pedía fuese a orar sobre su tumba, había descuidado hacerlo. Sin embargo, fue a ella más tarde, y recibió allí la comunicación siguiente:

11 de mayo. — Os esperaba. Aguardaba el momento en que vendríais al lugar donde mi Espíritu parece aprisionado a su envoltura, a implorar al Dios de misericordia para que su bondad calme mis sufrimientos. Podéis hacerme bien con vuestras oraciones; no os canséis, os lo suplico. Veo cuán opuesta ha sido mi vida a lo que debía ser; veo las faltas que he cometido. He sido un ser inútil en el mundo; no he hecho ningún empleo útil de mis facultades, mi fortuna no sirvió sino para satisfacer mis pasiones, mis gustos, de lujo y mi vanidad; no he pensado más que en los goces del cuerpo y no en mi alma. ¿La misericordia de Dios descenderá sobre mí, pobre Espíritu que sufre aún por mis faltas terrestres? Rogad para que me perdone y sea librado de los dolores que siento ahora. Os doy gracias por haber venido a orar por mí.

8 de junio. — Puedo hablaros y le agradezco a Dios por permitírmelo. He visto mis faltas y espero que Dios me perdonará. Seguid siempre vuestra vida de acuerdo con la creencia que os anima, pues ella os reserva, para más tarde, un descanso del que yo no gozo aún. Gracias por vuestras oraciones. Adiós.

La insistencia del Espíritu en que se fuese a orar sobre su tumba es una particularidad notable, pero que tiene su razón de ser, si se considera cuán tenaces eran los lazos que lo retenían a su cuerpo y cuán larga y difícil era la separación, a consecuencia de la materialidad de su existencia. Se comprende que, acercándose al cuerpo, la oración podía ejercer una especie de acción magnética más poderosa para ayudar al desprendimiento. El uso casi general de orar junto al cuerpo de los difuntos, ¿no provendría de la intuición inconsciente que se tiene

de este efecto? La eficacia de la oración, en este caso, tendría un resultado a la vez moral y material.

LAMENTACIONES DE UN BOHEMIO

(Bordeaux, 19 de abril de 1862.)

30 de julio. – Ahora soy menos desgraciado, por que no siento más el lazo que me sujetaba a mi cuerpo; por fin soy libre, pero no completé la expiación; es necesario que repare el tiempo perdido, si no quiero que me prolonguen mis sufrimientos. Espero que Dios verá mi sincero arrepentimiento y tendrá a bien concederme su perdón. Rogad aún por mí, os lo suplico.

¡Hombres, hermanos míos! ¡Viví solo para mí y ahora lo sufro y lo expío! Que Dios os haga la gracia de que podáis evitar las espinas que me destrozan. ¡Marchad por el ancho camino del Señor y rogad por mí, porque abusé de los bienes que Dios *presta* a sus criaturas!

Aquél que sacrifica a los instintos brutales, la inteligencia y los buenos sentimientos que Dios ha puesto en él, se asemeja al animal que maltrata muchas veces. El hombre debe usar con sobriedad los bienes de los cuales es depositario; debe habituarse a no vivir sino teniendo en cuenta la eternidad que le aguarda y, por consecuencia, apartarse de los goces materiales. Su alimento no debe tener otro fin que su vitalidad; su lujo debe subordinarse a las necesidades estrictas de su posición; sus gustos, e incluso sus inclinaciones naturales también deben ser regidos por la más fuerte razón, si no se materializa en lugar de depurarse. Las pasiones humanas son un lazo estrecho que se hunde en las carnes; no le apretéis más, pues. Vivid, pero no seáis bohemios. ¡No sabéis lo que cuesta eso cuando se regresa a la patria! Las pasiones terrestres os despojan antes de dejaros, llegáis al Señor desnudos, enteramente desnudos. ¡Ah!, cubríos de buenas obras; ellas os ayudarán a saltar el espacio que os separa de la eternidad. Manto brillante, ellas ocultarán vuestras torpezas humanas. Envolveos de caridad y de amor, vestidos di vínos que nada arrebatara.

Instrucciones del guía del médium. – Este Espíritu está en buen camino, pues en su arrepentimiento acepta consejos para ponerse

en guardia contra los peligros de la ruta que sigue. Reconocer sus defectos es ya un mérito y un paso dado hacia el bien; por esto su situación, sin ser dichosa, no es la de un Espíritu que sufre. Se arrepiente; le queda la reparación, que cumplirá en otra existencia de pruebas. Pero antes de llegar a ella ¿sabéis cuál es la situación de estos hombres de vida enteramente sensual, que no han dado a su espíritu otra actividad que la de inventar, sin cesar, nuevos goces? La influencia de la materia les sigue más allá de la tumba y la muerte no pone un término a sus apetitos, que su vista, tan limitada como en la Tierra, busca en vano los medios de satisfacerlos. Como nunca busca el alimento espiritual, su alma vaga en el vacío sin objeto, sin esperanza, presa de la ansiedad del hombre que no tiene, ante sí, más que la perspectiva de un desierto sin límites. La nulidad de sus ocupaciones intelectuales, durante la vida del cuerpo, trae naturalmente la nulidad del trabajo del Espíritu después de la muerte; no pudiendo satisfacer al cuerpo, no les queda nada para satisfacer al Espíritu; de ahí un mortal aburrimiento del cual no ven el término y al que preferirían la nada; pero la nada no existe; han podido matar al cuerpo, pero no pueden matar al Espíritu; es preciso, pues, que vivan en esos tormentos morales hasta que, vencidos por el cansancio, se decidan a elevar su mirada hacia Dios.

LISBETH

(Bordeaux, 13 de febrero de 1862.)

Un Espíritu que sufre se inscribe bajo el nombre de Lisbeth.

1. ¿Queréis darnos algunos detalles sobre vuestra posición y la causa de vuestros sufrimientos? – R. Sé humilde de corazón, sumiso a la voluntad de Dios, paciente en las pruebas, caritativo para con el pobre, alentador del débil, ardiente de corazón, para todos los sufrimientos, y no sufrirás los tormentos que yo sufro.

2. Si las faltas opuestas a las cualidades que manifestáis os han arrastrado, parece que aquello os causa pesar; debéis de sentir os más aliviados en vuestro arrepentimiento. – R. No; el arrepentimiento es estéril cuando no es la consecuencia del sufrimiento. El arrepentimiento productivo es aquel que tiene por base el sentimiento de haber ofendido

a Dios y el ardiente deseo de reparar. Desgraciadamente, no estoy todavía en ese estado. Encomendadme a las oraciones de todos los que se consagran a los sufrimientos. Tengo necesidad de ellas.

Esto es una gran verdad; el sufrimiento arranca a veces un grito de arrepentimiento, pero que no es la expresión sincera del remordimiento por haber hecho mal, porque si el Espíritu no sufre más estará dispuesto a volver a empezar. He ahí por qué el arrepentimiento no lleva siempre a la libertad inmediata del Espíritu; para eso predispone, es todo; pero le es necesario probar la sinceridad y la solidez de sus resoluciones por nuevas pruebas, que son la reparación del mal que ha hecho. Si se meditan con cuidado todos los ejemplos que citamos, se encontrará en las palabras, aun de los Espíritus más inferiores, graves motivos de instrucción, porque nos inician en los detalles más íntimos de la vida espiritual. Mientras que el hombre superficial no verá en estos ejemplos sino relatos, más o menos pintorescos, el hombre formal y reflexivo encontrará en ellos una fuente abundante de estudios.

3. Haré lo que deseáis. ¿Queréis darme algunos detalles sobre vuestra última existencia? Puede resultar de ésto una enseñanza útil para nosotros, y hacer, así, vuestro arrepentimiento productivo.

(El Espíritu manifiesta gran indecisión para responder a esta pregunta, y a algunas de las siguientes).

R. Nací en una condición elevada. Tenía todo lo que los hombres miran como una fuente de felicidad. Rica, he sido egoísta; bella, he sido coqueta, indiferente y mentirosa; noble, he sido ambiciosa. He atropellado con mi poder a los que no se inclinaban ante mí, y también pisoteaba a los que se hallaban bajo mis pies, sin pensar que la cólera del Señor aniquila del mismo modo, tarde o temprano, las frentes más erguidas.

4. ¿En qué época vivíais? – R. Hace ciento cincuenta años, en Prusia.

5. Desde ese tiempo ¿no habéis hecho ningún progreso como Espíritu? – R. No; la materia se ha rebelado siempre. Tú no puedes comprender la influencia que ella ejerce, a pesar de la separación del cuerpo y del Espíritu. El orgullo, tú ves, os enlaza con cadenas de bronce cuyos anillos se aprietan más y más alrededor del miserable que le abandona su corazón. ¡El orgullo! ¡Esta hidra de cien cabezas, siempre

renacientes, que sabe modular sus silbidos empozoñados de tal modo que se les toma por una música celeste!; ¡El orgullo! ¡Este demonio múltiple que se dobliga a todas las aberraciones de vuestro Espíritu, que se oculta en los pliegues de vuestro corazón, penetra en vuestras venas, os envuelve, os absorbe y os arrastra consigo a las tinieblas del gehena eterno!... ¡Sí, eterno!

El Espíritu dice que no ha hecho ningún progreso, sin duda porque su situación es siempre penosa; pero la manera como describe el orgullo y deplora sus consecuencias, es incontestablemente un progreso; porque de seguro en su vida, ni poco después de su muerte, habría podido razonar así. Comprende el mal, lo que ya es algo; el valor y la voluntad de evitarle le vendrán después.

6. Dios es demasiado bueno para que condene a sus criaturas a penas eternas; confiad en su misericordia. – R. Puede haber un término, se dice así, pero ¿dónde? ¡Lo busco desde hace mucho tiempo y no veo más que sufrimiento siempre! ¡Siempre! ¡Siempre!

7. ¿Cómo habéis venido aquí hoy? – R. Un Espíritu, que me sigue muchas veces, me ha conducido hasta aquí. – P. ¿Desde cuando veis a este Espíritu? – R. No hace mucho. – P. Y ¿desde cuándo os dais cuenta de las faltas que habéis cometido? – R. (Después de larga reflexión). Sí, tienes razón; entonces fue cuando le vi.

8. ¿No comprendéis ahora la relación que hay entre vuestro arrepentimiento y la ayuda invisible que os presta vuestro Espíritu protector? Ved como origen de ese apoyo el amor de Dios y como meta su perdón y su misericordia infinita. – R. ¡Oh, cuánto lo desearía! P. Creo poder prometéroslo en el nombre sagrado de Aquél que no ha sido jamás sordo a la voz de sus hijos afligidos. Llamadle desde el fondo de vuestro arrepentimiento, El os oirá. – R. No puedo; tengo miedo.

9. Oremos juntos, Él nos oirá (Después de la oración). ¿Estáis aún ahí? – R. ¡Sí, gracias! ¡No me olvidéis!

10. Venid aquí a inscribiros todos los días. – R. Sí, sí, volveré siempre.

El guía del médium. – No olvidéis jamás las enseñanzas que adquirís en los sufrimientos de tus protegidos, y sobre todo en las causas

de estos sufrimientos; que os sirvan a todos de enseñanza para preservaros de los mismos peligros y de los mismos castigos. Purificad vuestros corazones, sed humildes, amaos, ayudadlos, y que vuestro corazón agradecido no olvide jamás la fuente de todas las gracias, fuente inagotable donde cada uno de vosotros puede beber con abundancia; fuente de agua viva que apaga la sed y nutre a la vez; fuente de vida y de dichas eternas. Id a ellas, mis muy amados, bebed con fe; echad en ella vuestras redes y saldrán de esas ondas cargadas de bendiciones informad a los vuestros hermanos advirtiéndoles de los peligros que pueden encontrar. Esparcid las bendiciones del Señor; ellas renacen sin cesar; cuanto más las virtáis alrededor de vosotros, más se multiplicarán. Las tenéis en vuestras manos, porque diciendo a vuestros hermanos: allí están los peligros, allí están los escollos, seguidnos para evitarlos; *imitadnos, a nosotros que damos el ejemplo*, derramaréis las bendiciones del Señor sobre los que os escuchan.

Benditos sean vuestros esfuerzos, mis muy amados. El Señor ama los corazones puros; mereced su amor.

SAINT PAULIN.

EL PRINCIPE OURAN

(Bordeaux, 1862)

Un Espíritu que sufre se presenta bajo el nombre de OURAN, ex príncipe ruso.

P. ¿Queréis darnos algunos detalles sobre vuestra situación? – R. ¡Oh! Bienaventurados los humildes de corazón, el reino de los cielos les pertenece! Rogad por mí. ¡Bienaventurados son aquéllos que, humildes de corazón, eligen para pasar sus pruebas una posición modesta! ¡No sabéis, vosotros todos a quien devora la envidia, a qué estado se ve reducido uno de los que llamáis los dichosos de la Tierra; no sabéis las ascuas ardientes que amontonan sobre su cabeza; no sabéis los sacrificios que impone la riqueza, cuando se quiere aprovechar esta para la salvación eterna! ¡Que el Señor me permita, a mí, orgulloso déspota, venir a expiar, entre los que he anonadado con mi tiranía, los

crímenes que el orgullo me ha hecho cometer! ¡Orgullo! ¡Repetid continuamente esta palabra para no olvidar jamás que es la fuente de todos los sufrimientos que os abrumen! Sí, abusé del poder y del favor de que gozaba; fui duro, cruel con mis inferiores que debían inclinarse a todos mis caprichos, satisfacer todas mis depravaciones. He querido para mí la nobleza, los honores y la fortuna, y he sucumbido bajo el peso que había tomado, superior a mis fuerzas.

Los Espíritus que sucumben, generalmente, dicen que tenían una carga superior a sus fuerzas; este es un medio de excusarse a sus propios ojos y un resto de orgullo: no quieren admitir que hayan faltado por su culpa. Dios no da a nadie más de lo que pueda llevar; no pide a nadie más de lo que se le pueda dar; no exige que el árbol naciente tenga los frutos de aquel que está en toda su lozanía. Dios da a los Espíritus la libertad; y lo que les falta es la voluntad, y la voluntad depende de ellos solos; con la voluntad, no hay inclinaciones viciosas que no se puedan vencer; pero *cuando uno se complace en una inclinación, es natural que no se hagan esfuerzos para dominarla*. Es preciso, pues, no culpar sino a sí mismo de las consecuencias que resulten de ello.

P. Tenéis la conciencia de vuestras faltas; es el primer paso hacia vuestro mejoramiento. – R. Esta conciencia es también un sufrimiento. Para muchos Espíritus el sufrimiento es un efecto casi material, porque, presos aún a la humanidad de su última existencia, no perciben las sensaciones morales. Mi Espíritu está separado de la materia, y el sentimiento se aumentó con todo lo que las sensaciones, crudas físicas, tenían de horrible.

P. ¿Entrevéis un término a vuestros sufrimientos? – R. Sé que no serán eternos; el término no lo entreveo todavía; me es necesario antes volver a empezar la prueba.

P. ¿Esperáis volver a empezar pronto? – R. No lo sé aún.

P. ¿Tenéis el recuerdo de vuestros antecedentes? Os lo pregunto con un fin instructivo. – R. Sí, tus guías están aquí y ellos saben lo que te conviene. Viví en tiempo de Marco Aurelio. Entonces, poderoso aun, sucumbí al orgullo, causa de todas las caídas. Después errar por siglos, quise ensayar una vida oscura. Pobre estudiante, mendigué mi pan, pero el orgullo ahí está siempre; el Espíritu adquirió ciencia pero no virtud. Sabio y ambicioso, vendí mi alma a mejor postor, sirviendo a

todas las venganzas y a todos los odios. Me reconocía culpable; pero la sed de honores, de riquezas, ahogaban los gritos de mi conciencia. La expiación fue aun larga y cruel. En fin, quise, en mi última encarnación, volver a comenzar una vida de lujo y de poder; pensando dominar los escollos, no hice caso de los avisos: orgullo que de nuevo me condujo a fiarme de mi propio juicio antes que del los amigos protectores que no cesan de velar sobre nosotros; tú sabes el resultado de esta última tentativa.

Hoy comprendo al fin, y confío en la misericordia del Señor. Pongo a sus pies mi orgullo vencido, y le pido cargar mis espaldas con el más pesado fardo de humildad; con la ayuda de su gracia, el peso me parecerá ligero. Orad conmigo y para mí; rogad también para que este demonio de fuego no devore en vosotros los instintos que os elevan hacia Dios. Hermanos en sufrimiento, que mi ejemplo os sirva, y no olvidéis nunca que el orgullo es el enemigo de la dicha, porque de él dimanar todos los males que atacan a la Humanidad y la persiguen hasta en regiones celestiales.

El guía del médium. – Tú has concebido dudas sobre este Espíritu, porque su lenguaje no te parece conforme con su estado de sufrimiento, que denota su inferioridad. No temas: ha recibido una instrucción formal; aunque sufra este Espíritu, es bastante elevado en inteligencia, para hablar como lo ha hecho. No le falta más que la humildad, sin la cual ningún Espíritu puede llegar a Dios. Esta humildad él la conquista ahora y esperamos que, con perseverancia, saldrá triunfante de una nueva prueba.

Nuestro Padre celeste pleno de justicia en su sabiduría; toma en cuenta los esfuerzos que hace el hombre para dominar sus malos instintos. Cada victoria conseguida sobre vosotros mismos es un peldaño ascendido en esa escala de la cual un extremo se apoya sobre vuestra Tierra y el otro se detiene a los pies del Juez Supremo. Subid, pues, con ánimo resuelto; es suave el ascenso para los que tienen la voluntad fuerte. Mirad siempre a lo alto para animaros, porque ¡desgraciado de aquél que se detiene y mira hacia atrás! Entonces, tocado por el deslumbramiento, el vacío que le rodea le espanta; se encuentra sin fuerzas y dice: ¿Para qué sirve adelantar aún? ¡He hecho

tan poco camino! No, amigos míos, no miréis hacia atrás. El orgullo está incorporado en el hombre; pues bien, emplead este orgullo en daros fuerza y valor para rematar vuestra ascensión. Empleadlo en dominar vuestras debilidades, y subir a la cima de la montaña eterna.

PASCAL LAVIC

(El Havre, 9 de agosto de 1863.)

Este Espíritu se comunicó espontáneamente al médium sin que éste le hubiese conocido en vida, ni siquiera de nombre.

“Creo en la bondad de Dios, que consentirá tener misericordia de mi pobre Espíritu. ¡He sufrido, mucho, he sufrido, y mi cuerpo pereció en el mar! Mi pobre Espíritu estaba adherido a mi cuerpo y por mucho tiempo estuve errante sobre las olas. Dios...”

(La comunicación fue interrumpida; al día siguiente el Espíritu continuó:)

“... ha tenido a bien permitir que las oraciones de los que dejé sobre la Tierra me sacasen del estado de perturbación y de incertidumbre en que mi Espíritu estaba sumergido. Me han esperado mucho tiempo y pudieron encontrar mi cuerpo; el cual descansa ahora y mi Espíritu, separado con trabajo, ve las faltas cometidas; consumada la prueba Dios juzga con justicia y su bondad se extiende sobre los arrepentidos.”

“Sí, por mucho tiempo estuvo errante mi Espíritu con mi cuerpo, porque tenía que expiar. Seguid el camino recto si queréis que Dios permita que se separe pronto vuestro Espíritu de su envoltura; vivid en su amor; orad, y la muerte, tan terrible para tantos, será suave para vosotros, puesto que sabéis la vida que os aguarda. Sucumbí en el mar y me esperaron mucho tiempo. El no poder apartarme de mi cuerpo era para mí una terrible prueba; por esto tengo necesidad de vuestras oraciones, de vosotros que estáis en la creencia que salva, de vosotros, que podéis rogar a Dios por mí como se debe. Me arrepiento y espero que tendrá a bien perdonarme. Mi cuerpo fue encontrado el 6 de agosto; yo era un pobre marinero y perecí hace mucho tiempo. Rogad por mí.

PASCAL LAVIC

P. ¿Dónde fuiste encontrado? – R. Cerca de vosotros.

El Journal du Havre, del 11 de agosto de 1863, contenía el artículo siguiente, del cual no pudo tener conocimiento el médium:

“Hemos anunciado que fue encontrado, el 6 de este mes, un resto de cadáver encallado entre Bleville y La Héve. La cabeza, los brazos y el busto estaban retirados; sin embargo, su identidad pudo ser constatada por el calzado todavía sujeto a los pies. Así es que se ha reconocido que era el cuerpo del pescador Lavic, que pereció el 11 de diciembre en el buque *L’Alerte*, destruido frente a Trouville por un golpe de mar. Lavic tenía cuarenta y nueve años y había nacido en Calais. La viuda del difunto fue quien probó su identidad.

El 12 de octubre, cuando se hablaba de este acontecimiento en el círculo donde este Espíritu se había presentado por primera vez, se comunicó de nuevo espontáneamente:

“Os aseguro que soy Pascal Lavic, y tengo necesidad de vuestras oraciones. Podéis hacerme el bien, porque la prueba que he sufrido ha sido terrible. La separación de mi Espíritu del cuerpo solo se hizo cuando reconocí mis faltas; y después no me apartaba de él por completo; le seguía en el mar que le había tragado. Rogad, pues, a Dios que me perdone; rogadle que me dé reposo. Rogadle, os lo suplico. ¿Qué este terrible fin, de una existencia terrestre infeliz, sea para vosotros una enseñanza muy grande! Debéis pensar en la vida futura y no dejar de pedir a Dios su misericordia. Orad por mí; tengo necesidad de que Dios tenga piedad de mí.”

PASCAL LAVIC.

FERDINAND BERTIN

Un médium, que vivía en el Havre, evocó el Espíritu de una persona que le era conocida. Ese Espíritu respondió: “Quiero comunicarme, pero no puedo vencer el obstáculo que hay entre nosotros; me veo obligado a dejar que se os acerquen esos desgraciados que sufren.” Recibió entonces espontáneamente la comunicación siguiente:

¡Estoy en un horroroso abismo! ¡Ayudadme! ¡Oh, Dios mío!

¿Quién me sacará de este abismo?... ¿Quién extenderá una mano que socorre al infeliz que ha sido tragado por el mar?... La noche es tan negra, que tengo miedo... Por todas partes el murmullo de las olas, y ninguna palabra amiga para consolarme y ayudarme en este momento supremo; porque esta noche profunda es la muerte con todo su horror yo no quiero morir! ... ¡Oh, Dios mío! ¡No es la muerte que ha de venir, es la muerte pasada!... Estoy separado de los que amo para siempre... Veo mi cuerpo, y lo que experimentaba ahora mismo no era más que el recuerdo de la horrible angustia de la separación... Tened piedad de mí, vosotros que conocéis mis sufrimientos; rogad por mí, porque no quiero sentir más, así como he experimentado desde esa noche fatal, todos los tormentos de la agonía!... Sin embargo, ahí está mi castigo: lo presiento... ¡Rogad, os lo suplico!... ¡Oh! El mar... el frío... ¡Voy a ser tragado!... ¡Socorro!... Tened, pues, piedad; no me rechazéis!... ¡Nos salvaremos mejor los dos sobre estos restos!... ¡Oh! ¡Me sofoco!..., las olas van a tragarme, y los míos no tendrán el triste consuelo de volver a verme... Pero no; veo que mi cuerpo no es ya azotado por las olas... Las oraciones de mi madre serán oídas... ¡Mi pobre madre! ¡Si pudiera figurarse a su hijo, tan miserable como está en realidad, oraría mejor; pero cree que la causa de mi muerte ha santificado el pasado; me llora mártir y no infeliz y castigado!... ¡Oh!, vosotros que lo sabéis, ¿no tendréis piedad? No, vosotros oraréis.

FRANÇOIS BERTIN

Este nombre, enteramente desconocido del médium, no le recordaba nada, y se creyó que, sin duda, era el Espíritu de algún infeliz naufrago que venía a manifestarsele espontáneamente, como le había acontecido muchas veces. Un poco más tarde supo que, en efecto, era el nombre de una de las víctimas de un gran desastre marítimo que había tenido lugar, por estos parajes, el 2 de diciembre de 1863. La comunicación se dio el 8 del mismo mes, seis días después de la catástrofe. El individuo había perecido haciendo tentativas inauditas para salvar la tripulación y en el momento en que creía asegurada su salvación.

Este individuo no tenía con el médium ningún lazo de parentesco, o de conocimiento: ¿por qué, pues, se ha manifestado a él antes que a

ningún miembro de su familia? Es que los Espíritus no encuentran, en todo el mundo, condiciones fluídicas necesarias para este efecto; además, en la turbación en que estaba no tenía la libertad de elección; fue conducido instintivamente y por atracción hacia este médium, dotado a lo que parece, de una aptitud especial para las comunicaciones espontáneas de este género; sin duda, presentía también que encontraría allí una simpatía particular, como otras encontrara en semejantes circunstancias. Su familia, extraña al Espiritismo, quizás sin simpatía a esta creencia, no hubiera acogido su revelación como este médium podía hacerlo.

Aunque la muerte había ocurrido algunos días antes, el Espíritu sufría aún todas sus angustias. Es evidente que no se daba ninguna cuenta de su situación; se creía todavía vivo, luchando contra las olas, y aun así habla de su cuerpo como si estuviese separado de éste; pide socorro; dice que no quiere morir, y un instante después habla de la causa de su muerte, que reconose ser un castigo; todo esto denota la confusión de las ideas que sigue casi siempre a las muertes violentas.

Dos meses más tarde, el 2 de febrero de 1864, se comunicó de nuevo, espontáneamente, al mismo médium y le dictó lo que sigue:

“La piedad que habéis tenido por mis sufrimientos tan horribles, me ha aliviado. Comprendo la *esperanza*; entreveo el perdón, pero después del castigo por la falta cometida; sufro siempre, y si Dios permite que, durante algunos momentos, atisbe el fin de mi desgracia, es a las oraciones de las almas caritativas, conmovidas por mi situación, que debo este alivio. ¡Oh, esperanza, rayo del cielo, qué bendita eres cuando te siento nacer en mi alma!... Pero, ¡ay de mí!, el abismo se abre; el terror y el sufrimiento hacen apagar ese recuerdo de la misericordia... ¡La noche; siempre la noche!... El agua, el ruido de las olas que van a tragar mi cuerpo, no son más que una débil imagen del horror que rodea a mi pobre Espíritu... Estoy más calmado cuando puedo estar cerca de vosotros; porque del mismo modo que un terrible secreto, depositado en el seno de un amigo, alivia a quien oprimía, del mismo modo vuestra piedad, motivada por la confianza de mi miseria, calma mi mal y descansa a mi Espíritu. Vuestras oraciones me hacen bien; no me las rehuséis. No quiero caer más en ese horrible sueño que se hace realidad cuando lo veo...

Tomad el lápiz más frecuentemente; ¡me hace tanto bien comunicarme por vos!

Algunos días después, este mismo Espíritu, habiendo sido evocado en una reunión espírita de París, le fueron dirigidas las siguientes preguntas, a las cuales respondió en una misma y sola comunicación, y por otro médium.

¿Qué os llevó a manifestaros espontáneamente al primer médium por el cual os comunicasteis?—¿Cuánto tiempo hacía que estabais muerto, cuando os manifestasteis? Cuando os comunicasteis, parecíais incierto si estabais todavía muerto o vivo, y probasteis todas las angustias de una muerte terrible; ahora ¿os dais mejor cuenta de vuestra situación?—Dijisteis, positivamente, que vuestra muerte era una expiación; ¿queréis decirnos su causa? Esto será una instrucción para nosotros y un alivio para vos. Por esta confesión sincera, atraeréis la misericordia de Dios, que solicitaremos en nuestras oraciones.

Respuesta.—Parece imposible, a primera vista, que una criatura pueda sufrir tan cruelmente. ¡Dios! ¡Qué penoso es verse constantemente en medio de las olas furiosas, y sentir, sin cesar, esa amargura, ese frío glacial que aumenta, que oprime el estómago!

Pero, ¿para qué sirve entreteneros siempre con tales espectáculos? ¿No debo comenzar por obedecer las leyes del reconocimiento agradeciéndos a todos vosotros que tomáis tal interés por mis tormentos? ¿Preguntáis si me comuniqué mucho tiempo después de mi muerte? No puedo responder fácilmente. ¡Pensad y juzgad en qué horrible situación estoy aún! Sin embargo, fui conducido junto al médium, según creo por una voluntad extraña a la mía; y me es imposible darme cuenta de ello, *yo me serví de su brazo con la misma facilidad con que me sirvo del vuestro en este momento, persuadido de que me pertenece.* Siento incluso, en este momento, que es un gozo muy grande, así como un consuelo particular que, ¡ay!, pronto va a cesar. Pero, ¡oh Dios mío! Tendría que hacer una confesión; ¿tendré fuerza para eso?

Después de darle mucho ánimo, el Espíritu añadió: ¡Soy muy culpable! Y sobretodo lo que más pena me causa es que se crea que

soy un mártir; no es nada de eso... En una existencia precedente hice meter en un saco a varias víctimas y lanzarlas al mar... ¡Orad por mí!

Instrucciones de San Luis sobre esta comunicación:

Esta confesión será, para este Espíritu, causa de gran alivio. ¡Sí, él fue muy culpable! Pero la existencia que acaba de dejar fue honrada; era amado y estimado por sus jefes; fue el fruto de su arrepentimiento y de las buenas resoluciones que tomó antes de retornar a la Tierra donde quiso ser tan humano como fue cruel antes. La abnegación de la cual dio pruebas, era una reparación, pero le era necesario rescatar faltas pasadas por una última expiación, la de la muerte cruel que sufrió; él mismo se quiso purificar, sufriendo las torturas que hizo sufrir a otros; y notad que una idea lo perseguía: el lamento de ver que se le consideraba como un mártir. Creed que se le tendrá en cuenta ese sentimiento de humildad. De ahora en adelante dejó el camino de expiación para entrar en el de la rehabilitación; con vuestras oraciones podéis sostenerlo y hacerlo caminar más firme y más seguro.

FRANÇOIS RIQUIER

François Riquier, hombre muy común, era un viejo avaro y solterón, muerto en C..., en 1857, dejando una fortuna bastante considerable a sus colaterales. Otrora, fue el patrón de una señora que después lo olvidara totalmente, incluso ignorando si aún estaba en este mundo. En 1862, la hija de esa señora, que estaba sujeta a crisis de catalepsias seguidas de un sueño magnético espontáneo y que, además, era muy buena médiun escritora, vio en su sueño, al señor Riquier diciéndole que quería dirigirse a la madre. Algunos días después, como se manifestara espontáneamente y revelara el deseo de hablar a esa señora, se entabló, con él la siguiente conversación:

P. ¿Qué queréis de nosotros? – R. ¡Mi dinero, que me lo tomaron todos los miserables para repartírselo! Vendieron mis mansiones, mis casas, todo para repartírselo. Dilapidaron mis bienes como si no fuesen más míos. Haced que se haga justicia, porque a mí, ellos no me

escuchan y no quiero ver más a tales infames. ¡Dicen que yo era usurero y se guardan mi dinero! ¿Por qué no me lo quieren devolver, si creen que fue mal adquirido?

P. Pero estáis muerto, buen hombre; no tenéis más necesidad de dinero. Pedid a Dios que os conceda una nueva existencia pobre para expiar la avaricia de esta. – R. No, yo no podría vivir más como pobre. Es necesario mi dinero para hacerme vivir. Por lo demás, no tengo necesidad de tener otra vida, puesto que vivo la presente.

P. (La pregunta siguiente fue hecha con el objetivo de conducirlo a la realidad). – ¿Sufristis? – R. ¡Oh!, sí, sufrí torturas peores que la enfermedad más cruel, porque es mi alma la que soporta esas torturas. Tengo siempre presente en el pensamiento la iniquidad de mi vida, que fue un motivo de escándalo para muchos. Sé bien que soy un miserable, indigno de piedad; pero sufrí tanto que es necesario ayudarme a salir de este miserable estado.

P. Oraremos por vos. – R. ¡Gracias! Orad para que yo olvide mis riquezas terrestres, pues sin esto jamás podré arrepentirme. Adiós y gracias.

FRANÇOIS RIQUIER
Rua de la Charité, nº 14

Es bastante curioso ver a este Espíritu dar su dirección como si estuviese aún vivo. La señora, que lo ignoraba, se apresuró en ir a verificarla y quedó muy sorprendida al ver que la casa indicada era justamente la última que él habitara. Así después de cinco años, él se encontraba aún en la ansiedad terrible para un avaro, de ver sus bienes divididos entre sus herederos. La evocación provocada, sin duda, por un buen Espíritu, tuvo por efecto hacerlo comprender su posición y disponerlo al arrepentimiento.

CLAIRE

(Sociedad de París, 1861.)

El Espíritu que dictó las comunicaciones siguientes fue el de una

señora que el médium conociera cuando viva, y cuya conducta y carácter no justifican mucho los tormentos que ella sufre. Sobre todo estaba dominada por un sentimiento exagerado de egoísmo y de personalidad, que se refleja en la tercera comunicación, por su pretensión de querer que el médium no se ocupe sino de ella. Estas comunicaciones fueron obtenidas en diversas épocas; las tres últimas denotan un progreso sensible en las disposiciones del Espíritu, gracias a los cuidados del médium, que emprendía su educación moral.

I. “Heme aquí, yo, la infeliz Claire; ¿qué quieres tú que yo te enseñe? La resignación y la esperanza no son palabras para aquél que sabe que innumerables como las piedras de la playa, sus sufrimientos durarán a través de la sucesión interminable de los siglos. ¿Yo puedo endulzarlos dices? ¡Qué palabra vaga! ¿Dónde encontrar el valor y la esperanza para eso? Trate, pues, cerebro limitado, de comprender lo que es un día que no acaba nunca. ¿Es un día, un año, un siglo? ¿Qué sé yo de eso? Las horas no lo dividen nada; las estaciones no lo varían: eterno y lento como el agua que escurre de la roca, ese día execrado, ese día maldito, pesa sobre mí como una moldura de plomo... ¡Yo sufro!... No veo nada a mi alrededor, sino sombras silenciosas e indiferentes... ¡Yo sufro!

Sin embargo, yo sé que, por encima de esta miseria, reina Dios, el padre el señor, aquél hacia quién todo se encamina. Quiero pensar en él, quiero implorarle misericordia.

Yo me debato y me arrastro como un lisiado que rastrea a lo largo del camino. No sé que poder me atrae hacia ti; ¿tal vez seas la salvación? Yo lo dejo un poco calmada, un poco reanimada; como un viejo tiritando que se reanima con un rayo de sol, mi alma helada toma una nueva vida aproximándose a ti.

II. Mi desgracia aumenta a cada día; aumenta en la medida en que el conocimiento de la eternidad se desenvuelve en mí. ¡Oh miseria! ¡Cuánto os maldigo, horas culpables, horas de egoísmo y de olvido, donde, desconociendo toda la caridad, toda la abnegación, no pensaba sino en mi bienestar! ¡Malditas seáis humanas comodidades! ¡Vanas preocupaciones de intereses materiales! ¡Malditas seáis vosotras que me enceguecisteis y me perdisteis! Estoy roída por el incesante lamento

del tiempo perdido. ¿Qué te diré, a ti que me escuchas? Vela sin cesar sobre ti; ama a los otros más que a ti mismo; no te demores en los caminos del bienestar; no engordes tu cuerpo a expensas de tu alma; vigila, como decía el Salvador a sus discípulos. No me agradezcas por estos consejos, *mi Espíritu los concibe, mi corazón nunca los escuchó*. Como un perro golpeado, el miedo me hace arrastrar, pero aún no conozco el desembarazado amor. ¡Su divina aurora tarda mucho en levantarse! ¡Ora por mi alma resequida y tan miserable!

III. Vengo a buscarte hasta aquí, puesto que me olvidas. ¿Crées, pues, que oraciones aisladas, o mi nombre pronunciado, bastarán para el apaciguamiento de mi pena? No, cien veces no. Yo rujo de dolor; vago errante sin reposo, sin asilo, sin esperanza, sintiendo el eterno agujijón del castigo hundirse en mi alma rebelde. Ríe cuando oigo vuestros lamentos, cuando os veo abatidos! ¡Qué son vuestras pálidas miserias! ¡Qué son vuestras lágrimas! ¡Qué son vuestros tormentos que el sueño suspende! ¿Es que duermo yo? Yo quiero. ¿entiendes? Yo quiero que, dejando las disertaciones filosóficas, te ocupes de mí; que hagas que los otros se ocupen de mí. No tengo expresiones para pintar la angustia de ese tiempo que huye, sin que las horas les marquen los períodos. Apenas veo un débil rayo de esperanza, y esta esperanza tú me la diste; no me abandones pues.

IV. *El Espíritu de San Luis*. – Ese cuadro es muy verdadero, porque no es de modo alguno exagerado. Se preguntará tal vez que hizo esa mujer para ser tan miserable. ¿Cometió algún crimen horrible? ¿Fue robada, asesinada? No; nada hizo que mereciera la justicia de los hombres. Al contrario, ella se burló de lo que llamáis la felicidad terrestre; belleza, fortuna, placeres, adulaciones, todo le sonreía, nada le faltaba, y se decía viéndola: ¡Qué mujer feliz! Y se envidiaba su suerte. ¿Qué hizo ella? Fue egoísta; tenía todo, excepto buen corazón. Si no violó la ley de los hombres, violó la ley de Dios, porque desconoció la caridad, la primera de las virtudes. No amó sino a sí misma, ahora nadie la ama; nada dio, nada se le da; está aislada, desamparada, abandonada, perdida en el espacio donde nadie piensa en ella, nadie se ocupa de ella: es lo que hace su suplicio. Como no buscó sino los goces mundanos, y hoy esos goces ya no existen, el vacío se hizo a su alrededor: solo ve la nada y la nada le parece la eternidad. No sufre más las torturas físicas, los diablos

no vienen a atormentarla, pero esto no es necesario: ella se atormenta a sí misma y sufre mucho, porque esos diablos aún serían seres que pensarían en ella. El egoísmo hizo su alegría en la Tierra: le persiguió; ahora es el gusano que le roe el corazón, su verdadero demonio.

SAN LUIS

V. Os hablaré de la diferencia importante que existe entre la moral divina y la moral humana. La primera asiste a la mujer adúltera en su abandono, y dice a los pecadores: –“Arrepentíos y el reino de los cielos se os abrirá”. La moral divina, en fin, acepta todos los arrepentimientos y todas las faltas confesadas, mientras que la moral humana rechaza estas y admite, sonriendo, los pecados ocultos que, dice, son medio perdonados. En la una, la gracia del perdón, en la otra, la hipocrecía. ¡Escoged, Espíritus ávidos de la verdad! Escoged entre los cielos abiertos al arrepentimiento y a la tolerancia que admite el mal que no incomoda a su egoísmo y sus falsas conveniencias, pero que rechaza la pasión y los sollozos de faltas confesadas públicamente. Arrepentíos vosotros, todos los que pecáis; renunciad al mal, pero sobre todo renunciad a la hipocrecía, que vela la torpeza, de la máscara risueña y engañosa de las mutuas conveniencias.

VI. Ahora estoy tranquila y resignada para la expiación de las faltas que cometí. El mal está en mí y no fuera de mí; soy, pues yo quien debo mudar y no las cosas exteriores. Cargamos en nosotros nuestro cielo y nuestro infierno, y nuestras faltas, grabadas en la conciencia, se leen fácilmente en el día de la resurrección, y entonces somos nuestros propios jueces, puesto que el estado de nuestra alma nos eleva o nos precipita de arriba hacia abajo. Me explico: un Espíritu manchado y *pesado* por sus faltas, no puede concebir ni desear una elevación que no sabría soportar. Creedlo bien: así como las diferentes especies de seres viven cada una en la esfera que le es propia, así también los Espíritus, según el grado de su adelantamiento, se mueven en el medio que es el de sus facultades; no conciben otro sino cuando el progreso, instrumento de la lenta transformación de las almas, los arrebatara de sus tendencias rastreras y los hace despojar de la crisálida del pecado, a fin de que puedan revolotear antes de lanzarse, rápidos como flechas, hacia Dios, tornado el objetivo único y deseado. ¡Ay de mí! Yo me

arrastró aún, pero no odio más y concibo la inefable felicidad del amor divino. Orad, pues, siempre por mí, que espero y aguardo.

En la comunicación siguiente, Claire habla de su marido, quien mucho la hizo sufrir cuando estaba viva, y de la posición en que se encuentra hoy en el mundo de los Espíritus. Este cuadro, que ella misma no pudo terminar, fue completado por el guía espiritual del médium.

VII. Vengo a ti que me dejaste mucho tiempo en el olvido; pero adquiriré la paciencia, y no me siento ya desesperada. Quieres saber cual es la situación del pobre Félix; está errante en las tinieblas, víctima de la profunda desnudez de su alma; su ser, superficial y liviano, manchado por el placer, siempre ignoró el amor y la amistad. La propia pasión no iluminó sus vislumbres sombríos. Comparo su estado presente al de un niño incapaz para los actos de la vida y privado del socorro de aquellos que los asisten. Félix anda errante y temeroso, en este mundo extraño donde todo resplandece con el esplendor de Dios, que él negó...

VIII. *El guía del médium* – Claire no pudo continuar el análisis de los sufrimientos de su marido, *sin sentirlos también*; voy a hablar por ella.

Félix, que era superficial en las ideas como en los sentimientos, violento porque era débil, disoluto porque era frío, entró en el mundo de los Espíritus, moralmente desnudo, como lo era en lo físico. *Entrando en la vida terrestre, nada adquirió y como consecuencia, tiene que empezar todo*. Como un hombre que despierta de un largo sueño y que reconoce cuan vana fue la agitación de sus nervios, ese pobre ser, saliendo de la turbación, reconocerá que vivió de quimeras, que engañaron su vida; maldecirá el materialismo que lo hizo abrazar el vacío, cuando creía estrechar una realidad; maldecirá el positivismo que lo hizo llamar fantasía a las ideas de una vida futura; las aspiraciones, locuras, y la creencia en Dios, debilidad. El infeliz, despertándose, verá que esos nombres de los cuales ha hecho burla eran la fórmula de la verdad, y que, al contrario de la fábula, la caza de la presa fue menos provechosa que la de la sombra.

GEORGES

Estudios sobre las comunicaciones de Claire

Estas comunicaciones son instructivas sobre todo porque nos muestran una de las facetas más vulgares de la vida: el egoísmo. Allí no están esos grandes crímenes que espantan incluso a los hombres perversos, sino la condición de una multitud de personas que viven en el mundo, honradas y buscadas, porque tienen un cierto barniz, y no caen bajo vindicta de las leyes sociales. Estos no son tampoco en el mundo de los Espíritus, castigos excepcionales, cuyo cuadro haga temblar, sino una situación simple, natural, consecuencia de su manera de vivir y del estado de su alma; el aislamiento, el desamparo, el abandono, he ahí el castigo, de aquél que no vivió sino para sí, Claire era, como se vio, un Espíritu muy inteligente, pero un corazón seco; en la Tierra, su posición social, su fortuna, sus ventajas físicas le atraían homenajes que lisonjeaban su vanidad, y eso le bastaba; allá no encuentra sino la indiferencia, y el vacío se hizo a su alrededor; castigo más punzante que el del dolor, porque es mortificante, porque el dolor inspira piedad y compasión; es aún un medio de atraer las atenciones, de hacer que se ocupen de sí, de interesarse con su suerte.

La sexta comunicación encierra una idea perfectamente verdadera, en aquello que explica la obstinación de ciertos Espíritus en el mal. Se admira en verse que son insensibles al pensamiento, al espectáculo mismo de la felicidad, de la cual gozan los buenos Espíritus. Están exactamente en la posición de hombres degradados, que se satisfacen en el fango y en las alegrías groseras y sensuales. Allí estos hombres están, en cierto modo, en su medio; ellos no conciben los goces delicados; prefieren sus andrajos sucios a los vestidos propios y brillantes, porque allí están más perfectamente a voluntad; sus fiestas báquicas, a los placeres de la buena compañía. Están de tal modo identificados con ese género de vida, que se tornó, para ellos, una segunda naturaleza; se creen inclusive incapaces de elevarse por encima de su esfera, y es por esto que permanecen allí, hasta que una transformación de su ser abra su inteligencia, desarrollando en ellos el sentido moral, haciéndolos accesibles a las sensaciones más sutiles.

Esos Espíritus, cuando están desencarnados, no pueden adquirir instantáneamente la delicadeza del sentimiento y, durante un tiempo más o menos largo, ocuparán las escorias del mundo espiritual, como

ocuparon las del mundo corporal; permanecerán allí tanto tiempo cuanto sean rebeldes al progreso; pero, con el tiempo, con la experiencia, las tribulaciones, las miserias de las encarnaciones sucesivas, llega un momento en que conciben algo mejor que aquello que tienen; sus aspiraciones se elevan; comienzan a comprender lo que les falta, y es entonces que hacen esfuerzos para adquirirlo y elevarse. Una vez entrados en ese camino, marchan con rapidez porque gustaron de una satisfacción que les parece muy superior, y junto a la cual las otras, siendo groseras sensaciones, acaban por inspirarles repugnancia.

Pregunta (A San Luis) *¿Qué es necesario entender por las tinieblas donde están sumergidos ciertas almas que sufren? ¿Serían allí las tinieblas de las cuales se habla tan frecuentemente en las Escrituras?* – R. Las tinieblas, de las cuales se hablan, son en realidad aquellas designadas por Jesús y los profetas, hablando del castigo de los malos. Pero están ahí aun en una figura destinada a herir los sentidos materiales de sus contemporáneos, que no comprenderían el castigo de una manera espiritual. Ciertos Espíritus están sumergidos en las tinieblas, pero es necesario entender por eso una verdadera noche del alma, comparable a la obscuridad de la cual está marcada la inteligencia del idiota. No es una locura del alma, sino una inconsciencia de sí misma y de lo que la rodea, que se produce tan bien tanto con la presencia como en ausencia de luz material. Es sobre todo, un castigo de aquellos que dudaron del destino de su ser; creyeron en la nada, y la apariencia de esa nada viene a ser su suplicio, hasta que el alma, retornando sobre sí misma, venga a quebrar con energía la red de enervación moral que la prende; del mismo modo que un hombre angustiado por un sueño penoso, lucha, en un momento dado, con toda la fuerza de sus facultades, contra los terrores, por los cuales en principio, se dejó dominar. Esa reducción momentánea del alma a una nada ficticia, con el sentimiento de su existencia, es un sufrimiento más cruel de lo que se podría imaginar, en razón de esa apariencia de reposo, con la cual está marcado; ese reposo forzado, esa nulidad de su ser, esa incertidumbre, es lo que hace su suplicio: es el aborrecimiento por el cual está angustiada, que es el castigo más terrible, porque nada percibe a su alrededor, ni cosas, ni seres, son, para ella, verdaderas tinieblas.

(*Claire.*) Heme aquí. Puedo también responder a la pregunta puesta sobre las tinieblas, porque erré y sufrí mucho tiempo en esos limbos donde todo es sollozo y miserias. Sí, las tinieblas visibles, de las cuales hablan las Escrituras, existen y los infelices que, habiendo terminado sus pruebas terrestres, dejan la vida, ignorantes o culpables, son sumergidos en la fría región, ignorantes de ellos mismos y de sus destinos. Creen en la eternidad de su situación, balbucean aún las palabras que en vida les sedujeran, se asombran y se amedrentan con su gran soledad; son tinieblas estos lugares vacíos y poblados, estos espacios donde, arrastrados, gimientes, pálidos Espíritus, yerran sin consuelo, sin afecciones, sin ningún socorro. ¿A quién dirigirse?... Sienten allí a la eternidad caer sobre ellos; tiemblan y lamentan los mezquinos intereses que marcaron el compás de sus horas; lamentan la noche que, sucediendo al día, frecuentemente, arrebató sus preocupaciones para un sueño feliz. Las tinieblas son, para los Espíritus: la ignorancia, el vacío y el horror a lo desconocido... No puedo continuar...

CLAIRE

También se ha dado, de esta obscuridad, la explicación siguiente:

“El periespíritu posee, por su naturaleza, una propiedad luminosa que se desarrolla bajo el imperio de la actividad y de las cualidades del alma. Podríase decir que esas cualidades son para el fluido periespiritual lo que la fricción es para el fósforo. El brillo de la luz está en razón de la pureza del Espíritu; las menores imperfecciones morales la oscurecen y la debilitan. La luz que irradia de un Espíritu es, así, tanto más viva cuanto más adelantado sea este. Siendo el Espíritu, en cierto modo, *su farol*, ve más o menos según la intensidad de la luz que produce; de donde resulta que aquellos que nada producen están en la obscuridad.

Esta teoría es perfectamente justa en cuanto a la irradiación del fluido luminoso por los Espíritus superiores, lo que es confirmado por la observación; pero ahí no parece estar la causa verdadera, o por lo menos única del fenómeno del cual se trata, puesto: 1° que todos los Espíritus inferiores no están en las tinieblas; 2° que el mismo Espíritu se puede encontrar, alternativamente, en la luz y en la obscuridad; 3° que la luz es un castigo para ciertos Espíritus imperfectos. Si la obscuridad

en la cual están sumergidos ciertos Espíritus fuese inherente a su personalidad, sería *permanente y general* para todos los malos Espíritus, lo que no es así una vez que Espíritus, de la mayor perversidad, ven perfectamente, mientras que otros, que no se pueden calificar como perversos, están temporalmente sumergidos en las profundas tinieblas. Todo prueba que, aparte de la propia, los Espíritus reciben una luz exterior que les hace falta según las circunstancias; de donde es preciso concluir que esa obscuridad depende una causa o voluntad extraña, y que constituye un castigo especial para casos determinados por la soberana justicia.

Pregunta (a San Luis). ¿De dónde proviene que la educación moral de los Espíritus desencarnados es más fácil que la de los encarnados? Las relaciones establecidas por el Espiritismo, entre los hombres y los Espíritus, dieron oportunidad de observar que estos últimos se conducen más rápidamente bajo la influencia de consejos saludables de los que están encarnados, así como se ve por las curas de las obsesiones.

R. (Sociedad de París).—El encarnado, por su propia naturaleza, está en un estado de lucha incesante en razón de los elementos contrarios de que está compuesto, y que deben conducirlo a su fin providencial, reaccionando uno sobre el otro. La materia sufre fácilmente el dominio de un fluido exterior; si el alma no reacciona con toda la fuerza moral de que es capaz, ella se deja dominar por intermedio de su cuerpo, y sigue el impulso de influencias perversas de las cuales está cercada, y eso con una facilidad tanto mayor cuanto los invisibles que la oprimen, ataquen, de preferencia, los puntos más vulnerables, las tendencias hacia la pasión dominante.

Para el Espíritu desencarnado, ocurre todo de otro modo; es verdad, él aún está bajo una influencia semimaterial, pero ese estado nada tiene de comparable al del encarnado. El respeto humano, tan preponderante para los hombres, es nulo para él, y ese pensamiento no podría obligarlo a resistir, por mucho tiempo, las razones que su propio interés le muestra como buenas. Él puede luchar, y generalmente lo hace con más violencia que el encarnado, porque está libre, pero ninguna visión mesquina de interés material, de posición social viene a entravar su juicio. Él lucha por amor al mal pero adquiere enseguida el

sentimiento de su impotencia ante la superioridad moral que le domina; el espejismo de un futuro mejor tiene más acceso sobre él, porque está en el mismo camino donde debe cumplirse, y esa perseverancia no se apaga por el torbellino de los placeres humanos; en una palabra, no estando, bajo la influencia de la carne eso torna su conversión más fácil, sobre todo cuando adquirió un cierto desarrollo por las pruebas que soportó. Un Espíritu enteramente primitivo sería poco accesible al raciocinio, pero ocurre de otro modo con aquel que ya tiene la experiencia de la vida. Además, en el encarnado, como en el desencarnado, es sobre el alma, es por el sentimiento que es necesario actuar. Toda acción material puede sorprender momentáneamente los sufrimientos del hombre vicioso, pero no puede destruir el principio mórbido que está en el alma; *todo acto que no tiende al mejoramiento del alma no puede desviarla del mal.*

SAN LUIS

CAPÍTULO V

SUICIDAS

EL SUICIDA DE LA SAMARITANA

El 7 de abril de 1858, a eso de las siete de la noche, un hombre de unos cincuenta años, vestido decentemente, se presentó en el establecimiento de la Samaritana, en París, y se hizo preparar un baño. Admirándose el mozo de servicio, después de un intervalo de dos horas, de que dicho individuo no llamase, se decidió a entrar en su gabinete para ver si estaba indispuerto. Entonces fue testigo de un horrible espectáculo; aquel infeliz se había cortado la garganta con una navaja y toda su sangre se había mezclado con el agua de la bañera. No habiéndose podido justificar su identidad, fue conducido el cadáver a la morgue.

El Espíritu de este hombre, evocado en la Sociedad de París seis días después de su muerte, dio las respuestas siguientes:

1. *Evocación.* (Respuesta del guía de médium.) Espere... él está ahí.

2. ¿Dónde estáis ahora? – R. Yo no lo sé... Decidme donde estoy.

3. Estáis en una reunión de personas que se ocupan de estudios espíritas y que os son benévolas. – R. Decidme si vivo... Me ahogo en el ataúd.

Su alma, aunque separada de su cuerpo, se encuentra todavía sumergida completamente en lo que podría llamarse el torbellino de la materia corporal; las ideas terrestres están muy vivas; no se cree muerto.

4. ¿Quién os ha incitado a venir a nosotros? – R. Me he sentido aliviado.

5. ¿Qué motivo os ha conducido a suicidaros? – R. ¿Estoy muerto? ... No, habito mi cuerpo... ¡No sabéis cuanto sufro!... Me ahogo... ¡Haced que una mano compasiva ponga término a mi existencia!

6. ¿Por qué no habéis dejado ninguna señal que pudiese haceros reconocer? – R. Estoy abandonado; *he huido del sufrimiento para encontrar el tormento.*

7. ¿Tenéis ahora los mismos motivos para permanecer desconocido? – R. Sí; no pongáis un hierro candente en la herida que sangra.

8. ¿Queréis decirnos vuestro nombre, vuestra edad, vuestra profesión, vuestro domicilio? – R. No... a todo no.

9. ¿Teníais familia, mujer, hijos? – R. Estaba abandonado, ningún ser me amaba.

10. ¿Qué habéis hecho para no ser amado de nadie? – R. ¡Cuántos lo son como yo!... Un hombre puede estar abandonado en medio de su familia, cuando ningún corazón le ama.

11. En el momento de ejecutar vuestro suicidio, ¿no habéis vacilado? – R. Tenía sed de la muerte... Esperaba el descanso.

12. ¿Cómo es que el pensamiento del porvenir no os ha hecho renunciar a vuestro proyecto? – R. No creía más en él; estaba sin esperanza. El porvenir es la esperanza.

13. ¿Qué reflexiones habéis hecho en el momento en que habéis sentido que la vida se os extinguía? – R. No he reflexionado, he sentido... pero mi vida no se ha extinguido... mi alma está ligada a mi cuerpo... *siento los gusanos que me roen.*

14. ¿Qué sentimientos habéis tenido en el momento en que la muerte se ha consumado? – R. ¿Se ha consumado?

15. En el momento en que la vida se os extinguía, ¿ha sido doloroso? – R. Menos doloroso que después. Solo el cuerpo ha sufrido.

16. (Al Espíritu de San Luis.) ¿Que entiende el Espíritu, diciendo que el momento de la muerte ha sido menos doloroso que después? – R. El Espíritu se descargaba de un peso que le abrumaba; sentía la voluptuosidad del dolor.

17. Este estado, ¿es siempre la consecuencia del suicidio? – R. Sí, el Espíritu del suicida está ligado a su cuerpo hasta el término de su vida; la muerte natural es la emancipación de la vida; el suicida la rompe por completo.

18. Este estado, ¿es el mismo en cualquier muerte accidental independiente de la voluntad, y que abrevia la duración natural de la vida? – R. No... ¿Qué entendéis por suicidio? El Espíritu no es culpable sino de sus obras.

Esta duda de la muerte es muy común en las personas fallecidas poco tiempo antes y sobretodo en aquéllos que, durante, su vida, no han elevado su alma sobre la materia. Es un fenómeno raro, desde luego, pero que se explica muy naturalmente. Si a un individuo, puesto en sonambulismo por primera vez, se le pregunta si duerme, responde casi siempre *no*, y su respuesta es lógica: el interrogador es el que hace mal la pregunta, sirviéndose de un término impropio. La idea del sueño, en nuestro lenguaje usual, está ligada a la suspensión de todas nuestras facultades sensitivas; pero el sonámbulo que piensa, ve, siente y tiene conciencia de su libertad moral, no cree dormir, y en efecto no duerme en la acepción vulgar de la palabra. Por esto responde *no*, hasta que esté familiarizado con esta manera de entender las cosas. Lo mismo sucede en el hombre que acaba de morir; para él la muerte es el aniquilamiento del ser; pero, como el sonámbulo, ve, siente, habla; luego para él no está muerto, y lo dice hasta que haya adquirido la intuición de su nuevo estado. Esta ilusión es siempre más o menos penosa, porque nunca es completa y deja al Espíritu cierta ansiedad. En el expresado ejemplo es un verdadero suplicio por la sensación de los gusanos que roen el cuerpo, y por su duración, que debe ser la que habría tenido la vida de este hombre si no la hubiera abreviado. Este estado es frecuente en los suicidas, pero no se presenta siempre en condiciones idénticas; varía sobre todo en duración y en intensidad, según las circunstancias agravantes o atenuantes de la falta. La sensación de los gusanos y de la descomposición del cuerpo no es tampoco peculiar de todos los

suicidas; es frecuente en aquellos que han vivido más la vida material que la espiritual. En principio, no hay falta impune; pero no hay regla uniforme y absoluta en las formas del castigo.

EL PADRE Y EL CONSCRIPTO

Al principio de la guerra de Italia, en 1859, un negociante de París, padre de familia, que disfrutaba de la estimación general de todos sus vecinos, tenía un hijo que había sido llamado al servicio militar. Encontrándose, por su posición, en la imposibilidad de librarle del servicio, tuvo la idea de suicidarse a fin de eximirle como hijo único de viuda. Fue evocado un año después en la Sociedad de París, a petición de una persona que le había conocido, y que deseaba saber de su suerte en el mundo de los Espíritus.

(A San Luis.), ¿Queréis decirnos si podemos hacer la evocación del hombre de quien se acaba de hablar? – R. Sí, tendrá mucho gusto en ello, porque será un poco aliviado.

1. *Evocación.* – R. ¡Oh!, ¡gracias! Sufro mucho pero... es justo; sin embargo, él me perdonará.

El Espíritu escribió con gran dificultad; los caracteres eran irregulares y mal formados; después de la palabra *pero* se detuvo, trató en vano de escribir, y no hizo más que algunos rasgos indescifrables y puntos. Es evidente que no pudo escribir la palabra *Dios*.

2. Llenad el claro que acabáis de dejar. – R. Soy indigno.

3. Decís que sufrís; sin duda habéis hecho mal en suicidaros, pero el motivo que os ha conducido a este acto, ¿no ha merecido ninguna indulgencia? – R. Mi castigo será menos largo, pero la acción no es por esto menos mala.

4. ¿Podríais describirnos el castigo que sufrís? – R. Sufro doblemente, en mi alma y en mi cuerpo; sufro en este último, aunque no lo posea, como el amputado sufre en el miembro ausente.

5. Vuestra acción, ¿ha tenido por único motivo vuestro hijo y no habéis sido inducido por ninguna otra causa? – R. Sólo el amor paterno me ha guiado; solo el amor paternal me ha guiado mal, y en consideración a esa causa, mi pena será abreviada.

6. ¿Prevéis el término de vuestros sufrimientos? – R. No sé el término; pero tengo la seguridad de que ese término existe, lo que es un alivio para mí.

7. Hace un rato no habéis podido escribir el nombre de *Dios*; sin embargo, hemos visto Espíritus que sufrían mucho y lo escribían. ¿Forma esto parte de vuestro castigo? – R. Lo podré escribir con grandes esfuerzos de arrepentimiento.

8. ¡Pues bien! Haced grandes esfuerzos y procurad escribirlo; estamos convencidos de que si lo conseguís, os servirá de alivio.

El Espíritu acaba por escribir, en caractéres irregulares, temblorosos y muy gruesos: “Dios es muy bueno”.

9. Os sabemos reconocido por venir a nuestro llamamiento y rogaremos a Dios por vos, a fin de llamar su misericordia sobre vos. – R. Sí, si lo deseáis.

10. (A San Luis.) ¿Queréis darnos vuestra apreciación personal sobre el acto del Espíritu que acabamos de evocar? – R. Este Espíritu sufre justamente, porque no ha tenido confianza en Dios, lo que es una falta siempre punible; el castigo sería terrible y muy largo si no tuviese, en su favor, un motivo laudable, que era el de impedir a su hijo que fuese a buscar la muerte; Dios, que ve en el fondo de los corazones no le castigó sino según sus obras.

Observaciones – A primera vista, este suicidio parece excusable, porque puede ser considerado como un acto de abnegación; lo es en efecto, pero no completamente. Como dice el Espíritu de San Luis, este hombre no tuvo confianza en Dios. Puede que por su acción haya impedido que su hijo cumpliera su destino; primero, no es una cosa cierta que su hijo hubiese de morir en la guerra, y quizá esa carrera debía presentarle la ocasión de hacer alguna cosa útil para su adelantamiento. Su intención, sin duda, era buena, así se le ha tenido en cuenta; la intención atenúa el mal y merece indulgencia, pero no impide que el mal sea mal; sin esto, en favor del pensamiento podrían excusarse todos los crímenes y también se podría matar con el pretexto de hacer un servicio. Una madre que matase a un hijo en la creencia de que le envía derecho al cielo, ¿es menos culpable porque lo hiciera con buena

intención? Con este sistema se justificarían todos los crímenes que el fanatismo ciego cometiese en las guerras religiosas.

En principio, el hombre no tiene derecho a disponer de su vida, porque se le ha dado con la mira *de los deberes que debería cumplir en la Tierra*, así que no debe abreviarla voluntariamente con ningún pretexto. Como tiene su libre albedrío, nadie puede impedirselo, pero sufre siempre sus consecuencias. El suicidio más severamente castigado es aquel que se ejecuta en un acto de desesperación, y con la mira de librarse de las miserias de la vida; siendo estas miserias, a la vez, pruebas y expiaciones, sustraerse a ellas equivale a retroceder ante la tarea que se había aceptado y ante la misión que se debía cumplir.

El suicidio no consiste solamente en el acto voluntario que produce la muerte instantánea; consiste también en todo aquello que se hace, con conocimiento de causa, para precipitar prematuramente la extinción de las fuerzas vitales.

No se puede asimilar al suicidio la abnegación de aquél que se expone a una muerte inminente por salvar a sus semejantes; en primer lugar porque no hay, en este caso, ninguna intención premeditada de sustraerse a la vida, y en segundo, porque no hay peligro del cual la Providencia no pueda sacarnos, si la hora de dejar la Tierra no nos ha llegado. La muerte, si tiene lugar en tales circunstancias, es un sacrificio meritorio, porque es una renuncia en provecho de otro. (*El Evangelio según el Espiritismo*, Cap V, números 53, 65, 66, 67.)

FRANÇOIS SIMON LOUVET (del Havre)

La comunicación siguiente fue dada espontáneamente en una reunión espírita en el Havre, el 12 de febrero de 1863.

“¡Tened piedad de un pobre miserable que sufre, hace mucho tiempo, de tan crueles tormentos! ¡Oh! ¡El vacío... el espacio... caigo, caigo, socorro!... ¡Dios mío, tuve una vida tan miserable!... Era un pobre diablo; sufrí a menudo hambre en mi vejez, por esto me entregaba a la bebida y me avergonzaba y disgustaba de todo... Yo quería morir y me he arrojado... ¡Oh, Dios mío, que momento!... ¿Por

qué, pues, tener deseo de acabar cuando estaba tan cerca del término? ¡Rogad para que no vea siempre *este vacío debajo de mí!* ¡Voy a destrozarme en esas piedras! Os lo suplico a vosotros que tenéis conocimiento de las miserias de los que no están más en este mundo, a vosotros me dirijo, aunque no me conozcáis, por qué sufro tanto... ¿Por qué queréis pruebas? Sufro, ¿no es esto bastante? Si tuviese hambre en lugar de este sufrimiento más terrible, pero invisible para vosotros, no vacilaríais en aliviarme dándome un pedazo de pan. Os pido que oréis por mí... No puedo permanecer más tiempo... Preguntad a uno de estos felices que están aquí y sabréis quién era yo. Rogad por mí.

FRANÇOIS SIMÓN LOUVET.

El guía del médium. – El que acaba de dirigirse a ti, hijo mío, es un pobre infeliz que tenía una prueba de miseria en la Tierra, pero el disgusto le dominó; le ha faltado valor, y el infortunado, en lugar de mirarlo más alto, como debía hacerlo, se dio a la embriaguez, descendió a los últimos límites de la desesperación, y puso término a su triste prueba arrojándose de la torre de François I el 22 de Julio de 1857. Tened piedad de su pobre alma, que no es adelantada pero tiene, sin embargo, bastante conocimiento de la vida futura para sufrir y desear una nueva prueba. Rogad a Dios le conceda esta gracia y haréis una obra buena.

Habiéndose hecho investigaciones, se encontró en el *Journal du Havre*, del 23 de julio de 1857, el artículo cuyo extracto es el siguiente:

“Ayer, a las cuatro, los que paseaban en el muelle fueron impresionados dolorosamente por un horrible accidente: un hombre se arrojó de la torre y se destrozó contra las piedras. Era un viejo barquero cuyas inclinaciones a la embriaguez le han conducido al suicidio. Se llama François Victor Simón Louvet. Su cuerpo fue trasladado a la casa de una de sus hijas, Calle de la Corderie; tenía sesenta y siete años de edad”

Después de casi seis años que este hombre murió se ve siempre

cayendo de la torre, yendo a destrozarse contra las piedras; se espanta del vacío que tiene ante de sí; se encuentra en la aprensión de la caída... ¡Y de eso hace seis años! ¿Cuánto durará esto? No lo sabe nadie, y esta incertidumbre aumenta sus angustias. ¿No equivale esto al infierno y sus llamas? ¿Quién ha revelado esos castigos? ¿Se han inventado? No; los mismos que lo sufren son los que vienen a describirlos, como otros describen sus alegrías. Muchas veces lo hacen espontáneamente, sin que se piense en ellos, lo que excluye toda idea de que sea un juego de nuestra imaginación.

UNA MADRE Y SU HIJO

En el mes de marzo de 1865, el Sr. C..., negociante en una pequeña ciudad cerca de París, tenía en su casa a un hijo, de veintiún años de edad, gravemente enfermo. Este joven, sintiéndose a punto de expirar llamó a su madre y tuvo todavía la fuerza de abrazarla. Ésta derramando abundantes lágrimas le dijo: “Ve hijo mío, precédeme; no tardaré en seguirte.” Al mismo tiempo salió, ocultando la cabeza entre sus manos.

Las personas que se encontraban presentes a esta triste escena, consideraron las palabras de la señora C... como una sencilla explosión de dolor que el tiempo y la razón debían aplacar. Sin embargo, habiendo sucumbido el enfermo, se la buscó por toda la casa y se la encontró ahorcada en un granero. El entierro de la madre se hizo al mismo tiempo que el de su hijo.

Evocación al hijo, varios días después del acontecimiento.
– ¿Tenéis conocimiento de la muerte de vuestra madre, que se ha suicidado, sucumbiendo a la desesperación que le ha causado vuestra pérdida?

R. Sí y sin la pena que me ha causado el cumplimiento de su fatal resolución, sería perfectamente dichoso. ¡Pobre y excelente madre! No ha podido soportar la prueba de esta separación momentánea, y ha tomado, por estar reunida con su hijo, que amaba tanto, el camino que de él deberá alejarla, ¡ay!, por mucho tiempo. ¡Ha retardado así indefinidamente esta reunión, que habría sido tan pronta si la sumisión a la voluntad del Señor hubiera llenado su alma y se fuese

resignada, humilde y arrepentida ante la prueba que debía sufrir y la expiación que iba a purificarla!

¡Orad! ¡Oh! ¡Orad por ella! Y sobre todo, ¡no la imitéis, madres que os enternecéis con el triste relato de su muerte! No creáis que amaba más que a otras a este hijo que era su alegría y su orgullo; no, no amaba más, pero le faltaron el valor y la resignación. Madres que me escucháis, cuando veáis que la agonía cubre los ojos apagados de vuestros hijos acordaros de que, como Cristo, suben a la cima del Calvario, desde donde deben elevarse a la gloria eterna.

BENJAMIN C...

Evocación de la madre. – ¡Quiero ver a mi hijo! ¿Tenéis el poder de restituírmelo?... ¡Crueles!... ¡Me lo han quitado para llevarle a la luz y me han dejado en la noche! ¡Lo quiero, lo quiero... me pertenece! ¿Acaso no es nada el amor maternal? ¡Qué! ¡Haberle llevado nueve meses, haber alimentado, con su leche, la carne de su carne, el sangre de su sangre; haber guiado sus primeros pasos; haberle enseñado a balbucear el nombre sagrado de Dios y el dulce nombre de madre; haber hecho de él un hombre lleno de actividad, inteligencia, honradez, rectitud, amor filial, y perderle cuando realizaba las esperanzas que en él había concebido, cuando un brillante porvenir se abría adelante! No, Dios no es justo; no es el Dios de las madres; no comprende su desesperación y su dolor... ¡Y cuando me doy muerte para no dejar a mi hijo, me lo arrebatan de nuevo! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Dónde estás?

El Evocador. ¡Pobre madre! Nos compadecemos de vuestro dolor, pero habéis tomado un triste medio para estar unida a vuestro hijo; el suicidio es un crimen a los ojos de Dios, y deberíais haber pensado que Él castiga toda infracción a sus leyes. La privación de la vista de vuestro hijo es vuestro castigo.

La madre. No; yo creía que Dios era mejor que los hombres, no creía en su infierno, sino en la reunión de las almas que se aman como nos amábamos; me he engañado... ¡Dios no es justo y bueno, puesto que no ha comprendido la inmensidad de mi dolor y de

mi amor! ¡Oh! ¡Quién me devolverá a mi hijo! ¿Lo he perdido para siempre? ¡Piedad! ¡Piedad Dios mío!

El Evocador. Veamos, calmad vuestra desesperación; pensad que si hay modo de volver a ver a vuestro hijo, no es blasfemando de Dios, como lo hacéis. En lugar de hacéroslo favorable, os atraéis mayor severidad sobre vós.

La madre. Ellos me ha dicho que no lo volvería a ver; he comprendido que lo han llevado al paraíso. Y yo, ¿estoy, pues, en el infierno?... ¡El infierno de las madres! Existe, sí, demasiado lo veo.

El Evocador. Vuestro hijo no está perdido para siempre, creedme; volveréis a verlo ciertamente; pero es preciso merecerlo con vuestra sumisión a la voluntad de Dios, mientras que rebelándoos podéis retardar ese momento indefinidamente. Escuchadme: Dios es infinitamente bueno, pero es infinitamente justo. No castiga jamás sin causa, y si os ha impuesto grandes dolores en la Tierra, es porque los habéis merecido. La muerte de vuestro hijo era una prueba para vuestra resignación; infelizmente, habéis sucumbido a ella en vida, y he ahí que, después de la muerte, sucumbís de nuevo. ¿Cómo queréis que Dios recompense a sus hijos rebeldes? Pero Él no es inexorable; acoge siempre el arrepentimiento del culpable. Si aceptaseis sin murmurar y con humildad la prueba que os enviaba por esta separación momentánea, y si hubieseis esperado con paciencia que tuviera a bien llevaros de la Tierra, a entrada en el mundo en que estáis, hubieseis visto inmediatamente a vuestro hijo venir a recibirlos y tenderos los brazos; habríais tenido la alegría de verle radiante después de este período de ausencia. Lo que hicisteis, y lo hacéis en este momento, pone entre él y vos una barrera. No creáis que esté perdido en las profundidades del espacio; no, está más cerca de vos de lo que creéis; pero un velo impenetrable lo oculta a vuestra vista. Él os vé, os ama siempre, y gime por la triste situación en que os ha hundido vuestra falta de confianza en Dios; pide fervorosamente el momento afortunado de mostrarse a vos; solo de vos depende apresurar o retardar ese momento. Rogad a Dios y decid conmigo:

“Dios mío, perdóname por haber dudado de vuestra justicia y

bondad; si me habéis castigado, reconozco que lo he merecido. Dignaos aceptar mi arrepentimiento y mi sumisión a vuestra santa voluntad.”

La madre – ¡Qué luz de esperanza acabáis de hacer brillar en mi alma! Es una resplandor en la noche que me rodea. Gracias, voy a orar. Adiós.

C...

La muerte, aun por el suicidio, no ha producido en este Espíritu la ilusión de creerse también vivo; tiene perfectamente conciencia de su estado; en otros el castigo consiste en esta misma ilusión, en los lazos que le unen a sus cuerpos. Esta mujer ha querido dejar la Tierra para seguir a su hijo, en el mundo en que había entrado: era preciso que supiera que estaba en ese mundo para ser castigada, no encontrándole en él. Su castigo es precisamente el saber que no vive corporalmente, y en el conocimiento que tiene de su situación. Así es que cada falta es castigada por las circunstancias que la acompañan y no hay castigos uniformes y constantes por las faltas del mismo género.

DOBLE SUICIDIO POR AMOR Y POR DEBER

Un periódico del 13 de junio de 1862 contenía el hecho siguiente:

“La señorita Palmire, modista, que vivía con sus padres, estaba dotada de un exterior encantador, al que unía el más amable carácter; por eso, era procurada en casamiento. Entre los aspirantes a su mano, había distinguido al señor B..., que sentía por ella una viva pasión. Aunque ella también le amaba mucho creyó, sin embargo, que debía por respeto filial ceder a los deseos de sus padres, casándose con el señor D..., cuya posición social les parecía más ventajosa que la de su rival.

“Los señores B... y D... eran amigos íntimos. Aunque no tenían entre sí ninguna relación de interés, no cesaban de verse. El amor mutuo de B... y de Palmire, esposa ya del señor D..., no se había debilitado de modo alguno y como se esforzaban en comprimirlo, aumentaba en razón de la misma violencia que se hacían. Para tratar de extinguirlo, B... tomo el partido de casarse. Contrajo matrimonio con una joven que

poseía eminentes cualidades, e hizo todo lo posible para amarla: pero no tardó en percibir que este medio heroico era impotente para curarle. Sin embargo, durante cuatro años, ni B... ni la señora de D... faltaron a sus deberes. Lo que tuvieron que sufrir no podría expresarse, porque D..., que estimaba verdaderamente a su amigo, le atraía siempre a su casa, y cuando quería huir le obligaba a permanecer en ella.

“Los dos amantes, aproximados un día por una circunstancia fortuita que no habían buscado, se comunicaron el estado de su alma, y concordaron en pensar que la muerte era el único remedio de los males que sufrían. Resolvieron matarse juntos y poner su proyecto en ejecución al día siguiente, debiendo estar el señor D... ausente de su domicilio una gran parte del día. Después de los últimos preparativos, escribieron una larga y tierna carta explicando la causa de su muerte, que se daban por no faltar a sus deberes. Terminaba con una petición de perdón y la súplica de que fuesen reunidos en una misma tumba.

“Cuando el señor D... volvió, los encontró asfixiados. Respetó su último deseo y quiso que en el cementerio no estuviesen separados.”

Habiéndose propuesto este hecho a la Sociedad de París como objeto de estudio, contestó un Espíritu:

“Los dos amantes que se han suicidado no pueden aún responder. Los veo; están sumergidos en turbación y espantados por el soplo de la eternidad. Las consecuencias morales de su falta les castigarán durante *emigraciones sucesivas*, en las que sus almas desunidas se buscarán sin cesar, y sufrirán el doble suplicio del presentimiento y del deseo. Cumplida la expiación, se reunirán para siempre en el seno del eterno amor. Dentro de ocho días, en vuestra próxima sesión, podréis evocarles; vendrán, pero no se verán; una noche profunda oculta por largo tiempo al uno de otro.”

1. *Evocación de la mujer.* – ¿Veis a vuestro amante, con el cual os habéis suicidado? – R. Yo no veo nada; ni aún a los Espíritus que vagan conmigo en la morada donde estoy. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡Y qué espeso velo sobre mis ojos!

2. ¿Qué sensación habéis experimentado cuando os despertasteis

después de la muerte? – R. ¡Extraña; tenía frío y quemaba; hielo corría por mis venas y tenía fuego en mi frente! ¡Cosa rara, mezcla inaudita! ¡El hielo y el fuego parecían oprimirme! Pensé que iba a sucumbir por segunda vez.

3. ¿Sentís algún dolor físico? – R. Todo mi sufrimiento está *aquí y aquí* – P. ¿Qué queréis decir cuando decís *aquí y aquí*? – R. *Aquí*, en mi cerebro; *aquí* en mi corazón.

Es probable que si se hubiera podido ver al Espíritu se le habría visto llevar la mano a su frente y a su corazón.

4. ¿Creéis que estaréis siempre en esa situación? – R. ¡Oh! ¡Siempre, siempre! Oigo algunas veces risas infernales, voces espantosas, como si aullaran, diciendo estas palabras: “¡Siempre así!”

5. ¡Pues bien! Podemos deciros, con toda seguridad, que no siempre estaréis así, arrepintiéndoos, obtendréis el perdón. – R. ¿Qué habéis dicho? No oigo.

6. Os repito que vuestros sufrimientos tendrán un término, que podréis abreviar con vuestro arrepentimiento, y os ayudaremos a ello por medio de la oración. – R. No he oído más que una palabra y vagos sonidos; esta palabra es *¡gracia!* *¡Es gracia!* ¿qué pensasteis hablar? ¡Habéis hablado de gracia: sin duda es al alma que pasa a mi lado, pobre criatura que llora y espera!

Una señora de la Sociedad dijo que acababa de dirigir una súplica a Dios por esta infortunada, y que, sin duda, era esto lo que la había afectado; que había, en efecto, mentalmente implorado por ella la *gracia* de Dios.

7. Decís que estáis en tinieblas; ¿acáso nos veis? – R. Me es permitido oír algunas de las palabras que pronunciáis; pero no veo nada más que un crespón negro en cuyo fondo se dibuja, a ciertas horas, una cabeza que llora.

8. Si no veis a vuestro amante, ¿no sentís su presencia, a vuestro lado, ¿por qué él está aquí? – R. ¡Ah!, no me habléis de él, debo olvidarle por ahora, si quiero que se borre la imagen que veo trazada en el crespón.

9. ¿Cuál es esa imagen? – R. La de un hombre que sufre, y cuya existencia moral sobre la Tierra, he matado por largo tiempo.

Leyendo este relato se dispone uno enseguida a encontrar, para esos suicidas, circunstancias atenuantes, y hasta considerarle como un acto heroico, puesto que fue provocado por el sentimiento del deber. Se ve que ha sido juzgado de otra manera, y que la pena de los culpables es larga y terrible por haberse procurado voluntariamente la muerte a fin de huir de la lucha; la intención de no faltar a sus deberes era honrosa, sin duda, y les será tomada en cuenta más tarde; pero el verdadero mérito hubiera consistido en vencer el arrastramiento mientras que hicieron como el desertor que se esconde en el momento del peligro.

La pena de los dos culpables consistirá, como se ve, en buscarse mucho tiempo sin encontrarse, *ya sea en el mundo de los Espíritus, ya en otras reencarnaciones terrestres*; la pena se agrava momentáneamente con la idea de que su estado presente debe durar siempre; formando este pensamiento parte del castigo, ha sido causa de que no se les permitiese oír las palabras de esperanza que se les dirigieron. A los que encuentran esta pena muy terrible y muy larga, sobre todo si no debe cesar sino después de algunas encarnaciones, les diremos que su duración no es absoluta, y que dependerá de la manera como soporten sus pruebas futuras, pudiendo ayudarles con la oración; serán, como todos los Espíritus culpables, árbitros de su propio destino. Sin embargo, ¿no vale más esto que la condenación eterna, sin esperanza, a la cual son irrevocablemente condenados, según la doctrina de la Iglesia, que los considera de tal modo destinados para siempre al infierno, y les rehusa las últimas oraciones, sin duda por inútiles?

LUIS Y LA COSTURERA DE BOTINES

Hace siete u ocho meses, el llamado Luis G..., zapatero, hacía la corte a la señorita Victorine R..., costurera de botines, con la cual debía casarse en fecha próxima, pues las proclamas estaban publicándose. En este estado de cosas, los jóvenes se consideraban casi como definitivamente unidos, y, por razón de economía, el zapatero iba cada día a comer a casa de su futura esposa.

Un día en que Luis fue, como de costumbre, a cenar a casa de la costurera, sobrevino una disputa por una bagatela; ambos se

obstinaron de tal modo y llegaron las cosas a tal estado, que Luis dejó la mesa y partió jurando no volver más.

Sin embargo, al día siguiente el zapatero fue a pedir perdón; la noche es buena consejera, como se sabe; pero la obrera, quizá prejuizando, según la escena de la víspera, lo que podría acontecer cuando ya no habría tiempo de desdecirse, rehusó reconciliarse, y protestas, lágrimas, desesperación, nada pudo doblarle. Varios días pasaron desde que riñeron. Esperando Luis que su amante sería más tratable, quiso intentar el último entendimiento; llegó, pues, y batió de modo que se le conociera, pero se le rehusó abrir. Entonces el pobre desesperado reiteró las súplicas, hizo nuevas protestas a través a la puerta, pero nada pudo conmovér a la implacable pretendida. “¡Adiós, pues, malvada!, exclamó el pobre mozo, ¡adiós para siempre! ¡Procurad encontrar un marido que os ame tanto como yo! Al mismo tiempo, la joven oye una especie de gemido ahogado, después como el ruido de un cuerpo que caía resbalando a lado de la puerta, quedando luego todo en silencio. Entonces ella imaginó que Luis se había sentado en el suelo esperando que saliera; pero se propuso no salir hasta que él ahí estuviese.

Apenas había pasado un cuarto de hora de esta escena, cuando un vecino que pasaba sobre la escalera con luz lanzó una exclamación y pidió socorro. Al momento llegaron los vecinos, y la señorita Victorine abrió también su puerta, lanzó un grito de horror al ver tendido en el suelo a su pretendiente, pálido e inanimado. Todos se apresuraron a socorrerle pero advirtieron bien pronto que todo era inútil, pues había dejado de existir. El infeliz joven se había hundido su trinquete en la región del corazón, y el hierro había quedado en la herida.

(Sociedad Espírita de París, agosto de 1858)

1. *Al Espíritu de San Luis*. La joven, causa involuntaria de la muerte de su amante, en este caso, ¿incurre en responsabilidad? – R. Sí, porque no le amaba.

2. Para prevenir esta desgracia ¿debía casarse a pesar de su

repugnancia? – R. Ella buscaba una ocasión para separarse de él; hizo al principio lo que hubiera hecho más tarde.

3. ¿De modo que su culpabilidad consistió en haber fomentado en él sentimientos de los cuales no formaba parte, sentimientos que fueron la causa de la muerte de la joven? – R. Sí, esto es.

4. Su responsabilidad, en este caso, ¿debe ser proporcionada a su falta; y esta no debe ser tan grande como si hubiera provocado voluntariamente la muerte? – R. Eso salta a la vista.

5. El suicidio de Luis ¿encuentra una excusa en el desvarío en que le había puesto la obstinación de Victorine? – R. Sí, porque su suicidio, que proviene del amor, es menos criminal a los ojos de Dios que el suicidio del hombre que quiere librarse de la vida por un motivo de flaqueza.

Al Espíritu de Luis G..., habiendo sido evocado, otra vez, se le dirigieron las preguntas siguientes:

1. ¿Que pensáis de la acción que habéis cometido? – R. Victorine es una ingrata; hice mal en matarme por ella, porque no lo merecía.

2. ¿Ella no os amaba, pues? – R. No, al principio; se hacía esa ilusión; pero la escena que le hice le abrió los ojos; entonces se alegró con ese pretexto para desembarazarse de mí.

3. Y vos, ¿la amabais sinceramente? – R. Tenía pasión por ella, es todo; yo lo creía; si la hubiera amado con un amor puro no le hubiese causado ningún disgusto.

4. Si ella hubiera sabido que queráis realmente mataros, ¿habría persistido en su negativa? – R. No lo sé; no lo creo, porque no es mala, pero hubiera sido infeliz. Para ella vale más aún que las cosas hayan pasado de este modo.

5. Al llegar a su puerta, ¿teníais intención de mataros en caso de negativa? – R. No; no pensaba en ello; no creía que fuese tan obstinada; no fue sino que, cuando vi su obstinación, un vértigo me dominó.

6. Parece que no sentís vuestro suicidio sino porque Victorine no

lo merecía. ¿Es este el único sentimiento que experimentáis? – R. En este momento, sí; estoy aún muy turbado, me parece estar en la puerta; pero siento otra cosa que no puedo definir.

7. ¿Lo comprenderéis más tarde? – R. Sí, cuando estuviere desembarazado... He obrado muy mal; debía haberla dejado en paz... He sido débil y pago la pena. Ya veis, la pasión ciega al hombre y le hace cometer muchas tonterías. Las comprende cuando ya no hay tiempo.

8. Decís que pagáis la pena; ¿qué pena es la que sufrís? – R. He errado en abreviar mi vida; no lo debía; debía soportarlo todo de preferencia, dejándola acabar con el tiempo; y además, soy infeliz; sufro; todavía es ella la que me hace sufrir; me parece estar aún allí, a su puerta; – ¡ingrata! no me habléis más de eso, no quiero pensar más en eso; me hace mucho daño. Adiós.

Otra vez vemos en esto una nueva prueba de la justicia distributiva que preside el castigo de los culpables, según el grado de su responsabilidad. En la circunstancia presente, la primera falta está en la joven, que había fomentado en Luis un amor que ella no tenía y se burlaba de él; ella tendrá, pues, la mayor parte de responsabilidad. En cuanto al joven, también es castigado por el sufrimiento que tiene; pero su pena es ligera, porque no ha hecho más que ceder a un movimiento irreflexivo y a un momento de exaltación, en lugar de la fría premeditación de los que se suicidan para sustraerse a las pruebas de la vida.

UNATEO

El Sr. J. B. D... era un hombre instruido, pero imbuido hasta el último grado en ideas materialistas, no creía en Dios ni en su alma. Fue evocado dos años después de su muerte, en la Sociedad de París, a petición de uno de sus parientes.

1. *Evocación.* – R. ¡Sufro! Soy réprobo.

2. Se nos ha rogado que os llamásemos de parte de vuestros parientes, que desean conocer vuestra suerte; ¿queréis decirnos si nuestra evocación os es agradable o penosa? – R. Penosa.

3. Vuestra muerte ¿fue voluntaria? – R. Sí.

El Espíritu escribió con extrema dificultad; la escritura era muy grande, irregular, convulsiva y casi ilegible. Al principio demostró cólera, rompió el lápiz y desgarró el papel.

4. Tened más calma; todos pediremos a Dios por vos. – R. Me veo forzado a creer en Dios.

5. ¿Qué motivo os condujo a vuestra destrucción? – R. Tedio de la vida *sin esperanza*.

Se concibe el suicidio cuando se vive *sin esperanza*; se quiere evitar la infelicidad a todo precio; con el Espiritismo, el porvenir se desarrolla y la esperanza se legitima: el suicidio no tiene, más objeto; más aun se reconoce que, por este medio, no se escapa de un mal sino para caer en otro que es cien veces peor. He aquí porque el Espiritismo ha arrancado tantas víctimas a la muerte voluntaria. Son muy culpables los que se esfuerzan por acreditar con *sofismas científicos*, y con *pretención de tener de su parte la razón*, esa idea desconsoladora, origen de tantos males y crímenes, de que todo acaba con la vida serán responsables no sólo de sus propios errores, sino de todos los males de que hayan sido causa.

6. Quisisteis evadiros de las vicisitudes de la vida; ¿habéis ganado en ello alguna cosa? ¿Sois más feliz ahora? – R. ¿Por qué no existiría la nada?

7. Tened la bondad de describirnos vuestra situación, lo mejor que podáis? – R. *Sufro cuando me veo obligado a creer todo lo que negaba.* Mi alma está como en ascuas, atormentada horriblemente.

8. ¿De dónde sacásteis las ideas materialistas que teníais en vuestra vida? – R. En otra existencia había sido malo y mi Espíritu estaba condenado a sufrir los tormentos de la duda durante mi vida; también me maté.

Hay aquí todo un orden de ideas. Se pregunta uno muchas veces cómo puede haber materialistas, puesto que, habiendo ya pasado por el mundo espiritual, deberían tener de él la intuición; pero, precisamente, esta intuición se niega a ciertos Espíritus que han conservado su orgullo y no se arrepintieron de sus faltas. Su prueba consiste en adquirir, durante la vida corporal, y *por su propia razón*, la prueba de la existencia

de Dios y de la vida futura, que tienen incesantemente a la vista, pero, con frecuencia, la presunción de no admitir nada por encima de sí, los domina, todavía, y sufren la pena hasta que, vencido su orgullo, se rinden por fin a la evidencia.

9. Cuando os ahogasteis, ¿qué pensabais que iba a ser de vos? ¿Qué reflexiones hicisteis en aquel momento? – R. Ninguna; era la nada para mí. He visto después que, no habiendo sufrido toda mi condena, tenía aún que sufrir mucho.

10. ¿Estáis ahora bien convencido de la existencia de Dios, del alma y de la vida futura? – R. ¡Ay de mí! ¡Estoy muy atormentado por eso!

11. ¿Habéis vuelto a ver a vuestro hermano? – R. ¡Oh! No.

12. ¿Por qué? – R. ¿Por qué reunir nuestros tormentos? Debemos estar separados en la desgracia y unidos en la felicidad. ¡Ay de mí!

13. ¿Sería muy fácil volver a ver el vuestro hermano, que podríamos llamar ahí a vuestro lado? – R. No, no, estoy demasiado bajo.

14. ¿Por qué no queréis que le llamemos? – R. Porque él no es más feliz.

15. ¿Rehusáis su presencia? ¿Eso solo podría haceros bien? – R. No; más tarde.

16. ¿Deseáis decir alguna cosa a vuestros parientes? – R. Que oren por mí.

17. Parece que, en la sociedad que frecuentabais, algunas personas participan de las opiniones que teníais en vida; ¿tendríais que decirles alguna cosa con este objeto? – R. ¡Ah infelices! ¡Ojalá creyesen en la otra vida! Esto es lo que puedo desearles de más feliz; podrían comprender mi triste posición, esto les haría reflexionar más.

(Evocación del hermano del precedente, que profesaba las mismas ideas, pero no se había suicidado. Aunque infeliz, está más calmado; su escritura es limpia y legible).

18. *Evocación.* – R. ¡Puede el cuadro de vuestros sufrimientos

serviros de lección útil y persuadiros de que existe otra vida donde uno expía sus faltas y su incredulidad!

19. ¿Os veis recíprocamente con vuestro hermano, a quién acabamos de llamar? – R. No, huye de mí.

Podría preguntarse como los Espíritus pueden huir en el mundo espiritual, donde no existen obstáculos materiales ni retiros ocultos a la vista. Todo es relativo en este mundo, y en conexión con la naturaleza fluidica de los seres que lo habitan. Sólo los Espíritus superiores tienen percepciones indefinidas; en los Espíritus inferiores ellas son limitadas, y para ellos, los obstáculos fluidicos hacen el efecto de obstáculos materiales. Los Espíritus se ocultan los unos a los otros por un efecto de su voluntad, que obra sobre su envoltura periespiritual y los fluidos ambientales. Pero la Providencia, que vela por cada uno, individualmente, como sobre sus hijos les concede o rehusa esta facultad, según las disposiciones morales de cada uno, y según las circunstancias es un castigo o una recompensa.

20. Tenéis más calma que él; ¿podréis darnos una descripción más precisa de vuestros sufrimientos? – R. Sobre la Tierra, ¿no sufrís en vuestro amor propio, en vuestro orgullo, cuando estáis obligado a convivir con vuestros errores? ¿No se rebela vuestro Espíritu al pensamiento de humillar ante aquél que os demuestra que estáis en el error? ¡Pues bien! ¿Qué creéis que sufre el Espíritu que, durante toda una existencia, ha vivido persuadido de que nada existe después de él, que tiene razón contra todos? Cuando, de repente, se encuentra frente a la verdad resplandeciente está aniquilado, y está humillado. A esto se agregan los remordimientos de haber podido olvidar por tanto tiempo la existencia de un Dios tan bueno, tan indulgente. Su estado es insostenible; no encuentra calma ni reposo; no encuentra un poco de tranquilidad sino en el momento en que la gracia santa, esto es, el amor de Dios, le conmueve, porque el orgullo se apodera de tal modo de nuestro pobre Espíritu que le envuelve enteramente, y le es necesario aún mucho tiempo para deshacerse de ese hábito fatal; sólo la oración de nuestros hermanos puede ayudarnos a deshacernos de él.

21. ¿Queréis hablar de vuestros hermanos vivientes o de los Espíritus? – R. De los unos y los otros.

22. Mientras nos comunicábamos con vuestro hermano, una persona aquí presente ha rogado por él; esta oración ¿le ha sido útil? – R. No se perderá... si ahora rechaza la gracia esta vendrá cuando estuviese en estado de poder recurrir a esta divina *panacea*.

Vemos aquí otro género de castigo, pero que no es el mismo en todos los incrédulos; independientemente del sufrimiento, es la necesidad, para este Espíritu, de reconocer las verdades que había renegado en su vida. Sus ideas actuales denotan cierto progreso, comparativamente a otros Espíritus que persisten en la negación de Dios. Esto ya es alguna cosa y un principio de humildad el convenir que uno se ha equivocado. Es más probable que, en su próxima encarnación, el incrédulo habrá dado lugar junto a sí, al *sentimiento innato de la fe*.

Habiéndose transmitido el resultado de estas dos evocaciones a la persona que las había solicitado, recibimos de esta última la contestación siguiente:

“Caballero, no os podéis figurar cuanto bien han producido la evocación de mi suegro y de mi tío. Los hemos reconocido enteramente; la escritura del primero, sobre todo, tiene una analogía impresionante con la que tenía en vida, tanto más que, durante los últimos meses que ha pasado con nosotros, era brusca e indecifrable; se encuentra en dicha escritura la misma forma de los palotes, de la rúbrica y de ciertas letras. En cuanto a las palabras, a las expresiones y al estilo, es todavía más impresionante; para nosotros la analogía es perfecta, excepto que se halla más ilustrado acerca de Dios, el alma y la eternidad, que negaba tan formalmente en otro tiempo. Estamos, pues, enteramente convencidos de su identidad; Dios de eso será glorificado por nuestra creencia más firme en el Espiritismo, y nuestros hermanos, Espíritus y vivientes, con eso se volverán mejores. La identidad de su hermano no es menos evidente; en la diferencia inmensa del ateo al creyente, hemos reconocido su carácter, su estilo, su giro en las frases; una palabra sobre todo nos ha admirado, y fue la de *panacea*; era su palabra habitual; la decía y repetía a cada instante.

“He comunicado estas dos evocaciones a varias personas, que se impresionaron con su veracidad; pero los incrédulos, los que tienen las opiniones de mis dos parientes, hubieran querido respuestas aún más categóricas: que el Sr. D... por ejemplo, precisase el paraje donde había

sido enterrado, aquel en que se ha ahogado, de qué manera de allá fue tirado, etc. Para satisfacerles y convencerlos, ¿no podríais evocarle de nuevo? En este caso, tendréis la bondad de dirigirle las preguntas siguientes: ¿Dónde y cómo ejecutó su suicidio? – ¿Cuánto tiempo permaneció bajo el agua? ¿En qué paraje fue encontrado su cuerpo? – ¿En qué sitio fue enterrado? – ¿De qué manera, civil o religiosa, se procedió a su inhumación? etcétera.

“Os suplico tengáis a bien hacer que se conteste categóricamente a estas preguntas, que son esenciales para los que dudan todavía; estoy persuadido del bien inmenso que eso producirá. Hago de modo que mi carta llegue mañana viernes; a fin de que podáis hacer esta evocación en la sesión de la Sociedad que debe tener lugar dicho día..., etc.”

Hemos contestado a esta carta a causa del hecho de identidad que ella patentiza; nosotros añadimos aquí la respuesta que hemos dado, para instrucción de las personas que no están familiarizadas con las comunicaciones de ultratumba.

“Las preguntas que deseáis que dirijamos al Espíritu de vuestro suegro son, sin duda, dictadas con la laudable intención, la de convencer incrédulos, porque no vemos en vos ningún sentimiento de duda ni de curiosidad; pero un conocimiento más perfecto de la ciencia espírita os hubiera convencido de que son superfluas. En primer lugar, me suplicáis que haga responder categóricamente a vuestros parientes, ignoráis, sin duda, que no gobernamos a los Espíritus a nuestra voluntad; Responden cuando quieren, como quieren y, a menudo, como pueden; su libertad de acción es aún más grande que en vida, y tienen más medios de evitar la presión moral que se quisiera ejercer sobre ellos. Las mejores pruebas de identidad son las que se dan espontánea y voluntariamente, o que nacen de las circunstancias, y, casi siempre, es en vano que se procura provocarlas. Vuestro pariente ha probado su identidad de una manera irrecusable, según vos; es, pues, más que probable que rehusaría responder a preguntas que justamente pueden considerarse como superfluas y hechas con la idea de satisfacer la curiosidad de personas que le son indiferentes. Podría responder, como lo han hecho muchas veces otros Espíritus en semejante caso: “¿Para

qué preguntarme cosas que sabéis?” Añadirá también que el estado de turbación y de sufrimiento en que se encuentra, deben serle más penosas las indagaciones de este género; es absolutamente como si se quisiese obligar a un enfermo, que apenas con dificultad puede pensar y hablar, a contar los detalles de su vida: esto sería seguramente faltar a consideraciones que se deben a su posición.

“En cuanto al resultado que de eso esperáis, estad persuadido de que sería nulo. Las pruebas de identidad que se han suministrado tienen mayor valor, por lo mismo que son espontáneas, y nada podría poner sobre su camino; si los incrédulos no están satisfechos, no lo estarían más, quizá lo estarían menos, aun por preguntas preparadas que podrían dar lugar a sospechas de connivencia. Hay personas a quienes nada puede convencer; verían con sus ojos a vuestros parientes en persona y se creerían juguetes de una alucinación.

“Me resta dirigiros aún señor dos palabras sobre la súplica que hacéis, de evocar en el mismo día en que recibiera vuestra carta”. Las evocaciones no se hacen así, con una varita; los Espíritus no responden siempre a nuestro llamamiento; es preciso para esto que lo puedan o que lo quieran; es necesario, además, un médium que les convenga y que tenga la aptitud especial necesaria; que este médium esté disponible en determinado momento; que el medio sea simpático al Espíritu, etc., circunstancias todas de las que no se puede jamás responder, y que importa conocer, cuanto se quieren hacer las cosas seriamente.

EL SEÑOR FÉLICIEN

Era un hombre rico, instruido, poeta ingenioso, de buen carácter, cortés, ameno y de una perfecta honorabilidad. Falsas especulaciones habían comprometido su fortuna; no permitiéndole su edad rehabilitarse, cedió al desaliento y se suicidó, en diciembre de 1864, ahorcándose en la alcoba. No era ni materialista ni ateo, sino un hombre de humor un poco liviano, teniendo poco cuidado con la vida futura. Habiéndole conocido íntimamente, le evocamos cuatro meses después de su muerte por simpatía por su persona.

Evocación. – Añoro la Tierra; tuve en ella decepciones, pero

menores que aquí. Soñaba maravillas y estoy muy por debajo de la realidad ideal que le tenía. El mundo de los Espíritus es bien mezclado, y para hacerlo soportable sería necesario escoger mucho. ¡Me cuesta creer! ¡Qué cuadros de costumbres espíritas se podrían hacer aquí! Balzac metería manos a la obra; el sería rudo. Pero no le he visto; ¿dónde se encuentran, pues, estos grandes Espíritus que tan fuerte condenaron los vicios de la Humanidad? Deberían, como yo, permanecer aquí por algún tiempo, antes de ir a las regiones más elevadas. Es un pandemónium curioso, que me gusta observar y permanezco aquí.

Aunque el Espíritu declare que se encuentra en una sociedad muy mezclada, y por consecuencia de Espíritus inferiores, su lenguaje daba lugar para sorprendernos, visto su género de muerte, al cual no hizo ninguna alusión, porque, de otro modo, sería el reflejo de su carácter. Esto nos dejó algunas dudas sobre su identidad.

P. ¿Queréis decirnos, os lo suplico, cómo habéis muerto? – R. ¿Cómo he muerto? Por la muerte que he elegido; ella me agradó; he meditado bastante tiempo sobre la que debía elegir para librarme de la vida. Y en verdad confieso que no he ganado gran cosa, a no ser estar libre de mis cuidados materiales, pero para volver a encontrarlos más graves, más penosos en mi posición de Espíritu, cuyo fin no preveo.

P. (*Al guía del médium.*) – ¿Fue verdaderamente el Espíritu del Señor Félicien quién a contestado? Ese lenguaje casi indiferente nos admira en un suicida. – R. Sí, pero por un sentimiento excusable en su posición, y que no comprendéis, él no quería revelar su género de muerte al médium; fue por esto que dijo palabras vacías; acabó por confesar, llevado por vuestra pregunta directa, pero está muy afligido con eso. Él sufre mucho por haberse suicidado y aparta lo más que puede todo lo que le recuerda ese fin funesto.

P. (*Al Espíritu.*) – Vuestra muerte nos afectó tanto más cuanto preveíamos las tristes consecuencias para vos, y en razón, sobre todo, de la estimación y cariño que os teníamos. Personalmente, no he olvidado cuán bueno y servicial habéis sido para mí. Sería feliz si os pudiera testimoniar mi reconocimiento, si puedo hacer alguna cosa que os sea útil. – R. Sin embargo, no podía evitar de otro modo las dificultades de mi posición material. Ahora solo tengo necesidad de

oraciones; orad, sobre todo, para que se me libre de los horribles acompañantes que tengo cerca de mí, que me atormentan con sus risas, sus gritos y burlas infernales. Me llaman cobarde y tienen razón; cobardía es quitarse la vida. *Ya van cuatro veces que sucumbo a esta prueba.* ¡Sin embargo, mucho me había prometido no flaquear!... ¡Fatalidad!...¡Ah!, orad. ¡Que suplicio es el mío! ¡Soy muy infeliz! Haréis más por mí haciéndolo, que lo que he hecho por vos cuando estaba en la Tierra; pero la prueba a la cual he faltado tan a menudo se presenta ante mí con señales indelebles; *es preciso que sufra nuevamente en determinado tiempo.* ¿Tendré bastante fuerza para eso? ¡Ah, tantas veces volver a empezar la vida! ¡Luchar tanto tiempo y ser arrastrado por los acontecimientos a sucumbir, a mi pesar, es desesperante, aun aquí! Para esto tengo necesidad de fuerza. La oración la da, os pido: orad por mí; también yo quiero orar.

Este caso particular de suicidio, aunque ocurrido en circunstancias muy vulgares se presenta, en una fase especial. Nos muestra un Espíritu que ha sucumbido muchas veces a esta prueba, que se renueva en cada existencia, *y se renovará mientras no tenga la fuerza de resistir a ella.* Es la confirmación del principio de que cuando el objeto de mejorar, para el cual hemos encarnado, no se alcanza, hemos sufrido sin provecho; porque debemos volver a empezar hasta que salgamos victoriosos de la lucha.

Al Espíritu del Señor Félicien, Os suplico que escuchéis lo que voy a deciros y tened a bien meditar mis palabras. Lo que llamáis fatalidad no es otra cosa que vuestra propia debilidad, porque no hay fatalidad; a no ser así, el hombre no sería responsable de sus actos. El hombre es siempre libre, y este es su más bello privilegio; Dios no ha querido hacer de él una máquina que obrase y obedeciese a ciegas. Si esta libertad le hace falible, le hace también perfectible, y tan sólo es por la perfección que llega a la dicha suprema. Sólo su orgullo le conduce a acusar al destino de sus desdichas en la Tierra, cuando lo más a menudo son efecto de su desdichas. De esto tuvisteis un ejemplo patente en vuestra última existencia; tenáis todo lo que era preciso para ser feliz, según el mundo: ingenio, talento, fortuna, consideración merecida. No tenáis vicios ruinosos y al contrario, cualidades estimables;

¿cómo fue que vuestra posición se encontró tan radicalmente comprometida?

Unicamente por vuestra imprevisión. Convenid en que si hubieseis obrado con más prudencia, si hubieseis sabido contentaros con la bella parte que ya tenáis, en lugar de querer aumentarla sin necesidad, no os habríais arruinado. No hubo, pues, ninguna fatalidad, puesto que podíais evitar lo acontecido.

Vuestra prueba consistía en un encadenamiento de circunstancias que debían daros *no la necesidad, sino la tentación del suicidio;* desgraciadamente para vos, a pesar de vuestro talento e instrucción no habéis sabido dominar estas circunstancias y lleváis la pena de vuestra debilidad. Esta prueba, como lo presentís con razón, deberá renovarse todavía; en vuestra próxima existencia seréis blanco de acontecimientos que provocarán, de nuevo, el pensamiento del suicidio y así será hasta que hayáis triunfado.

Lejos de acusar a la suerte, que es vuestra propia obra, admirad la bondad de Dios que, en lugar de condenaros irremisiblemente por vuestra falta primera, os ofrece sin cesar los medios de repararla. Sufriréis, pues, no eternamente, sino tanto tiempo como tarde en ocurrir la reparación. De vos depende el tomar, en el estado de Espíritu, resoluciones tan enérgicas, de expresar a Dios un arrepentimiento tan sincero, de solicitar con gran insistencia el apoyo de los buenos Espíritus que lleguéis a la Tierra escudado contra todas las tentaciones. Una vez obtenida esa victoria, marcharéis por la vía de la felicidad con tanta más rapidez puesto que, bajo otros aspectos, vuestro adelantamiento es ya muy grande. Es, pues, aun, un paso a transponer; en eso os ayudaremos con nuestras oraciones, pero serán impotentes si no las secundáis con vuestros esfuerzos.

R. Gracias, ¡Oh! Gracias por vuestras buenas exhortaciones; tenía mucha necesidad de las mismas, porque soy más infeliz *de lo que quería dar a entender.* Voy aprovecharlas, os lo aseguro, y a prepararme para mi próxima encarnación, en la que haré de modo que no sucumba. Tardo en salir del grosero medio donde estoy relegado.

FÉLICIEEN.

ANTOINE BELL

Contador en una casa de banca del Canadá; se suicidó el 28 de febrero de 1865. Uno de nuestros corresponsales, médico y farmacéutico en la misma ciudad, nos ha dado, por su cuenta, las informaciones siguientes:

“Conocía a Bell desde hacía más de 20 años. Era un hombre inofensivo y padre de numerosa familia. Hace algún tiempo se imaginó haber comprado un veneno en mi casa y que se había servido de él envenenando a alguien. Muchas veces, vino a suplicarme le dijese en que época se lo había vendido y se entregaba a delirios terribles. Perdía el sueño, se acusaba y se golpeaba el pecho. Su familia estaba en una ansiedad continua desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la mañana, hora en que iba a la casa bancaria, donde llevaba sus libros de una manera muy regular, sin cometer jamás un solo error. Acostumbraba decir que un ser que sentía en él, le hacía llevar su contabilidad con orden y regularidad. En los momentos en que parecía estar convencido del absurdo de sus pensamientos exclamaba: “No, no, me queréis engañar... *yo me acuerdo...* eso es verdad.

Antoine Bell fue evocado en París, el 17 de abril de 1865, a petición de su amigo.

1. *Evocación* – R. ¿Qué queréis? ¿Hacerme sufrir un interrogatorio? Es inútil, lo confesaré todo.

2. Está lejos de nuestro pensamiento querer atormentaros con preguntas indiscretas; deseamos solamente saber cual es vuestra posición en el mundo en que estáis, y si podemos seros útil. – R. ¡Ah! Si lo pudieris por eso os sería muy reconocido! ¡Tengo horror de mi crimen y soy muy infeliz!

3. Nuestras oraciones, endulzarán vuestras penas, de eso tenemos esperanza. Por lo demás, parece que estáis en buenas condiciones; el arrepentimiento es ya principio de rehabilitación. Dios, que es infinitamente misericordioso, tiene siempre piedad del pecador arrepentido. Orad con nosotros. (Aquí, se dijo la oración por los suicidas, que se encuentra en *El Evangelio según el Espiritismo*.)

¿Queréis decirnos ahora de qué crimen os reconocéis culpable? Esta confesión, hecha con humildad, se os tomará en cuenta. – R. Dejadme primero daros las gracias por la esperanza que acabáis de hacer nacer en mi corazón. ¡Ay de mí! Hace mucho tiempo que vivía en una ciudad cuyas murallas bañaba el mar del Sur. Amaba a una hermosa joven que correspondía a mi amor; pero yo era pobre y fui rechazado por su familia. Ella me anunció que iba a casarse con el hijo de un negociante cuyo comercio se extendía más allá de los mares, y fui rechazado. Loco de dolor, resolví quitarme la vida, después de haber satisfecho mi venganza asesinando a mi aborrecido rival. Sin embargo, los medios violentos me repugnaban. Temblaba a la idea de este crimen; pero mis celos me dominaron. La víspera del día en que mi amada debía ser suya, murió envenenado por mis cuidados, encontrando este medio más fácil. Así se explican aquellas reminiscencias del pasado. Sí, yo he vivido ya, y es preciso que vuelva a vivir todavía... ¡Oh! Dios mío; tened piedad de mi debilidad y de mis lágrimas.

4. Deploramos esta infelicidad que ha retardado vuestro adelantamiento, y os compadecemos sinceramente; pero, puesto que os arrepentís, Dios tendrá piedad de vos. Os suplico que digáis si ejecutasteis vuestro proyecto de suicidio. – R. No, confieso, con vengüenza, que la esperanza retornó a mi corazón; quería gozar del precio de mi crimen, pero mis remordimientos me traicionaron; expié por el último suplicio este momento de alucinación; me ahorqué.

5. ¿Teníais conciencia de esta mala acción en vuestra última existencia? – R. En los últimos años de mi vida solamente, y he aquí cómo. Era bueno por naturaleza; después de haber estado sometido, como todos los Espíritus homicidas, al tormento de la visión continua de mi víctima, que me perseguía como un vivo remordimiento, me libré de él muchos años después por mis oraciones y mi arrepentimiento. Volví a empezar la vida otra vez, la última, y la atravesaba pacífico y tímido. Tenía en mí una vaga intuición de mi debilidad innata y de mi falta anterior, de la cual había conservado el recuerdo latente. Pero un Espíritu obsesor y vengativo, que, no era otro sino el del padre de mi víctima, no tuvo gran trabajo en apoderarse de mí y en hacer revivir, en mi corazón, como en un espejo mágico, los recuerdos del pasado.

Influido alternativamente por él y por el guía que me protegía, yo era el envenenador o el padre de familia que ganaba el pan de sus hijos con su trabajo. Fascinado por este demonio obsesor, fui empujado por él al suicidio. Soy muy culpable, es verdad, pero menos, sin embargo, que si yo mismo lo hubiese resuelto. Los suicidas de mi categoría, que son demasiado débiles para resistir a los Espíritus obsesores, son menos culpables y menos castigados que los que se quitan la vida por la sola acción de su libre albedrío. Rogad conmigo por el Espíritu que ha influido en mí tan fatalmente, a fin de que abdique sus sentimientos de venganza, y rogad también por mí para que adquiera la fuerza y la energía necesarias para no fallar más a la prueba del suicidio por libre voluntad, *a la cual seré sometido, me dicen, en mi próxima encarnación.*

6. *Al guía del médium.* ¿Puede realmente un Espíritu obsesor llevar al obseso al suicidio? – R. Seguramente, porque la obsesión, que por sí misma es un género de prueba, puede revestir todas las formas; pero esto no es una excusa. El hombre tiene siempre su libre albedrío y, por consecuencia, es libre de ceder o de resistir a las que es blanco; cuando sucumbe, es siempre por su voluntad. El Espíritu tienen razón, por otra parte, cuando dice que el que obra mal por instigación de otro es menos reprehensible y menos castigado que cuando lo comete por su propio impulso; pero no es inocente, porque, desde el instante en que se deja apartar del camino recto, es porque el bien no está fuertemente arraigado en él.

7. ¿Cómo es que, a pesar de la oración y del arrepentimiento que había liberado a este Espíritu del tormento que sentía por la visión de su víctima, haya sido aún perseguido por la venganza del Espíritu obsesor en su última encarnación? – R. El arrepentimiento, ya lo sabéis, no es más que lo *preliminar en la rehabilitación*: pero no basta para librar al culpable de toda pena; Dios no se contenta con promesas; es necesario probar con sus actos la solidez de la vuelta al bien; por esto el Espíritu está sometido a nuevas pruebas que le fortifican, al mismo tiempo que le hacen adquirir un mérito más cuando sale victorioso. Será el blanco de la persecución de los malos Espíritus *hasta que éstos le consideran bastante fuerte para*

resistirles; entonces le dejan en descanso, porque saben que sus tentativas serían inútiles.

Estos dos últimos ejemplos nos demuestran la misma prueba renovándose en cada encarnación, por tanto tiempo cuanto se sucumba en ella. Antoine Bell nos muestra además el hecho no menos instructivo de un hombre perseguido por el recuerdo de un crimen cometido en una existencia anterior, como un remordimiento y una advertencia. Vemos por esto que todas las existencias son solidarias; la justicia y la bondad de Dios se revelan en la facultad que deja el hombre para mejorarse gradualmente, sin cerrarle jamás la puerta del rescate de sus faltas; el culpable es castigado por su misma falta, y el castigo, en lugar de ser una venganza de Dios, es el medio empleado para hacerle progresar.

CAPÍTULO VI

CRIMINALES ARREPENTIDOS

VERGER

Asesino del Arzobispo de París

El 3 de enero de 1857, Monseñor Sibour, arzobispo de París, al salir de la Iglesia de Saint-Étienne-du-Mont, fue herido mortalmente por un joven sacerdote llamado Verger. El culpable fue condenado a muerte y ejecutado el 30 de enero. Hasta el último instante no manifestó, ni lamentación, ni arrepentimiento, ni sensibilidad.

Evocado el mismo día de su ejecución, dio las respuestas siguientes:

1. *Evocación.* – R. Aún estoy retenido en mi cuerpo.
2. Vuestra alma, ¿no está enteramente separada de vuestro cuerpo? – R. No... Tengo miedo..., no sé... Esperad que me reconozca... Yo no estoy muerto, ¿no es eso?
3. ¿Os arrepentís de lo que hicistéis? – R. Erré en matar; pero fui empujado por mi carácter, que no podía sufrir humillaciones... Me evocaréis otra vez.
4. ¿Por qué queréis iros ya? – R. Tendría mucho miedo si le viera, temería que hiciese otro tanto conmigo.
5. Pero no tenéis nada que temer, puesto que vuestra alma está separada del cuerpo; rechazad cualquier inquietud: no hay razón para ella. – R. ¡Qué queréis! ¿Sois siempre dueño de vuestras impresiones?... No sé donde estoy... Soy loco.

6. Cuidad de tranquilizaros. – R. No puedo, porque soy loco... ¡Esperad!... Voy hacer volver toda mi lucidez.

7. Si oraseis, la oración podrá ayudaros a coordinar vuestras ideas – R. Temo... no me atrevo a orar.

8. Orad. ¡La misericordia de Dios es grande! Oraremos con vos. – R. Sí, la misericordia de Dios es infinita; lo he creído siempre.

9. ¿Conocéis ahora mejor vuestra posición? – R. Es tan extraordinaria, que no puedo todavía darme cuenta.

10. ¿Veis a vuestra víctima? – R. Me parece oír una voz que se asemeja a la suya y que me dice: ¡yo no te quiero más... pero es un efecto de mi imaginación!... Estoy loco, os lo digo, porque veo mi propio cuerpo de un lado y mi cabeza del otro... y, sin embargo, me parece que vivo, pero en el espacio, entre la Tierra y lo que llamáis cielo... Siento aún el frío de una cuchilla cayendo sobre mi cuello... pero es por el miedo que tengo de morir... me parece que veo cantidad de Espíritus alrededor de mí, que me miran compasivamente... *conversan* conmigo, pero no les comprendo.

11. Entre esos Espíritus ¿hay alguno cuya presencia os humille a causa de vuestro crimen? – R. Os diré que no hay más que uno a quien tema: aquél que herí.

12. ¿Os acordáis de vuestras existencias anteriores? – R. No; estoy en la vaguedad..., creo soñar... otra vez; es preciso que me reconozca.

13. (Tres días más tarde.) ¿Os reconocéis mejor ahora? – R. Sé ahora que no soy más de ese mundo, y no lo lamento. Tengo pesar de lo que he hecho, pero mi Espíritu está más libre; sí mejor que hay una serie de existencias que nos dan los conocimientos útiles para volvernos perfectos tanto como la criatura puede serlo.

14. ¿Fuisteis castigado por el crimen que habéis cometido? – R. Sí; lamento lo que hice y sufro por ello.

15. ¿De qué manera fuisteis castigado? – R. Soy castigado porque reconozco mi falta y de ella pido perdón a Dios; soy castigado por la conciencia de mi falta de fe en Dios, y porque ahora sé que no

debemos cortar los días de nuestros hermanos; soy castigado por el remordimiento de haber retardado mi adelantamiento, yendo por un camino falso, y no habiendo escuchado el grito de mi conciencia, que me decía que no era matando que llegaría a mi objetivo; pero me dejé dominar por el orgullo y los celos; me he engañado y de eso me arrepiento, porque el hombre debe siempre hacer esfuerzos para dominar sus malas pasiones, y yo no lo hice.

16. ¿Qué sentimientos experimentabais cuando os evocamos? – R. Un placer y un miedo, porque no soy malo.

17. ¿En qué consisten ese placer y ese miedo? – R. Un placer en conversar con los hombres, y poder en parte reparar mi falta confesándola. Un miedo que no podría definir, una especie de vergüenza de haber sido asesino.

18. ¿Querriais ser reencarnado en esta Tierra? – R. Sí; lo pido y deseo encontrarme constantemente expuesto a ser muerto y de eso tener miedo.

Habiendo sido evocado Monseñor Sibour, dijo que perdonaba a su asesino y rogaba para que volviese al bien. Añadió que, aunque presente, no se había mostrado a él por no aumentar su sufrimiento; el temor de verle, que era una señal de remordimiento, era ya un castigo.

P. El hombre que comete un asesinato, ¿sabe, al elegir su existencia, que vendrá a ser asesino? – R. No; sabe que eligiendo una vida de lucha, hay *probabilidad* para él, de matar a uno de sus semejantes; pero ignora si lo hará, porque hay casi siempre lucha en él.

La situación de Verger, en el momento de su muerte, es la de casi todos aquellos que perecen de muerte violenta. No operándose la separación del alma de una manera brusca, están como aturridos y no saben si están muertos o vivos. Se le ha ahorrado la vista del arzobispo porque no era necesaria para excitar, en él, el remordimiento, mientras que otros, al contrario, están incesantemente perseguidos por las miradas de sus víctimas.

A lo enorme de su crimen, añadió Verger el no haberse arrepentido antes de morir; estaba, pues, en todas las condiciones exigidas para incurrir en la condenación eterna. Sin embargo, apenas ha dejado la Tierra el arrepentimiento penetró en su alma; repudió su pasado y pidió sinceramente repararle. No ha sido el exceso de sufrimientos lo que le

impujó, puesto que no ha tenido tiempo de sufrir; fue, pues, el solo grito de su conciencia, que no había escuchado durante su vida y que oyera ahora. ¿Por qué no se le tomaría esto en cuenta? ¿Por qué en el intervalo de algunas horas lo que le hubiera librado del infierno no le podría más? ¿Por qué Dios, que hubiera sido misericordioso antes de la muerte, no tendría piedad algunas horas más tarde?

Podría uno admirarse de la rapidez del cambio que se opera, a veces, en las ideas de un criminal endurecido hasta el último momento, y a quien basta para hacerle comprender la iniquidad de su conducta el paso a la otra vida. Este efecto está lejos de ser general; sin esto no habría malos Espíritus; el arrepentimiento es, a menudo, más tardío, de ahí la pena se prolonga por consecuencia.

La obstinación en el mal, durante la vida, proviene, a veces, del orgullo que rehusa doblegarse y confesar sus culpas; además, el hombre está bajo la influencia de la materia, que echa un velo sobre sus percepciones espirituales, y lo fascina; caído este velo, una luz súbita le ilumina y se encuentra como *despejado*. La rápida vuelta a sentimientos mejores siempre es indicio de cierto progreso moral cumplido, que no pide más que una circunstancia favorable para manifestarse, mientras que aquél que persiste en el mal más o menos tiempo, después de la muerte, es incontestablemente un Espíritu más atrasado, en quien el instinto material ahoga el germen del bien y a quien le faltan aún nuevas pruebas para enmendarse.

LEMAIRE

Condenado a la pena de muerte, por el Supremo Tribunal de Justicia Criminal del Aisme, y ejecutado el 31 de diciembre de 1857; evocado el 29 de enero de 1858.

1. *Evocación.* – R. Aquí estoy.
2. ¿Qué sentimiento experimentáis a nuestra vista? – R. La vergüenza.
3. ¿Habéis conservado vuestro conocimiento hasta el último momento? – R. Sí.

4. Inmediatamente después de la ejecución, ¿tuvisteis conocimiento de vuestra nueva existencia?—R. Estaba hundido en una turbación inmensa de la cual no he salido todavía. Sentí un dolor intenso y me pareció que mi corazón lo sufría. Vi rodar no sé qué al pie del cadalso; vi correr sangre y mi dolor por esto se volvió más pungente, fue más agudo. — ¿Era un dolor puramente físico, análogo al que causaría una herida grande, por la amputación de un miembro, por ejemplo?—R. No; figuraos un remordimiento, un gran dolor moral.—P. ¿Cuándo habéis empezado a sentir ese dolor?—R. Desde que fui libre.

5. El dolor físico causado por el suplicio, ¿era sentido por el cuerpo o por el Espíritu?—R. El dolor moral estaba en mi espíritu; el cuerpo sintió el dolor físico: *pero el Espíritu, separado se resiente de él todavía.*

6. ¿Tuvisteis el cuerpo mutilado?—R. Vi no sé qué de informe que parecía haberme sacado; sin embargo, me sentía aún entero: era yo mismo.—P. ¿Que impresión os ha causado esta vista?—R. Sentía demasiado mi dolor; *estaba perdido en él.*

7. ¿Es verdad que el cuerpo vive todavía algunos instantes después de la decapitación, y que el ajusticiado tiene conciencia de sus ideas?—R. El Espíritu se retira poco a poco; cuanto más le atan los lazos de la materia, menos pronta es la separación.

8. Se dice que se ha observado, en la cara de ciertos ajusticiados, la expresión de cólera y movimientos, como si quisiesen hablar; ¿es efecto de una contracción nerviosa o de un acto de voluntad?—R. La voluntad; porque el Espíritu aún no se retiró.

9. ¿Cuál fue el primer sentimiento que habéis experimentado al entrar en la nueva existencia?—R. Un intolerable sufrimiento; una especie de remordimiento punzante cuya causa ignoraba.

10. ¿Os habéis reunido con vuestros cómplices, ejecutados al mismo tiempo que vos?—R. Desgraciadamente nuestra vista es un suplicio continuo; cada uno censura al otro su crimen.

11. ¿Encontrasteis a vuestras víctimas?—R. Las veo... son

felices... sus miradas me persiguen... Las siento que se hunden hasta el fondo de mi ser... en vano quiero huirles. — ¿Qué sentimiento experimentáis a su vista?—R. La vergüenza y el remordimiento. *Yo las elevé con mis propias manos, y las odio aún.* — ¿Qué sienten ellas a vuestra vista?—R. Piedad.

12. ¿Tienen odio y deseo de venganza?—R. No; sus votos llaman sobre mí la expiación. *No sabrías sentir que horrible suplicio es deberlo todo a quien se odia.*

13. ¿Lamentáis la vida terrestre?—R. No lamento sino mis crímenes. Si el acontecimiento estuviese aún en mis manos, no sucumbiría.

14. La inclinación al mal ¿estaba en vuestra naturaleza, o bien habéis sido arrastrado por el medio donde habéis vivido?—R. La inclinación al crimen estaba en mi naturaleza, porque no era más que un Espíritu inferior. He querido elevarme pronto; pero pedí más de lo que mis fuerzas permitían. Me creí fuerte, elegí una prueba ruda y cedí a las tentaciones del mal.

15. Si hubierais recibido buenos principios de educación, ¿habrías podido apartaros de la vida criminal?—R. Sí; pero elegí la posición en que nací. — ¿Habrías podido haceros un hombre de bien?—R. Un hombre débil, incapaz del bien como del mal. Podía corregir lo malo de mi naturaleza durante mi existencia; pero no podía elevarme hasta hacer el bien.

16. En vuestra vida ¿creáis en Dios?—R. No. — Se dice, sin embargo, que en el momento de morir os habéis arrepentido; esto ¿es verdad?—R. He creído en un Dios vengador... tenía miedo de su justicia. — ¿En este momento vuestro arrepentimiento es más sincero?—R. ¡Ay de mí! Veo lo que he hecho. — ¿Qué pensáis de Dios ahora?—R. Le siento y no le comprendo.

17. ¿Encontráis justo el castigo que se os ha impuesto en la Tierra?—R. Sí.

18. ¿Esperáis obtener el perdón de vuestros crímenes?—R. No sé. — ¿Cómo esperáis rescatarlos?—R. Por nuevas pruebas, pero me parece que la eternidad está entre ellas y yo.

19. ¿Dónde estáis ahora? – R. Estoy en mi sufrimiento. – Os preguntamos ¿en qué lugar estáis? – R. Cerca del médium.

20. Puesto que estáis aquí, si pudiéramos veros, ¿bajo que forma nos apareceríais? R. Bajo mi forma corporal; la cabeza separada del tronco. – ¿Podrías apareceros a nosotros? – R. No; dejadme.

21. ¿Querriais decirnos cómo os evadisteis de la cárcel de Montdidier? – R. No sé más..., mi sufrimiento es tan grande, que no tengo sino el recuerdo del mi crimen... Dejadme.

22. ¿Podríamos aportar algún alivio a vuestros sufrimientos? – R. Haced votos para que llegue la expiación.

BENOIST

(Bordeaux, marzo de 1862)

Un Espíritu se presentó espontáneamente al médium bajo el nombre de Benoist. Dice haber muerto en 1704 y soportado horribles sufrimientos.

1. ¿Qué erais en vuestra vida? – R. Monje sin fe.

2. La falta de creencia ¿fue la única falta? – R. Basta para arrastrar a las otras.

3. ¿Podéis darnos algunos detalles sobre vuestra vida? La sinceridad de la confesión se os tomará en cuenta. – R. Sin fortuna y perezoso, tomé las órdenes, no por vocación, sino por tener una posición. Inteligente, me creé una posición; influyente, abusé del poder; vicioso arrastré a los desórdenes a aquellos a quienes tenía la misión del salvar; duro, perseguí a los que yo tenían el coraje de censurar mis excesos; los *in pace* se han llenado con mis cuidados. El hambre torturó a muchas víctimas; con violencia se sofocaban a menudo sus gritos. Desde entonces, expío y sufro todos los tormentos del infierno; mis víctimas atizan el fuego que me devora. La lujuria y el hambre no satisfechas me persiguen; la sed irrita mis ardientes

labios sin caer jamás en ellas una gota refrescante: todos los elementos se encarnizan contra mí. Orad por mí.

4. Las oraciones que se dicen por los difuntos, ¿os deben serán atribuidas como a los otros? – R. ¿Creéis que sean muy edificantes? *Tienen para mí el valor de las que yo aparentaba hacer.* No he cumplido mis tareas. De ella no encuentro el salario.

5. ¿Nunca os habéis arrepentido? – R. Hace mucho tiempo; *pero ha sido después del sufrimiento.* Como fui sordo a los gritos de víctimas inocentes, el Maestro es sordo a mis gritos ¡Justicia!

6. Reconocéis la justicia del Señor; confiaos a su bondad y rogad para que os ayude. – R. ¡Los demonios gritan más fuerte que yo; los gritos se ahogan en mi garganta; llenan mi boca con pez hirviente! ... Lo he hecho gran... (El Espíritu no puede escribir la palabra Dios.)

7. ¿No estáis, pues, todavía bastante separado de las ideas terrestres para comprender que las torturas que soportáis son todas morales? – R. Las soporto, las siento, veo a mis verdugos; todos tienen un rostro conocido; todos tienen un nombre que resuena en mi cerebro.

8. ¿Qué pudo empujaros a todas esas infamias? – R. Los vicios de que estaba imbuido, la brutalidad de las pasiones.

9. ¿No habéis implorado jamás la asistencia de los buenos Espíritus para ayudaros a salir de esta situación? – R. Solo veo los demonios del infierno.

10. ¿Teníais miedo a estos en vida? – R. No, nada; la nada era mi fe; los placeres a cualquier precio eran mi culto. Las divinidades del infierno no me han abandonado; ¡les he consagrado mi vida: no me dejarán más!

11. ¿No entrevéis un término a vuestros sufrimientos? – R. Lo infinito no tiene término.

12. Dios es infinito en su misericordia; todo puede tener fin cuando Él lo quiere. – R. ¡Si pudiese quererlo!

13. ¿Por qué habéis venido a inscribiros aquí? – R. No sé como; pero he querido hablar, como quería gritar para aliviarme.

14. Vuestros demonios ¿no os impidieron escribir? – R. No, pero están ante mí, me esperan; por eso no quisiera acabar.

15. ¿Es la primera vez que escribís así? – R. Sí. – ¿Sabíais que los Espíritus pueden acercarse de este modo a los hombres? – R. No. – ¿Cómo pues, habéis podido comprenderlo? – R. No lo sé.

16. ¿Qué habéis sentido para venir cerca de mí? – R. Un adormecimiento en mis terrores.

17. ¿Cómo os habéis dado cuenta de que estabais aquí? – R. Como se despierta.

18. ¿Cómo habéis hecho para poneros en relación conmigo? – R. No lo comprendo; ¿no lo has sentido tú mismo?

19. No se trata de mí, sino de vos; procurad daros cuenta de lo que hicistéis en este momento en que yo escribo. – R. Tú eres mi pensamiento; he ahí todo.

20. ¿No habéis, tenido la voluntad de hacerme escribir? – R. No, soy yo quien escribe, tú piensas por mí.

21. Procurad daros cuenta de esto; los buenos Espíritus que os rodean os ayudarán en ello. – R. No, los ángeles no vienen hacia este infierno. Tú, ¿no estás solo? – Mirad alrededor de vos. – R. Siento que me ayudan a pensar en tí... tu mano me obedece... no te toco, y te tomo... No comprendo.

22. Pedid asistencia a vuestros protectores; vamos a orar juntos. – R. ¿Quieres dejarme? ¡Quédate conmigo; ellos volverán. Ruégote esto, ¡quédate! ¡Quédate!

23. No puedo permanecer mucho tiempo. Venid todos los días; oraremos juntos, y los buenos Espíritus os ayudarán. – R. Sí, quiero mi gracia. Pedid por mí; yo, yo no puedo.

El guía del médium. Valor, hijo mío; le será concedido lo que pide, pero la expiación está aún lejos de terminar. Las atrocidades que ha cometido no tienen número ni nombre, y es porque tenía la más

culpable inteligencia, la instrucción y la luz para guiarse. Ha faltado, con conocimiento de causa; también sus sufrimientos son terribles; pero con el socorro de la oración se endulzarán, porque verá el término posible, y la esperanza le sostendrá. Dios le ve en el camino del arrepentimiento y le ha hecho la gracia de *poder comunicarse a fin de que sea animado y sostenido*. Piensa, frecuentemente en él; nosotros te lo dejamos para fortificarle en buenas resoluciones que podrá tomar, ayudado de tus consejos. Al arrepentimiento sucederá en él, el deseo de reparación; entonces el mismo pedirá una nueva existencia en la Tierra para practicar el bien en lugar del mal que ha hecho, y cuando Dios estuviese satisfecho con él, y le vea fortalecido, le hará entrever las divinas claridades que le conducirán al puerto de salvación, y le recibirá en su seno como al hijo pródigo. Ten confianza, te ayudaremos a cumplir tu obra.

PAULIN.

Hemos colocado a este Espíritu entre los criminales, si bien no ha sido juzgado por la justicia humana, porque el crimen consiste en los actos y no en la pena impuesta por los hombres. Lo mismo ocurre con el siguiente.

EL ESPIRITU DE CASTELNAUDARY

En una casita cerca de Castelnaudary, ocurrieron ruidos extraños y diversas manifestaciones que la hacían considerar como frecuentada por algún mal genio. Por ese motivo fue exorcizada sin resultado alguno en 1848. Habiendo querido habitarla su propietario, Sr D..., ahí murió repentinamente algunos años después; su hijo, que quiso habitarla en seguida, recibió un día, entrando en una habitación, un fuerte bofetón dado por una mano desconocida; como se hallaba enteramente solo, no pudo dudar de que viniera de algún origen oculto, por lo que resolvió dejarla definitivamente. Hay una tradición en el lugar según la cual debía de haberse cometido un gran crimen en aquella casa.

Habiendo sido evocado en la Sociedad de París, en 1859, el Espíritu que dio el bofetón, se manifestó con señales violentas; todos los

esfuerzos para calmarle fueron improductivos. Interrogado San Luis con este objeto, respondió: “Es un Espíritu de la peor especie, un verdadero monstruo; lo hemos hecho venir pero no hemos podido obligarlo a escribir, a pesar de cuanto se le ha dicho; tiene su libre albedrío. El infeliz hace de él un triste uso.

P. Este Espíritu ¿es susceptible de mejoría? – ¿Por qué no? ¿*No lo son todos?* ¿tanto éste como los demás? Es preciso, sin embargo, contar con las dificultades; pero, por perverso que sea, volviéndole bien por mal acabará por conmovirse. Que se ore primero, y se le evoque dentro de un mes, y podréis juzgar del cambio que se habrá operado en él.

Evocado el Espíritu nuevamente, más tarde, se mostró más tratable, después poco a poco sumiso y arrepentido. De las explicaciones dadas por él, y por otros Espíritus resulta que, en 1608, habitaba la referida casa, donde había asesinado a su hermano por sospechas de celos y rivalidad, hiriéndole en la garganta mientras dormía, y algunos años después mató también a la que tomó por mujer después de la muerte de su hermano. Murió en 1659 a la edad de 80 años, sin que se le persiguiera por estas muertes, de las que se hacía poco caso en aquellos tiempos de confusión. Después de su muerte, no cesó de intentar hacer mal y provocó algunos accidentes ocurridos en aquella casa. Un médium vidente que asistió a la primera evocación, le vio en el momento en que se le quiso hacer escribir; sacudía fuertemente el brazo del médium: su aspecto era espantoso; estaba vestido con una camisa cubierta de sangre y tenía un puñal.

1. *Pregunta a San Luis.* ¿Queréis describirnos el género de suplicio de este Espíritu? – R. Es atroz para él; fue condenado a morar en la casa en que cometió el crimen, sin poder dirigir su pensamiento a otra cosa que no sea ese crimen, siempre ante sus ojos, y se cree condenado eternamente a ese tormento. Se ve constantemente en el momento en que cometió su crimen; todo otro recuerdo le fue retirado, y toda comunicación con otro Espíritu prohibida; sobre la Tierra solo puede estar en esa casa y si estuviese en el espacio estará en las tinieblas y en la soledad.

2. ¿Habría un medio de hacerlo desocupar esa casa, y cuál sería? – R. Queriendo desembarazarse de las obsesiones de semejantes Espíritus, esto es fácil orando por ellos; es lo que se descuida siempre de hacer. Se prefiere asustarles con las fórmulas del exorcismo, que les divierten mucho.

3. ¿Dando a las personas interesadas la idea de rogar para él, y nosotros mismos orando por ellos, se le haría desocupar? – R. Sí, pero notad que he dicho orar, y *no hacer orar*.

4. Hace dos siglos que está en esta situación; ¿aprecia él este tiempo como lo hubiera hecho en vida? Esto es, el tiempo ¿le parece tan largo o menos largo que si viviese? – R. Le parece más largo: *el sueño no existe para él*.

5. Se nos ha dicho que, para los Espíritus, el tiempo no existe, y que para ellos un siglo es un punto en la eternidad; ¿acaso no sucede lo mismo para todos? – R. No, ciertamente; eso es para los Espíritus que han llegado a un grado muy elevado de adelantamiento; pero para los Espíritus inferiores el tiempo es algunas veces muy largo, sobre todo cuando sufren.

6. ¿De dónde vino éste Espíritu antes de su encarnación? – R. Tuvo una existencia en una de las poblaciones más feroces y salvajes, y anteriormente vino de un planeta inferior a la Tierra.

7. Este Espíritu es castigado muy severamente por el crimen cometido; si vivió en poblaciones bárbaras pudo cometer actos no menos atroces que el último; ¿fue castigado del mismo modo por ellos? – R. Fue menos castigado, porque, más ignorante, comprendía menos la importancia de lo que hacía.

8. El estado en que se encuentra este Espíritu ¿es el de los seres vulgarmente llamados *condenados*? – R. Absolutamente; los hay mucho más horribles aún. Los sufrimientos están lejos de ser los mismos para todos, aun para crímenes semejantes, porque varían según el culpable sea más o menos *accesible* al arrepentimiento. Para éste, la casa en que cometió su crimen es su infierno; otros lo tienen en sí mismos, por las pasiones que les atormentan y que no pueden satisfacer.

9. Este Espíritu, a pesar de su inferioridad, siente los buenos efectos de la oración; hemos visto la misma cosa en otros Espíritus, igualmente perversos, y de naturaleza muy brutal; ¿cómo es que Espíritus más esclarecidos, de una inteligencia más desarrollada, demuestran una ausencia completa de buenos sentimientos; que se ríen de todo lo que hay de más sagrado; en una palabra, que nada les conmueve, y cuyo cinismo no tiene ninguna tregua? – R. La oración no produce efecto sino en favor del Espíritu que se arrepiente; aquél que, seducido por el orgullo, se revela contra Dios y persiste en sus extravíos y los exagera aún, como lo hacen los Espíritus infelices, sobre éstos la oración no puede nada, y no podrá nada sino en el día en que una luz de arrepentimiento se manifieste en ellos. La ineficacia de la oración es también, para ellos, un castigo: alivia aquellos que no están del todo endurecidos.

10. Cuando se ve a un Espíritu inaccesible a los buenos efectos de la oración, ¿es esta una razón para abstenerse de rogar por él? – R. No, sin duda, porque tarde o temprano podrá triunfar de su endurecimiento y hacer germinar en él los pensamientos saludables.

Lo mismo ocurre con ciertos enfermos, sobre los cuales no obran los remedios sino a la larga; el efecto no es apreciable por el momento; al contrario, sobre otros obran prontamente. Penetrándose en esta verdad, de que todos los Espíritus son perfectibles, y de que ninguno está eterna y fatalmente destinado al mal, se comprenderá que, tarde o temprano, la oración hará su efecto, y que, la que parece ineficaz a primera vista no deposita en él menos gérmenes saludables que predisponen el Espíritu al bien, si no le toca inmediatamente. Sería, pues, un error desanimarse, porque no se triunfa en seguida.

11. Si este Espíritu se reencarnase, ¿en qué categoría de individuos se encontraría? – R. Eso dependerá de él y del arrepentimiento que experimente.

Varias conversaciones con este Espíritu produjeron en él un cambio notable en su estado moral. He aquí algunas de sus respuestas.

12. *Al Espíritu.* ¿Por qué no escribisteis la primera vez que os llamamos? – R. No lo quería.

¿Por qué no lo queráis? – R. Ignorancia y embrutecimiento.

13. ¿Podéis dejar, ahora, cuando lo queráis, la casa de Castelnau-dary? – R. Se me permite, porque aprovecho de vuestros buenos consejos.

¿Con eso sentís alivio? – R. Comienzo a esperar.

14. Si pudiésemos veros ¿bajo cuál apariencia os veríamos? – R. Me veríais en camisa y sin puñal. – P. ¿Por qué no tenéis el puñal? ¿Qué habéis hecho de él? – R. Lo maldigo. *Dios me ha ahorrado su vista.*

15. Si el Sr. D... hijo (el que había recibido el bofetón) volviese a la casa, ¿le haríais mal? – R. No, porque estoy arrepentido. – P. Y ¿si os quisiese desafiar? – R. ¡Oh! ¡no me pidáis eso! No podría dominarme, sería superior a mis fuerzas... porque solo soy un miserable.

16. ¿Entrevéis el fin de vuestras penas? – R. ¡Oh! Todavía no; es ya mucho más de lo que merezco saber; gracias a vuestra intercesión, ellas no durarán siempre.

17. ¿Queréis describirnos la situación en que estabais antes de que os hayamos llamado por primera vez? Comprended que os preguntamos esto para tener un medio de seros útil, y no por motivo de curiosidad. – R. Os lo he dicho, no tenía conciencia de nada en el mundo sino de mi crimen, y no podía dejar la casa en que lo cometí sino para elevarme en el espacio, donde todo era soledad y oscuridad; no podía daros una idea; de lo que es, y de eso nada he comprendido; desde que me elevaba en el aire, era noche, era vacío; no sé lo que era. Hoy experimento muchos más remordimientos y ya no estoy obligado a permanecer en esa casa fatal; se me permite errar por la Tierra y procurar esclarecerme con mis observaciones; entonces comprendo mejor la enormidad de mis crímenes; y si sufro menos por un lado, por el otro aumentan mis tormentos por el remordimiento; pero al menos tengo la esperanza.

18. ¿Si debieseis volver a tomar una existencia corporal, ¿cuál elegiríais? – R. Aún no oí bastante ni he reflexionado bastante para saberlo.

19. Durante vuestro largo aislamiento, y se puede decir vuestra cautividad, ¿habéis tenido remordimiento? – R. Ni el menor, y fue por esto que sufrí por tanto tiempo; fue solo cuando empecé a experimentarlos que se provocaron con mi desconocimiento las circunstancias que motivaron mi evocación, a la cual debo el comienzo de mi libertad. Gracias, pues, a vosotros que habéis tenido piedad de mí y me habéis ilustrado.

Hemos visto, en efecto, a los avaros sufrir a la vista del oro, que para ellos se volvía una verdadera quimera; orgullosos, atormentados por la envidia de honores que veían donar a otros y que no se dirigían a hombres que comandaron en la Tierra, humillados por el poder invisible que les obligaba a obedecer, y por la vista de sus subordinados que ya, no se doblegan más ante ellos. A los ateos sufrir las agonías de las incertidumbres, encontrándose en un aislamiento absoluto en medio de la inmensidad, sin encontrar ningún ser que pudiera esclarecerles. En el mundo de los Espíritus, hay goces para todas las virtudes, y hay castigos para todas las faltas; y aquellas a las que no alcanza la ley de los hombres, son siempre alcanzadas por la ley de Dios.

Por lo demás, es notable que las mismas faltas, aunque cometidas en condiciones idénticas, sean castigadas con penas algunas veces muy diferentes, según el grado de adelantamiento intelectual del Espíritu. A los Espíritus más atrasados, y de una naturaleza brutal como el que se menciona aquí, se les impone penas en cierto modo más materiales que morales, mientras sucede lo contrario en aquellos cuya inteligencia y sensibilidad son más desarrolladas. A los primeros, son necesarios castigos apropiados a la rudeza de su envoltura, para hacerles comprender los inconvenientes de su posición, inspirándoles el deseo de salir de ella; así es que solo la vergüenza, por ejemplo, que no haría poca o ninguna impresión sobre ellos, sería intolerable para otros.

En este código penal divino, la sabiduría, la bondad y la previsión de Dios para con sus criaturas se revelan hasta en las cosas más pequeñas; todo es proporcionado; todo está combinado con admirable solicitud para facilitar a los culpables los medios de rehabilitarse; se les toma en cuenta las menores buenas aspiraciones del alma. Según los dogmas de las penas eternas, por el contrario, en el infierno se confunden los grandes y los pequeños culpables, los culpables de un día y los cien veces reincidentes. Los endurecidos y los arrepentidos; todo está calculado para retenerlos en el fondo del abismo; ninguna tabla de salvación se les ofrece; una sola falta puede precipitar en él para

siempre jamás, sin que se tome en cuenta el bien que se ha hecho. ¿De qué parte está la verdadera justicia y la verdadera bondad?

Esta evocación no ha sido casual; como debía ser útil para este infeliz, viendo los Espíritus que velaban por él que empezaba a comprender la enormidad de sus crímenes, han juzgado que llegara el momento de darle un socorro eficaz y fue entonces que condujeran a las circunstancias propicias. Es un hecho que vemos repetirse muchas veces.

Sobre esto, se pregunta que hubiera sido de él sino fuera evocado, y que es de todos los Espíritus sufridores que no pueden serlo, o en los cuales no se piensa. A lo que hemos contestado que los caminos de Dios, para la salvación de sus criaturas, son innumerables; la evocación es un medio para asistirlos, pero ciertamente no es el único, y Dios no relega a nadie en el olvido. Además, las oraciones colectivas deben tener su influencia sobre los Espíritus accesibles al arrepentimiento.

Dios no podía subordinar la suerte de los Espíritus en sufrimiento a los conocimientos y a la buena voluntad de los hombres. Desde que éstos pudieron establecer relaciones regulares con el mundo invisible, uno de los primeros resultados del Espiritismo fue enseñarles los servicios que, con el auxilio de estas relaciones, puedan prestar a sus hermanos desencarnados. Dios quiso, por este medio, probarles la solidaridad que existe entre todos los seres del Universo, y dar una ley de la Naturaleza como base del principio de fraternidad. Abriendo este nuevo campo al ejercicio de la caridad, les enseña el lado verdaderamente útil y serio de las evocaciones, desviadas hasta de su objeto providencial por la ignorancia y por la superstición. Así pues, a los Espíritus sufridores, en ninguna época, les han faltado socorros, y si las evocaciones les abren un nuevo camino de salvación, quizás los encarnados con eso ganan aún más, porque para ellos son nuevas ocasiones de hacer el bien, instruyéndose sobre el verdadero estado de la vida futura.

JACQUES LATOUR

Asesino, condenado por el Tribunal de Justicia de Foix y ejecutado en septiembre de 1864.

En una reunión espírita de siete u ocho personas, que tuvo lugar

en Bruselas, el 13 de septiembre de 1864 y a la cual aistíamos, una señora médium, fue rogada a escribir; no habiéndose hecho ninguna evocación especial, trazó con agitación extraordinaria, en letras muy grandes y después de haber rayado violentamente el papel, estas palabras:

“¡Yo me arrepiento! ¡Yo me arrepiento! Latour.”

Sorprendidos de esta comunicación inesperada, que nadie había provocado, porque ninguno pensaba en este infeliz, cuya muerte ignoraban aún la mayor parte de los asistentes, se dirigieron al Espíritu algunas palabras de conmiseración y aliento; después se le hizo esta pregunta:

—¿Qué motivo ha podido obligaros a venir entre nosotros, antes que a otra parte, puesto que no os hemos llamado?

El médium, que lo era también parlante, respondió de viva voz:

“He visto que erais almas compasivas y que tendríais piedad de mí; mientras que otros me evocan más por curiosidad que por verdadera caridad, o bien se alejan de mí con horror.”

Entonces comenzó una escena indescriptible, que no duró menos de media hora. El médium uniendo a la palabra los gestos y la expresión de la fisonomía, era evidente que el Espíritu se había identificado con su persona; algunas veces fueron tan desgarradores sus acentos de desesperación, pintó sus angustias y sufrimientos con un tono tan lastimoso, sus súplicas fueron tan vehementes, que todos los asistentes, con eso, están conmovimos profundamente.

Algunos incluso se asombraron, de la sobreexcitación del médium, pero pensamos que un Espíritu que se arrepiente en la comunicación e implora piedad no ofrece ningún peligro. Si tomó los órganos del médium, fue para pintar mejor su situación, e interesar más en su suerte, pero no, como los Espíritus obsesores y poseedores, con la idea de apoderarse de él para dominarlo. Eso se le permitió, sin duda, por su propio interés, y quizá también para instrucción de las personas presentes.

El exclamó:

“¡Oh, sí, de piedad! ¡Tengo mucha necesidad de ella, porque no

sabéis lo que sufro!... ¡No, no lo sabéis; no podéis comprenderlo... es horrible!... ¡La guillotina! ¿Qué es, al lado de lo que sufro ahora? Es nada; es un instante. ¡Pero este fuego que me devora es peor, es una muerte continua; es un sufrimiento que no deja tregua, ni reposo... que no tiene fin!

“¡Y mis víctimas que están ahí, a mi alrededor... que me muestran sus heridas... que me persiguen con sus miradas!... ¡Están ahí, ante mí... las veo a todas... sí, a todas, las veo a todas; no puedo evitarlas!... ¡Y este mar de sangre!... ¡Y este oro manchado de sangre... todo está ahí! Siempre ante mí... Sentís el olor de la sangre. ¡De sangre, siempre de sangre...! ¡He ahí a esas pobres víctimas; ellas me imploran... y yo, sin piedad, hiedo...hiedo... ¡Hiedo siempre!... La sangre me embriaga.

“Creía que después de mi muerte todo estaría acabado; por eso desafié el suplicio; ¡desafié a Dios, le renegué!... ¡Y he ahí que, cuando me creía aniquilado para siempre, un despertar terrible tuvo lugar en mí... ¡Oh! ¡Sí, terrible! Estoy rodeado de cadáveres, de figuras amenazadoras... Camino sobre sangre... ¡Creía estar muerto, y vivo!... ¡Es horroroso!... ¡Es horrible! ¡Más espantoso que todos los suplicios de la Tierra!

“¡Oh! ¡Si todos los hombres pudiesen saber lo que hay más allá de la vida! Sabrían lo que cuesta hacer el mal; no habría más asesinos, más criminales, más malhechores! Quisiera que todos los asesinos pudiesen ver lo que veo y lo que sufro... ¡Oh, no, ellos no lo serían más!... ¡Es demasiado horrible sufrir lo que sufro!

“Bien sé que lo he merecido, ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no tuve piedad de mis víctimas; rechacé sus manos suplicantes cuando me pedían que no las matase? ¡Sí, yo he sido cruel; las he matado cobardemente para poseer su oro! He sido impío; os he renegado; he blasfemado de vuestro santo nombre. *He querido aturdirme; por eso quería persuadirme de que no existíais...* ¡Oh, Dios mío! ¡Soy un gran criminal! Lo comprendo ahora. Pero ¿no tendréis piedad de mí?... ¡Sois Dios, esto es, la bondad, la misericordia! ¡Sois todopoderoso!

“¡Piedad, señor! ¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Os lo suplico; no seáis

inflexible; libértadme de esta vista odiosa, de estas imágenes horribles... de esta sangre... de mis víctimas, *cuyas miradas me penetran hasta el corazón como puñaladas.*

“Vosotros que estáis aquí, que me escucháis, sois buenas almas, almas caritativas; sí, lo veo, tendréis piedad de mí, ¿no es verdad? Rogaréis por mí... ¡Oh! ¡Os lo suplico! ¡No me rechazéis! Pediréis a Dios que quite de mi vista este horrible espectáculo; os escuchará porque sois buenos. Os lo suplico, no me rechazéis, como yo he rechazado a otros... ¡Rogad por mí!”

Los asistentes, conmovidos por sus pesares, le dirigieron palabras de aliento y consuelo. Dios, se le dijo, no es inflexible; lo que pide al culpable es el arrepentimiento sincero, y reparar el mal que ha hecho. Puesto que vuestro corazón no está endurecido, y le pedís perdón por vuestros crímenes, extenderá sobre vos su misericordia, si perseveráis en vuestras buenas resoluciones para reparar el mal que habéis hecho. No podéis, sin duda, volver a vuestras víctimas la vida que les quitasteis, pero, si pedís con fervor, Dios os concederá encontraros con ellas en una nueva existencia, donde podréis demostrarles tanta devoción como cruel habéis sido; y cuando juzgue la reparación suficiente, entraréis en su gracia. La duración de vuestro castigo está así en vuestras manos; depende de vos abreviarla; nosotros os prometemos ayudaros con nuestras oraciones, y llamar sobre vos la asistencia de los buenos Espíritus. Vamos a decir, a vuestra intención, la oración contenida en *El Evangelio según el Espiritismo* por los Espíritus sufridores y arrepentidos. No diremos la que se reza por los malos Espíritus, porque, desde que os arrepentís, que imploráis a Dios y renunciáis a hacer el mal, no sois, más a nuestros ojos, sino un Espíritu desgraciado y no malo.

Dicha esta oración, y después de algunos instantes de calma, el Espíritu continuó:

“¡Gracias, Dios mío!... ¡Oh, gracias! Habéis tenido piedad de mí; estas horribles imágenes se alejaron... No me abandonéis más... Enviadme vuestros buenos Espíritus para sostenerme... Gracias.

Después de esta escena, quedó el médium durante algún tiempo quebrantado y sin fuerzas; sus miembros cansados. Tuvo el recuerdo, confuso primero, de lo que acababa de pasar; después, poco a poco, se

acordó de algunas de las palabras que había pronunciado, y que decía a pesar de sentir que no era él quien hablaba.

Al día siguiente, en una nueva reunión se manifestó el Espíritu y empezó, durante algunos minutos solamente, la escena de la víspera, con la misma gesticulación expresiva, pero menos violento, después escribió, valiéndose del mismo médium, con agitación febril, las palabras siguientes:

“Gracias por vuestras oraciones; ya se ha producido en mí una mejoría sensible. He rogado a Dios con tanto fervor que ha permitido, por un momento, que mis sufrimientos fuesen aliviados; pero veré aún a mis víctimas... ¡Helas! ¡Helas!... ¿Veis esta sangre?...”

(La oración de la víspera fue repetida. El Espíritu continuó, dirigiéndose al médium:)

“Os pido perdón por haberme apoderado de vos. Gracias por el alivio que dais a mis sufrimientos; perdón a vos por todo el mal que os he ocasionado; pero tenía necesidad de manifestarme; sólo vos lo podéis...”

“¡Gracias! ¡Gracias! Un poco de alivio se produjo; pero no estoy en el fin de mis pruebas. Pronto aun volverán mis víctimas. He ahí el castigo; lo he merecido, Dios mío, pero sed indulgente.

“Vosotros todos, orad por mí; tened piedad de mí.”

LATOUR.

Un miembro de la Sociedad Espírita de París, que oró por este desgraciado Espíritu, y le evocó, obtuvo en diferentes oportunidades las comunicaciones siguientes:

I

Fui evocado casi después de mi muerte, y no pude comunicarme en seguida, pero muchos Espíritus ligeros han tomado mi nombre y mi puesto. Me he aprovechado de la presencia, en Bruselas, del Presiden-

te de la Sociedad de París, y con el permiso de los Espíritus superiores me he comunicado.

Iré a comunicarme a la Sociedad y haré revelaciones que serán un principio de reparación de mis faltas, y podrán servir de enseñanza a todos los criminales, que leerán y reflexionarán sobre el relato de mis sufrimientos.

Los discursos sobre las penas del infierno hacen poco efecto en el Espíritu de los culpables, que no creen en todas esas imágenes, espantosas solo para los niños y los hombres débiles. Un gran malhechor no es un Espíritu pusilámene, y el miedo a la policía obra más sobre él que la relación de los tormentos del infierno. He ahí por qué todos los que me lean serán sensibles a mis palabras, a mis sufrimientos, que no son suposiciones. No hay un solo sacerdote que pueda decir: “He visto lo que decís, he presenciado los tormentos de los condenados.” Pero, cuando yo viniere a decir: “He aquí lo que pasó después de la muerte de mi cuerpo; ¡he aquí cuál fue mi desencanto, al comprobar que no estaba muerto, como lo esperaba, y lo que tomé por el fin de mis sufrimientos era el principio de tormentos imposibles de describir!” Entonces, más de uno se detendrá al borde del precipicio donde iba a caer, cada infeliz que se detuviere así en el camino del crimen, servirá para que yo rescate una de mis faltas. Así es que el bien sale del mal, y que la bondad de Dios se manifiesta por todas partes, en la Tierra como en el espacio.

Se me ha permitido librarme de la vista de mis víctimas, que se volverán mis verdugos, a fin de comunicarme con vosotros; pero al dejaros las volveré a ver, y solo esta idea me hace sufrir tanto que no podría explicároslo. Soy feliz cuando se me evoca, porque entonces dejo mi infierno por algunos instantes. Rogad siempre por mí; rogad al Señor para que me libre de la vista de mis víctimas.

¡Sí, oremos juntos, la oración hace tanto bien!... Estoy más aliviado; no siento tanto la pesadez de la carga que me abrumba. Veo un rayo de esperanza que luce ante mis ojos, y, lleno de arrepentimiento, exclamo: ¡Bendita sea la mano de Dios; cúmplase su voluntad!

II

EL MÉDIUM. – En lugar de pedir a Dios que os libre de la vista de vuestras víctimas, os invito a orar conmigo, para pedirle la fuerza de soportar este tormento expiatorio.

LATOURE. – Hubiera preferido ser librado de la vista de mis víctimas. ¡Si supierais lo que sufro! El hombre más insensible se conmovería si pudiese ver, impresos en mi rostro, como a fuego, los sufrimientos de mi alma. Haré lo que me aconsejáis. Comprendo que este es un medio, un poco más rápido, de expiar mis faltas. Es como una operación dolorosa, que debe devolver la salud a mi cuerpo muy enfermo.

¡Ah! ¡Si pudiesen verme los culpables de la Tierra, cuán asustados estarían de las consecuencias de sus crímenes, que, ocultos a los ojos de los hombres, son vistos por los Espíritus! ¡Cuán fatal es la ignorancia para tantas pobres gentes!

¡Que responsabilidad asumen los que niegan la instrucción a las clases pobres de la sociedad! ¡Creen que con los soldados y la policía pueden prevenir los crímenes! ¡En qué error están!

III

Los sufrimientos que soporto son horribles, pero después de vuestras oraciones me siento asistido por Buenos Espíritus, que me dicen que espere. Comprendo la eficacia del remedio heroico que me habéis aconsejado y ruego al Señor que me conceda la fuerza de soportar esta dura expiación. Puedo decir que es igual al mal que hice. No trato de excusar mis crímenes; pero al menos, salvo algunos instantes de terror que precedieron, para cada una, de mis víctimas, el momento de la muerte, el dolor, una vez cometido el crimen, cesó para ellas, y aquellas que terminaron sus pruebas terrestres fueron a recibir la recompensa que los esperaba. Pero, desde mi vuelta al mundo de los Espíritus, excepto los muy cortos momentos en que me he comunicado, no cesé de sufrir los dolores del infierno.

Los sacerdotes, a pesar de su cuadro espantoso de las penas que

experimentan los condenados, no tienen sino una idea muy débil de los verdaderos sufrimientos que la justicia de Dios impone a sus hijos que han violado su ley de amor y caridad. ¿Cómo hacer creer, a personas razonables, que un alma, es decir, algo que no es material, pueda sufrir al contacto del fuego material? Esto es absurdo y he ahí porqué tantos criminales se ríen de esas pinturas fantásticas del infierno. Pero no sucede lo mismo con el dolor moral que sufre el condenado después de la muerte física.

Rogad por mí, para que la desesperación no se apodere de mí.

IV

Os doy las gracias por el objetivo que me hicisteis entrever, objetivo glorioso al cual sé que llegaré cuando me haya purificado. Sufro mucho y, sin embargo, me parece que mis sufrimientos disminuyen. No puedo creer que, en el mundo de los Espíritus, el dolor disminuya porque uno se habitúa a él poco a poco. No. Comprendo que vuestras buenas oraciones han aumentado mis fuerzas, *y si mis dolores son los mismos, siendo mi fuerza mayor, sufro menos.*

Mi pensamiento se transfiere a mi última existencia, a las faltas que hubiera evitado si hubiese sabido orar. Comprendo hoy la eficacia de la oración; comprendo la fuerza de esas mujeres honradas y piadosas, débiles según la carne, pero fuertes por su fe; comprendo este misterio que no comprenden los falsos sabios de la Tierra. ¡Oración! Esta sola palabra excita la risa de los espíritus fuertes. Los espero en el mundo, y cuando el velo que les oculta la verdad se desgarré para ellos, vendrán a arrodillarse a su vez a los pies del Eterno, que han desconocido, y se considerarán felices en humillarse para que sean absueltos de sus pecados y de sus crímenes. ¡Comprenderán la virtud de la oración!

¡Orar es amar; amar es orar! Entonces amarán al Señor y le dirigirán sus oraciones de amor y reconocimiento y, regenerados por el sufrimiento, porque deberán sufrir, rogarán como yo para tener la

fuerza de expiar y sufrir, y cuando hayan cesado de sufrir rogarán para dar gracias al Señor del perdón que habrán merecido por su sumisión y resignación. Oremos, hermano, para fortificarme más...

¡Oh!, gracias, hermano, por tu caridad, porque estoy perdonado. Dios me libró de la vista de mis víctimas. ¡Oh, Dios mío! ¡Bendito seáis durante la eternidad por la gracia que me concedisteis! ¡Oh, Dios mío! Siento la enormidad de mis crímenes y me humillo ante vuestra omnipotencia. ¡Señor! Os amo con todo mi corazón y os pido la gracia de permitirme, cuando vuestra voluntad me envíe a sufrir en la Tierra nuevas pruebas, para ir allí como, misionero de la paz y de la caridad, enseñar a los niños a pronunciar vuestro nombre con respeto. Os pido poder enseñarles a amaros, a Vos, el Padre de todas las criaturas. ¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! Soy un Espíritu arrepentido y mi arrepentimiento es sincero. Os amo tanto como mi corazón tan impuro pueda comprender este sentimiento, pura emanación de vuestra divinidad. Hermano, roguemos, porque mi corazón rebosa de reconocimiento. Estoy libre, he roto mis hierros, no soy más un condenado, soy un Espíritu sufriente, pero arrepentido, y desearía que mi ejemplo pudiese detener en el umbral del crimen a todas esas manos criminales que veo preparadas a levantarse. ¡Oh! ¡Deteneos, hermanos, deteneos!, Porque los tormentos que os preparáis serían atroces. No creáis que el Señor se dejará siempre ablandar prontamente por la oración de sus hijos. Son siglos de tortura que os esperan.

El guía del médium. Tú dices que no comprendes las palabras del Espíritu. Date cuenta su emoción y su reconocimiento hacia el Señor; no cree poder expresarlo y manifestarlo mejor que intentando detener a todos esos criminales que ve y que tú no puedes ver. Mereciera que sus palabras llegasen hasta ellos, y lo que no te ha dicho, porque lo ignora todavía, es que le será permitido comenzar misiones reparadoras. Irá cerca de sus cómplices a inspirarles el arrepentimiento y a introducir en sus corazones el germen del remordimiento. Algunas veces se ven personas en la Tierra, a las cuales se creía honradas, ponerse a los pies de un sacerdote acusándose de un crimen. Es el remordimiento que les dicta la confesión de su falta. Y si se levantara el velo que te separa del mundo invisible, verías muchas veces a un

Espíritu que fue el cómplice o el instigador del crimen, venir como lo hará Jacques Latour, a tratar de reparar su falta inspirando el remordimiento al Espíritu encarnado.

Tu guía protector.

El médium de Bruselas que tuvo la primera comunicación de Latour recibió más tarde la siguiente:

“No temáis nada más de mí; estoy más tranquilo; pero, sin embargo, sufro todavía. Dios ha tenido piedad de mí, porque ha visto mi arrepentimiento. Ahora *sufro por este arrepentimiento, que me demuestra la enormidad de mis faltas.*

“Si en la vida hubiera sido bien dirigido, no habría hecho todo el mal que he hecho; pero mis instintos no fueron reprimidos y obedecía a ellos por no tener ningún freno. Si todos los hombres pensasen antes en Dios, o al menos si todos los hombres creyeran en Él, no se cometerían más semejantes crímenes.

“Pero la justicia de los hombres es mal concebida; por una falta, algunas veces ligera, se encierra a un hombre en un presidio que siempre es lugar de perdición y de perversión. Sale de él completamente perdido por los malos consejos y los malos ejemplos que recibió. Sin embargo, si su naturaleza es bastante buena y bastante fuerte para resistir al mal ejemplo, al salir del presidio, todas las puertas se le cierran, todas las manos retiran ante él, todos los corazones honrados le rechazan. ¿Qué le queda? El menosprecio y la miseria; el abandono, la desesperación, si siente en él buenas resoluciones para volver al bien; la miseria le empuja a todo. Entonces también él menosprecia a su semejante, le aborrece y pierde del todo la conciencia del bien y del mal, puesto que se ve rechazado, a pesar de que tomara a resolución de ser hombre honesto. ¡Para procurarse lo necesario roba, mata a veces; después... es guillotinado!

“Dios mío, en el momento en que mis alucinaciones van a volverme, siento vuestra mano que se extiende hacia mí; siento vuestra bondad que me envuelve y me protege. ¡Gracias, Dios mío! En mi

próxima existencia, emplearé mi inteligencia, mi bien, para socorrer a los infelices que han sucumbido y preservarles de la caída.

“Gracias, a vosotros que no repugnáis comunicaros conmigo; no temáis; ya veis que no soy malo. Cuando penséis en mí no os representéis el retrato que de mí habéis hecho, sino representaos una pobre alma desolada que os da gracias por vuestra indulgencia.

“Adiós; evocadme aún y rogad a Dios por mí.”

LATOUR.

Estudio sobre el Espíritu de Jacques Latour.

No se puede desconocer la profundidad y la alta importancia de algunas de las palabras que encierra esta comunicación; ofreciendo además uno de los aspectos del mundo de los Espíritus en castigo, por encima del cual, sin embargo, se entrevé la misericordia de Dios. La alegoría mitológica de las Euménides no es tan ridícula como se cree, y los demonios, verdugos oficiales del mundo invisible, que les reemplazan en la creencia moderna, son menos racionales con sus cuernos y garras, que esas víctimas que sirven ellas mismas para castigo del culpable.

Admitiéndose la identidad del Espíritu, quizá alguien se admire por el cambio repentino en su estado moral; fue así como lo hemos hecho notar, en otra ocasión, que hay más recursos, muchas veces, en un Espíritu brutalmente malo que en aquél que está dominado por el orgullo, o que oculta sus vicios bajo el manto de la hipocresía. Esta vuelta repentina a mejores sentimientos indica una naturaleza más salvaje que perversa, a la cual no falta sino una buena dirección. Si comparamos su lenguaje con el de otro criminal que a continuación mencionamos, bajo el título de *Castigo por la luz*, es fácil ver cual de los dos es más adelantado moralmente, a pesar de la diferencia de su instrucción y de su posición social, uno obedecía a su instinto natural de ferocidad, a una especie de sobreexcitación, mientras que el otro ponía, en la consumación sus crímenes, la calma y la sangre fría de una lenta y perseverante combinación, y, después de su muerte, aún desafiaba el castigo por orgullo; él sufre, pero no quiere convenir en ello; el otro ha sido domado inmediatamente. Se puede, así, prever cual de los dos sufrirá más tiempo.

“Yo sufro, dice el Espíritu de Latour, con ese arrepentimiento que me muestra la enormidad de mis faltas”. En esto hay un pensamiento profundo. El Espíritu no comprende realmente la gravedad de sus faltas sino cuando se arrepiente; el arrepentimiento trae el remordimiento, sentimiento doloroso que es la transición del mal al bien, de la enfermedad moral a la salud moral. Para evadirse de estas sensaciones dolorosas los Espíritus perversos se obstinan contra la voz de su conciencia, como aquellos enfermos que rehusan el remedio que ha de curarles; procuran hacerse ilusiones, aturdirse, persistiendo en el mal. Latour ha llegado a este período en que el endurecimiento acaba por ceder; el remordimiento ha entrado en su corazón; y a ese ha seguido el arrepentimiento; comprende la extensión del mal que ha hecho; ve su abyección y sufre con ella; he ahí porqué dice: “Sufro por este arrepentimiento”. En su precedente existencia, ha debido ser peor que en ésta, porque si se hubiera arrepentido como lo ha hecho hoy su vida hubiera sido mejor. Las resoluciones que tomó, ahora, influirán sobre su existencia terrestre futura: la que acabó de dejar, por criminal que sea, ha señalado para él una etapa de progreso. Es más que probable que, antes de comenzarla, fuese en la erradicidad uno de esos Espíritus malos rebeldes, obstinados en el mal, como se ven tantos.

Muchas personas han preguntado que provecho se puede, sacar de las existencias pasadas, puesto que no se acuerdan ni de lo que fueron ni de lo que hicieron.

Esta cuestión está completamente resuelta por el hecho de que, si el mal que hemos cometido está borrado, y no quedó de él ninguna huella en nuestro corazón, su recuerdo sería inútil, pues no tenemos con que preocuparnos. En cuanto a aquellos de los cuales no nos hemos enteramente corregido, lo conoceremos por nuestras tendencias actuales; a éstas debemos dirigir toda nuestra atención. Basta saber lo que somos, sin que sea necesario saber lo que hemos sido.

Cuando consideramos la dificultad, durante la vida, para que el culpable más arrepentido se rehabilite, de la reprobación de que es objeto, se debe bendecir a Dios por hechar un velo sobre el pasado. Si Latour fuera condenado a tiempo y se hubiese pagado, sus antecedentes lo habrían rechazado de la sociedad y esta lo hubiera rechazado. ¿Quién querría admitirle en su intimidad a pesar de su arrepentimiento? Los sentimientos que manifiesta hoy como Espíritu, nos dan la esperanza de que, en la próxima existencia terrestre, será un hombre honesto, estimado y considerado; pero suponed que se sepa que ha sido Latour, la reprobación le perseguirá todavía. El velo echado sobre su pasado le

abre la puerta de la rehabilitación; podrá sentarse, sin temor ni vergüenza, entre las personas más honestas. ¡Cuántos hay que quisieran, a todo precio, borrar de su memoria de hombres, ciertos años de su existencia!

¡Que se encuentre una doctrina que se concilie mejor que esta con la justicia y la bondad de Dios! Por lo demás, esta doctrina no es una teoría, sino el resultado de observaciones. Los espíritas no la han imaginado; han visto y observado las diferentes situaciones en que se presentaban los Espíritus; han procurado explicárselas y de esta explicación ha salido la doctrina. Si la han aceptado, ha sido por el resultado de hechos, y les ha parecido más racional que todas las emitidas hasta el día sobre el porvenir del alma.

No puede negarse a estas comunicaciones una alta enseñanza moral. El Espíritu ha podido ser, ha debido ser ayudado en sus reflexiones, y sobre todo en la elección de las expresiones, por Espíritus más adelantados; pero no en semejante caso, estos últimos sino lo asisten, en la forma y no en el fondo, y no ponen jamás al Espíritu inferior en contradicción consigo mismo. Han podido poetizar, en Latour, la forma del arrepentimiento, pero no le hubieran hecho manifestar el arrepentimiento contra su voluntad, porque el Espíritu tiene su libre albedrío; veían en él germen de buenos sentimientos, por esto le han ayudado a expresarse y han contribuido a su desarrollo, al propio tiempo que han llamado sobre él la conmiseración.

¿Que hay de más conmovedor, de más moral, de naturaleza que puede impresionar más vivamente que el cuadro de este gran criminal arrepentido, exhalando su desesperación y sus remordimientos; que en medio de sus tormentos, perseguido por la mirada incesante de sus víctimas, eleva su pensamiento hacia Dios para implorar su misericordia? ¿No es un saludable ejemplo para los culpables? Se comprende la naturaleza de sus angustias; son racionales, terribles, aunque sencillas y sin el carácter de la fantasmagoría.

Tal vez se podría admirar por un cambio tan grande en un hombre como Latour; pero ¿por qué no se habría de arrepentir? ¿Por qué no habría de existir en él una cuerda sensible que vibrase? ¿El culpable sería, pues, para siempre destinado al mal? ¿No llega un momento en que se hace la luz en su alma? Este momento llegó para Latour. Está precisamente ahí el lado moral de sus comunicaciones; la inteligencia que tiene de su situación, son sus pesares, sus proyectos de reparación que son eminentemente instructivos. ¿Qué se hubiera encontrado de

extraordinario que se arrepintiese sinceramente antes de morir, que hubiera dicho antes lo que ha dicho después? ¿No tenemos de ellos numerosos ejemplos?

Una vuelta al bien antes de su muerte, pasaría a los ojos de la mayoría de sus semejantes por debilidad; su voz de ultratumba es la revelación del porvenir que les aguarda.

Está en la verdad absoluta cuando dice que su ejemplo es más propio para guiar a los culpables que la perspectiva de las llamas del infierno y aun del cadalso. ¿Por qué, pues, no las daría en los presidios? Esto ahí haría reflexionar a más de uno, como tenemos de ello muchos ejemplos. Pero, ¿cómo se puede creer en la eficacia de las palabras de un muerto, cuando cree uno mismo, que cuando se está muerto todo acabó? Empero, día vendrá que se reconocerá esta verdad de que los muertos pueden venir a instruir a los vivos.

De sus comunicaciones hay algunas otras instrucciones importantes para sacarse; es primero, la confirmación de este principio de eterna justicia, de que el arrepentimiento no basta para colocar a los culpables en el rango de los elegidos. El arrepentimiento es el primer paso hacia la rehabilitación que llama la misericordia de Dios; es el prelude del perdón y la disminución de los sufrimientos; pero Dios no absuelve sin condición; es precisa la expiación y sobre todo la reparación; esto lo comprende Latour, y es para lo que se prepara.

En segundo lugar, si se compara este criminal con el de Castelnaudary, se encuentra gran diferencia en el castigo que se le ha impuesto. En este último, el arrepentimiento ha sido tardío, y a consecuencia, la pena es más larga. Esta pena fue además, casi material, mientras que en Latour el sufrimiento es más moral; es que, como hemos dicho anteriormente, la inteligencia del uno estaba mucho menos desarrollada que la del otro; es necesaria alguna cosa que pueda afectar sus sentidos obtusos; pero las penas morales no son menos amargas para aquél que ha llegado al grado exigido para comprenderlas; no se puede juzgarlas por las quejas que exhala Latour; no es la cólera, sino la expresión de los remordimientos acompañados muy pronto del arrepentimiento y del deseo de reparar, a fin de progresar.

CAPÍTULO VII

ESPÍRITUS ENDURECIDOS

LAPOMMERAY

Castigo por la luz

En una de las sesiones de la Sociedad de París, en que se discutió la cuestión de la turbación que sigue generalmente a la muerte, un Espíritu, al cual nadie había aludido y que no se pensaba evocar, se manifestó espontáneamente por medio de la comunicación siguiente. Aunque no fue firmada se reconoció en ella, sin dificultad, a un gran criminal que la justicia humana acababa de ajusticiar.

“¿Qué es lo que decís de turbación? ¿Por qué esas vanas palabras? Sois unos visionarios y utopistas. Ignoráis completamente las cosas de las cuales pretendéis ocuparos. No, señores; la turbación no existe sino, tal vez, en vuestros cerebros. ¡Yo estoy tan muerto como es francamente posible y veo claro en mí, alrededor de mí y por todas partes!... ¡La vida es una lúgubre comedia! ¡Desastrados aquellos que se dimiten de la escena, antes de la caída del telón!... La muerte es un terror, un castigo, un deseo, según la debilidad o la fuerza de los que la temen, la desafían o la imploran. ¡Para todos es una amarga irrisión!... *La luz me deslumbra y penetra como aguda flecha la sutilidad de mi ser...* Me han castigado por las tinieblas de la cárcel, han creído castigarme por las tinieblas de la tumba, o las soñadas por las supersticiones católicas. ¡Y bien!, soís vosotros, señores, quienes sufrís la obscuridad, y yo, el degradado social, sobrevuelo sobre vosotros... ¡Quiero permanecer yo! Fuerte por el pensamiento, desdeño las

advertencias que resuenan a mi alrededor... Veo claro... ¡Un crimen! ¡Es una palabra! El crimen existe por todas partes. Cuando es ejecutado por masas de hombres, se le glorifica; en un particular, es infamado. ¡Absurdo!

No quiero ser lamentado... no pido nada...; me basto, y sabré mucho luchar contra *esta odiosa luz*.

“El que era ayer un hombre”

Habiéndose analizado esta comunicación en la sesión siguiente, se reconoció, en el cinismo mismo del lenguaje, una grave enseñanza, y se vio, que la situación de este infeliz es una nueva fase del castigo que espera a los culpables. En efecto, mientras que los unos son hundidos en las tinieblas o en un aislamiento absoluto, otros sufren, durante muchos años, las angustias de su última hora, o se creen aún de este mundo, la luz brilla para este si el Espíritu goza de la plenitud de sus facultades; sabe perfectamente que está muerto, y no se queja de nada; no pide ninguna asistencia, y desafía las leyes divinas y humanas. ¿Es, pues, que se libraría del castigo? No, pues la justicia de Dios se cumple bajo todas las formas, y lo que constituye la alegría de los unos es para los otros un tormento. Esta luz hace su suplicio contra el cual se obstina y, a pesar de su orgullo, lo confiesa cuando dice: “Me basto y sabré mucho luchar contra esta odiosa luz,” y en esta otra frase: “La luz me deslumbra y penetra como una aguda flecha la sutilidad de mi ser.” Estas palabras: *sutalidad de mi ser*, son características; reconoce que su cuerpo es fluídico y penetrable a la luz a la que no puede escapar, y esta luz le traspasa como una flecha aguda.

Este Espíritu se coloca aquí entre los endurecidos porque tardó mucho tiempo en manifestar el menor arrepentimiento. Es un ejemplo de esta verdad: el progreso moral no sigue siempre al progreso intelectual. No obstante, poco a poco, se ha enmendado y más tarde dio comunicaciones sabiamente razonadas e instructivas. Hoy puede colocársele entre los Espíritus arrepentidos.

Después de rogar a nuestros guías espirituales que dijeran su parecer sobre este objeto, dictaron las tres comunicaciones siguientes, que merecen fijemos en ellas formal atención.

I

Los Espíritus en la erraticidad están, evidentemente, desde el punto de vista de las existencias, inactivos y en espera; sin embargo, pueden expiar, desde que su orgullo, la tenacidad formidable y rebelde de sus errores no les retengan en el momento de su ascensión progresiva. Tenéis de eso un ejemplo terrible en la última comunicación de este criminal endurecido, forcejeando contra la justicia divina que lo constriñe después de la de los hombres. Entonces, en este caso la expiación, o mejor dicho el sufrimiento fatal que les oprime, en lugar de aprovecharles y de hacerles sentir la profunda significación de sus penas, les exalta en la rebeldía, y hace germinar en ellos esa murmuración que las Escrituras, en su poética elocuencia, llama *rechimiento de dientes*; ¡imagen por excelencia! ¡Signo del sufrimiento humillado, pero rebelde! ¡Perdido en el dolor, pero donde la rebelión es aún bastante grande para que se rehúsen a reconocer la verdad de la pena y la verdad de la recompensa!

Los grandes errores, se continúan a menudo, y casi siempre, en el mundo de los Espíritus; lo mismo que las grandes conciencias criminales. Ser, a pesar de todo y pavonearse ante el Infinito, se parece mucho a la ceguera del hombre que contempla las estrellas y las toma por los arabescos de un techo, tal como lo creían los galos del tiempo de Alejandro.

¡Hay lo infinito moral! ¡Miserable, ínfimo es aquel que, bajo pretexto de continuar las luchas y las arrogancias abyectas de la Tierra, no ve más allá, en el otro mundo, que éste! Para aquél es la ceguera, el menosprecio de los otros, la egoísta y la mezquina personalidad y la detención del progreso! Es muy verdadero, ¡oh hombres!, que hay un secreto acuerdo entre la inmortalidad de un nombre, para dejar en la Tierra, y la inmortalidad que conservan realmente los Espíritus en sus pruebas sucesivas.

LAMENNAIS.

II

¿Precipitar un hombre en las tinieblas o en las ondas de luz: el resultado no es el mismo? En uno y otro caso no ve nada de lo que le

rodea y se acostumbrará más rápidamente incluso antes, a la sombra que a la triste claridad eléctrica en la cual puede ser sumergido. Por consiguiente, el Espíritu que se ha comunicado en la última sesión expresa bien la verdad de su situación cuando exclama: ¡Oh! ¡Yo me libraría bien de esta odiosa luz! En efecto, esta luz es tanto más terrible, tanto más espantosa, cuanto que lo atraviesa completamente, haciendo visibles y aparentes sus más recónditos pensamientos. Ahí está uno de los lados más rudos de su castigo espiritual. Se encuentra, por decirlo así, dentro de la casa de vidrio que pedía Sócrates, y está ahí, aun, una enseñanza, porque lo que fue la alegría y el consuelo del sabio, se vuelve un castigo infamante y continuo del malvado, del criminal, del parricida, espantado ante su propia personalidad.

¿Comprendéis, hijos míos, el dolor y el terror que deben oprimir a aquél que, durante una existencia siniestra, se complace en combinar, en maquinar los más tristes crímenes, en el fondo de su ser, donde se refugiaba como una bestia salvaje en su caverna, y que hoy se encuentra cazado para esa reparación íntima, donde se oculta a las miradas, y a la investigación de sus contemporáneos? ¡Su máscara de impasibilidad le ha sido ahora arrancada y cada uno de sus pensamientos se refleja, sucesivamente, sobre su frente!

Sí, en adelante ningún reposo, ningún asilo habrá para este formidable criminal. Cada pensamiento malo, y Dios sabe si su alma lo expresa, se traiciona por fuera y en su interior, como por un choque eléctrico superior. Quiere ocultarse de la multitud, y la luz odiosa lo atraviesa continuamente, cada día. ¡Quiere huir, huyó en corrida jadeante y desesperada a través de los espacios inconmensurables, y por todas partes la luz! ¡Por todas partes las miradas que lo penetran! Y se precipita de nuevo en persecución de la sombra buscando la noche, y la sombra y la noche no están más para él. Llama a la muerte en su ayuda; pero la muerte solo es una palabra vacía de sentido. ¡El infeliz huye siempre! *Marcha a la locura espiritual.* ¡Castigo horrible! ¡Dolor horroroso! Donde se debatirá consigo mismo, para desembarazarse de sí mismo. Porque tal es la ley suprema más allá de la Tierra: es el culpable mismo quien se convierte, por sí mismo, en el más inexorable castigo.

¿Cuánto tiempo durará eso? Hasta la hora en que su voluntad,

por fin vencida, se doblegará bajo la presión punzante del remordimiento, y donde su frente soberbia se humillará ante sus víctimas aplacadas y ante de los Espíritus de justicia. Y observad, la alta lógica de las leyes inmutables, en esto aun se cumplirá, lo que escribió en esta altiva comunicación, tan categórica, tan lúcida y tan tristemente llena de sí mismo, que dio el viernes último, libertándose por un acto de su propia voluntad.

ERASTO.

III

La justicia humana no hace excepción de la individualidad de los seres que castiga; midiendo el crimen por el crimen mismo, hiere indistintamente a los que han cometido, y la misma pena alcanza al culpable sin distinción de sexo, y cualquiera que sea su educación. La justicia divina procede de otra manera; *los castigos corresponden al grado de adelantamiento de los seres a los cuales son impuestos*; la igualdad del crimen no constituye la igualdad entre los individuos; dos hombres culpables en el mismo grado pueden estar separados por la distancia de las pruebas que sumerge, el uno en la opacidad intelectual de los primeros círculos iniciadores, mientras que el otro, habiéndolos sobrepasado, posee la lucidez que libra al Espíritu de la turbación. Entonces no son más las tinieblas las que castigan, sino la agudeza de la luz espiritual; ella traspasa la inteligencia terrestre y le hace sentir la angustia de una peste, puesta al vivo.

Los seres desencarnados que persiguen la representación material de su crimen sufren el choque de la electricidad física: sufren por los sentidos; los que están ya desmaterializados, por el Espíritu; sienten un dolor muy superior que anonada, con sus amargas ondas, al recordar los hechos para no dejar subsistir la ciencia de sus causas.

El hombre puede, pues, a pesar de la criminalidad de sus acciones, poseer un adelantamiento interior; y mientras que las pasiones le hacen obrar como un bruto, apuradas sus facultades le elevan por encima de la espesa atmósfera de las capas inferiores. La ausencia de ponderación, del equilibrio entre el progreso moral y el progreso intelectual, produjo las anomalías muy frecuentes en las épocas de materialismo y de transición.

La luz que tortura al Espíritu culpable es, pues, y bien, el rayo espiritual inundando de claridades los refugios secretos de su orgullo, descubriéndole la inutilidad de su ser fragmentado. Ahí están los primeros síntomas y las primeras angustias de la agonía espiritual, que anuncian la separación o disolución de los elementos intelectuales materiales, que componen la primitiva dualidad humana, y deben desaparecer en la gran unidad del ser perfecto.

JEAN REYNAUD.

Estas tres comunicaciones, obtenidas simultáneamente, se completan la una con las otras, y presentan el castigo bajo un nuevo aspecto eminentemente filosófico y racional. Es probable que queriendo los Espíritus tratar esta cuestión mediante un ejemplo, provocaron, con esta finalidad, la comunicación espontánea del Espíritu culpable.

Al lado de este cuadro tomado sobre el hecho, he aquí, para establecer un paralelo, el que un orador, que predicaba la cuaresma en Montreuil-sur-Mer, en 1864, trazó del infierno:

“¡El fuego del infierno es millones de veces más intenso que el de la Tierra, y si uno de los cuerpos que arden en él sin consumirse viniera a ser rechazado sobre nuestro planeta, lo apestaría de uno a otro extremo! El infierno es una vasta y sombría caverna erizada de clavos puntiagudos, de hojas de espadas muy aceradas, en el cual son precipitadas las almas de los condenados.” (Véase la *Revista Espírita*, julio de 1864, pág. 199.)

ANGÈLE, nulidad en la Tierra

(Bordeaux, 1862.)

Un Espíritu se presenta espontáneamente al médium bajo el nombre de Angèle.

1. ¿Os arrepentís de vuestras faltas? – R. No. – P. Entonces, ¿por qué venís a nosotros? – R. Para intentar. – P. ¿No sois pues, feliz? – R. No. – P. ¿Sufrís? – R. No. – P. ¿Qué os falta? – R. La paz.

Ciertos Espíritus no consideran como sufrimiento sino los que les

recuerdan los dolores físicos, conviniendo en que su estado moral es intolerable.

2. ¿Cómo puede faltaros la paz en la vida espiritual? – R. Un lamento del pasado. – P. El lamento del pasado es un remordimiento; ¿os arrepentís, pues? – R. No; es por temor del porvenir. – P. ¿Qué teméis,? – R. Lo desconocido.

3. ¿Queréis decirme lo que habéis hecho en vuestra última existencia? Esto me ayudará, quizá, a esclareceros. – R. Nada.

4. ¿Qué posición social estabais? – R. Mediana. P. ¿Habéis sido casada? R. Casada y madre. P. ¿Habéis cumplido con celo los deberes de esta doble posición – R. No; mi marido me fastidiaba, mis hijos también.

5. ¿Cómo pasó vuestra vida? R. Divirtiéndome en la juventud, y fastidiándome en la madurez. – P. ¿Cuáles eran vuestras ocupaciones? R. Ninguna. – P. ¿Quién, pues, cuidaba de vuestra casa? – R. La sirvienta.

6. ¿No será, pues, en esta inutilidad donde debe buscarse la causa de vuestros pesares y de vuestros temores? – R. Tal vez tengas razón. – P. No basta convenir en ello. ¿Queréis reparar esta existencia inútil ayudando a los Espíritus culpables que sufren alrededor de nosotros? – R. ¿Cómo? – P. Ayudándoles a mejorarse con vuestros consejos y vuestras oraciones. – R. No sé orar. – P. Nosotros lo haremos juntos y aprenderéis; ¿lo queréis? – R. No – P. ¿Por qué? – R. La fatiga.

Instrucción del guía del médium

Te damos instrucciones, poniéndote, a la vista, los diversos grados de sufrimiento y de posición de los Espíritus condenados a la expiación a consecuencia de sus faltas.

Angèle era una de esas criaturas sin iniciativa, cuya vida es tan inútil a los otros como a sí misma. No queriendo sino el placer, incapaz de buscar en el estudio, en el cumplimiento de los deberes de la familia y de la sociedad, esas satisfacciones del corazón, únicas que pueden dar el encanto de la vida, porque son de todas las edades, no pudo

emplear sus juveniles años sino en distracciones frívolas; después, cuando llegaron los deberes serios, *el mundo ya había hecho el vacío a su alrededor, porque ella hiciera el vacío en su corazón*. Sin defectos graves, pero sin cualidades, hizo la infelicidad de su marido, perdió el porvenir de sus hijos y arruinó su bienestar por su incuria y negligencia. Falseó su juicio y su corazón, primero con su ejemplo, y abandonándoles a los cuidados de los domésticos, que ni aún se tomaba el trabajo de elegir. Su vida ha sido inútil al bien, y, por esto mismo, culpable, porque *el mal nace del bien descuidado*. Comprended bien todos que no basta absteneros de las faltas: es preciso practicar las virtudes que le son opuestas. Estudiad los mandamientos del Señor, meditadlos y comprended que, si os ponen una barrera que os detiene al borde del camino malo, os fuerzan al mismo tiempo a volver atrás para tomar la ruta opuesta que conduce al bien. El mal es opuesto al bien: luego, aquel que quiere evitarlo debe entrar en el camino opuesto, sin lo cual su vida es nula; sus obras son muertas y Dios, nuestro Padre, no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos.

P. ¿Puedo preguntaros cuál fue la existencia anterior de Angèle? La última debía ser consecuencia de aquélla.

R. Vivió en la pereza beata y en la inutilidad de la vida monástica. Perezosa y egoísta por gusto, ha querido ensayar la vida de familia, pero el Espíritu ha progresado muy poco. Siempre rechazó la voz íntima que le mostraba el peligro; la inclinación era dulce y gustava más abandonarse a ella que hacer un esfuerzo para detenerse al principio. Hoy también comprende el peligro que hay en mantenerse en esta neutralidad, pero no siente la fuerza para intentar el menor esfuerzo a fin de salir de él. Orad por ella, despertadla; forzad sus ojos a abrirse a la luz: es un deber, nadie lo omite.

El hombre fue creado para la actividad: la actividad de Espíritu es su esencia; la actividad del cuerpo es una necesidad. Llenad, pues, las condiciones de vuestras existencias, como Espíritu destinado a la paz eterna. Como cuerpo destinado al servicio del Espíritu, vuestro cuerpo solo es una máquina sometida a vuestra inteligencia; trabajad, cultivad, pues la inteligencia, a fin de que dé un impulso saludable al instrumento que debe ayudarle a cumplir su tarea; no le dejéis ni en

reposo ni en tregua, y acordaos de que la paz a la cual aspiráis no os será dada sino después del trabajo; por lo tanto, así como por largo tiempo descuidasteis el trabajo, así por largo tiempo durará para vosotros la ansiedad de esperarlo.

Trabajad, trabajad sin cesar; cumplid todos vuestros deberes sin excepción; cumplidos con celo, con valor, con perseverancia, y vuestra fe os sostendrá. Aquél que cumple con conciencia la tarea más ingrata, más vil en vuestra sociedad, está cien veces más elevado, a los ojos del Altísimo, que el que impone esta tarea a los otros y descuida la suya. Todo son escalones para subir al cielo: no los rompáis, pues, bajo vuestros pies, y contad con que estáis rodeados de amigos que os tienden las manos; y sostienen a aquéllos que ponen su fuerza en el Señor.

MONOD

UN ESPÍRITU ABURRIDO

(Bordeaux, 1862.)

Este Espíritu se presenta espontáneamente, al médium y solicita oraciones.

1. – ¿Qué os indujo a pedir oraciones? – R. Estoy cansado de errar sin objeto. – P. ¿Hace mucho tiempo que estáis en esa posición? – R. Unos ciento ochenta años. P. ¿Qué habéis hecho en la Tierra? – R. Nada bueno.

2. ¿Cuál es vuestra posición entre los Espíritus? – R. Estoy entre los aburridos. – Esto no forma una categoría. – R. Todo forma categoría entre nosotros. Cada sensación encuentra o sus semejantes, o sus simpáticos que se reúnen.

3. ¿Por qué, si no estabais condenado al sufrimiento, habéis permanecido tanto tiempo sin progresar? – R. Estaba condenado al fastidio, que es un sufrimiento entre nosotros; todo lo que no es alegría es dolor. – ¿Habéis sido, pues, forzado a permanecer errante a pesar vuestro? – R. Estas son causas muy sutiles para vuestra inteligencia material. Tratad de hacérmelas comprender; esto sería un principio de

utilidad para vos.—R. No lo podría, no habiendo término de comparación. Una vida extinguida sobre la Tierra deja al Espíritu que no la aprovechó, lo que el fuego deja al papel que ha consumido: chispas, que recuerdan a las cenizas todavía unidas entre sí, lo que ha sido y la causa de su nacimiento, o si quieres, de la destrucción del papel. Estas chispas son el recuerdo de los lazos terrestres que surcan al Espíritu, hasta que haya dispersado las cenizas de su cuerpo. Entonces solamente se reconoce la esencia etérea y se desea el progreso.

4. ¿Quién puede ocasionaros el fastidio de que os quejáis?—R. Consecuencia de la existencia. El fastidio es hijo de la falta de obras; no supe emplear los muchos años que pasé sobre la Tierra, y su consecuencia se hace sentir en nuestro mundo.

5. Los Espíritus que como vos están errantes, yerran en prueba al fastidio, ¿no pueden hacer cesar este estado cuando lo quieran?—R. No, no lo pueden siempre, porque el fastidio paraliza su voluntad, sufren las consecuencias de su existencia; han sido inútiles, no han tenido iniciativa, no encuentran ningún auxilio entre ellos. Están abandonados a sí mismos, hasta que el aburrimiento de ese estado neutro les hace desear cambiarlo; entonces, a la menor voluntad que se despierta en ellos, encuentran el apoyo y buenos consejos para ayudar sus esfuerzos y perseverar.

6. Podéis decirme algo sobre vuestra vida terrestre?—R. ¡Ah! Muy poca cosa, tú debes comprenderlo. El fastidio, la inutilidad, la falta de acción provienen de la pereza; la pereza es madre de la ignorancia.

7. vuestras existencias anteriores, ¿no os han hecho progresar?—R. Sí, todas, pero muy débilmente, porque todas han sido el reflejo las unas de las otras. Siempre hay progreso, pero tan poco sensible, que es inapreciable para nosotros.

8. Esperando que empecéis otra existencia, ¿queréis venir más a menudo cerca de mí?—R. Llámadme para obligarme; me harás un servicio.

9. ¿Podéis decirme por qué cambia muchas veces vuestra escritura?—R. Porque preguntas mucho; esto me fatiga y necesito ayuda.

El guía del médium El trabajo de la inteligencia es lo que le fatiga y lo que nos obliga a prestarle nuestro concurso, para que pueda responder a tus preguntas. Es un ocioso del mundo de los Espíritus, como lo ha sido del mundo terrestre. Te lo hemos traído para ver si le podemos sacar de la apatía, de este fastidio que es un verdadero sufrimiento, más penoso, a veces, que los sufrimientos agudos, porque puede prolongarse indefinidamente. ¿Os figuráis el tormento de la perspectiva de un tedio sin término? La mayor parte de los Espíritus de esta categoría son los que *no buscan una existencia terrestre sino por distracción*, y para romper la insoportable monotonía de su existencia espiritual; también llegan a ella muchas veces sin resoluciones determinadas para el bien; por esto deben volver a empezar, hasta que al fin se haga sentir en ellos el progreso real.

LA REINA D'OUDE

Muerta en Francia, en 1858.

1. ¿Qué sensación habéis experimentado al dejar la vida terrestre?—R. No podría decirlo; estoy todavía turbada. — ¿Sois feliz?—Lamento la vida...; no sé...; experimento un dolor punzante; la vida me hubiera librado de ella... Quisiera que mi cuerpo se levantase del sepulcro.

2. ¿Lamentáis no haber sido enterrada en vuestro país, y de serlo entre los cristianos?—R. Sí, la tierra india pesaría menos sobre mi cuerpo. — ¿Qué pensáis de las honras fúnebres hechas a vuestros restos?—R. Han sido muy poca cosa; era reina, y no todos han doblado la rodilla ante mí... Dejadme... no me forcéis a hablar... no quiero que sepáis lo que soy ahora... He sido reina, sabedlo bien.

3. Nosotros respetamos vuestro rango y os suplicamos tengáis la bondad de responderos para nuestra instrucción. ¿Pensáis que vuestro hijo recobrará un día los Estados de su padre?—R. Ciertamente mi sangre reinará; es digna de ello. ¿Dais a la reintegración de vuestro hijo la misma importancia que cuando viva?—R. Mi sangre no puede confundirse en la multitud.

4. No se pudo inscribir en vuestra partida de defunción el lugar de vuestro nacimiento; ¿podrías decirlo ahora? – R. He nacido de la más noble sangre de la India. Creo que nací en Delhi.

5. Vos, que vivisteis en los esplendores del lujo rodeada de honores, ¿qué pensáis de eso ahora? – R. Se me debían. – El rango que ocupasteis en la Tierra, ¿os distingue en el mundo donde estáis hoy? – R. ¡Siempre soy reina!... ¡Envíenme esclavos para servirme!... No sé...; parece que aquí no se ocupan de mí... Sin embargo, siempre soy yo.

6. ¿Perteneceis a la religión musulmana o a una religión hindú? – R. Musulmana; pero era demasiado grande para ocuparme de Dios. – Para la felicidad de la Humanidad, ¿qué diferencia hacéis entre la religión que profesabais y la religión cristiana? – R. La religión cristiana es absurda; dice que todos son hermanos. ¿Cuál es vuestra opinión sobre Mahoma? – R. No era hijo de rey. – ¿Creéis que tuvo una misión divina? – R. ¡Qué importa esto! – ¿Cuál es vuestra opinión sobre Cristo? – R. El hijo de un carpintero no es digno de ocupar mi pensamiento.

7. ¿Qué pensáis del uso que ocultaba a las mujeres musulmanas de las miradas de los hombres? – R. Pienso que las mujeres son hechas para dominar: Yo era mujer. – ¿Envidiasteis algunas veces la libertad de que gozan las mujeres en Europa? – R. No; ¿que me importaba su libertad? ¿Se las sirve de rodillas?

8. ¿Os acordáis de tener otras existencias en la Tierra, antes de la que acabáis de dejar? – R. He debido ser siempre reina.

9. ¿Por qué vinisteis tan pronto a nuestro llamamiento? – R. No lo he deseado; fui forzada a eso... ¿Acaso piensas que me hubiera dignado responder? ¿Qué sois con respecto a mí? – ¿Quién os ha forzado a venir? – R. No lo sé... Sin embargo, no debe haber aquí otro más grande que yo.

10. ¿Bajo qué forma estáis aquí? – R. Siempre soy reina... ¿Piensas que he cesado de serlo?... Sois pocos respetuosos... Sabed que se habla de otro modo a las reinas.

11. Si pudiésemos veros, ¿os veríamos con vuestros adornos y

joyas? – R. ¡Ciertamente! ¿Cómo es que habiendo dejado todo esto haya conservado vuestro Espíritu su apariencia sobre todo de vuestros adornos? – R. No me han sacado... soy siempre tan bella como era... ¡No sé que ideas os formáis de mí!... Es verdad que no me habéis visto jamás.

12. ¿Qué impresión experimentáis al encontraros en medio nuestro? – R. Si lo pudiera, no estaría aquí. ¡Me tratáis con tan poco respeto.

San Luis. Dejad a esta pobre desviada; tened piedad de su ceguera; que os sirva de ejemplo; no sabéis cuánto sufre su orgullo.

Evocando esta grandeza caída, ahora en la tumba, esperábamos respuestas de gran profundidad, visto el género de educación de las mujeres de aquel país; pero pensábamos encontrar en este Espíritu, si no la filosofía, al menos un sentimiento más verdadero de la realidad, e ideas más sanas sobre las vanidades y grandezas de este mundo. Lejos de eso: las ideas terrestres han conservado en ella toda su fuerza; era el orgullo que no ha perdido nada de sus ilusiones, que lucha contra su propia debilidad, y que debe, en efecto, sufrir mucho por su impotencia.

XUMÈNE

(Bordeaux, 1862.)

Bajo este nombre se presentó un Espíritu espontáneamente al médium, habituado a este género de comunicaciones, porque su misión parece ser la de asistir a Espíritus inferiores que le trae su guía espiritual, con el doble objetivo de su propia instrucción y de su adelantamiento.

P. ¿Quién sois? Este nombre ¿es el de un hombre o de una mujer? – R. Hombre, y tan infeliz como es posible. Sufro todos los tormentos del infierno.

P. Si el infierno no existe, ¿cómo podéis sentir los tormentos de este? – R. Pregunta inútil. – Sé de eso, me doy cuenta, otros pueden tener necesidad de explicaciones. – R. Con esto no me inquieto.

P. El egoísmo, ¿no es una de las causas de vuestros sufrimientos? – R. Tal vez.

P. Si queréis aliviaros, empezad por repudiar vuestras malas inclinaciones. – R. No te inquietes con eso, este no es asunto tuyo; principia rogando por mí como por los otros, después veremos. – Si no me ayudáis con vuestro arrepentimiento, la oración será poco eficaz. – R. Si en lugar de orar continuáis hablando, poco harás por mi progreso.

P. ¿Deseáis, pues, progresar? – R. Tal vez; no se sabe. Veamos si la oración alivia los sufrimientos; es lo esencial. Entonces uníos a mí con la firme voluntad de obtener alivio. – R. Va siempre.

P. (Después de una oración del médium.) ¿Estáis satisfecho? – R. No como quisiera. – Un remedio aplicado por primera vez no puede curar inmediatamente una enfermedad antigua. – R. Es posible. – ¿Queréis volver? – R. Sí, si me llamáis.

El guía del médium. Hija mía, tendrás trabajo con este Espíritu endurecido, pero no habría poco mérito en salvar a los que no están perdidos. ¡Valor! Persevera y lo lograrás. No los hay tan culpables que no puedan conducirse por la persuasión y el ejemplo, porque los Espíritus más perversos acaban por enmendarse con el tiempo; si no se consigue en seguida conducirlos a los buenos sentimientos, es que, muchas veces, es imposible, pero el trabajo que se toma no está perdido. Las ideas que se echan en él le agitan y le hacen reflexionar a pesar suyo; son semillas que tarde o temprano darán sus frutos. No se derriba una roca al primer golpe de piqueta.

Lo que te digo ahí, hija mía, se aplica también a los encarnados, y tu debes comprender por qué el Espiritismo, aun entre los creyentes firmes, no hace inmediatamente hombres perfectos. La creencia es un primer paso; la fe viene en seguida, y la transformación llegará a su turno; pero a muchos les será preciso venir al mundo de los Espíritus para templarse.

Entre los endurecidos, solo hay Espíritus perversos y malos. Grande es el número de los que, sin buscar hacer el mal, quedan atrasados por orgullo, indiferencia o apatía. Por esto no son menos infelices, porque sufren tanto más de su inercia, cuanto que no tienen por compensación las distracciones del mundo; la perspectiva de infinito hace su posición intolerable, y, sin embargo, no tienen ni la fuerza ni la

voluntad de salir de ella. Son aquellos que en la encarnación llevan existencias ociosas inútiles para sí mismos y para los otros, y que a menudo acaban por suicidarse, sin motivos serios, por disgusto de la vida.

Estos Espíritus son, en general, más difíciles de conducir al bien que los que son francamente malos, porque, en estos últimos, hay energía; una vez ilustrados, son tan ardientes para el bien como lo han sido para el mal. Serán necesarias, sin duda, a los otros, muchas existencias para progresar sensiblemente; pero, poco a poco, vencidos por el fastidio como otros por el sufrimiento, buscarán una distracción en cualquier ocupación que más tarde será para ellos una necesidad.

CAPÍTULO VIII

EXPIACIONES TERRESTRES

MARCEL, el niño del número 4.

En un hospicio de provincia había un niño de unos ocho a diez años en un estado difícil de describir; estaba allí designado bajo el número 4. Enteramente contrahecho, ya fuese por deformidad natural, ya a consecuencia de la enfermedad, sus piernas contorneadas tocaban a su cuello; era tan delgado, que la piel se dilaceraba bajo los huesos salientes; su cuerpo era una llaga y sus sufrimientos atroces. Pertenecía a una pobre familia israelita, y esta triste posición duraba ya cuatro años. Su inteligencia era notable para su edad; su dulzura, su paciencia y su resignación eran edificantes. El médico en el servicio del cual estaba, movido a compasión por este pobre ser, en cierto modo abandonado, pues no parecía que sus parientes fuesen a verle muy a menudo, se interesó por él y contentándose en conversar, encantado de su razón precoz. No solamente le trataba con bondad, sino que, cuando sus ocupaciones se lo permitían, venía a leerle, y se admiraba de la rectitud de su juicio sobre cosas que parecían por encima de su edad.

1. Un día le dijo el niño: “Doctor, tened la bondad de darme, todavía, píldoras como las últimas que me prescribisteis. — ¿Por qué, niño mío? contestó el médico; te he dado las suficientes y temo que mayor cantidad te haga mal. — Es que, ved replicó el niño, sufro de tal modo que me esfuerzo en contenerme para no gritar, y pedir a Dios que me dé fuerza, a fin de no molestar a los otros enfermos que están a mi lado, frecuentemente, tengo dificultad de impedirme eso; esas píldoras me adormecen, y durante ese tiempo, por lo menos, no incomodo a nadie.”

Estas palabras bastan para demostrar la elevación del alma que encerraba aquel cuerpo deforme. ¿Dónde había adquirido este niño semejantes sentimientos? No podía ser en el medio en que había sido educado, y por otra parte, a la edad en que empezó a sufrir, no podía aún comprender ningún razonamiento; eran, pues, innatos en él; pero entonces, con tan nobles instintos, ¿por qué Dios le condenaba a una vida tan miserable y tan dolorosa, admitiendo que creara esa alma al mismo tiempo que su cuerpo, instrumento de tan crueles sufrimientos? O es preciso negar la bondad de Dios, o es preciso admitir una causa anterior; esto es, la preexistencia del alma y la pluralidad de las existencias. El niño murió, y sus últimos pensamientos fueron para Dios y para el médico caritativo que había tenido piedad de él.

Después de algún tiempo fue evocado en la Sociedad de París, donde dio la comunicación siguiente (1863).

“Me habéis llamado; he venido para hacer que mi voz se oiga más allá de este recinto, tocando a todos los corazones; que el eco que ella haga vibrar se extienda hasta en la su soledad; les recordará que la agonía de la Tierra prepara las alegrías del cielo, y que el sufrimiento no es sino la corteza amarga de un fruto agradable que da coraje y resignación. Les dirá que sobre el pobre lecho donde gime la miseria, están los enviados de Dios, cuya misión es enseñar a la Humanidad que no hay dolor que no pueda sufrirse con ayuda del Todopoderoso y de los buenos Espíritus. Les dirá también que escuchen los lamentos mezclándose con las plegarias y comprenderles la piadosa armonía, tan diferentes de los acentos culpables del lamento mezclando con las blasfemias.”

“Uno de vuestros buenos Espíritus, gran apóstol del Espiritismo, consintió en dejarme este sitio esta noche (1); así mismo debo deciros, a mi vez, algunas palabras del progreso de vuestra doctrina. Debe ayudar en su misión a aquéllos que se encarnen entre vosotros para aprender a sufrir. El Espiritismo será el apoyo indicador; tendrán el ejemplo y la voz; será, entonces, que se cambiarán los lamentos en exclamaciones de contentamiento y en llanto de alegría.”

(1) San Agustín, por el médium con el cual se comunica de costumbre en la Sociedad.

P. Parece, según lo acabáis de decirnos, que vuestros sufrimientos no eran expiaciones de faltas anteriores?

R. No eran una expiación directa, pero estad seguros de que todo dolor tiene su causa justa. El que habéis conocido tan miserable fue hermoso, grande, rico y lisonjeado; tuvo aduladores y cortesanos: yo era, vano y orgulloso. En otros tiempos fui muy culpable; he renegado de Dios e hice mal a mi prójimo; pero lo he expiado cruelmente, primero en el mundo de los Espíritus y después en la Tierra. Lo que he sufrido durante algunos años solamente, en esta última y muy corta existencia, lo he sufrido ya durante una vida entera hasta la extrema vejez. Por mi arrepentimiento, entré de nuevo en gracia ante el Señor, que se ha dignado confiarme varias misiones, cuya última os es conocida. La he solicitado para acabar mi depuración.

Adiós, amigos míos, volveré algunas veces entre vosotros. Mi misión es de consolar, y no de instruir; pero hay muchos aquí cuyas heridas están ocultas, que se regocijarán con mi venida.

MARCEL

Instrucción del guía del médium

¡Pobre pequeño sufriente, raquítico, ulceroso y deforme! ¡Cuántos gemidos hacía oír en este asilo de miseria y de lágrimas! Y a pesar de su niñez ¡cuán resignado estaba, y como su alma comprendía ya el objeto de los sufrimientos! ¡Sentía que más allá de la tumba le esperaba una recompensa por tantos lamentos ahogados! ¡También, como rogaba por aquéllos que no tenían, como él, valor para soportar sus males, por los que, sobre todo, dirigían al cielo blasfemias en lugar de oraciones!

Si la agonía fue larga, la hora de la muerte no fue terrible; los miembros convulsionados se torcían sin duda, y mostraban a los asistentes un cuerpo deforme rebelándose contra la muerte, la ley de la carne que quiere vivir apesar de todo; mas un ángel se cernía encima del lecho del moribundo, cicatrizando su corazón; después se llevó sobre sus blancas alas aquella alma tan hermosa que se escapaba de eso cuerpo deforme, pronunciando estas palabras: ¡Gloria os sea dada,

oh Dios mío! Y esta alma subió hacia el Omnipotente, feliz ella exclamó: Heme aquí Señor; me habéis dado por misión enseñar a sufrir; ¿he soportado dignamente la prueba?

Y ahora el Espíritu del pobre niño ha tomado de nuevo sus proporciones; corre en el espacio yendo al débil y al pequeño y diciendo a todos: Esperanza y valor. Desprendido de toda materia y de toda mancha, está ahí cerca de vosotros os habla, no más con su voz lacerada y doliente, sino con varonil acento; os ha dicho: Los que me han visto, vieron al niño que no murmuraba, sacaron la calma para sus males, y sus corazones se han fortificado en la dulce confianza en Dios; he ahí el objetivo de mi corto tránsito sobre la Tierra.

SAN AGUSTÍN

SZYMEL SLIZGOL

Era un pobre israelita de Vilna, muerto en mayo de 1865. Con una escudilla en la mano había mendigado durante treinta años. Por todas las partes en la ciudad era conocido por su modo de exclamar: “¡Acordaos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos!” Durante ese tiempo, Slizgol había reunido 90.000 rublos. Pero no guardó un centavo para él. Aliviaba a los enfermos, que cuidaba por sí mismo; pagaba la enseñanza de los niños pobres, distribuía a los necesitados los comestibles que se le daban. La noche la tenía consagrada a la preparación del tabaco en polvo que el mendigo vendía para atender a sus propias necesidades. Lo que le sobraba pertenecía a los pobres. Szymel era solo en el mundo. El día de su entierro, una gran parte de la población de la ciudad siguió su séquito y las tiendas se cerraron.

(Sociedad Espírita de París, 15 de junio de 1865.)

Evocación. Muy feliz, y enfin llegado a la plenitud de mi ambición, que he pagado muy cara, estoy aquí en medio de vosotros, desde el comienzo de esta noche. Os doy gracias porque os ocupáis del Espíritu de un pobre mendigo que, con alegría, procurará responder a vuestras preguntas.

P. Una carta de Vilna nos ha hecho conocer las particularidades

más notables de vuestra existencia. Fue por la simpatía que nos inspiran que hemos tenido el deseo de conversar con vosotros. Os damos las gracias por haber venido a nuestro llamamiento, y puesto que tenéis gusto en respondernos, estaremos felices por nuestra instrucción de conocer vuestra situación como Espíritu, y las causas que han motivado el género de vuestra última existencia.

R. En primer lugar, conceded a mi Espíritu, que comprende su verdadera situación, el favor de que os diga su opinión sobre un pensamiento que os llegó a mi respecto; pido vuestros consejos si es falso.

Encontráis singular que la manifestación pública tomó tanta parte para prestar homenaje al hombre de nada que supo, por su caridad, atraerse tal simpatía. — No digo esto por vos, querido maestro, ni por tí, querido médium, ni por todos vosotros, verdaderos y sinceros espíritas, pues hablo para las personas indiferentes a la creencia. — No hay en eso nada de espantoso. La fuerza de presión moral que ejerce la práctica del bien sobre la Humanidad es tal que, por más materializadas que sean siempre se dobla; se saluda al bien, a pesar de la tendencia que se tiene hacia el mal.

Ahora, llego a vuestras preguntas que, de vuestra parte no son dictadas por la curiosidad, sino que las formuláis sencillamente en vista de la instrucción general. Voy, pues, una vez que para eso tengo libertad, a deciros con la mayor brevedad posible, cuáles fueron las causas que han motivado y han determinado mi última existencia.

Hace muchos siglos, vivía con el título de rey, o al menos de príncipe soberano. En el círculo de mi poder, relativamente estrecho, al lado de vuestros estados actuales, era señor absoluto del destino de mis súbditos; atuaba como tirano, mejor dicho, como verdugo. De carácter imperioso, violento, avaro y sensual, veis desde luego cuál debía ser la suerte de los pobres seres que vivían bajo mis leyes. Abusaba de mi poder para oprimir el débil, para hacer contribuir a toda especie de oficios, de trabajos, de pasiones y dolores, al servicio de mis propias pasiones. Así alcancé con una renta al producto de la mendicidad; ninguno podía mendigar sin que, por anticipado, no hubiese tomado mi gran parte de lo que la piedad humana depositaba en la escarcela de la

miseria. Aún más: a fin de no disminuir el número de mendigos entre mis súbditos, prohibí a los infelices dar a sus amigos, a sus padres, o a sus allegados, la insignificante parte que quedaba a aquellos pobres seres. En una palabra: fui todo lo implacable que se ha conocido para el sufrimiento y la miseria. Perdí, en fin, lo que llamáis la vida, entre tormentos y sufrimientos horribles; mi muerte fue un modelo de terror para todos los que, como yo, aunque en menor escala, compartían parte en mi modo de ver. Permanecí en el estado de Espíritu errante tres siglos y medio, y cuando, al fin de ese lapso de tiempo, comprendí que el objeto de la encarnación era otro que el que mis sentidos groseros y obtusos me habían hecho perseguir, obtuve, a fuerza de oraciones, de resignación y de lamentos, el permiso de tomar la tarea material de soportar los mismos sufrimientos y más aún, que hiciera soportar. Obtuve este permiso, y Dios me dio el derecho, por mi libre albedrío, de aumentar mis sufrimientos morales y físicos. Gracias al socorro de buenos Espíritus que me asistían, persistí en mi resolución de practicar el bien, y les doy gracias por esto, porque evitaron que sucumbiera en la tarea que tomé.

He cumplido, en fin, una existencia que ha rescatado, por su abnegación y su caridad, lo que la otra fuera de cruel y de injusta. Nací de padres pobres; huérfano de buena hora, aprendí a bastarme por mí mismo, en la edad en que se es considerado incapaz de comprender. Viví solo, sin amor, sin afectos, y aún al principio de mi vida soporté la brutalidad que ejerciera sobre los otros. Se dice que las sumas recogidas por mí fueron todas consagradas al alivio de mis semejantes; es un hecho exacto, y sin énfasis ni orgullo, añadido que, muy a menudo, al precio de privaciones relativamente fuertes, muy fuertes, aumenté el bien que me permitía hacer la caridad pública.

He muerto con calma, confiante en el precio que obtuviera por la reparación hecha en mí última existencia, y estoy recompensado más allá de mis secretas aspiraciones. Hoy, soy dichoso, muy dichoso de poder deciros que cualquiera que se eleve será humillado, y que el que se humille será elevado.

P. Os rogamos nos digáis en qué ha consistido vuestra expiación en el mundo de los Espíritus, y cuanto tiempo ha durado ella después de vuestra muerte hasta el momento en que vuestra suerte fue endulzada

por efecto del arrepentimiento y de las buenas resoluciones que habéis tomado. Decidnos también lo que provocó en vos ese cambio en vuestras ideas, en estado de Espíritu.

R. ¡Me lleváis en memoria de recuerdos muy dolorosos! Cuánto he sufrido... Pero no me quejo: ¡me acuerdo!... Queréis saber de qué naturaleza ha sido mi expiación; hela aquí en todo su terrible horror.

Verdugo, como os he dicho, de toda especie de buenos sentimientos, ¡permanecí mucho tiempo, mucho, adherido por mi periespíritu a mi cuerpo en descomposición! ¡Me sentí, hasta su completa putrefacción, roído por los gusanos que me hacían sufrir mucho! Cuando estuve desembarazado de los lazos que me aferraban al instrumento de mis suplicios, sufrí todavía uno más cruel; después del sufrimiento físico vino el sufrimiento moral, y éste ha durado mucho más tiempo aun que el primero. He sido puesto en presencia de todas las víctimas que había atormentado. Periódicamente, y por una fuerza más grande que la mía, era conducido a presencia de mis culpables acciones. Veía física y moralmente todos los dolores que hiciera. ¡Oh! ¡Amigos míos! ¡Cuán terrible es la vista constante de aquéllos a quienes se ha hecho mal! Tenéis de esto un débil ejemplo entre vosotros en el careo del acusado con su víctima.

He, aquí abreviadamente, lo que he sufrido durante dos siglos y medio, hasta que Dios, conmovido por mi dolor y por mi arrepentimiento, solicitado por los guías que me asistían, permitió que tomase el camino de expiación que conocéis.

P. ¿Un motivo particular os llevo, a elegir vuestra última existencia en la religión israelita? – R. No fue elegida por mí; pero la acepté según el consejo de mis guías. La religión israelita añadía una pequeña humillación más a mi vida de expiación; porque, en ciertos países, sobre todo, la mayoría de los encarnados menosprecian a los israelitas, particularmente a los Judíos mendigantes.

P. En vuestra última existencia, ¿a qué edad habéis empezado a ejecutar las resoluciones que tomasteis? ¿Cómo os ha venido este pensamiento? Mientras ejercéis así la caridad con tanta abnegación, ¿tenéis alguna intuición de la causa que os empujaba a ello?

R. Nací de padres pobres, pero inteligentes y avaros. Joven todavía, fui privado de la ternura y de las caricias de mi madre. Sentí por su pérdida una pena tanto más viva cuanto que mi padre, dominado por la pasión de la ganancia, me abandonó enteramente. Mis hermanos y mis hermanas, todos de más edad que yo, no parecían percibir mis sufrimientos. Otro Judío, maduro para un sentimiento más egoísta que caritativo, me recogió y me hizo aprender a trabajar. Recobraba largamente por el producto de mis trabajos que, a menudo, sobrepasaban mis fuerzas, lo que pudiera costarle. Más tarde, me libré de este yugo y trabajé para mí. Pero, por todas partes, estuviera en actividad como en reposo, era perseguido por el recuerdo de las caricias de mi madre, y a medida que adelantaba en edad, su recuerdo se grababa más profundamente en mi memoria, y lamentaba más esos cuidados y su amor.

Pronto fui el único de mi nombre; en algunos meses la muerte se llevó a toda mi familia. Entonces comenzó a revelarse la manera como debía pasar el resto de mi existencia. Dos de mis hermanos dejaron huérfanos. Conmovido por el recuerdo de lo que había sufrido, quise preservar a estos pobres y pequeños seres de una juventud semejante a la mía, y mi trabajo no pudiendo bastar para que subsitiéramos todos, empecé a tender la mano, no para mí, sino por los otros. Dios debía dejarme el consuelo de gozar de mis esfuerzos; los pobrecitos me dejaron para siempre. Veía lo que les faltó: era su madre. Resolví, entonces, pedir limosna para las infelices desgraciadas que, no pudiendo bastarse a sí y a sus hijos, se imponían privaciones que las conducían a la tumba, dejando pobres huérfanos que quedaban abandonados y entregados a los tormentos que yo mismo soportaba.

Tenía treinta años cuando, lleno de fuerza y de salud, se me vio mendigar por la viuda y el huérfano. Los principios fueron penosos, y soporté más de una humillante palabra. Pero cuando se vio que distribuía realmente todo lo que recibía en nombre de mis pobres; cuando se me vio añadir a ello las horas de mi trabajo; adquirí una especie de consideración, que no era sin encanto para mí.

He vivido sesenta y tantos años, y jamás falté a la tarea que me había impuesto. Tampoco la conciencia me advirtió jamás nada que me hiciera sospechar que un motivo, anterior a mi existencia, fuese el móvil

de mi manera de actuar. Solamente un día, antes de empezar a extender la mano, oí estas palabras: “No hagas a los otros lo que no quisieras que te hiciesen”. Quedé conmovido la moralidad general contenida en estas pocas palabras, que muy a menudo, me sorprendía y les añadía estas: “Pero, al contrario hacedle lo que quisieras que te fuese hecho.” Ayudándome el recuerdo de mi madre y el de mis sufrimientos, continuaba caminando en una senda que mi conciencia me decía buena.

Voy a concluir esta larga comunicación, diciéndoos ¡gracias! No soy todavía perfecto, pero sabiendo que el mal no conduce sino al mal, haré de nuevo, como lo que he hecho, el bien para recoger la dicha.

SZYMEL SLIZGOL

JULIENNE MARIE, la pordiosera

En el pueblo de Villate, cerca de Nozai (Loire-Inferior), había una pobre mujer llamada Julienne Marie, anciana, achacosa que vivía de la caridad pública. Un día cayó en un estanque, de donde la sacó un habitante del lugar, el Sr. A..., quien la socorría habitualmente. Transportada a su domicilio, murió poco tiempo después, a consecuencia del accidente. La opinión general fue que quiso suicidarse. El mismo día de su deceso, el que la había salvado, que es espírita y médium, sintió en toda su persona como un rozamiento de alguien que estuviese junto a él, pero sin explicarse la causa. Cuando supo la muerte de Julienne Marie tuvo el pensamiento de que tal vez, su Espíritu veniera a visitarle.

Según el consejo de uno de sus amigos, miembro de la Sociedad Espírita de París, a quien había relatado lo ocurrido, hizo la evocación de esta mujer, con el fin de serle útil; pero, preliminarmente, pidió consejo a sus guías protectores, de los cuales recibió la respuesta siguiente:

“Lo puedes hacer y eso le alegrará, aunque el servicio que te propones prestarle le sea inútil; está feliz y toda devota con todos los que se compadecieron con ella. Tú eres uno de sus buenos amigos; no te deja jamás y conversa contigo, a menudo, con tu desconocimiento. Temprano o tarde, los servicios prestados serán recompensados, sino

por el favorecido, será por aquéllos que se interesan por él, antes de su muerte como después; cuando el Espíritu no tuvo tiempo de reconocerse, otros Espíritus simpáticos son los que manifiestan en su nombre su reconocimiento. He ahí lo que te explica lo que has sentido el día de su fallecimiento. Ahora, es ella quien te ayuda en el bien que quieres hacer. Acuérdate de lo que Jesús dijo: “El que ha sido humillado será elevado”. Tendrás la medida de los servicios que podrá prestarte, si embargo, no debes pedirle asistencia sino para ser útil a tu prójimo”.

Evocación. Buena Julienne Marie, ¿sois feliz? eso es todo lo que quería saber; lo que no impedirá pensar muchas veces en vos y no olvidaros nunca en mis oraciones.

R. Ten confianza en Dios; inspira a tus enfermos una fe sincera, y tendrás éxito casi siempre. No te ocupes jamás con la recompensa que de eso vendrá, que será mayor de la que tú esperas. Dios sabe siempre recompensar como lo merece, al que se dedica al alivio de sus semejantes, *y lleva en sus acciones un desinterés completo*; sin esto, todo no es sino ilusión y quimera; es necesario la fe ante todo; de otra manera, nada. Acuérdate de esta máxima, y te admirarás de los resultados que obtendrás. Son la prueba de esto los dos enfermos que has curado; en las circunstancias en que se encontraban, sencillos, con los remedios, habrías fracasado.

Cuando pidas a Dios que permita a los buenos Espíritus derramar sobre ti sus fluidos benéficos, si este pedido no te hace sentir un estremecimiento involuntario, es porque tu oración no es bastante ferviente para que sea escuchada; no está en las condiciones que te señalo. Fue lo que sentisteis, cuando has dicho del fondo del corazón: “Dios Todopoderoso, Dios misericordioso, Dios de bondad sin límites, atended mi oración, y permitid a los buenos Espíritus que me asistan en la curación de...; tened piedad de él, Dios mío y restituidle la salud; sin vos, no puedo nada. Hágase vuestra voluntad.”

Hicisteis bien en no desdeñar a los humildes; la voz de aquél que sufrió y soportó con resignación las miserias de este mundo, es siempre escuchada; y, como ves, un servicio hecho recibe siempre su recompensa.

Ahora, una palabra sobre mí, y esto te confirmará lo que dijo arriba.

El Espiritismo te explica mi lenguaje como Espíritu: no tengo necesidad de entrar en detalles sobre este asunto. Creo también inútil darte parte de mi existencia precedente. La posición en que tú me has conocido en la Tierra, debe hacerte comprender y apreciar mis otras, darte parte de ellas, que no fueron siempre sin reproche. Llevando una vida de miseria, achacosa y no pudiendo trabajar, mendigué toda mi vida. Nada atesoré; sobre mis viejos días; mis economías se limitaban a una centena de francos, que reservaba para cuando mis piernas no pudiesen más llevarme. Dios juzgó mi prueba y mi expiación suficientes, y ha puesto término a ellas, liberándome sin sufrimiento de la vida terrestre, porque no me he suicidado como se ha creído en principio. He muerto de repente al borde del estanque, en el momento en que dirigía una última plegaria a Dios; la pendiente del terreno fue la causa de la presencia de mi cuerpo en el agua.

No he sufrido; estoy feliz por poder cumplir mi misión sin trabas y con resignación. Me hice útil, en la medida de mis fuerzas y de mis medios, y evité hacer mal al prójimo. Hoy recibo la recompensa y doy gracias a Dios, nuestro divino Señor, quien endulza la amargura de las pruebas haciéndonos olvidar, durante la vida, nuestras antiguas existencias, y pone en nuestro camino almas caritativas, para ayudarnos a soportar la carga de nuestras faltas pasadas.

Persevera también tú, y como yo serás recompensado. Te doy las gracias por tus buenas oraciones y por el servicio que me has prestado; no lo olvidaré jamás. Un día volveremos a vernos y muchas cosas te serán explicadas; en el momento eso sería superfluo. Sabe solamente que te estoy toda consagrada y que estaré siempre cerca de ti cuando tengas necesidad de mí para aliviar al que sufre.

La pobre anciana JULIENNE MARIE.

Habiendo evocado en la Sociedad de París, el 10 de junio de 1864, al Espíritu de Julienne Marie, dictó la comunicación siguiente:

“Gracias por consentir admitirme en vuestro medio, querido presidente; sentisteis bien que mis existencias anteriores eran más

elevadas como posición social; si volví para sufrir esta prueba de pobreza, fue para punirme de un vano orgullo que me hizo rechazar al que era pobre y miserable. Entonces sufrí esta ley justa del talión que me hizo la más horrible mendiga de esta comarca; y como para probarme la bondad de Dios yo no era rechazada de todos: era todo lo yo temía; también he soportado mi prueba sin murmurar, presintiendo una vida mejor de donde no debía volver a esta Tierra de destierro y de calamidad.

“¡Qué felicidad el día en que nuestra alma, joven aún, puede entrar de nuevo en la vida espiritual para volver a ver a los seres amados! Porque yo también he amado y fui dichosa de haber vuelto a encontrar a los que me han precedido. Gracias. Al Sr. A..., que me abrió la puerta del reconocimiento; sin su mediumnidad no podría darle las gracias, probarle que mi alma no olvida las dichosas influencias de su buen corazón, y recomendarle propagar su divina creencia. Está llamado a conducir almas extraviadas; que esté bien persuadido de mi apoyo. Sí, puedo restituirle en céntuplo lo que me hizo, instruyéndolo en el camino que seguís. Dad gracias al Señor por haber permitido que los Espíritus puedan daros instrucciones para alentar al pobre en sus penas y detener al rico en su orgullo. Sabed comprender la vergüenza que hay en rechazar a un infeliz; que yo os sirva de ejemplo, a fin de evitar que vengan, como yo, a expiar vuestras faltas en esas dolorosas situaciones sociales que os colocan tan bajo, y hacen de vosotros la escoria de la sociedad.

JULIENNE MARIE.

Habiéndose transmitido esta comunicación al Sr. A..., de su lado obtuvo la que sigue, y que es su confirmación:

P. Buena Julienne Marie, una vez que consentís ayudarme con vuestros buenos consejos, a fin de hacerme progresar en la vía de nuestra divina Doctrina, queréis comunicaros conmigo; haré todos los esfuerzos para aprovechar vuestras enseñanzas.

R. Acuérdate de la recomendación que voy a hacerte y no te apartes jamás de ella. Sé siempre caritativo en la medida de tus recursos; tú comprendes bastante la caridad tal como debe ser

practicada en todas las posiciones de la vida terrestre. No tengo, pues, necesidad de venir a darte una enseñanza sobre este objeto; tú mismo serás tu mejor juez, siguiendo, no obstante, la voz de tu conciencia que no te engañará jamás cuando la escuches sinceramente.

No te engañes sobre las misiones que tienes que cumplir; pequeños y grandes, tienen la suya; la mía ha sido penosa, pero merecía semejante punición por mis existencias precedentes, como lo he confesado al buen presidente de la Sociedad madre de París, a la cual os reuniréis todos un día. Ese día no está tan distante como piensas; el Espiritismo marcha a pasos de gigante, a pesar de todo lo que se hace para ponerle trabas. Marchad, pues, todos sin temor, servidores adeptos de la Doctrina, y vuestros esfuerzos serán coronados por el éxito. ¡Qué os importa lo que se diga de vosotros! Colocaos por encima una crítica irrisoria que caerá sobre los adversarios del Espiritismo.

¡Orgullosos! Se creen fuertes y piensan abatirlos fácilmente; vosotros, mis buenos amigos, estad tranquilos y no temáis medirlos con ellos; son más fáciles de vencer de lo que creéis; muchos, entre ellos, tienen miedo y temen que la verdad venga por fin a deslumbrarles; esperad, y, a su tiempo vendrán ayudar al coronamiento del edificio.

JULIENNE MARIE.

Este hecho está lleno de enseñanzas para quién medite en las palabras de este Espíritu, en sus tres publicaciones; todos los grandes principios del Espiritismo ahí se encuentran reunidos; desde la primera muestra el Espíritu su superioridad por su lenguaje; semejante a un hada benéfica, esta mujer, resplandeciente hoy, y como metamorfoseada, viene a proteger a aquél que no la desechó bajo los harapos de la miseria. Es una aplicación de estas máximas del Evangelio: “Los grandes serán humillados y los pequeños serán elevados”; felices los humildes; felices los afligidos, porque serán consolados. No menospreciéis a los pequeños, porque el que es pequeño en este mundo puede ser más grande de lo que creéis.

MAX, El mendigo.

En una aldea de Baviera alrededor del año de 1850, moró un

anciano casi centenario, conocido bajo el nombre de *padre Max*. Nadie conocía con certeza su origen, porque no tenía familia. Hacía casi medio siglo, que abrumado por enfermedades lo ponían fuera del estado de ganarse la vida por el trabajo, no tenía otros recursos que la caridad pública, que disimulaba vendiendo en las granjas y castillos, almanaques y pequeños objetos. Se le había dado el apodo de *conde Max*, y los niños no le llamaban nunca sino el señor Conde, a lo cual él sonreía sin molestarse. ¿Por qué este título? Nadie podría decirlo; pasó a ser un hábito. Quizá lo fuese por causa de su fisonomía y de sus maneras, cuya distinción contrastaba con sus harapos. Muchos años después de su muerte, apareció en sueño a la hija del propietario de uno de los castillos, donde recibía hospitalidad en la cuadra, porque él no tenía domicilio. Le dijo: “Gracias a vosotros por haberos acordado del pobre *Max* en vuestras oraciones, porque han sido oídas por el Señor. Deseáis saber quién soy, alma caritativa que os habéis interesado por el infeliz mendigo; voy a satisfaceros; eso será para todos una gran instrucción.”

Hizo, entonces la relación siguiente, aproximadamente en estos términos:

“Hace cerca de siglo y medio, era un rico y poderoso señor de esta comarca, pero vano, orgulloso e infatuado con mi nobleza. Mi inmensa fortuna no servía jamás sino para mis placeres, y a eso apenas bastaba, por que era jugador, disoluto y pasaba mi vida en orgías. Mis vasallos, que creía creados para mi uso, como los animales en las granjas, eran acosados y maltratados, para atender a mis prodigalidades. Permanecía sordo a sus lamentos como a los la de todos los infelices y, a mi parecer, debían tenerse por muy honrados satisfaciendo mis caprichos. Morí en edad poco avanzada, aniquilado por los excesos, pero sin haber experimentado ninguna desgracia verdadera; al contrario, todo parecía sonreírme, de suerte que era, a los ojos de los demás, uno de los felices del mundo; mi rango me valió suntuosos funerales, los bohemios lamentaban en mí al fastuoso señor, pero ni una lágrima fue derramada en mi tumba, ni una plegaria del corazón se dirigió a Dios por mí, y mi memoria fue maldecida por todos aquellos cuya miseria había aumentado. ¡Ah! ¡Qué terrible es la maldición de los infelices que se hizo! ¡No ha cesado de resonar en mis oídos durante largos años, que parecieron una eternidad! ¡Y en la muerte de cada una de mis víctimas,

era una nueva figura amenazadora o irónica que se levantaba ante mí y me perseguía sin descanso, sin poder encontrar un rincón oscuro donde ocultarme a su vista! ¡Ninguna mirada amiga! ¡Mis antiguos compañeros de libertinaje, infelices como yo, huían de mí y parecían decirme con desdén: “Ya no puedes pagar nuestros placeres”. ¡Oh! ¡Cuán caro había pagado un instante de reposo, un vaso de agua para extinguir la sed ardiente que me devoraba! Pero nada más poseía y, *todo el oro que había sembrado, a manos llenas, en la Tierra no había producido una sola bendición*, ni una sola, ¿entendéis hija mía?.

“En fin, abrumado de fatiga, extenuado como un viajero cansado que no vé el término de su ruta, exclamé: “¡Dios mío, tened piedad de mí! ¿Cuándo, pues, acabará esta terrible situación?” Entonces una voz, la primera que oí desde que había dejado la Tierra, me dijo: *Cuando tú quieras*. ¡Qué es necesario hacer, gran Dios! respondí; decid: me someteré a todo. – Es necesario el arrepentimiento; *humillarte ante los que tú has humillado*; ruégales que intercedan por ti, porque *la oración del ofendido que perdona es siempre agradable al Señor*. Me humillé, rogué a mis vasallos, a mis servidores, que estaban allí ante mí, y cuyas figuras, cada vez más benévolas, acabaron por desaparecer. Esto fue, entonces, para mí como una nueva vida; la esperanza reemplazó a la desesperación y di gracias a Dios con todas las fuerzas de mi alma. La voz me dijo enseguida: “¡Príncipe! Y yo respondí: “No hay aquí otro príncipe sino el Dios Todopoderoso, que humilla a los soberbios. Perdonadme, Señor, porque he pecado; hacedme el servidor de mis servidores, si tal es vuestra voluntad.”

“Algunos años más tarde nací de nuevo, pero esta vez en una familia de pobres aldeanos. Mis padres murieron cuando aún era niño, y quedé sólo en mundo y sin apoyo. Gané mi vida como pude, unas veces como obrero, otras como mozo de granja, pero siempre honradamente, porque creía en Dios. A la edad de cuarenta años, una enfermedad me dejó tullido de todos mis miembros, y me fue preciso mendigar, durante más de cincuenta años en estas mismas tierras de las cuales había sido el señor absoluto; y recibí un pedazo de pan de las granjas que había poseído, y donde por una amarga irrisión se me dio el apodo del señor Conde, muchas veces, bastante feliz por

encontrar un abrigo en la cuadra del castillo que había sido mío. En mi sueño, me complacía en recorrer este mismo castillo donde fuera déspota; ¡cuántas veces, en mis ensueños me he visto allí en medio de mi antigua fortuna! Estas visiones me dejaban, al despertar, un indefinible sentimiento de amargura y de pesar; pero jamás una queja salió de mi boca; y cuando quiso Dios llamarme a sí, le he bendecido por haberme dado el valor de sufrir, sin murmurar, esta larga y penosa prueba, de la cual recibo hoy la recompensa, y vos, hija mía, os bendigo por haber rogado por mí.”

Recomendamos este hecho a los que pretenden que los hombres no tendrían contención de sus faltas si no tuviesen ante sí, el espantajo de las penas eternas, y preguntamos si la perspectiva de un castigo como el del padre Max, es menos efectiva para detener en el camino del mal que aquellas de tormentos sin fin en las cuales no se cree más.

HISTORIA DE UN DOMÉSTICO

En una familia de alto rango, había un joven doméstico cuya figura, inteligente y fina, nos tocó por su aire muy joven de distinción; nada, en sus maneras, indicaba bajeza; su celo por el servicio de sus amos no se parecía en nada a esa obsequiosidad servil propia de las personas de esa condición. Al año siguiente, habiendo retornado a esa familia, ahí no vimos más al joven y preguntamos si se había marchado. “No, nos contestaron: Se fue a pasar algunos días en su país, y en él murió. Nosotros lo sentimos mucho, porque era una excelente persona y tenía sentimientos *verdaderamente por encima de su posición*. Éramos muy unidos y nos ha dado pruebas de la más alta devoción.”

Más tarde nos vino el pensamiento de evocar a este joven, y he aquí lo que nos dijo: “En mi penúltima encarnación era, como se dice en la Tierra, de muy buena familia, pero arruinada por las prodigalidades de mi padre. Quedé huérfano muy joven y sin recursos. Un amigo de mi padre me recogió; me educó como a su hijo, dándome una brillante educación, de la cual saqué un exceso de vanidad. Este amigo es hoy el señor de G..., en cuyo servicio me habéis visto. He querido, en mi última existencia, expiar mi orgullo naciendo en una condición servil y he encontrado ahí la ocasión de probar mi devoción a mi bienhechor.

Le salvé la vida, sin que jamás lo haya sabido. Era, al mismo tiempo, una prueba de la cual salí con ventaja, una vez que tuvo bastante fuerza para no dejarme corromper, por el contacto de una compañía casi siempre viciosa; a pesar de los malos ejemplos, permanecí puro, y doy por esto gracias a Dios, porque estoy recompensado por la dicha que gozo.”

P. ¿En qué circunstancias habéis salvado la vida del señor de G...? – R. En un paseo a caballo en que le seguía solo, percibí un grueso árbol que caía a su lado y que él no veía; le llamé dando un grito terrible; se volvió prontamente y durante ese tiempo el árbol cayó a sus pies. Sin el movimiento que provoqué, lo hubiera aplastado.

El Sr. de G..., a quién se refirió el hecho, lo recordó perfectamente.

P. ¿Por qué habéis muerto tan joven? – R. Dios juzgó suficiente mi prueba.

P. ¿Cómo os ha podido aprovechar esta prueba, puesto que no teníais recuerdo de la causa que la había motivado? – R. En mi humilde posición, me quedaba un instinto de orgullo que fui bastante feliz en poder dominar, lo que hizo que la prueba me fuese provechosa; sin esto tendría que empezar de nuevo. Mi Espíritu se acordaba en sus momentos de libertad, y me quedaba de eso, al despertar, un deseo intuitivo de resistir a mis tendencias que conocía como malas. He tenido más mérito en luchar así que si me hubiera claramente acordado del pasado. El recuerdo de mi antigua posición habría exaltado mi orgullo y me perturbaría, mientras que no tuve que combatir sino los vestigios de mi nueva posición.

P. Recibisteis una educación brillante; ¿de qué os ha servido, esto en vuestra última existencia, puesto que no os acordabais de los conocimientos que adquiristeis? – R. Esos conocimientos serían inútiles, y un contrasentido en mi nueva posición; quedaron latentes, y hoy vuelvo a encontrarlos. Sin embargo, tampoco me fueron inútiles, porque desarrollaron mi inteligencia; instintivamente, tenía el gusto de las cosas elevadas, el que me inspiraba la repulsión por los ejemplos bajos y groseros que tenía a la vista; sin esta educación tan solo *sería un criado*.

P. Los ejemplos de servidores devotos a sus amos hasta la abnegación, ¿tienen por causa relaciones anteriores? – R. No dudéis

de esto; al menos, son los casos más comunes. Estos servidores, algunas veces, son miembros mismos de la familia o, como yo, agradecidos que pagan una deuda de reconocimiento y cuya devoción ayuda a su avance. No sabéis todos los efectos, de simpatía o de antipatía, que estas relaciones anteriores producen en el mundo. No, la muerte no interrumpe estas relaciones, que se perpetúan, muchas veces, de siglo en siglo.

P. ¿Por qué estos ejemplos de devoción de servidores son tan raros hoy? – R. Es preciso culpar de esto al espíritu de egoísmo y de orgullo de vuestro siglo, desarrollado por la incredulidad y por las ideas materialistas. La fe verdadera se va por la concupiscencia y el deseo de lucro, y con ella los sacrificios. El Espiritismo, conduciendo a los hombres al sentimiento de la verdad, hará renacer las virtudes olvidadas.

Nada mejor que este ejemplo puede hacer resaltar el beneficio del olvido de las existencias anteriores. Si el señor de G... se acordase de lo que fuera su joven doméstico, estaría muy avergonzado con él y no lo había considerado en esa condición; pondría trabas a la prueba que ha sido provechosa a los dos.

ANTONIO B.

Enterrado vivo. La pena del Talión.

El Sr. Antonio B... escritor de mérito, estimado por sus conciudadanos, habiendo ejercido con distinción e integridad funciones públicas en Lombardía, cayó, alrededor de 1850, a consecuencia de un ataque de apoplejía, en un estado de muerte aparente que se tomó, infelizmente, como acontece algunas veces, por muerte real. El error era tanto más fácil cuanto que se habían creído percibir, en el cuerpo, señales de descomposición. Quince días después del entierro, una circunstancia fortuita determinó a la familia a pedir su exhumación; se trataba de un medallón olvidado por descuido en el ataúd; pero grande fue el estupor de los asistentes cuando, en la abertura, se reconoció que el cuerpo cambiara de posición, que se había vuelto y ¡cosa horrible!, una de sus manos estaba en parte comida por el difunto. Entonces se

manifestó que el infeliz Antonio B... fuera enterrado vivo; debe haber sucumbido bajo las angustias de la desesperación y del hambre.

Habiendo sido evocado en señor Antonio B... en la Sociedad de París, en agosto de 1861, a petición de uno de sus parientes, dio las siguientes explicaciones:

1. *Evocación* – ¿Qué queréis de mí?

2. Uno de vuestros parientes nos ha suplicado que os evocásemos; lo hacemos con gusto y tendremos el mayor placer, si tenéis la bondad de respondernos. – R. Sí, quiero responderos.

3. ¿Os acordáis de las circunstancias de vuestra muerte? – R. ¡Ah!, ¡ciertamente sí! Las recuerdo; ¿por qué despertasteis ese recuerdo de castigo?

4. ¿Es cierto que habéis sido enterrado vivo por equivocación? – R. Debía suceder así; porque la muerte aparente ha tenido todas las características de una muerte real; estaba exagüe (1). No se debe imputar a nadie un hecho previsto desde antes del nacimiento.

5. Si estas preguntas son de tal naturaleza que os puedan causar pena ¿es preciso cesarlas?. – R. No, continuad.

6. Desearíamos saberos feliz, porque dejásteis la reputación de un hombre honrado. – R. Os doy muchas gracias; sé que oráis por mí. Voy a tratar de contestaros, pero si fracasare, uno de vuestros guías me suplirá.

7. ¿Podéis describirnos las sensaciones que habéis experimentado en aquel terrible momento? – R. ¡Oh! ¡que dolorosa prueba! ¡Sentirse encerrado entre cuatro tablas, de manera a no poder moverse! No poder llamar; la voz no más resonando, en un medio privado de aire. ¡Oh! ¡que tormento la de un infeliz que se esfuerza en vano por aspirar en una atmósfera insuficiente y desprovista de la parte respirable! ¡Ah! Estaba como un condenado en la boca de un horno, salvo el calor. ¡Oh! No deseo a nadie semejantes tormentos ¡No, no deseo a nadie un fin como el mío! ¡Ah! ¡Cruel castigo de una cruel y

(1) Privado de sangre. Descolorida la piel por la privación de sangre.

feroz existencia! No me preguntéis en que pensaba, pero me sumergía en el pasado y entrevía vagamente el porvenir.

8. Vos decís: cruel castigo de una feroz existencia; sin embargo, vuestra reputación, intachable hasta hoy, no hacía suponer nada semejante. ¿Podéis explicarnos esto? – R. ¡Qué es la duración de la existencia en la eternidad! Ciertamente, he procurado actuar bien en mi última encarnación; pero este fin fuera aceptado por mí antes de volver a entrar en la Humanidad. ¡Ah! ¿Por qué interrogarme sobre este pasado doloroso que solo yo conocía así como y los Espíritus, ministros del Todopoderoso? Sabed, pues, puesto que es preciso decíroslo, que en una existencia anterior había emparedado una mujer, a mi mujer ¡enteramente viva! En una cueva. ¡Fue la pena del talión la que he debido aplicarme! Diente por diente y ojo por ojo.

9. Os damos las gracias por consentir en responder a nuestras preguntas, y rogamos a Dios os perdone lo pasado en favor del mérito de vuestra última existencia. – R. Volveré más tarde. Por lo demás, el Espíritu de Erasto querrá completar.

Instrucciones del guía del médium

Lo que debéis recoger de esta enseñanza es que todas vuestras existencias se enlazan, y que ninguna es independiente de las otras; los cuidados, la confusión, como los grandes dolores que hieren a los hombres, son siempre las consecuencias de una vida anterior criminal o mal empleada. Sin embargo, debo deciros que los finales semejantes al de Antonio B... son raros, y si este hombre, cuya última existencia ha estado exenta de censura, ha concluido de este modo, es porque el mismo había solicitado una muerte semejante, a fin de abreviar el tiempo de su erradicidad y alcanzar más rápidamente las esferas elevadas. En efecto, después de un período de turbación y de sufrimiento moral para expiar todavía su crimen espantoso, le será perdonado y se elevará hacia un mundo mejor, donde encontrará a su víctima, que le espera y que le ha perdonado ya hace mucho tiempo. Sabed, pues, aprovecharos de este ejemplo cruel para soportar con

paciencia, queridos espíritas, los sufrimientos corporales, los sufrimientos morales y todas las pequeñas miserias de la vida.

P. ¿Qué provecho puede recoger la Humanidad de semejantes castigos?—R. Los castigos no son para hacer progresar a la Humanidad, sino para castigar al individuo culpable. Efectivamente, la Humanidad no tiene ningún interés en ver sufrir a uno de los suyos. Aquí el castigo fue apropiado a la falta. ¿Por qué hay locos? ¿Por qué imbéciles? ¿Por qué hay personas paralíticas? ¿Por qué mueren algunos en el fuego? ¿Por qué otros viven muchos años en los tormentos de una larga agonía, no pudiendo vivir ni morir? ¡Ah! Creedme, respetad la voluntad soberana y no tratéis de sondear la razón de los decretos providenciales, sabedlo; Dios es justo y hace bien lo que hace.

ERASTO.

¿No tenemos, en este hecho, una grande y terrible enseñanza? Así, la justicia de Dios alcanza siempre al culpable, y aunque algunas veces sea tardía, no por eso deja de seguir su curso. ¿No es eminentemente moral el saber que si los grandes culpables acaban su existencia pacíficamente, y, a menudo, en la abundancia de los bienes terrestres, la hora de expiación sonará temprano o tarde? Penas de esta naturaleza se comprenden, no solamente porque están ante nuestra mirada, sino porque son lógicas; se cree en ellas porque la razón las admite.

Una existencia honrosa, no exenta, empero, de las pruebas de la vida, porque se las ha elegido o aceptado como complemento de expiación; es el pago de una deuda que se cumple antes de recibir el precio del progreso cumplido.

Si se considera cuán frecuentes eran en los siglos pasados, aún en las clases más elevadas y más ilustradas, los actos de barbarie que tanto hoy nos indignan; cuántas muertes se cometían en aquellas épocas en que se jugaba con la vida del prójimo, en que el poderoso aniquilaba al débil sin escrúpulo, se comprenderá cuántos hombres debe haber en nuestros días que tienen que lavar su pasado; no debemos maravillarnos, pues, del número tan considerable de personas que mueren víctimas de accidentes aislados o de catástrofes generales. El despotismo, el fanatismo, la ignorancia y los prejuicios de la Edad Media, y de los siglos que le han seguido, han legado a las generaciones futuras una deuda inmensa, que no está aún liquidada. Muchas desgracias nos parecen inmerecidas porque solo vemos el momento actual.

SR. LETIL

El Sr. Letil, fabricante de cerca de París, murió en abril de 1864, de una manera horrible. Habiéndose encendido una caldera de barniz hirviendo, y derramándose sobre él, en un instante fue cubierto de una materia inflamada y comprendió, en seguida, que estaba perdido. Solo en ese momento, en el taller, con un joven aprendiz, tuvo el valor de ir hasta su casa, distante más de doscientos metros. Cuando pudieron darle los primeros auxilios, las carnes estaban quemadas y le caían en pedazos; los huesos de una parte del cuerpo, y de la cara, estaban a la vista. Vivió doce horas entre los más horribles sufrimientos, conservando, a pesar de esto, toda su presencia de espíritu hasta el último momento, y poniendo en orden sus asuntos con perfecta lucidez. Durante esta cruel agonía no se le oyó ningún llanto, ningún murmullo, y murió rogando a Dios. Era un hombre muy honrado, de un carácter dulce y benévolo, amado y estimado de todos los que le conocieron. Abrazara con entusiasmo las ideas espíritas, pero no con bastante reflexión, y fue por ese motivo, siendo un poco médium, fue él mismo juguete de numerosas mixtificaciones que, sin embargo, no quebrantaron su fe. Su confianza en lo que le decían los Espíritus llegaba en ciertas circunstancias, hasta la ingenuidad.

Evocado en la Sociedad de París, el 29 de abril de 1864, pocos días después de su muerte, bajo la impresión de la terrible escena de que había sido víctima, dio la comunicación siguiente:

“¡Una tristeza profunda me oprime! Horrorizado aún de mi muerte trágica, me creo bajo el hierro del verdugo. ¡Cuánto he sufrido! ¡Oh, cuánto he sufrido! Estoy aun temblando. Me parece que siento todavía el olor fétido que mis carnes quemadas desprendían a mi alrededor. ¡Agonía de doce horas, cuánto has probado! ¡Oh! Espíritu culpable. Como sufrió sin murmurar, también Dios le concederá su perdón.

“¡Oh, querida mía! No llores más por mí, mis dolores van a calmarse. No sufro realmente, pero el recuerdo equivale a la realidad. Mi conocimiento del Espiritismo me ayuda mucho; veo ahora que, sin esta dulce creencia, habría permanecido en el delirio donde fui echado por mi muerte horrible.

“Pero tenía un consolador, que no me ha dejado desde mi último suspiro; hablaba aún; que le veía ya cerca de mí; me parecía que era un reflejo de mis dolores, que me daba vértigo, y me mostraba fantasmas... No: era mi ángel protector que, silencioso y mudo, me consolaba por el corazón. Desde que hube dicho adiós a la Tierra, me dijo: “Ven, hijo mío, y vuelve a ver el día.” Respiraba más libremente creyendo salir de un sueño espantoso; hablaba de mi muy querida esposa, de la valerosa niña que se había sacrificado por mí. “Todos están en la Tierra, tú, hijo mío, estás entre nosotros.” Busqué mi casa; el ángel me dejó entrar en ella, acompañándome siempre. Vi a todo el mundo derramando lágrimas; en aquel pacífico paisaje de otro tiempo, todo era triste y en luto; no pude sostener por mucho tiempo la visión de ese doloroso espectáculo; muy conmovido dije a mi guía: ¡Oh, ¡Mi buen ángel, salgamos de aquí!—Sí, salgamos, dijo el ángel, y busquemos el reposo.”

“Después, sufrí menos; si no viera a mi esposa inconsolable y mis amigos tan tristes, sería casi feliz.

“Mi buen guía, mi querido ángel, consintió decirme por qué he tenido una muerte tan dolorosa, y para vuestra instrucción, hijos míos, voy a hacer os una confesión.

“Hace dos siglos, hice extender sobre una hoguera a una niña inocente, como se es inocente a su edad, pues, tenía de 12 a 14 años más o menos. ¿De qué se le acusaba? ¡Ah! De haber sido la cómplice de una revuelta contra la política sacerdotal. Era yo italiano, y juez inquisidor; los verdugos no osaron tocar el cuerpo de la niña: yo mismo fui el juez y el verdugo. ¡Oh! justicia, justicia de Dios; tú eres grande! Me he sometido a ella; tanto prometiera no vacilar el día del combate, que he tenido la fuerza de sostener mi palabra; no he murmurado y vos me habéis perdonado, ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo, pues, se borrará de mi memoria el recuerdo de mi pobre e inocente víctima? Esto es lo que me hace sufrir. Es necesario también que ella me perdone.

“¡Oh! Vosotros, hijos de la nueva doctrina, decís alguna vez: No nos acordamos de lo que hemos hecho precedentemente, por esto no podemos evitar los males a que nos exponemos, por el olvido del pasado. ¡Oh, hermanos míos! Bendecid a Dios; si os hubiera dejado el

recuerdo, no tendríais ningún descanso en la Tierra. Perseguidos sin cesar por el remordimiento y por la vergüenza, ¿podríais tener un solo instante de paz?

“El olvido es un beneficio; el recuerdo aquí es un tormento. Pasados algunos días, y como recompensa de la paciencia con la cual he soportado mis dolores, Dios me hará olvidar mi falta. He aquí la promesa que acaba de hacerme por mi buen ángel.”

El carácter del Sr. Letil, en su última existencia, prueba cuanto se había mejorado su Espíritu. Su conducta fue el resultado de su arrepentimiento y de las resoluciones que tomó; pero esto no bastaba; era preciso sellar estas resoluciones con una gran expiación; le era preciso sufrir como hombre lo que había hecho sufrir a los otros; la resignación, en esta terrible circunstancia, era para él la más grande prueba, y felizmente, para él, no fracasó. El conocimiento del Espiritismo, sin duda mucho ha contribuido a sostener su valor por la fe sincera que le había dado en el porvenir; sabía que los dolores de la vida son pruebas y expiaciones, y se había sometido a ellas sin murmurar, diciendo: Dios es justo; sin duda, lo he merecido.

UN SABIO AMBICIOSO

La señora B..., de Burdeos, no experimentó las agudas angustias de la miseria; pero, fue toda su vida, la mártir de dolores físicos, por las innumerables enfermedades por las cuales fue alcanzada, durante setenta años, desde la edad de cinco meses, y que, casi cada año, la ponían a la puerta de la tumba. Tres veces fue envenenada por los ensayos que la ciencia incierta hizo sobre ella, y su temperamento, arruinado por los remedios tanto como por las enfermedades, la hizo víctima, hasta el fin de sus días, de intolerables sufrimientos que nada podía calmar. Su hija, espírita cristiana y médium, pedía a Dios en sus oraciones, que endulzase sus crueles pruebas, pero su guía espiritual le dijo que pidiese simplemente, para ella, la fuerza de soportarlas con paciencia y resignación, y le dictó las instrucciones siguientes:

“Todo tiene su razón de ser en la existencia humana; no hay un sufrimiento *que habéis causado, que no encuentre eco en los sufrimientos que soportáis*; no hay uno de vuestros excesos que no

encuentre un contrapeso en vuestras privaciones; no cae una lágrima de vuestros ojos sin tener que lavar una falta, un crimen, algunas veces. Sufrid, pues, con paciencia y resignación vuestros dolores físicos y morales, por crueles que os parezcan, y pensad en el labrador cuya fatiga le quebranta los miembros, pero que continúa su obra sin detenerse, porque tiene siempre ante él las espigas doradas que serán el fruto de su perseverancia. Tal es la suerte del infeliz que sufre en vuestra Tierra. La aspiración hacia la dicha que debe ser el fruto de su paciencia, le hará fuerte contra los dolores pasajeros de la Humanidad.

Así es en cuanto a tu madre; cada dolor que acepta como una expiación es una mancha borrada de su pasado, y cuanto más pronto se borren todas las manchas, tanto más pronto será feliz. *Sólo la falta de resignación hace estéril el sufrimiento*, porque entonces las pruebas se han de volver a empezar. Lo que es, pues, más útil para ella es tener coraje y sumisión; esto es necesario pedir a Dios y a los Buenos Espíritus concederle.

“Tu madre fue en otro tiempo un buen médico, frecuentando entre una clase en que no cuesta nada asegurarse un bienestar y donde fue colmado de dones y honores. Ambicioso de gloria y de riquezas, queriendo alcanzar el apogeo de la ciencia, no con la idea de aliviar a sus hermanos, porque no era filántropo, sino en vista de aumentar su reputación, y por consiguiente su clientela, costó para conducir a buen fin sus estudios. La madre era martirizada en su lecho de sufrimiento, porque él preveía un estudio en las convulsiones que provocaba. El niño era sometido a los experimentos que debían darle la clave de ciertos fenómenos; el anciano veía apresurar su fin; el hombre vigoroso se sentía debilitado por los ensayos que debían acreditar la acción de tal o cual brebaje, y todos estos experimentos se intentaban sobre el infeliz sin desconfianza. La satisfacción de la concupiscencia y del orgullo, la sed de oro o de renombre, tales fueron los móviles de su conducta. Han sido necesarios siglos y terribles pruebas para domar este Espíritu orgulloso y ambicioso; después empezó el arrepentimiento su obra de regeneración, y la reparación se acaba, porque las pruebas de esta última existencia son dulces al lado de las que ha sufrido. Coraje, pues, si la pena ha sido larga y cruel, la recompensa concedida a la paciencia, a la resignación y a la humildad será grande.

“Coraje, vosotros todos los que sufrís; pensad en el poco tiempo que dura vuestra existencia material; pensad en las alegrías de la eternidad; llamados a la esperanza, amiga íntima de todo corazón que sufre; llamados a la fe, hermana de la esperanza; la fe que os muestra el cielo donde la esperanza os hace penetrar antes de tiempo. Llamad también a esos amigos que el Señor os da, que os rodean, os sostienen, os aman, y cuya constante solicitud os conduce a aquél a quien habéis ofendido violando sus leyes.”

Después de su muerte, la señora B... ha dado, ya a su hija, ya a la Sociedad Espírita de París, comunicaciones donde se reflejan las más eminentes cualidades, y donde confirma lo que había sido dicho de sus antecedentes.

CHARLES DE SAINT-G... idiota.

(Sociedad Espírita de París, 1860.)

Charles de Saint-G... era un joven idiota, de trece años de edad, viviente, y cuyas facultades intelectuales eran de tal nulidad que no reconocía a sus padres y podía tomar alimento con dificultad. Había en él paralización completa de desarrollo en todo el sistema orgánico.

1. A *San Luis* ¿Querriais decirnos si podemos evocar el Espíritu de ese niño? – R. Podéis evocarle como si evocaseis al Espíritu de un muerto.

2. Vuestras respuestas nos harían suponer que la evocación podría hacerse en cualquier momento. – R. Sí; su alma está unida a su cuerpo por lazos materiales, pero no por lazos espirituales; puede ser desprendida.

3. Evocación de Charles de Saint-G... – R. Soy un pobre Espíritu preso a la Tierra, como un ave por una pata.

4. En vuestro estado actual, como Espíritu, ¿tenéis conciencia de vuestra nulidad en este mundo? – R. Ciertamente; reconozco bien mi cautiverio.

5. Cuando vuestro cuerpo duerme, y vuestro Espíritu se desprende, ¿tenéis las ideas tán lúcidas como si estuviéseis en un

estado normal?—R. Cuando mi infeliz cuerpo reposa, soy un poco más libre para elevarme hacia el cielo que, aspiro.

6. ¿Experimentáis, como Espíritu, un sentimiento penoso por vuestro estado corporal?—R. Sí, puesto que es un castigo.

7. ¿Os acordáis de vuestra existencia precedente?—R. ¡Oh! Sí; fue la causa de mi destierro en el presente.

8. ¿Cuál era esa existencia?—R. La de un joven libertino bajo Henry III.

9. Decís que vuestra condición actual es un castigo; ¿no lo habéis, pues, elegido?—R. No.

10. ¿Cómo puede servir vuestra existencia actual a vuestro adelantamiento en el estado de nulidad en que estáis?—R. No es nula para mí, ante Dios, que me la ha impuesto.

11. ¿Prevéis la duración de vuestra existencia actual?—R. No; aun algunos años, y regresaré a mi patria.

12. Desde vuestra precedente existencia hasta vuestra encarnación actual, ¿qué habéis hecho como Espíritu?—R. Fue porque era un Espíritu ligero, que Dios me ha encarcelado.

13. En vuestro estado de vigilia, ¿tenéis conciencia de lo que pasa alrededor de vos, a pesar de la imperfección de vuestros órganos?—R. Veo, oigo, pero mi cuerpo no comprende ni ve nada.

14. ¿Podemos hacer alguna cosa que os sea útil?—R. Nada.

15. A *San Luis*. La oraciones a un Espíritu reencarnado, ¿pueden tener la misma eficacia que para un Espíritu errante?—R. La oraciones son siempre buenas y agradables a Dios; en la posición de este pobre Espíritu, no pueden servirle para nada; le servirán más tarde, porque Dios las tomará en cuenta.

Esta evocación confirma lo que siempre se ha dicho sobre los idiotas. Su nulidad moral no se debe a la nulidad del Espíritu, quien, exceptuando sus órganos, goza de todas sus facultades. La imperfección de los órganos solo es un *obstáculo* a la libre manifestación de los pensamientos: no los aniquila. Este es el caso de un hombre vigoroso cuyos miembros sean comprimidos por lazos.

Instrucción de un Espíritu, sobre los idiotas y los cretinos, dada en la Sociedad de París.

Los cretinos son seres castigados en la Tierra por el mal uso que han hecho de sus poderosas facultades; su alma está encarcelada en un cuerpo cuyos órganos impotentes no pueden expresar sus pensamientos; este mutismo, moral y físico, es uno de los más crueles castigos terrestres; muchas veces es elegido por Espíritus arrepentidos que quieren rescatar sus faltas. Esta prueba no es estéril, porque el Espíritu no queda estacionado en su prisión de carne; esos ojos entorpecidos, ven; ese cerebro deprimido concibe, pero nada puede traducirse, ni por la palabra ni por la mirada y, salvo el movimiento, están moralmente en el estado de los letárgicos y de los catalépticos, que ven y oyen lo que pasa a su alrededor, sin poder expresarlo. Cuando tenéis, en sueños, esas terribles pesadillas en que queréis huir de un peligro, en que gritáis pidiendo socorro, mientras que vuestra lengua queda pegada al paladar y vuestros pies al suelo, experimentáis por un instante lo que el cretino siente siempre: *parálisis del cuerpo, junto con la vida del Espíritu*.

Casi todas las enfermedades tienen, así, su razón de ser; nada se hace sin causa; y lo que vosotros llamáis la injusticia de la suerte es la aplicación de la más alta justicia. La locura es también un castigo del abuso de altas facultades; el loco posee dos personalidades: la que desatina y la que tiene conciencia de sus actos, sin poder dirigirlos. En cuanto a los cretinos, la vida contemplativa y aislada de su alma, que no tiene las distracciones del cuerpo, puede ser tan agitada como las existencias más complicadas por los acontecimientos; algunos se rebelan contra su suplicio voluntario; sienten haberle elegido y experimentan un deseo furioso de volver a otra vida el deseo que les hace olvidar la resignación a la vida presente, y el remordimiento de la vida pasada, del cual tienen conciencia, porque los cretinos y los locos saben más que vosotros, y bajo su imposibilidad física se oculta un poder moral del que no tenéis ninguna idea. Los actos de furor y de imbecilidad, a que su cuerpo se entrega, son juzgados por el ser interior que los sufre y que de ellos se avergüenzan. Por tanto, burlarse de ellos, injuriarles, incluso maltratarles, como se hace algunas veces, es aumentar sus sufrimientos, porque es hacerles sentir más duramente su

debilidad y su abyección, y si pudieran, llamarían cobardes a los que obran de este modo, porque saben que su víctima no puede defenderse.

El cretinismo no es una ley de Dios, y la ciencia puede hacerlo desaparecer, porque es el resultado material de la ignorancia, de la miseria y de la inmoralidad. Los nuevos medios de higiene que la ciencia, hoy más práctica, ha puesto al alcance de todos, tienden a destruirlo. Siendo el progreso la condición expresa de la Humanidad, las pruebas impuestas se modificarán y seguirán la marcha de los siglos; todas vendrán a ser morales, y cuando vuestra Tierra, joven aún, haya cumplido todas las fases de su existencia, será una morada de felicidad como otros planetas más adelantados.

PIERRE JOUTY, *padre del médium*.

Hubo un tiempo en que se puso en cuestión el alma de los cretinos, y se preguntaba si pertenecían verdaderamente a la especie humana. La manera como el Espiritismo les hace considerar más ¿no es de alta moralidad y de gran enseñanza? ¿No hay más materia para serias reflexiones pensando que esos cuerpos desfavorecidos encierran almas que, tal vez hayan brillado en el mundo, que son tan lúcidas y tan pensadoras como las nuestras, bajo la espesa envoltura que ahoga las manifestaciones y que pueden, un día, sucedernos lo mismo a nosotros, si abusamos de las facultades que nos ha dispensado la Providencia?

Además, ¿cómo podría explicarse el cretinismo; cómo hacerlo concordar con la justicia y la bondad de Dios, sin admitir la pluralidad de existencias? Si no ha vivido ya el alma, debe haber sido creada al mismo tiempo que el cuerpo; en esta hipótesis, ¿cómo justificar la creación de almas tan desheredadas como las de los cretinos, por un Dios justo y bueno? Porque aquí no se trata de uno de esos accidentes, como la locura, por ejemplo, que se pueden prevenir o curar; esos seres nacen y mueren en el mismo estado; no teniendo ninguna noción del bien y del mal, ¿cuál es su suerte en la eternidad? ¿Serán dichosos como los hombres inteligentes y trabajadores? Mas ¿por qué este favor, puesto que no han hecho ningún bien? ¿Estarán en lo que se llama limbo, esto es, en un estado mixto que no es ni la dicha ni la infelicidad? Pero, ¿por qué esta inferioridad eterna? ¿Fue culpa suya si Dios ha creado los cretinos? Desafiamos a todos los que rechazan la doctrina de la reencarnación a que salgan a este embarazo. Con la reencarnación,

al contrario, lo que parecía injusticia se vuelve una admirable justicia; lo que es inexplicable se explica de una manera más racional.

Por lo demás, no sabemos porque los que rechazan esta doctrina, la hayan jamás combatido con otros argumentos que con el de su repugnancia personal a volver a la Tierra. A esto podemos contestarles: Para que volváis a ella, Dios no os pide vuestro permiso, así como el juez no consulta el gusto del condenado para enviarle al presidio. Cada uno tiene la posibilidad de no volver a ella, mejorándose lo suficiente para merecer pasar a una esfera más elevada. Pero, en esas esferas venturosas, no se admite el egoísmo ni el orgullo; es necesario, pues, trabajar despojándose de estas enfermedades morales, si se quiere ascender de grado.

Se sabe que, en ciertas comarcas, los cretinos, lejos de ser objeto de menosprecio, están rodeados de cuidados benévolos. ¿Este sentimiento no tendería a una intuición del verdadero estado de esos infortunados, tanto más digno de respeto cuanto que su Espíritu, que comprende su situación, debe sufrir al considerarse la escoria de la sociedad?

Ahí se considera un favor, y una bendición el contar con uno de estos seres en la familia. ¿Es acaso una superstición? Es posible, porque entre los ignorantes, la superstición se mezcla a las ideas más santas, de las cuales no se dan cuenta; en todos los casos, es para los padres una ocasión de ejercer una caridad tanto más meritoria cuanto son generalmente pobres, es para ellos una carga sin compensación material. Hay más mérito en rodear de cuidados afectuosos a un niño desfavorecido que a aquél cuyas cualidades ofrecen una compensación. Pero siendo la caridad del corazón una de las virtudes más agradables a Dios, atrae siempre su bendición sobre los que la practican. Ese sentimiento innato entre aquellas gentes equivale a esta oración: "Gracias, Dios mío, por habernos dado como prueba el sostener a un ser débil y consolar a un afligido."

ADÉLAIDE MARGUERITE GOSSE.

Era una humilde y pobre sirvienta de Normandía, cerca de Harfleur. A los once años, entró al servicio de unos ricos ganaderos de su ciudad. Pocos años después, una inundación del Sena se llevó y anegó todas las bestias. ¡Otras infelicidades sobrevinieron y sus amos

cayeron en la miseria! Adélaide encadenó su suerte a la de ellos, ahogó la voz del egoísmo, y no escuchando sino a su corazón generoso, les hizo aceptar quinientos francos ahorrados por ella, y continuó sirviéndoles sin salario; después, cuando llegó su muerte, uniéndose a una hija que había quedado viuda y sin recursos. Trabaja en el campo y lleva su ganancia a la casa. Se casó y añadió el jornal de su marido al suyo, y ahora eran dos para sostener a la pobre mujer a quien ella llama siempre “¡su señora!” Este sublime sacrificio duró cerca de medio siglo.

La Sociedad de Emulación de Rouen no dejó en el olvido a esta mujer digna de tanto respeto y admiración; le otorgó una medalla de honor y una recompensa en dinero; las logias masónicas del Havre se asociaron a este testimonio de estimación y le ofrecieron una pequeña suma para aumentar su bienestar. En fin, la administración local se ocupó de su suerte con delicadeza, respetando su susceptibilidad.

Un ataque de parálisis se llevó, en un instante y sin sufrimiento, a este ser benéfico. Las honras fúnebres le fueron prestadas de un modo sencillo, pero decente; el secretario de la alcaldía caminó al frente del cortejo fúnebre.

(Sociedad de París, 27 de Diciembre de 1861.)

Evocación.—Rogamos a Dios Todopoderoso permita al Espíritu de Marguerite Gosse se comunique con nosotros. — R. Sí, Dios me consintió esta gracia.

P. Estamos felices en daros testimonio de nuestra admiración por la conducta que habéis tenido durante vuestra existencia terrestre y esperamos que vuestra abnegación reciba su recompensa. — R. Sí, Dios para su sirvienta, ha estado lleno de amor y de misericordia. Lo que he hecho, y que encontráis bueno, era muy natural.

P. Para nuestra instrucción, ¿podrías decirnos cuál fue la causa de la humilde condición que habéis ocupado en la Tierra? — R. Yo ocupé, en dos existencias sucesivas, una posición bastante elevada; el bien me era fácil; lo hacía sin sacrificio, porque era rica; me parecía que progresaba lentamente, y por esto, pedí volver en condición más ínfima, en la que tendría que luchar yo misma contra las privaciones, y me

preparé a ello durante mucho tiempo. Dios sostuvo mi valor y he podido llegar al fin que me había propuesto gracias a los socorros espirituales que Dios me dio.

P. ¿Habéis visto a vuestros antiguos señores? Os suplico nos digáis cuál es vuestra posición respecto a ellos y si os consideraréis siempre como su subordinada. — R. Sí, he vuelto a verlos; estaban a mi llegada a este mundo, y debo deciros, con toda humildad, que me consideran como siendo superior a ellos.

P. ¿Teníais un motivo particular para uniros a ellos antes que a otros? — R. Ningún motivo obligatorio; habría alcanzado mi objetivo en cualquier parte; los elegí para satisfacer con ellos, una deuda de reconocimiento. En otro tiempo fueron buenos conmigo y me sirvieron.

P. ¿Qué porvenir se presenta para vos? — R. Espero estar reencarnada en un mundo donde el dolor es desconocido. Quizá me encontréis muy presuntuosa, pero os respondo con toda la vivacidad de mi carácter. Por lo demás me entrego a la voluntad de Dios.

P. Os damos las gracias por haber venido a nuestro llamamiento y no dudamos de que Dios os colmará con sus atenciones. — R. Gracias. ¡Ojalá Dios os bendiga y al morir os haga experimentar a todos las alegrías tan puras que me han sido dispensadas!

CLARA RIVIER

Clara Rivier era una niña de diez años, perteneciente a una familia de labradores, de una aldea del sur de Francia; estaba completamente debilitada desde los cuatro años. Durante su vida, nunca dejó oír un solo llanto, ni dio una sola señal de impaciencia; aunque desprovista de instrucción, consolaba a su afligida familia conversando, con ella, de la vida futura y de la dicha que debía, ahí encontrar. Murió en septiembre de 1862, después de cuatro días de torturas y convulsiones, durante los cuales no cesó de rogar a Dios. “No temo la muerte, decía, puesto que una vida de felicidad me está reservada después”. Decía a su padre, que lloraba: “Consuélate, vendré a visitarte; mi hora está próxima, lo siento; pero cuando ella llegue, lo sabré y te lo advertiré antes.” En efecto, cuando el momento fatal debería cumplirse, llamó a

todos los suyos, diciéndoles: “No tengo más que cinco minutos de vida; dadme vuestras manos.” Y expiró como lo había anunciado.

Desde entonces, un Espíritu golpeador vino a visitar la casa de los esposos Rivier, donde lo derriba todo; golpea la mesa como si tuviera una maza; agita las ropas y las cortinas y remueve la vajilla. Este Espíritu se apareció bajo la forma de Clara a su hermanita, que no tenía sino cinco años. Según esta niña, su hermana le ha hablado muchas veces, y sus apariciones le hacen a menudo dar gritos de alegría y decir: “¡Pero mirad que linda está Clara!”

1. *Evocación de Clara Rivier.* – R. Estoy junto a vosotros dispuesta a responder.

2. ¿De dónde os venían, aunque tan joven y sin instrucción, las ideas elevadas que habíais expresado sobre la vida futura, antes de vuestra muerte? – R. Del poco tiempo que tenía que pasar en vuestro globo y de mi precedente encarnación. Cuando dejé la Tierra era médium y era médium volviendo entre vosotros; era una predestinación; sentía y veía lo que decía.

3. ¿Cómo es que una niña de vuestra edad no se haya lamentado durante cuatro años de sufrimiento? – R. Porque el sufrimiento físico estaba dominado por una potencia más grande, la de mi ángel de la guarda, a quien veía continuamente cerca de mí; sabía aliviar todo lo que yo sentía; hacía que mi voluntad fuese más fuerte que el dolor.

4. ¿Cómo fuisteis prevenida del instante de vuestra muerte? – R. Mi ángel de la guarda me lo dijo; jamás me ha engañado.

5. Habíais dicho a vuestro padre: “Consuélate, vendré a visitarte”. ¿Cómo es que, animada de tan buenos sentimientos para vuestros padres, venís a atormentarles después de vuestra muerte, haciendo ruido en su casa? – R. Tenía, sin duda, una prueba, o mejor dicho una misión que cumplir. Si vine a ver a mis padres, ¿creéis que fue para nada? Estos ruidos, esta perturbación, estas luchas causadas por mi presencia fueron una advertencia. Fui ayudada por otros Espíritus cuya turbulencia tiene una importancia, como yo tengo la mía apareciendo a mi hermana. Gracias a nosotros, muchas convicciones van a nacer. Mis padres tenían que sufrir una prueba; cesará pronto, pero solamente después de haber dado la convicción a una multitud de Espíritus.

6. ¿Así, no fuisteis vos, personalmente, quien causó esta perturbación? – R. Fui ayudada por otros Espíritus, que sirven para la prueba reservada a mis queridos padres.

7. ¿Cómo es que vuestra hermana os ha reconocido, si no erais vos quien producía estas manifestaciones? – R. Mi hermana solo me vio a mí. Posee ahora una segunda vista, y no será la última vez que mi presencia vendrá a consolarla y a animarla.

8. ¿Por qué, tan joven, habéis sido afligida con tantas enfermedades? – R. Tenía que expiar faltas anteriores; había hecho mal uso de la salud y de la posición brillante de que gozaba en mi anterior encarnación; entonces Dios me dijo: “Tú has gozado grande, desmedidamente, sufrirás de la misma forma; fuiste orgullosa, serás humilde; eras altiva de tu hermosura, serás abatida; en lugar de la vanidad, te esforzarás por adquirir la bondad y la caridad.” Hice según la voluntad de Dios y mi ángel de la guarda me ha ayudado.

9. ¿Quisierais decir alguna cosa para vuestros padres? – R. A petición de un médium, han hecho mis padres mucha caridad; razón han tenido en no rogar siempre con los labios: es preciso hacerlo con la mano y con el corazón. Dar a los que sufren es orar, es ser espírita.

Dios ha dado a todas las almas el libre albedrío, esto es, la facultad de progresar; a dado a todas la misma aspiración, y por esta razón *la ropa de paño burdo está más cerca de la ropa recamada de oro de lo que generalmente pensáis.* También, estrechad las distancias por la caridad; introducid al pobre en vuestra casa, animadle, levantadle, no le humilléis. Si se supiese practicar, por todas partes esta gran ley de la conciencia, no se tendrían más en épocas determinadas, esas grandes miserias que deshonran a los pueblos civilizados y que Dios envía para castigarles y abrirles los ojos.

Queridos padres, rogad a Dios, amaos, practicad la ley de Cristo: no hagáis a los otros lo que no quisierais que os fuese hecho: implorad a Dios que os prueba, manifestándoos que su voluntad es santa y grande como Él. Sabed, previendo el porvenir, armaros de valor y perseverancia, porque estáis aún llamados a sufrir: es necesario saber merecer una buena posición en un mundo mejor, donde la comprensión de la justicia divina se vuelve el castigo de los malos Espíritus.

Siempre estaré cerca de vosotros, queridos padres; adiós, o mejor, hasta luego. Tened resignación, caridad y amor hacia vuestros semejantes y un día llegaréis a ser dichosos.

CLARA.

¡Qué hermoso pensamiento es éste: “La ropa de paño burdo está más cerca de la ropa recamada de oro de lo que generalmente pensáis”. Es una alusión a los Espíritus que, de una existencia a otra, pasan de una posición brillante a una posición humilde o miserable, porque muchas veces expían en un medio ínfimo el abuso que han hecho de los dones que Dios les había concedido. Es una justicia que todo el mundo comprende.

Otro pensamiento, no menos profundo, es el que atribuye a la calamidad de los pueblos a la infracción de la ley de Dios, porque Dios castiga los pueblos como castiga los individuos. Es cierto que si practicasen la ley de caridad, no habrían guerras ni grandes miserias. El Espiritismo conduce a la práctica de esta ley ¿será por esto que encuentra enemigos tan encarnizados? Las palabras de esta joven a sus padres, ¿son acaso las de un demonio?

FRANÇOISE VERNHES

Ciega de nacimiento, hija de un campesino de las cercanías de Toulouse, muerta en 1865, a la edad de cuarenta y cinco años. Se ocupaba constantemente enseñando el catecismo a los niños, para prepararles en su primera comunión. Habiéndose cambiado el catecismo, no tuvo ninguna dificultad en aprenderlo de nuevo, porque sabía los dos por el corazón. Una noche de invierno, volvía de una excursión, a algunas leguas, en compañía de su tía; les era preciso atravesar un bosque por caminos horribles y llenos de lodo y las dos mujeres debían marchar con precaución sobre el borde de las zanjas. Su tía quería conducirla por la mano, pero ella respondió: No tengáis cuidado por mí, no corro ningún peligro de caer; veo sobre mi espalda una luz que me guía; seguidme; yo soy quien va a conducirlos. Así llegaron a su casa sin accidente, conduciendo la ciega a la que tenía el uso de la vista.

Evocación en París, mayo en 1865

P. ¿Tendríais la bondad de darnos la explicación de la luz que os guiaba en aquella noche oscura y que solo era visible para vos? – R. ¡Cómo! ¿Personas que, como vosotros, están en relación continua con los Espíritus, tienen necesidad de una explicación de un hecho semejante? Era mi ángel de la guarda quien me guiaba.

P. Era nuestra opinión, pero deseábamos verla confirmada. ¿Teníais en aquel momento conciencia de que era vuestro ángel de la guarda quien os servía de guía? – R. No, convengo en ello; sin embargo, creía en una protección celeste. ¡Había rogado tanto tiempo a nuestro Dios, bueno y clemente, para que tuviese piedad de mí!... Y es tan cruel ser ciego... Sí, es muy cruel; pero reconozco también que es justicia. Los que pecan por los ojos deben ser castigados por los ojos, y así con todas las facultades de que los hombres están dotados, y de las cuales abusan. A los numerosos infortunios que afligen a la Humanidad no busquéis, pues, otra causa que la que le es natural; la expiación; expiación que no es meritoria sino cuando se sufre con sumisión, y que puede ser suavizada si, por la oración atraesen las influencias espirituales que protegen a los culpables de la *penitenciaría humana* y derraman la esperanza y el consuelo en los corazones afligidos y sufrientes.

P. Os habéis dedicado a la instrucción religiosa de niños pobres; ¿os ha causado trabajo adquirir los conocimientos necesarios para la enseñanza del catecismo, que sabíais por el corazón, a pesar de vuestra ceguera y de haberse cambiado? – R. Los ciegos tienen, en general, los otros sentidos dobles, si puedo expresarme así. La observación no es una de las menores facultades de su naturaleza. Su memoria es como un registro donde están colocados con orden, y de allí no desaparecen nunca, las enseñanzas de los cuales tienen las tendencias y las aptitudes; no siendo capaz de perturbar esta facultad ninguna cosa exterior, resulta de ello que puede ser desarrollada de una manera notable por la educación. No me encontraba en este caso, porque no había recibido educación. De eso no doy gracias a Dios sino por haberme permitido que fuese bastante para posibilitarme cumplir mi misión junto a aquellos niños. Era al mismo tiempo, una reparación

por el mal ejemplo que les di en mi precedente existencia. Todo es asunto serio para los espíritas; para eso no deben mirar sino a su alrededor, y les será más útil que el dejarse extraviar por las sutilezas filosóficas de ciertos Espíritus, que se burlan de ellos, lisonjeando su orgullo con frases de gran efecto, pero vacías de sentido.

P. Por vuestro lenguaje, os consideramos adelantada intelectualmente, lo mismo que vuestra conducta en la Tierra fue una prueba de vuestro adelantamiento moral. – R. Me falta adquirir mucho todavía, pero hay personas en la Tierra que pasan por ignorantes porque su inteligencia está velada por la expiación; mas estos velos caen a la muerte y los pobres ignorantes son, muchas veces, más instruídos que aquéllos que les desdeñaban. Creedme, el orgullo es la piedra de toque por la cual se reconocen los hombres. Todos aquellos cuyos corazones fueron sensibles a la lisonja, o que tienen demasiada confianza en su ciencia, están en el mal camino; en general, no son sinceros; desconfiad de ellos. Sed humildes como Cristo y llevad, como él, la cruz con amor, a fin de tener acceso al reino de los cielos.

FRANÇOISE VERNHES.

ANNA BITTER

Ser alcanzado por la pérdida de un hijo adorado es un disgusto doloroso; pero ver un hijo único, que prometía las más bellas esperanzas, en el que se han concentrado las *únicas* afecciones, desfallecer bajo sus ojos, extinguirse sin sufrimiento, por una causa desconocida, de esas rarezas de la Naturaleza que confunden la sagacidad de la ciencia; haber agotado inútilmente todos los recursos del arte y adquirido la certeza de que no hay ninguna esperanza, y sufrir esta angustia de cada día durante largos años, sin preveer su término, es un suplicio cruel que la fortuna aumenta, lejos de endulzarlo, porque se tiene la esperanza de verla gozar a un ser querido.

Tal era la situación del padre de Anna Bitter; también una sombría desesperación se apoderó de su alma, y su carácter se agriaba más y más a la vista de ese espectáculo doloroso, cuyo fin no podía ser sino fatal, aunque indeterminado. Un amigo de la familia, iniciado en el

Espiritismo, creyó debía interrogar a su Espíritu protector sobre el asunto y recibió la contestación siguiente:

“Quiero mucho darte la explicación del extraño fenómeno que tienes a la vista, porque sé que al pedírmelo tú no te mueve una curiosidad indiscreta, sino por el interés que tienes por esta pobre niña, y porque de allá saldrá para ti, creyente en la justicia de Dios, una enseñanza provechosa. Aquéllos a quienes quiere herir el Señor, deben bajar su frente y no maldecirle y rebelarse; porque no hiere jamás sin causa. La pobre jóven, de la cual el Todopoderoso suspendiera el decreto de muerte, debe pronto retomar entre vosotros, porque Dios tuvo piedad de ella, y su padre, ese infeliz entre los hombres, debe ser tocado en la única aficción de su vida, por haberse burlado del corazón y de la confianza de los que lo rodean. Por un momento, ha llegado al Altísimo su arrepentimiento y la muerte ha suspendido su espada sobre esta cabeza tan querida; pero ha vuelto a la rebelión y el castigo sigue siempre a la rebeldía. ¡Dichosos cuando se está en esta Tierra, que sois castigados! Rogad, amigos míos, por esta pobre niña cuya juventud hará difíciles los últimos momentos; es tan abundante la savia de este pobre ser, a pesar de su estado, de decaimiento, que el alma se desatará con dificultad. ¡Oh! rogad; más tarde os ayudará, y ella misma os dará consuelos, porque su Espíritu es más elevado que el de las personas que la rodean.

Fue por un permiso especial del Señor que pudo contestar a lo que me has preguntado, porque es necesario que este Espíritu esté ayudado para que el desprendimiento sea más fácil.”

El padre ha muerto después de haber sufrido el vacío del aislamiento por la pérdida de su hija. He aquí las primeras comunicaciones que han dado, la una y el otro, después de su muerte.

La hija. Gracias, amigo mío, por haberos interesado por la pobre niña, y por haber seguido los consejos de vuestro buen guía. Sí, gracias a vuestras oraciones, he podido dejar más fácilmente mi envoltura terrestre, porque mi padre, ¡ah! no oraba más: maldecía. No le quiero mal, sin embargo; esto fue a consecuencia de su gran ternura por mí. Ruego a Dios le haga la gracia de ser esclarecido antes de morir; le excito, le animo; mi misión es endulzar sus últimos instantes. A veces, un rayo de luz divina parece penetrar en él; pero eso no es sino un

relámpago pasajero, y pronto vuelve a caer en sus primeras ideas. Solo hay en él un germen de fe ahogado por los intereses del mundo, y que sólo podrán desarrollar nuevas pruebas más terribles; lo temo, al menos. En cuanto a mí, tan solo tenía que sufrir un resto de expiación; por esto no ha sido muy doloroso, ni muy difícil. En mi extraña enfermedad, no sufría; era más bien un instrumento de prueba para mi padre, porque él sufría más por verme en aquel estado que yo misma no sufría; estaba resignada y él no lo estaba. Hoy, he sido recompensada por esto, Dios me ha hecho el favor de abreviar mi permanencia sobre la Tierra, y le doy gracias por eso. Soy feliz entre los buenos Espíritus que me rodean; todos nos dedicamos a nuestras ocupaciones con alegría, porque la falta de actividad sería un cruel suplicio.

(*El padre, cerca de un mes después de su muerte.*) P. Nuestro objeto, al llamaros, es el de indagaros en cuanto a vuestra situación en el mundo de los Espíritus, para seros útil si nos es posible.— R. ¡El mundo de los Espíritus! Yo no lo veo. No veo sino los hombres que he conocido y ninguno de los cuales piensa en mí ni me lamenta, al contrario, parece que están contentos por haberse desembarazado de mí.

P. ¿Os dáis cuenta de vuestra situación?— R. Perfectamente. Durante algún tiempo, creí estar aún en vuestro mundo, pero ahora sé muy bien que no estoy en él.

P. ¿Cómo no veáis a otros Espíritus alrededor de vos?— R. Lo ignoro; sin embargo, todo es claro a mi alrededor.

P. ¿Es que no habéis vuelto a ver a vuestra hija?— R. No; ella está muerta; la busco, la llamo inútilmente. ¡Qué vacío horrible me ha dejado su muerte en la Tierra! Muriendo, me decía que la encontraría sin duda; pero nada; siempre el aislamiento a mi alrededor; nadie me dirige una palabra de consuelo y de esperanza. Adiós; voy a buscar a mi niña.

El guía del médium. Este hombre no era ateo ni materialista; sino uno de aquellos que creen vagamente, sin preocuparse de Dios ni del porvenir, absortos como están por los intereses de la Tierra. Profundamente egoísta, sin duda, lo hubiera sacrificado todo para salvar a su hija, pero en su provecho personal también hubiera sacrificado, sin escrúpulos, los intereses de los demás. Fuera de su hija,

no se prendía a nadie. Por esto Dios le ha castigado como sabéis; le ha quitado su único consuelo en la Tierra, y como no se ha arrepentido, le fue igualmente arrancada en el mundo de los Espíritus. Él no se interesó por nadie sobre la Tierra, y nadie se interesa por él aquí; está solo, abandonado: ahí está su castigo. Sin embargo, su hija está cerca de él, pero no la ve; si la viese, no sería punido. ¿Qué hace? ¿Se dirige a Dios? ¿Se arrepiente? No; murmura siempre; aún blasfema; hace, en una palabra, lo que hacía en la Tierra. Ayudadle con la oración y los consejos a salir de su ceguera.

JOSEPH MAITRE, ciego.

Joseph Maitre pertenecía a la clase media de la sociedad; gozaba de un modesto bienestar que le ponía al abrigo de las necesidades. Sus padres le dieran una buena educación y le destinaron a la industria, pero a los veinte años quedó ciego. Murió en 1845, teniendo unos cincuenta años. Una segunda enfermedad vino a herirlo; cerca de diez años antes de su muerte, quedó completamente sordo, de modo que sus relaciones con los vivos solo podrían verificarse por medio del tacto. No ver más era ya muy penoso, pero no oír más era un cruel suplicio para aquél que, habiendo gozado de todas sus facultades, debía sentir aun mayormente los efectos de esta doble privación. ¿Por qué había merecido esta triste suerte? No fuera por su última existencia, porque su conducta había sido siempre ejemplar; era buen hijo, de carácter dulce y benévolo, y cuando se halló, por acrecimiento; privado del oído, aceptó esta nueva prueba con resignación, y nunca se le oyó murmurar una queja. Sus discursos denotaban perfecta lucidez de espíritu y una inteligencia poco común.

Una persona que le había conocido, presumiendo que se podían sacar útiles instrucciones de una conversación con su Espíritu, llamándole y recibió de él la comunicación siguiente, en contestación a las preguntas que se le dirigieron.

(París, 1863.)

Amigos míos, os doy gracias por haberos acordado de mí,

aunque quizá no hubierais pensado en ello, si no hubieseis creído sacar algún provecho a mi comunicación; pero sé que os anima un objeto más formal; por esto vengo con gusto a vuestro llamamiento; puesto que se me permite, dichoso soy de servir a vuestra instrucción. Ojalá que mi ejemplo pueda unirse a las pruebas tan numerosas que os dan los Espíritus de la justicia de Dios.

Me habéis conocido ciego y sordo, y os habéis preguntado que había hecho para merecer semejante suerte; voy a decíroslo. Sabed, desde luego, que es la segunda vez que he sido privado de la vista. En una precedente existencia, que tuvo lugar a principios del último siglo, quedé ciego a la edad de treinta años, a consecuencia de excesos de toda clase, que arruinaron mi salud y debilitaron mis órganos; ya era un castigo por haber abusado de los dones que había recibido de la Providencia pues estaba ricamente dotado; pero, en lugar de reconocer que yo era la primera causa de mi dolencia, acusaba de ésta a la misma Providencia, en la que, por lo demás creía poco. He blasfemado contra Dios, le he renegado, le he acusado diciendo que, si existiese, debía ser injusto y malo, puesto que así hacía sufrir a sus criaturas. Por el contrario, debía haberme considerado feliz por no ser como tantos otros miserables ciegos obligado a no mendigar mi pan. Pero no, no pensaba sino en mí y en la privación de las alegrías que me eran impuestas. Bajo el imperio de estas ideas y de mi falta de fe, me había vuelto áspero, exigente, en una palabra, insoportable para aquéllos que me rodeaban. La vida en adelante no tenía objeto para mí; no pensaba en el porvenir, que consideraba una quimera. Después de haber agotado inútilmente todos los recursos de la ciencia, viendo una curación imposible, resolví darle fin más pronto y me suicidé.

Cuando desperté, ¡ay de mí! Estaba sumergido en las mismas tinieblas, que estuvo durante mi vida. No tardé, empero, en reconocer que no más pertenecía al mundo corporal, pero era un Espíritu ciego. ¡La vida de ultratumba era, pues, una realidad! En vano tente hurtármela para hundirme en la nada: chocábame con el vacío. Si esta vida debía ser eterna como había oído decir, ¿estaría, pues, durante la eternidad en esta situación? Tal pensamiento era horrible. No sufría nada, pero deciros los tormentos y las angustias de mi Espíritu es cosa imposible.

¿Cuánto tiempo duró esto? Lo ignoro. ¡Pero qué largo ese tiempo me pareció!

Extenuado, fatigado, en fin hice un retorno sobre mí mismo; comprendí que una fuerza superior caía sobre mí; me dije que si esta fuerza podía oprimirme, podía también aliviarme, e imploré su piedad. A medida que rogaba, y que mi fervor aumentaba, alguna cosa me decía que esa cruel posición tendría término. La luz se hizo, en fin; mi arrebatamiento fue extremo cuando entreví las celestes claridades y distinguí a los Espíritus que me rodeaban, sonriendo con benevolencia y aquellos que flutuaban radiantes en el espacio. Quise seguir sus pasos, pero una fuerza invisible me retuvo. Entonces, uno de ellos me dijo: “Dios, a quien has desconocido, ha tomado en cuenta tu retorno a Él, y nos ha permitido darte la luz, pero no has cedido sino con constreñimiento y al cansancio. Si quieres, en adelante, participar de la dicha que se goza aquí, es necesario probar la sinceridad de tu arrepentimiento y de tus buenos sentimientos, empezando por la prueba terrestre, *en condiciones donde estarás expuesto a caer en las mismas faltas*, porque esta nueva prueba será más ruda aún que la primera”. Acepté solícito, prometiéndome mucho no desfallecer.

Volví, pues, a la Tierra en la existencia que conocéis. No tuve dificultad en ser bueno, porque no era malo por naturaleza; y me había rebelado contra Dios, y Dios me castigó. Hasta ahí retorné *con la fe innata*; fue por esto que no murmuré más contra Él y acepté mi doble dolencia con resignación y como una expiación que debía tener su origen en la soberana justicia. Nada tenía de desesperante, El aislamiento en que me encontraba en los últimos años, porque tenía fe en el porvenir y en la misericordia de Dios; me ha sido muy provechoso, porque durante esa larga noche, donde todo era silencio, mi alma, más libre, se lanzaba hacia el Eterno y con el pensamiento entreveía lo infinito. Cuando ha venido el fin de mi destierro, el mundo de los Espíritus no ha tenido para mí sino esplendores y goces inefables.

La comparación con el pasado me hizo encontrar mi situación relativamente muy dichosa y por ello doy gracias a Dios; pero, cuando miro adelante, veo cuán lejos estoy aún de la dicha perfecta. He

expiado, *me es preciso ahora reparar. Mi última existencia solo ha sido provechosa para mí*; espero volver pronto a comenzar una nueva existencia en que podré ser útil a otros; esto será la reparación de mi inutilidad precedente; sólo entonces avanzaré en el camino bendecido, abierto a todos los Espíritus de buena voluntad.

He aquí mi historia, amigos míos; si mi ejemplo puede iluminar a algunos de mis hermanos encarnados y evitarles el fango donde caí, habré comenzado a satisfacer mi deuda.

JOSEPH.

FIN

ÍNDICE GENERAL

PRIMERA PARTE – DOCTRINA

CAPÍTULO I – EL FUTURO Y LA NADA	7
CAPÍTULO II – TEMOR A LA MUERTE	15
Causas del temor a la muerte	15
Por qué los espíritas no temen a la muerte	20
CAPÍTULO III – EL CIELO	22
CAPÍTULO IV – EL INFIERNO	33
Intuición de las penas futuras	33
El infierno cristiano imitación del infierno pagano	34
Los limbos	37
Cuadro del infierno pagano	37
Cuadro del infierno cristiano	45
CAPÍTULO V – EL PURGATORIO	54
CAPÍTULO VI – DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS	59
Origen de la doctrina de las penas eternas	59
Argumentos en apoyo de las penas eternas	64
Imposibilidad material de las penas eternas	69
La doctrina de las penas eternas tuvo su época	71
Ezequiel contra la eternidad de las penas y el pecado original	73

CAPÍTULO VII – LAS PENAS FUTURAS SEGÚN EL ESPIRITISMO	76
La carne es débil	76
Principios de la Doctrina Espírita sobre las penas futuras	79
Codigo penal de la vida futura	79
CAPÍTULO VIII – LOS ÁNGELES	90
Los ángeles según la Iglesia	90
Refutación	94
Los ángeles según el Espiritismo	100
CAPÍTULO IX – LOS DEMONIOS	102
Origen de la creencia en los demonios	102
Los demonios según la Iglesia	105
Los demonios según el Espiritismo	117
CAPÍTULO X – INTERVENCIÓN DE LOS DEMONIOS EN LAS MANIFESTACIONES MODERNAS ...	120
CAPÍTULO XI – DE LA PROHIBICIÓN DE EVOCAR A LOS MUERTOS	138

SEGUNDA PARTE – EJEMPLOS

CAPÍTULO I – EL TRÁNSITO	148
CAPÍTULO II – ESPÍRITUS FELICES	156
El Señor Sansón	156
La muerte del justo	164
M. Jobard	165
Samuel Philippe	170
El Señor Van Durst	174
Sixdeniers	176
El doctor Demeure	179
La señora viuda Foulon, nacida Wollis	184
Un médico ruso	192

Bernardin	195	Un ateo	277
La condesa Paula	196	El Señor Félicen.....	283
Jean Reynaud	199	Antoine Bell	287
Antoine Costeau	203		
Señorita Emma	206	CAPÍTULO VI – CRIMINALES ARREPENTIDOS	291
El Doctor Vignal	208	Verger	291
Víctor Lebufle	210	Lemaire	294
Señorita Anaís Gourdon	212	Benoist	297
Mauricio Gontran	214	El espíritu de Castelnaudary	300
		Jacques Latour	306
CAPÍTULO III – ESPÍRITUS DE MEDIANA CONDICIÓN	217		
Joseph Bré	217	CAPÍTULO VII – ESPÍRITUS ENDURECIDOS.....	320
Sra. Hélène Michel	219	Lapommeray	320
El marqués de Saint-Paul.....	220	Angèle, nulidad en la Tierra	325
El Señor Cardon, médico	222	Un Espíritu aburrido	328
Eric Stanislas	226	La reina D'Oude	330
Sra. Ana Belleville	228	Xumène	332
CAPÍTULO IV – ESPÍRITUS SUFRIDORES	233	CAPÍTULO VIII – EXPIACIONES TERRESTRES	335
El Castigo	233	Marcel, el niño del número 4	335
Novel	235	Szymel Slizgol	338
Auguste Michel	236	Julienne Marie, la pordiosera	343
Lamentaciones de un bohemio	238	Max, el mendigo	347
Lisbeth.....	239	Historia de un doméstico	350
El príncipe Ouran	242	Antonio B.....	352
Pascal Lavic	245	Sr. Letil	356
Ferdinand Bertin	246	Un sabio ambicioso	358
François Riquier	250	Charles de Saint-G... idiota.....	360
Claire	251	Adélaide Marguerite Gosse	364
		Clara Rivier	366
		François Vernhes	369
		Anna Bitter	371
CAPÍTULO V – SUICIDAS	261	Joseph Maitre, ciego	374
El suicida de la Samaritana.....	261		
El padre y el concripto	264		
François Simon Louvet	266		
Una madre y su hijo	268		
Doble suicidio por amor y por deber	271		
Luis y la costurera de botines	274		